

# JAMES BOND <sup>007</sup>

**Vive y  
deja morir**



**Ian Fleming**

**Lectulandia**

El Harlem de Nueva York está dominado por *Mister Big*, un enigmático personaje de origen caribeño que controla todos los negocios criminales de la zona. Su poder se extiende entre los habitantes de raza negra de Estados Unidos, quienes le temen al considerarle un príncipe de las tinieblas versado en las artes de vudú. Bond es enviado a Norteamérica para enfrentarse a este hombre, pues los servicios de inteligencia británicos sospechan que se trata de un espía ruso. Allí recibirá la ayuda de su amigo Felix Leiter, y conocerá a una fascinante mujer a quien Mister Big quiere convertir en su futura esposa.

Lectulandia

Ian Fleming

# Vive y deja morir

James Bond: 007 /2

ePUB v1.1

000 01.05.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Live and let die*  
Ian Fleming, 1955.  
Traducción: Diana Falcón  
Ilustraciones: Jordi Ciuró  
Diseño/retoque portada: Joan Batallé

Editor original: 000 (v1.0)  
ePub base v2.0

# Capítulo 1

## Recibimiento de príncipe

En la vida de un agente secreto hay épocas de gran lujo. Le asignan misiones que le exigen representar el papel de un hombre muy rico; pasa por épocas en que se refugia en la buena vida para borrar el recuerdo del peligro y la sombra de la muerte, y en otras ocasiones, como sucedía ahora, acude como invitado al territorio de un servicio secreto aliado.

Desde el momento en que el avión Stratocruiser de la BOAC carreteó hasta la terminal internacional del aeropuerto de Idlewild, James Bond recibió el trato de un miembro de la realeza.

Cuando abandonó el aparato en compañía de los demás pasajeros, se había resignado a pasar por el famoso purgatorio que conformaba la maquinaria de Sanidad, Inmigración y Aduanas estadounidense. Tenía por delante al menos una hora, pensó, de salas con la calefacción demasiado alta y pintadas de un verde pardo, que olerían al aire del año anterior, al sudor rancio, la culpa y el miedo que flotaban en todas las fronteras del mundo, miedo a aquellas puertas que lucían una placa donde se leía *privado* y que ocultaban a los hombres minuciosos, los archivos, los teletipos tecleando mensajes urgentes dirigidos a Washington, al departamento de Narcóticos, al de contraespionaje, al fisco, al FBI.

Mientras cruzaba la pista de asfalto, barrida por el cortante viento de enero, imaginó su propio nombre recorriendo las líneas de comunicación: *Bond, James. Pasaporte diplomático británico número 0094567*, seguido de la corta espera y las respuestas que llegarían a través de las diferentes máquinas: *Negativo, negativo, negativo*. Y luego, procedente del FBI: *Positivo. Esperen comprobación*. A través de las líneas del FBI se producirían algunas comunicaciones apresuradas con la Agencia Central de Inteligencia, la CIA, que enviaría el mensaje siguiente: *FBI a Idlewild: Bond ok, ok*, y el oficial de actitud amable que daba la cara por los demás le devolvería el pasaporte: «Espero que disfrute de su estancia, señor Bond».

El agente británico se encogió de hombros y siguió a los demás pasajeros a través de la alameda en dirección a una puerta con el letrero *U.S. Health Service*<sup>[1]</sup>.

En su caso, sólo se trataba de una tediosa rutina, por supuesto, pero le desagradaba la idea de que su historial estuviera en posesión de cualquier potencia extranjera. El anonimato constituía la herramienta principal de su profesión. Cualquier rastro de identidad real que quedara registrado en un expediente, disminuía su valía como agente y, en última instancia, representaba una amenaza para su propia vida. Allí, en Estados Unidos, donde lo sabían todo acerca de él, se sentía como un negro a quien un brujo hubiese robado la sombra. Una parte vital de sí mismo estaba empeñada, en manos de otros. Amigos, por supuesto, en este caso, pero aun así...

—¿El señor Bond?

Un hombre de aspecto agradable y anodino, ataviado con ropas de paisano, avanzó hacia él desde la sombra del edificio del departamento de Sanidad.

—Me llamo Halloran. ¡Encantado de conocerlo!

Se estrecharon la mano.

—Espero que haya tenido un viaje agradable. Por favor, sígame.

Se volvió hacia el oficial de la policía de aeropuertos que hacía guardia ante la entrada.

—Todo en orden, sargento.

—Bien, señor Halloran. Hasta pronto.

Los demás pasajeros habían desaparecido en el interior. Halloran se alejó del edificio hacia la izquierda. Un segundo policía les franqueó una puerta pequeña que se abría en la valla que rodeaba las instalaciones.

—Adiós, señor Halloran.

—Adiós, oficial, y gracias.

Justo al otro lado aguardaba un Buick negro cuyo motor en marcha emitía un suave ronroneo. Cuando subieron a él, Bond vio que sus dos maletas ligeras estaban en el asiento delantero, junto al conductor. Al agente británico no se le ocurría cómo las habrían sacado con tanta celeridad de entre la montaña de equipajes que apenas minutos antes había visto que transportaban hacia la zona de aduanas.

—Bien, Grady, en marcha.

Bond se retrepó a sus anchas en el asiento mientras la voluminosa limusina arrancaba con rapidez y al cabo de poco llegaba a la velocidad máxima gracias a su caja de cambios Dynaflo.

Miró a Halloran.

—Bueno, debo decir que sin duda éste ha sido uno de los recibimientos más principescos que he presenciado en toda mi vida. Esperaba pasar al menos una hora con los trámites de Inmigración. ¿Quién lo ha preparado? No estoy acostumbrado a que me traten como a un personaje importante. En cualquier caso, muchísimas gracias por la parte que usted haya tomado en el asunto.

—No hay de qué, señor Bond. —Halloran sonrió y le ofreció un cigarrillo de un paquete de Lucky Strike recién abierto.— Queremos que su estancia sea cómoda. Cualquier cosa que desee, no tiene más que pedirla y la tendrá. Cuenta usted con buenos amigos en Washington. Desconozco las razones de su visita, pero al parecer las autoridades están muy interesadas en que sea usted un invitado de excepción de nuestro gobierno. Mi cometido es hacer que llegue al hotel con toda la rapidez y comodidad posibles; una vez allí, lo dejaré en compañía de otros y me marcharé. ¿Podría darme un momento su pasaporte, por favor?

Bond se lo entregó. Halloran abrió un maletín que había a su lado en el asiento y

sacó un pesado sello de metal. Pasó varias hojas del pasaporte hasta encontrar la del visado estadounidense, lo selló y garrapateó su firma sobre el círculo azul oscuro que encerraba el anagrama del Ministerio de Justicia, y se lo devolvió. A continuación sacó su billetera y extrajo de dentro un abultado sobre blanco que entregó al agente británico.

—Dentro hay mil dólares. —Alzó una mano cuando Bond intentó hablar.— Es dinero comunista que confiscamos en el registro del Schmidt-Kinaski. Estamos usándolo contra ellos, y le solicitamos que coopere y gaste esta cantidad como mejor le parezca durante su presente misión. Se me ha comunicado que su negativa a hacerlo sería considerado como un acto muy poco amistoso. Por favor, no hablemos más del tema —añadió, mientras Bond continuaba sujetando en sus manos el sobre con aire dubitativo—. También debo añadir que la disposición de este dinero a través de usted es un hecho conocido por su propio jefe, y que cuenta con su aprobación.

Bond lo observó con atención y luego sonrió, guardándose el sobre en su billetera.

—De acuerdo —asintió—. Y gracias. Intentaré gastarlo en aquello que más daño les haga. Me alegro de contar con un fondo de operaciones, y desde luego resulta agradable saber que nos lo ha proporcionado el enemigo.

—Bien —aprobó Halloran—. Y ahora, si me disculpa, he de poner al día algunas notas para el informe que debo presentar. Tengo que acordarme de enviar cartas de agradecimiento por su cooperación a los departamentos de Inmigración, Aduanas y demás. Simple rutina.

—Claro, adelante —asintió Bond.

Se alegraba del silencio que seguiría para así echar una ojeada a la primera visión de Estados Unidos que tenía desde que había acabado la guerra. No le parecía una pérdida de tiempo familiarizarse de nuevo con la jerga estadounidense: los anuncios publicitarios; los últimos modelos de automóvil y los precios de los vehículos de segunda mano que se exhibían en los establecimientos de coches usados; la exótica seducción de las señales de carretera: *bordes blandos, curvas cerradas, estrechamiento delante, resbala cuando húmedo*; la forma de conducir de la gente; el número de mujeres al volante, con sus compañeros sentados dócilmente junto a ellas; la ropa de los hombres y los peinados femeninos; las advertencias de Defensa Civil: *en caso de ataque enemigo continúen avanzado, salgan del puente*; el espeso bosque aéreo de antenas de televisión y la influencia de ésta en las vallas publicitarias y en los escaparates; algún helicóptero que recorría el cielo; los llamamientos públicos destinados a recaudar fondos para la lucha contra el cáncer o la poliomielitis, como *la marcha de los diez centavos*. Todas esas pequeñas impresiones fugaces que eran tan importantes para su profesión, como la corteza dañada de un árbol y las ramas dobladas para un cazador de la selva.

El conductor entró por el puente Triborough y ascendieron por su impresionante extensión hasta el corazón de la zona alta de Manhattan, y la hermosa perspectiva de Nueva York se precipitó hacia ellos mientras descendían hasta hallarse entre las raíces ruidosas, hormigueantes de vida e impregnadas de olor a gasolina de aquella tensa selva de asfalto.

Bond se volvió a mirar a su acompañante.

—Detesto decirlo —le aseguró—, pero éste es el objetivo más enorme de la faz de la tierra para un ataque atómico.

—No existe nada que se le compare —asintió Halloran—. A veces no puedo dormir por las noches pensando en qué sucedería si se produjera ese ataque.

Se detuvieron ante el mejor hotel de Nueva York, el St. Regis, situado en una esquina de la Quinta Avenida con la calle Cincuenta y cinco. Un hombre taciturno, de mediana edad, con abrigo azul oscuro y sombrero de fieltro negro, salió de detrás del portero y avanzó hacia ellos. Aún en la acera, Halloran los presentó.

—Señor Bond, éste es el capitán Dexter. —Su tono fue respetuoso.— ¿Puedo dejarlo ya en su compañía, capitán?

—Claro, por supuesto. Pero antes encargúese de que suban las maletas. Habitación 2100. En el último piso. Yo me adelantaré con el señor Bond para asegurarme de que tiene cuanto necesite.

Bond se volvió para despedirse de Halloran y darle las gracias. En ese momento, el estadounidense se encontraba de espaldas a él, hablando del equipaje con el portero. Bond miró más allá del hombre, al otro lado de la calle Cincuenta y cinco. Sus ojos se entrecerraron. Un Chevrolet negro hacía una maniobra brusca para incorporarse al denso tráfico, cruzándose en el camino de un taxi de la compañía Checker; el taxista tuvo que frenar en seco, y su puño cayó sobre el claxon y allí lo mantuvo. El sedán continuó como si nada, pasó el semáforo cuando la luz estaba a punto de cambiar a ámbar y desapareció hacia el norte por la Quinta Avenida.

La maniobra había sido diestra y decidida, pero lo que sorprendió a Bond fue que al volante iba una mujer negra, una mujer hermosa con uniforme de chófer negro; y a través del cristal trasero captó un atisbo del único pasajero del vehículo, un enorme rostro negro grisáceo que se había vuelto con lentitud y lo había mirado directamente a los ojos —de eso no le cabía duda alguna—, mientras el coche aceleraba hacia la avenida.

Bond estrechó la mano de Halloran. Dexter le tocó un codo con impaciencia.

—Ahora entraremos y, sin detenernos, cruzaremos el vestíbulo hasta los ascensores. Están a medio camino, a la derecha. Y, por favor, no se quite el sombrero, señor Bond.

Mientras seguía a Dexter por los escalones de entrada al hotel, Bond pensó que ya era casi demasiado tarde para tomar semejantes precauciones. Si apenas había un



lugar en el mundo donde pudiera verse una mujer negra conduciendo un automóvil, una mujer negra que trabajara como chófer constituía un hecho aún más extraordinario. Apenas resultaba concebible, incluso en Harlem, aunque estaba seguro de que ése era el barrio de procedencia del sedán.

¿Y la gigantesca figura del asiento trasero? ¿Aquel semblante negro grisáceo? ¿El señor Big?

—Hum... —murmuró Bond para sí mientras seguía la delgada espalda del capitán Dexter y entraba en el ascensor.

Cuando llegaban a la planta veintiuno, el ascensor aminoró la velocidad y se detuvo.

—Le hemos preparado una pequeña sorpresa, señor Bond —anunció el capitán Dexter, sin mucho entusiasmo, pensó el británico.

Avanzaron por el corredor hasta la habitación que había en el recodo.

El viento susurraba tras las ventanas del pasillo, y Bond captó una visión fugaz de la cumbre de otros rascacielos y, más allá, las desnudas ramas de los árboles de Central Park. Se sentía tan alejado del suelo que, por un momento, una extraña sensación de soledad y espacio vacío le atenazó el corazón.

Dexter sacó la llave de la habitación 2100 y abrió la puerta, cerrándola cuando ambos la hubieron traspuesto. Se encontraban en un pequeño vestíbulo cuyas luces estaban encendidas. Dejaron los sombreros y los abrigos sobre una silla, y Dexter abrió la puerta que había frente a ellos e indicó a Bond que pasara delante.

Éste entró en una atractiva sala de estar decorada según el estilo Imperio de la Tercera Avenida: sillones cómodos y un amplio sofá tapizados en seda amarillo claro, una copia bastante buena de una alfombra Aubusson<sup>[2]</sup>, paredes y techo pintados de gris claro, un aparador francés con la parte frontal curvada con botellas, vasos y una cubitera niquelada; una ventana grande dejaba entrar el sol invernal desde un cielo tan despejado como el de Suiza. La calefacción central era apenas soportable.

La puerta de comunicación con el dormitorio se abrió.

—Estaba colocando las flores junto a tu cama. Forma parte del famoso «servicio con una sonrisa» de la CIA —explicó el joven alto y delgado que avanzó con una ancha sonrisa y la mano derecha tendida hacia donde Bond permanecía clavado en el suelo a causa del asombro.

—¡Félix Leiter! ¿Qué diablos haces aquí? —Bond aferró la dura mano del otro y la estrechó con efusión.— ¿Y qué demonios estás haciendo en mi habitación? Dios, cuánto me alegro de verte. ¿Por qué no has seguido en París? No me digas que te han asignado este trabajo.

Leiter lo miró con expresión afectuosa.

—Tú lo has dicho. Eso es exactamente lo que han hecho. ¡Menudas vacaciones! Al menos para mí. La CIA piensa que en la misión del casino trabajamos muy bien

juntos<sup>[3]</sup>, así que me arrebataron de la compañía de los muchachos de Operaciones Conjuntas de París, me informaron del asunto en Washington, y aquí estoy. Soy una especie de enlace entre la CIA y nuestros amigos del FBI. —Hizo un gesto hacia el capitán Dexter, que contemplaba sin entusiasmo aquella muestra de viva emoción nada profesional.— El caso es de ellos, por supuesto, al menos en lo referente al territorio de Estados Unidos; pero, como ya sabes, hay importantes ramificaciones en el extranjero que son competencia de la CIA, así que estamos colaborando. Tú has venido para hacerte cargo de lo tocante a Jamaica en nombre de Gran Bretaña<sup>[4]</sup>, y el equipo ya está completo. ¿Qué te parece? Siéntate y tomemos una copa. En cuanto supe que te encontrabas abajo, encargué el almuerzo, así que ya estará de camino.

Fue hacia el aparador y comenzó a preparar el martini seco.

—Que me cuelguen —exclamó Bond—. Ese viejo demonio de M no me había dicho una sola palabra de esto. Tiene la costumbre de hablar sólo de los hechos. Nunca cuenta las buenas noticias. Supongo que pensaría que quizá influyeran en nuestra decisión de aceptar o no un caso determinado. De todas formas, es fantástico.

Bond percibió de pronto el silencio del capitán Dexter, y se volvió a hacia él.

—Estaré encantado de hallarme a sus órdenes aquí, capitán —dijo con diplomacia—. Según lo veo yo, el caso se divide en dos partes muy claras. La primera reside por completo en territorio estadounidense, que es su jurisdicción, por supuesto. Luego, según las apariencias, tendremos que reseguirlo hacia el interior del Caribe, hasta Jamaica. Y tengo entendido que debo hacerme cargo del asunto cuando salga de las aguas territoriales de Estados Unidos. Félix unirá ambas mitades en lo concerniente a su gobierno. Yo debo informar a Londres a través de la CIA mientras permanezca aquí, y directamente a Londres, aunque manteniendo a la Central de Inteligencia al tanto de cuanto suceda, cuando me desplace al Caribe. ¿Es usted de la misma opinión?

Dexter le dedicó una leve sonrisa.

—Yo diría que sí, señor Bond. El señor Hoover<sup>[5]</sup> me ha pedido que le transmita su satisfacción de tenerlo con nosotros. Como invitado —añadió—. Naturalmente, no nos conciernen en absoluto las ramificaciones del caso que afectan a Gran Bretaña, y nos parece muy bien que la CIA colabore con usted y su gente de Londres. Supongo que todo irá bien. Brindo por nuestra suerte —concluyó, alzando la copa que Leiter le había servido.

Sorbieron el frío cóctel fuerte con placer; en el rostro de halcón de Leiter había una expresión algo burlona.

Se oyó un golpe de llamada en la puerta. Leiter la abrió para dar paso al botones que traía las maletas de Bond. Lo seguían dos camareros empujando sendos carritos cargados de platos, cubiertos, mantel y servilletas blancos como la nieve, que procedieron a colocar sobre una mesa plegable.

—Cangrejos de concha blanda con salsa tártara, hamburguesas de buey al punto hechas a la brasa, patatas fritas, brécol, ensalada mixta con salsa *thousand-island*<sup>[6]</sup>, helado con dulce de mantequilla y caramelo, y el mejor Liebfraumilch que puede conseguirse en Estados Unidos. ¿Qué tal?

—Parece un buen almuerzo —respondió Bond, que se guardó para sí sus reservas acerca del dulce de mantequilla y caramelo.

Se sentaron y comieron sin pausa cada uno de aquellos deliciosos platos estadounidenses de extraordinaria calidad.

Hablaron poco, y no fue hasta que hubo llegado el café y la mesa estuvo despejada que el capitán Dexter se quitó de la boca el cigarro de cincuenta centavos y se aclaró la garganta con determinación.

—Señor Bond —comenzó—, tal vez ahora le parezca bien contarnos lo que sabe acerca de este caso.

Bond abrió un paquete de cigarrillos largos marca Chesterfield con la uña del dedo pulgar, se retrepó en la cómoda silla de aquella cálida y lujosa habitación, y su mente se remontó a dos semanas antes, hasta el gélido día de principios de enero en que salió de su apartamento de Chelsea a la triste media luz de la niebla de Londres.

## Capítulo 2

### Una entrevista con M

Hacia pocos minutos que le habían llevado el Bentley descapotable gris —el modelo de 1933 de cuatro litros y medio con sobrealimentador Amherst-Villiers— del garaje donde lo guardaba, y el motor se había puesto en marcha de inmediato al pulsar el botón de arranque automático. Encendió los faros antiniebla gemelos y condujo con sumo cuidado por King's Road para luego subir por Sloane Street hasta el Hyde Park.

El jefe de Estado Mayor de M lo había telefoneado a medianoche para decirle que M quería verlo a las nueve de la mañana siguiente.

—Ya sé que es un poco temprano —se disculpó—, pero parece que quiere que alguien entre en acción. Hace varias semanas que lo está rumiando, y supongo que por fin ha tomado una decisión.

—¿Alguna pista que puedas darme por teléfono?

—A de Antillas y C de Caracas —respondió el jefe de Estado Mayor, y colgó.

Eso significaba que el caso se hallaba relacionado con las secciones A y C del Servicio Secreto que estaban a cargo de Estados Unidos y del Caribe. Bond había trabajado durante algún tiempo en la sección A durante la guerra, pero sabía muy poco de la C o de sus problemas.

Mientras avanzaba con lentitud junto al bordillo a través de Hyde Park, acompañado por el lento tamborileo del tubo de escape de cinco centímetros de largo, se sentía emocionado ante la perspectiva de su entrevista con M, el hombre notable que entonces era, y aún es, jefe del Servicio Secreto. No había visto aquellos fríos y astutos ojos desde finales del verano. En aquella ocasión, M se mostró complacido.

«Tómese unas vacaciones —le dijo—. Unas vacaciones largas. Y luego vaya a que le hagan un injerto de piel en el dorso de esa mano. Q. le dirá cuál es el mejor cirujano y le concertará una visita con él. No puedo permitir que ande por ahí con esa maldita marca de fabricación rusa encima. Veré si puedo conseguirle un buen objetivo para cuando esté otra vez en condiciones. Buena suerte.»

La reconstrucción de la piel de la mano había sido indolora, pero lenta. Le borraron las finas cicatrices de la letra rusa que representa el sonido SCH, la primera letra de *Spion* (espía); al pensar en el hombre que se la había grabado con un estilete, Bond apretó el volante con ambas manos.

¿Qué estaba sucediendo con la brillante organización de la cual era agente el hombre del estilete, el organismo soviético de venganza llamado SMERSH, abreviatura de *Smyert Spionam* (Muerte a los Espías)? ¿Era aún tan poderosa, tan eficiente como antes? ¿Quién la controlaba ahora que Beria<sup>[7]</sup> había desaparecido? Después del espectacular caso de juego en el que se había visto implicado en Royales-Eaux, Bond había jurado devolverles el golpe. Así se lo había dicho a M durante

aquella última entrevista. ¿Acaso esta cita con M iba a ponerlo en la senda de la venganza?

Los ojos de Bond se entrecerraron fijos en la lobreguez de Regent's Park, y su rostro asumió una expresión dura y cruel iluminado por la débil luz del salpicadero del coche.

Entró en la callejuela que había en la parte trasera del alto edificio descolorido, entregó el coche a uno de los conductores de paisano pertenecientes al cuerpo y rodeó la construcción para entrar por la puerta principal. Cogió el ascensor hasta la última planta, y allí recorrió el pasillo de gruesa moqueta que tan bien conocía, hasta llegar a la puerta inmediata a la de M. El jefe de Estado Mayor lo esperaba y de inmediato anunció su llegada a M a través del intercomunicador.

—007 ya ha llegado, señor.

—Hágalo pasar.

La deseable señorita Money Penny, la todopoderosa secretaria personal de M, le dedicó una sonrisa alentadora cuando atravesaba la doble puerta. De inmediato se encendió la luz verde en lo alto de la pared de la sala que acababa de abandonar. M no debía ser molestado mientras permaneciera encendida.

Una lámpara de lectura con pantalla de cristal verde proyectaba su luz sobre la superficie de cuero rojo del amplio escritorio. El resto de la habitación permanecía en sombras a causa de la niebla que cubría el exterior de las ventanas.

—Buenos días, 007. Echemos una mirada a esa mano. No está mal. ¿De dónde sacaron la piel para el injerto?

—De la parte superior del antebrazo, señor.

—Hum. Le crecerá el vello un poco más grueso de lo normal, y rizado. En fin, eso es inevitable. De momento tiene buen aspecto. Siéntese.

Bond rodeó la única silla encarada con M al otro lado del escritorio. Los ojos grises lo miraron directamente, lo atravesaron.

—¿Ha disfrutado de un buen descanso?

—Sí, gracias, señor.

—¿Ha visto alguna vez una de éstas? —Con gesto abrupto, M sacó algo del bolsillo de su chaleco que arrojó al centro del escritorio, en dirección a Bond, donde cayó con un débil golpecito sobre la superficie de cuero y quedó allí, brillando suntuosamente; se trataba de una moneda de oro batido de dos centímetros y medio de diámetro.

Bond la recogió, la volvió en la mano y la sopesó.

—No, señor. Debe de valer unas cinco libras, tal vez.

—Quince para un coleccionista. Es una *Rose Noble*<sup>[8]</sup> de Eduardo IV.

M volvió a meter los dedos en el bolsillo del chaleco y sacó otras magníficas monedas de oro que fue arrojando una a una sobre el escritorio ante Bond. Antes les

echaba una mirada y las identificaba.

—Una excelente mayor<sup>[9]</sup> española acuñada por Fernando e Isabel, de 1510; un *Ecu du Soleil* francés, acuñado por Carlos IX en 1574; *ecu d'or* doble francés de Enrique IV, 1600; un ducado doble español de Felipe II, 1560; un *ryder* holandés, de Carlos d'Egmond, 1538; un *cuádruple* genovés de 1617; un Luis, *á la meche courte* francés, de Luis XIV, 1644... Valdrían muchísimo dinero si fueran fundidas. Y valen todavía más como están, para los coleccionistas, entre diez y veinte libras esterlinas cada una. ¿Advierte algo en común entre todas ellas?

Bond reflexionó.

—No, señor.

—Todas fueron acuñadas antes de 1650. Morgan *el Sanguinario*, el pirata, fue gobernador y comandante en jefe de Jamaica entre 1674 y 1683. La moneda inglesa es la excepción del conjunto. Quizá porque formaba parte de un envío destinado a pagar a la guarnición de Jamaica. Pero de no ser por ella y por las fechas, estas monedas podrían proceder de cualquier otro tesoro hallado recientemente, de los que escondían los grandes piratas como L'Ollonais, Pierre *el Grande*, Sharp, Sawkins, *Barbanegra*. Según están las cosas, y tanto Spinks como el Museo Británico se muestran de acuerdo en este punto, las monedas pertenecen con casi total seguridad al tesoro de Morgan *el Sanguinario*.

M hizo una pausa para llenar la pipa y encenderla. No invitó a Bond a que fumara un cigarrillo, y éste no habría soñado siquiera con hacerlo sin ser autorizado.

—Y debe de tratarse de un tesoro condenadamente grande. Hasta el momento, unas mil monedas como éstas o similares han aparecido en Estados Unidos durante los últimos meses. Y si la sección especial de Hacienda y el FBI han descubierto un millar, ¿cuántas no habrán sido fundidas o habrán desaparecido para formar parte de colecciones privadas? Y no dejan de entrar en el país, aparecen en bancos, en manos de comerciantes de oro y plata, en tiendas de curiosidades; pero, sobre todo, en las casas de empeño, por supuesto. El FBI se encuentra en un verdadero aprieto. Si lo incluyen en los informes policiales como propiedad robada, saben que la fuente de procedencia se cerrará. Las fundirán en lingotes de oro que canalizarán directamente a través del mercado negro. Tendrán que sacrificar el valor como antigüedad de las monedas, pero el oro pasará de inmediato a circular clandestinamente. Al parecer, alguien está utilizando a los negros (mozos de estación, revisores de coches-cama, camioneros) para esparcir las monedas por todos los estados. Se trata de personas del todo inocentes. Aquí tiene un caso típico.

M abrió una carpeta marrón que lucía la estrella roja de alto secreto y de ella sacó una hoja de papel. Por transparencia, mientras M la sujetaba en el aire, Bond leyó el encabezamiento grabado: «Ministerio de Justicia. Oficina Federal de Investigación<sup>[10]</sup>».

—«Zachary Smith —comenzó a leer M—, 35 años, negro, miembro de la hermandad de mozos de equipaje de cochescama, domiciliado en el 90b de West 126th Street, Nueva York.» —M alzó la vista y añadió—: Harlem<sup>[11]</sup>. «El sujeto fue identificado por Arthur Fein (de las Joyerías Fein), del 870 de la avenida Lenox, como la persona que el 21 de noviembre próximo pasado le ofreció cuatro monedas de oro de los siglos XVI y XVII (se adjuntan detalles). Fein le ofreció cien dólares, precio que el hombre aceptó. Al ser interrogado más tarde, Smith declaró que se las había vendido en el Seventh Heaven Bar-B-Q (un bar de Harlem muy conocido), por veinte dólares cada una, un negro a quien nunca había visto antes ni se había encontrado otra vez desde entonces. El vendedor le había dicho que cada una valía cincuenta dólares en Tiffany's, pero que él (el vendedor) necesitaba dinero en efectivo con urgencia y Tiffany's quedaba demasiado lejos. Smith le compró una por veinte dólares, y cuando descubrió que en una casa de empeños del vecindario le ofrecían veinticinco dólares por ella, regresó al bar y compró las tres restantes por sesenta dólares. A la mañana siguiente se las llevó a Fein. El sujeto no tiene antecedentes penales.»

M guardó de nuevo la hoja dentro de la carpeta.

—Es un caso típico —repitió—. Varias veces han logrado dar con el siguiente eslabón de la cadena (el intermediario que las compró un poco más baratas), descubriendo que éste había adquirido un puñado de ellas, cien en un caso, de manos de algún otro hombre que presumiblemente las había conseguido por un precio aún más bajo. Estas transacciones de mayor envergadura han tenido lugar en Harlem o en Florida. Y en todos los casos, el siguiente eslabón de la cadena era un negro desconocido para el comprador, siempre bien vestido, de aspecto próspero, educado, que decía creer que las monedas procedían de un tesoro pirata escondido, del tesoro de *Barbanegra*.

»Esa historia de *Barbanegra* se sostendría ante la mayoría de las investigaciones que se realizaran —prosiguió M—, porque existen razones para creer que una parte de dicho tesoro fue desenterrado en torno a la Navidad de 1928, en un lugar llamado Plum Point. Se trata de una estrecha franja de tierra situada en el condado de Beaufort, en Carolina del Norte, donde el arroyo Bath Creek afluye al río Pamlico. No piense que soy un experto —añadió con una sonrisa—. Puede leer todo eso en el expediente. Así pues, en teoría, sería bastante razonable pensar que esos afortunados cazadores de tesoros escondieron entonces el botín en espera de que todo el mundo olvidara la historia, y ahora están introduciéndolo rápidamente en el mercado. O bien que se lo vendieron en bloque a alguien en aquel entonces, o más tarde, y que el comprador ha decidido transformarlo en dinero contante y sonante. En cualquier caso, es una tapadera bastante buena, de no ser por dos detalles.

M hizo una pausa para volver a encender la pipa.

—En primer lugar, *Barbanegra* estuvo activo entre 1690 y 1710, y resulta improbable que alguna de estas monedas haya sido acuñada después de 1650. Además, como he mencionado antes, resulta muy poco probable que en su tesoro hubiesen *Rose Nobles* de Eduardo IV, puesto que no existe constancia de que ningún barco inglés que transportara oro fuese capturado cuando iba hacia Jamaica. Los Hermanos de la Costa no los habrían atacado. Llevaban demasiada escolta. Si uno navegaba «en nombre del saqueo», como decían en aquella época, había presas mucho más fáciles.

M alzó los ojos al techo y luego volvió a posar su mirada sobre Bond.

—En segundo lugar —prosiguió—, yo sé dónde se halla ese tesoro que va saliendo a la luz. Al menos estoy bastante seguro de saberlo. No se encuentra en Estados Unidos, sino en Jamaica, y es el de Morgan *el Sanguinario*, y calculo que se trata de uno de los tesoros más valiosos de la historia.

—Buen Dios... —dijo Bond—. ¿Y cómo... dónde entramos nosotros en todo esto?

M alzó una mano.

—Encontrará todos los detalles aquí —anunció al tiempo que dejaba caer la mano sobre la carpeta marrón—. En pocas palabras, el puesto C se ha interesado por un yate diesel, el *Secatur*, que ha estado navegando desde una pequeña isla del norte de Jamaica, a través de los cayos de Florida, al interior del golfo de México, hasta un lugar llamado St. Petersburg, una especie de complejo de veraneo cercano a Tampa, en la costa occidental de Florida. Con la ayuda del FBI, hemos descubierto que el propietario del yate y de la isla es un hombre a quien llaman señor Big, un gángster negro. Vive en Harlem. ¿Ha oído hablar de él?

—No —respondió Bond.

—Y hay algo bastante curioso. —La voz de M se hizo más suave y queda.— Uno de los billetes de veinte dólares con que uno de esos negros inocentes había adquirido una moneda de oro, y cuyo número había anotado para el Peaka Peow (el juego de los números), fue usado por un ayudante del señor Big. —M señaló a Bond con la boquilla de la pipa.— Y lo usó para pagar la información recibida de un agente doble del FBI que es miembro del Partido Comunista.

Bond emitió un suave silbido.

—En resumen —continuó M—, sospechamos que ese tesoro jamaicano está siendo usado para financiar el sistema de espionaje soviético, o una parte importante del mismo, dentro de Estados Unidos. Y nuestra sospecha se transforma en certidumbre cuando se sabe quién es ese señor Big.

Bond aguardó con los ojos fijos en M.

—El señor Big —declaró M, sopesando sus palabras— es, probablemente, el delincuente negro más poderoso del mundo. —Enumeró con sumo cuidado cada



título—: jefe del Vudú de la Viuda Negra, y ese culto cree que es el propio barón Samedi. Encontrará la información referente a eso aquí dentro —añadió dando unos golpecitos a la carpeta—, y sentirá un miedo cervical. También es agente soviético. Y por último, algo que a usted le interesará de modo particular, es un destacado miembro de SMERSH.

—Sí —asintió Bond con lentitud—. Ya veo.

—Se trata de un caso muy serio —comentó M, mientras lo miraba fijamente—. Y ese señor Big es todo un personaje.

—Creo que nunca antes había oído hablar de un gran delincuente negro —dijo Bond—. De chinos, por supuesto que sí, los hombres que están detrás del tráfico de opio. Ha habido algunos peces gordos japoneses, sobre todo en el tráfico de perlas y drogas. Hay muchos negros que están mezclados en el tráfico de diamantes y oro de África, pero siempre se trata de cuestiones de poca monta. No parecen dedicarse a ese asunto a gran escala. Son tipos bastante respetuosos de la ley, diría yo, excepto cuando beben demasiado.

—Nuestro hombre es algo así como una excepción —explicó M—. No es un negro puro. Nació en Haití. Tiene una buena dosis de sangre francesa. Y las razas negras están comenzando a dar genios en todas las profesiones: científicos, médicos, escritores. Ya era hora de que produjeran un gran delincuente. Al fin y al cabo, hay doscientos cincuenta millones de ellos en el mundo. Casi un tercio de la población blanca. Tienen cerebro de sobras, y capacidades, y agallas. Y ahora Moscú ha enseñado la técnica a uno de ellos.

—Me gustaría conocerlo —comentó Bond. Luego, con voz suave, agregó—: Me gustaría conocer a cualquier miembro de SMERSH.

—Muy bien pues, Bond. El caso es suyo. —Le entregó la carpeta marrón.— Hable del asunto con Plender y Damon. Quiero que esté preparado para empezar dentro de una semana. Es un trabajo conjunto con la CIA y el FBI. Por el amor de Dios, tenga cuidado de no pisarle los pies al FBI. Los tiene cubiertos de callos. Buena suerte.

Bond había bajado directamente a ver al capitán de fragata Damon, jefe de la sección A, un canadiense despierto que controlaba el enlace con la Agencia Central de Inteligencia, el servicio secreto estadounidense.

Damon alzó la vista del escritorio.

—Veo que lo ha traído —comentó mirando la carpeta—. Ya suponía que lo haría. Siéntese. —Con un gesto señaló un sillón que se encontraba junto a la estufa eléctrica.— Cuando haya acabado de leerlo, le daré la información adicional.

## Capítulo 3

### Una tarjeta de visita

Y ya habían pasado diez días desde aquello, y la conversación con Dexter y Leiter no había añadido mucho a lo que ya sabía, reflexionó Bond cuando despertó lentamente en el lujoso dormitorio del hotel St. Regis a la mañana siguiente de su llegada a Nueva York.

Dexter disponía de datos abundantes sobre el señor Big, pero ninguno de ellos arrojaba una luz nueva sobre el caso. El señor Big tenía cuarenta y cinco años, había nacido en Haití, y era medio negro y medio francés. Debido a las iniciales de su fantástico nombre, Buonaparte Ignace Gallia, y a causa de su estatura y corpulencia enormes, la gente acabó llamándolo, ya en la juventud, «Big Boy», o simplemente «Big». Más tarde el mote se convirtió en «The Big Man» o «señor Big»<sup>[12]</sup>, y sus nombres y apellido reales sólo permanecieron en el registro parroquial de Haití y en el expediente del FBI. No tenía ningún vicio conocido excepto las mujeres, de las que echaba mano en abundancia. No bebía ni fumaba, y su único talón de Aquiles parecía ser una cardiopatía crónica que, en los últimos años, le había conferido aquel tono grisáceo que se apreciaba en su piel.

De niño, *Big Boy* fue iniciado en el vudú; luego se ganó la vida como camionero en Puerto Príncipe, y, más tarde, emigró a Estados Unidos, donde prosperó trabajando con un grupo de salteadores de camiones que transportaban alcohol ilegal para la banda de Legs Diamond. Con el fin de la ley seca, se trasladó a Harlem y compró participaciones en un pequeño club nocturno, y una buena serie de prostitutas de lujo negras. Encontraron a su socio dentro de un tambor de cemento en el río Harlem en 1938, y el señor Big pasó a ser automáticamente el único propietario del negocio. En 1943 fue llamado a filas, y a causa de su excelente dominio de la lengua francesa, atrajo la atención de la oficina de Servicios Estratégicos, el servicio secreto estadounidense durante la guerra, que lo entrenó de modo minucioso y lo trasladó a Marsella como agente contra los colaboracionistas de Pétain. Se integró con facilidad en el grupo de estibadores negros del puerto y realizó una buena labor, proporcionando a su departamento una información naval valiosa y precisa. Trabajaba en estrecha colaboración con un espía soviético que realizaba un trabajo similar para los rusos. Cuando la guerra finalizó quedó desmovilizado en Francia, fue condecorado por los estadounidenses y los franceses, y luego desapareció durante cinco años, que probablemente pasó en Moscú. En 1950 regresó a Harlem y muy pronto llamó la atención del FBI como sospechoso de ser agente soviético. Pero jamás se incriminó ni cayó en ninguna de las trampas preparadas por los federales. Compró tres clubes nocturnos y una próspera cadena de burdeles en Harlem. Parecía contar con fondos ilimitados, y a todos sus ayudantes les pagaba, sin excepción, un

suelo de veinte mil dólares al año. Consecuencia de ello, y como resultado de las depuraciones mediante asesinato, era servido con pericia y rapidez. Se sabía que había fundado un templo vudú clandestino en Harlem, estableciendo lazos entre éste y el culto original de Haití. Comenzó a correr el rumor de que era el zombi o el cadáver viviente del mismísimo barón Samedi, el temido príncipe de las tinieblas, y él alimentaba la historia de modo que a esas alturas era una idea aceptada por todos en las capas más bajas del mundo negro. Como resultado, inspiraba un miedo auténtico que era sustentado con fuerza por la inmediatez, y a menudo misteriosa, muerte de cualquiera que lo enfureciera o desobedeciera sus órdenes.

Bond había interrogado a Dexter y Leiter con gran minuciosidad acerca de las pruebas que relacionaban al gigantesco negro con SMERSH. Sin duda parecían concluyentes.

En 1951, mediante la promesa de un millón de dólares en oro y de un refugio seguro después de trabajar seis meses para ellos, el FBI había por fin persuadido a un conocido agente soviético del MVD<sup>[13]</sup> para que se convirtiera en agente doble. Todo marchó bien durante un mes, y los resultados superaron las máximas expectativas. El espía ruso ocupaba el cargo de especialista económico de la delegación soviética en Naciones Unidas.

Un sábado fue a coger el metro para trasladarse al campo de descanso de fin de semana que los soviéticos tenían en Glen Cove, la antigua propiedad de Morgan en Long Island. Cuando se encontraba en el andén, un negro enorme, identificado positivamente mediante fotografías como *Big Man* (hombre grande), se detuvo junto a él cuando el tren entraba en la estación, y luego lo vieron caminando hacia la salida incluso antes de que el primer coche se hubiese detenido sobre los ensangrentados restos del ruso. Nadie vió como empujaba al agente doble, pero a cubierto de la multitud no le habría resultado difícil hacerlo. Los testigos declaraban que no podía tratarse de un suicidio. El hombre había proferido un grito horrible al caer y llevaba (¡toque melancólico!) una bolsa de palos de golf colgada del hombro. *Big Man*, por supuesto, tenía una coartada tan sólida como Fort Knox. Lo habían detenido e interrogado, pero el mejor abogado de Harlem logró su pronta libertad.

Las pruebas eran válidas para Bond. Se trataba del hombre perfecto para SMERSH, con el entrenamiento ideal. Un arma auténtica y dura para el terror y la muerte. ¡Y qué montaje tan brillante para aprovechar a los peces pequeños del submundo negro y mantener en condiciones satisfactorias una red de información integrada por negros! ¡El miedo al vudú y a lo sobrenatural, aún profunda y primitivamente arraigado en el subconsciente negro! ¡Y qué genialidad la de empezar por tener bajo vigilancia a la totalidad del sistema de transportes de Estados Unidos: trenes, mozos de equipaje, camioneros, estibadores! Disponer de toda una hueste de hombres que no tendría ni idea de que las preguntas que respondían habían sido

formuladas por la Unión Soviética. Profesionales de escasa importancia que, si se les ocurría pensar en el asunto, conjeturarían que la información referente a fletes de mercancías y horarios estaba siendo vendida a empresas de transporte rivales.

Como en otras ocasiones, Bond sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral ante la fría eficiencia brillante de la maquinaria soviética, y ante el miedo a la muerte y a la tortura que la hacía funcionar, y de la cual SMERSH era el motor supremo: SMERSH, el mismísimo susurro de la muerte.

En su dormitorio del St. Regis, Bond apartó de sí esos pensamientos y saltó con impaciencia fuera de la cama. Bueno, había uno de ellos a mano, listo para machacarlo. En el Royale sólo había captado un atisbo del agente de SMERSH. Esta vez lo enfrentaría cara a cara. ¿El *Big Man*? Pues entonces que fuera un gigante y un homicidio homérico<sup>[14]</sup>.

Avanzó hasta la ventana y descorrió las cortinas. La habitación daba al norte, hacia Harlem. Bond dirigió la mirada durante un momento hacia el horizonte septentrional, donde otro hombre estaría durmiendo en su habitación, o tal vez despierto y pensando, casi seguro, en él. En el agente británico, al que había visto con Dexter en la escalera de entrada del hotel. Bond contempló el hermoso día y sonrió. Y a ningún hombre, ni siquiera al señor Big, le habría gustado la expresión que afloró a su rostro.

Se encogió de hombros y avanzó con rapidez hacia el teléfono.

—Hotel St. Regis, buenos días —le respondió una voz alegre y vigorosa.

—Con el servicio de habitaciones, por favor —pidió él—. ¿Servicio de habitaciones? —preguntó cuando volvieron a responderle desde otra extensión—. Deseo pedir el desayuno. Zumo de naranja, tres huevos revueltos poco hechos, con tocino, y dos cafés expresos con crema de leche. Tostadas y mermelada de naranja. ¿Lo ha anotado todo?

Le repitieron lo solicitado. A continuación se dirigió al pequeño vestíbulo y recogió un montón de periódicos de medio kilo de peso que habían depositado silenciosamente al lado interior de la puerta a primera hora de la mañana. También había una pila de paquetes sobre la mesa de la entrada, a los que Bond no hizo el más mínimo caso.

Durante la tarde anterior había tenido que someterse a un cierto grado de transformación en manos del FBI, para parecerse más a un estadounidense. Acudió un sastre para tomarle las medidas con el fin de confeccionarle dos trajes sin cruzar de estambre fino azul oscuro (Bond se había negado con firmeza a llevar cualquier cosa más llamativa), y un camisero le llevó gélidas camisas de nilón blancas con largos cuellos puntiagudos. Tuvo que aceptar media docena de corbatas de seda y algodón con estampados extravagantes, calcetines oscuros con un dibujo decorativo a la altura del tobillo, dos o tres pañuelos para el bolsillo superior de la americana,

camisetas y calzoncillos de nilón (que allí llamaban camisas de manga corta y pantalones cortos), un cómodo abrigo ligero de pelo de camello con hombreras demasiado grandes, un sombrero de fieltro flexible gris liso con ala vuelta, cuya copa estaba rodeada por una cinta negra, y dos pares de mocasines negros cosidos a mano muy cómodos e «informales».

También le proporcionaron un alfiler de corbata «muy elegante» en forma de látigo, una billetera de piel de caimán de Mark Cross, un sencillo encendedor Zippo, un «neceser de viaje» que contenía maquinilla de afeitar, cepillo para el pelo y cepillo de dientes, unas gafas de montura de cuerno con cristales sin graduar, varios accesorios más y, finalmente, una maleta ligera modelo Skymate, de la marca Hartman, para guardarlo todo.

Le permitieron conservar la Beretta calibre veinticinco con culata de esqueleto y funda sobaquera de gamuza, pero todas sus demás pertenencias serían recogidas a mediodía y enviadas a Jamaica, donde permanecerían hasta su vuelta a la isla.

Le hicieron un nuevo corte de pelo estilo militar y le dijeron que era natural de Boston, Nueva Inglaterra, que trabajaba en la sucursal de Londres de la Guaranty Trust Company y que estaba de vacaciones. Le recordaron que en los restaurantes pidiera la «nota» en lugar de la «cuenta», que dijera «*cab*» en lugar de «taxi» y —esta advertencia hecha por Leiter— que evitara las palabras de más de dos sílabas.

«Puedes mantener cualquier conversación con un estadounidense —le aconsejó Leiter— con las palabras "ya", "no" y "claro".»

La expresión británica que debía evitar a toda costa, añadió Leiter, era «de hecho». Él respondió que no formaba parte de su vocabulario.

Bond lanzó una mirada ceñuda a los paquetes que contenían su nueva identidad, se quitó el pijama por última vez («en Estados Unidos solemos dormir en cueros, señor Bond») y se dio una ducha helada. Mientras se afeitaba, estudió su rostro en el espejo. Le habían recortado bastante el mechón de negro que le caía sobre la ceja derecha, y el resto era ahora muy corto en las sienes. Nada pudieron hacer para disimular la fina cicatriz vertical que le bajaba por la mejilla derecha —aunque el FBI había experimentado con maquillaje Cover-Mark—, ni la frialdad y el leve asomo de ira de sus ojos azul grisáceo, pero en su negro cabello y sus altos pómulos se veía la mezcla de sangres del continente americano, y Bond pensó que podría pasar inadvertido... excepto, quizá, con las mujeres.

Desnudo, Bond salió al pequeño vestíbulo y rasgó el envoltorio de algunos de los paquetes. Más tarde, ataviado con camisa blanca y pantalones azul oscuro, se encaminó hacia la sala de estar, acercó una silla al escritorio situado cerca de la ventana y abrió el libro titulado *The Travellers Tree*, de Patrick Leigh Fermor.

Esa extraordinaria obra le había sido recomendada por M.

«Su autor es un hombre que sabe de qué habla —le aseguró—, y no olvide que en

él relata lo que sucedía en Haití en 1950. No trata de cuestiones de magia negra medieval. Son ritos que se practican cada día.»

Bond ya había leído la mitad del capítulo dedicado a Haití.

«El paso siguiente —siguió leyendo— es la invocación de los miembros del mal del panteón vudú —Don Pedro, Kitta, Mondongue, Bakalou y Zandor— con propósitos dañinos, como la famosa práctica de origen congoleño de transformar a las personas en zombis para utilizarlas como esclavas, la realización de maleficios y la destrucción de enemigos. Los efectos del conjuro, del cual la forma exterior puede ser una imagen de la víctima contra la que va dirigido, un ataúd en miniatura o un sapo, son a menudo reforzados por el uso independiente de un veneno. El padre Cosme abordó extensamente la superstición que sostiene que hay hombres con ciertos poderes que les permiten transformarse en serpiente; los hombres lobo hechiceros que por la noche vuelan en forma de vampiros y beben la sangre de los niños; de hombres que merman hasta un tamaño infinitesimal y ruedan por los campos dentro de calabazas. Lo que parecía mucho más siniestro era una serie de sociedades místico-criminales secretas integradas por brujos con nombres de pesadilla, como *les Mackanda*, llamados así por la campaña de envenenamientos del héroe haitiano; *les Zobop*, que también eran ladrones; los *Mazanxa*, *Caporelata* y *Vlinbindingue*. Estos eran los misteriosos grupos cuyos dioses exigían (en lugar del sacrificio de un gallo, una paloma, una cabra, un perro o un cerdo, como sucede en los ritos vudú normales) el sacrificio de un *cabrit sans comes*. Este cabrito sin cuernos, por supuesto, significaba un ser humano...»

Bond iba pasando las páginas, y algunos pasajes se combinaban para formar en su mente una extraordinaria imagen de religión oscura y ritos terribles.

«Lentamente, de entre la confusión, el humo y el atronador sonido de los tambores que, durante un rato, vaciaban la mente de todo lo que no fuera su propio impacto, los detalles comenzaron a diferenciarse...

»... Los danzarines se movían adelante y atrás arrastrando los pies, muy lentamente, y con cada paso del baile sus mentones salían disparados hacia delante y sus nalgas se proyectaban hacia arriba, mientras sacudían los hombros con gran rapidez.

»Tenían los ojos entrecerrados y de sus bocas salían una y otra vez las mismas palabras incomprensibles, el mismo verso corto de canción salmodiada, entonada una octava más abajo tras cada repetición. Al producirse un cambio en el tamborileo, irguieron el cuerpo, lanzaron los brazos a lo alto, mientras ponían los ojos en blanco, y giraban sobre sí una y otra vez...

»... Al llegar a la periferia de la multitud encontramos una cabaña pequeña, apenas más grande que una caseta de perro: *Le caye Zombi*. El haz de una linterna nos permitió ver que dentro había una cruz negra, harapos, cadenas, grilletes y látigos: pertrechos usados en las ceremonias Ghédé que los etnólogos haitianos relacionan con los ritos de rejuvenecimiento de Osiris que se narran en el *Libro de los muertos*. Ardía una hoguera en la que había colocados dos sables y un enorme par de tenazas, cuya parte inferior estaba al rojo vivo: *le Feu Marinette*, dedicado a una diosa que encarnaba el anverso malvado de la dulce y amorosa *Maitresse* Erzulie Fréda Dohomin, la diosa del amor. Más allá, con la base firmemente sujeta en una cavidad de piedra, se alzaba una gran cruz negra de madera. Cerca de la base habían pintado una calavera blanca, y las mangas de un chaqué muy viejo estaban enhebradas en los brazos de la cruz. Allí descansaba también el ala de un deslucido sombrero hongo, a través de cuya copa rasgada sobresalía la parte superior de la cruz. Este tótem, con el que deben contar todos los peristilos de sus templos, no es una caricatura del principal acontecimiento de la fe cristiana, sino que representa al dios de los cementerios y jefe de la legión de los muertos, el barón Samedi. El barón es la autoridad suprema en todos los asuntos que guarden una relación inmediata con la tumba. Es Cerbero y Caronte, así como Eaco, Radamanto y Plutón...

»... Los tambores cambiaron su ritmo y el Houngenikon llegó danzando al círculo con una vasija en las manos en la que ardía algún líquido inflamable del que salían llamas azules y amarillas. Mientras describía círculos alrededor de la columna y derramaba tres libaciones de fuego, sus pasos comenzaron a vacilar. A continuación, saltó hacia atrás, con los mismos síntomas de delirio que se habían manifestado ya en su predecesor, y arrojó al suelo todo el líquido en llamas. Los *houncis* lo sujetaron mientras se tambaleaba, le quitaron las sandalias y le enrollaron los bajos del pantalón, mientras el pañuelo que le cubría la cabeza caía al suelo, dejando desnuda su joven cabeza cubierta de cabello crespo. Los demás *houncis* se arrodillaron para posar las manos sobre el fango ardiente y frotárselas con él, además de hacerlo por codos y rostro. La campanilla y el *agón* del Houngan repiquetearon officiosamente, y los demás dejaron solo al joven sacerdote, que se tambaleaba y chocaba contra la columna, salía despedido impotente por la pista y caía entre los tambores. Tenía los ojos cerrados, la frente arrugada con fuerza y el mentón le colgaba flojo. Luego, como si un puño invisible le hubiese asestado un golpe formidable, se desplomó sobre el suelo, donde quedó tendido con la cabeza echada atrás en un rictus de angustia hasta que los tendones del cuello y los hombros sobresalieron como gruesas raíces. Una de sus manos pasó por debajo de la espalda que estaba en el aire y aferró el codo contrario como si pretendiera partirse su propio brazo, y todo su cuerpo, del que manaban ríos de sudor, se estremecía y temblaba como un perro que sueña. Sólo era visible el blanco de los ojos, a pesar de que los

tenía abiertos de par en par; las pupilas habían desaparecido bajo los párpados superiores. En sus labios se acumulaba la espuma...

»... Entonces, el Houngan, danzando con pasos lentos mientras blandía un machete, avanzó desde la hoguera; lanzaba el arma al aire una y otra vez y la atrapaba por la empuñadura. Al cabo de unos minutos la cogió por el extremo embotado de la hoja. El Houngenikon avanzó bailando hacia él, tendió las manos y cogió el machete por la empuñadura. El sacerdote retrocedió y el joven, girando rápidamente y saltando, fue dando vueltas de un lado a otro del *tonnelle*. El círculo de espectadores se inclinaba hacia atrás cuando, blandiendo el machete por encima de su cabeza, el muchacho se lanzaba sobre ellos, con un aspecto aún más feroz en su rostro de mandril a causa de las separaciones que había entre sus dientes desnudos. El *tonnelle* se vio colmado por unos segundos de un terror genuino y puro. El canto se había transformado en un aullido universal y los tamborileros, zarandeándose con el cuerpo flojo al ritmo del frenético e invisible movimiento de sus manos, estaban perdidos en el éxtasis de ruido.

»Lanzando la cabeza atrás, el novicio se asestó un golpe en el estómago con el extremo romo del machete. Se le doblaron las rodillas y su cabeza cayó adelante...»

Se oyó un golpe de llamada en la puerta, y un camarero entró con el desayuno. Bond se alegró de la oportunidad para dejar a un lado aquel relato terrorífico y regresar al mundo de la normalidad. Pero pasaron varios minutos antes de que lograra olvidar la atmósfera cargada de terror y de fuerzas ocultas que lo había rodeado mientras leía.

Con el desayuno llegó otro paquete cuadrado de unos treinta centímetros de lado, de aspecto costoso, que Bond pidió al camarero que dejara sobre el aparador. Alguna ocurrencia de última hora de Leiter, supuso. Desayunó con gusto. Mientras comía, miraba por la ventana y reflexionaba acerca de cuanto acababa de leer.

No fue hasta que hubo bebido el último sorbo de café y encendido el primer cigarrillo del día, cuando se dio cuenta de pronto del ligero ruido que había en la habitación, a su espalda.

Era un tictac suave, amortiguado, pausado, metálico. Y procedía del aparador.

Tic-tac... tic-tac... tic-tac.

Sin vacilar ni un solo instante, sin importarle si parecía estúpido, se lanzó al suelo detrás del sillón y se agachó, con todos los sentidos concentrados en el ruido procedente del paquete cuadrado.

«Tranquilo —se dijo—. No seas idiota. Es sólo un reloj.»

Pero ¿por qué un reloj? ¿Por qué iban a regalarle un reloj? ¿Y quién haría algo así?

Tic-tac... tic-tac... tic-tac.



En el absoluto silencio de la habitación, se había convertido en un ruido potentísimo. Parecía llevar el ritmo de los fuertes latidos del corazón de Bond.

«No seas ridículo. Ese cuento del vudú de Leigh Fermor te ha puesto los nervios de punta. Esos tambores...»

Tic-tac... tic-tac... tic-...

Y entonces, de repente, la alarma se disparó con un campanilleo grave, melodioso y urgente.

Tangtangtangtangtang...

Los músculos de Bond se relajaron. El cigarrillo estaba haciendo un agujero a la moqueta. Lo recogió y se lo puso entre los labios. Las bombas que llevan despertador estallan cuando el martillete da sobre la campana, golpea la espiga de un detonador, éste enciende el explosivo y BUUUM...

Bond asomó la cabeza por encima del respaldo del sillón y observó el paquete.

Tangtangtangtangtang...

El amortiguado campanilleo continuó durante aproximadamente medio minuto y luego comenzó a enlentecer.

Tang... tang.... tang... tang... tang... CRRRAC...

El estallido no fue más fuerte que el de un cartucho de doce milímetros, pero en aquel espacio cerrado la explosión resultó impresionante.

El paquete, hecho pedazos, cayó al suelo. Los vasos y botellas que había sobre el aparador estaban hechos añicos, y había una mancha de humo negra en la pared gris que quedaba detrás. Algunos trozos de vidrio cayeron al suelo con un tintineo. En la habitación se percibía un fuerte olor a pólvora.

Bond se puso de pie con lentitud. Anduvo hasta la ventana y la abrió. A continuación fue al teléfono y marcó el número de Dexter.

—Una piña... —dijo con voz serena—. No, una pequeña, sólo algunas cosas de vidrio... De acuerdo, gracias... Por supuesto que no, hasta luego.

Rodeó los restos de la explosión, cruzó el pequeño vestíbulo hasta la puerta que daba al pasillo, la abrió, colgó por la parte de fuera el letrero de *no molestar*, la cerró con pestillo y regresó sobre sus pasos para entrar en el dormitorio.

Cuando ya había acabado de vestirse, oyó un golpe de llamada en la puerta.

—¿Sí? —preguntó en voz alta.

—No se preocupe. Soy Dexter.

El hombre entró con pasos apresurados, y tras él lo hizo un joven cetrino que llevaba una caja negra debajo de un brazo.

—Éste es Trippe, de la división de Sabotaje —lo presentó Dexter.

Se estrecharon la mano y, de inmediato, el joven se puso de rodillas junto a los chamuscados restos del paquete.

Abrió la caja y sacó un par de guantes de goma y un puñado de pinzas de dentista.

Valiéndose de esas herramientas, extrajo con suma cautela pequeños trozos de metal y vidrio de dentro del paquete chamuscado, y los colocó sobre un papel secante que cogió del escritorio.

Mientras trabajaba, preguntó a Bond qué había sucedido.

—¿Una alarma de alrededor de medio minuto? Ya veo. Vaya, ¿qué tenemos aquí?

Extrajo con delicadeza un pequeño recipiente de aluminio del tipo que se usa para los carretes fotográficos ya expuestos. Lo dejó a un lado. Pasados unos minutos, se incorporó quedando acuclillado.

—Una cápsula de ácido de medio minuto —anunció—. La rompió el primer golpe del martillete de la alarma. El ácido corroe un fino alambre de cobre, que se rompe treinta segundos más tarde y deja caer un percutor sobre el casquillo de esto. —Alzó la parte inferior de un cartucho.— Un proyectil del calibre cuatro para elefantes. Pólvora negra. No hay estrías. No ha sido disparado. Menos mal que no era una granada. En el paquete había espacio más que suficiente para colocarla. Usted habría resultado herido. Ahora echemos una mirada a esto.

Cogió el cilindro de aluminio, desenroscó la tapa y extrajo un pequeño rollo de papel que desplegó con las pinzas.

Lo extendió con cuidado sobre la alfombra y sujetó los extremos con cuatro herramientas que sacó de la caja negra. En el papel había escritas a máquina tres frases. Bond y Dexter se inclinaron.

«El corazón de este reloj ha dejado de latir —leyeron—, Los latidos de su propio corazón están numerados. Conozco ese número y he comenzado a contar.»

La firma del mensaje era: «1234567...?»

Ambos se irguieron.

—Hum —murmuró Bond—. Esto es cosa del *Coco*.

—¿Cómo demonios se ha enterado de que estaba usted aquí? —preguntó Dexter.

Bond le habló del sedán negro de la calle Cincuenta y cinco.

—Pero lo que importa saber es ¿cómo se ha enterado de que tengo una misión aquí? Demuestra que posee un control bastante grande de cuanto sucede en Washington. Debe de haber una filtración del tamaño del Gran Cañón en alguna parte.

—¿Por qué habría de ser en Washington? —quiso saber Dexter, con voz tensa—. En fin... —Se controló con una risa forzada.— ¡Infiernos y condenación! Tendré que entregar un informe en la oficina central acerca de este asunto. Hasta la vista, señor Bond. Me alegro de que no haya resultado herido.

—Gracias —respondió Bond—. No ha sido más que la tarjeta de visita. Tengo

que devolver la amabilidad.

## Capítulo 4

### La gran centralita

Cuando Dexter y su colega se marcharon con los restos de la bomba, Bond cogió una toalla húmeda y limpió la mancha de humo de la pared. Luego llamó por teléfono al camarero y, sin darle explicaciones, le pidió que cargara los vasos rotos a su cuenta y que retirara el servicio de desayuno. A continuación cogió el sombrero y el abrigo y salió a la calle.

Pasó la mañana en la Quinta Avenida y en Broadway, vagando sin rumbo, mirando los escaparates de las tiendas y observando a la multitud de gente que pasaba a su lado. Poco a poco asimiló el modo de andar y los modales de un visitante forastero, y cuando se puso a prueba entrando en unas cuantas tiendas y preguntando por una u otra calle a varias personas, descubrió que nadie lo miraba dos veces.

Tomó un típico almuerzo estadounidense en un restaurante llamado Gloryfied Ham-N-Eggs («Los huevos que serviremos mañana aún están dentro de las gallinas»), situado en la avenida Lexington, y luego cogió un taxi hacia el centro para acudir a la comisaría central de policía, donde había quedado con Leiter y Dexter a las dos y media de la tarde.

Un tal teniente Binswanger, de Homicidios, un oficial suspicaz y de modales ásperos que se aproximaba a los cincuenta años, les anunció que el comisario Monahan había dicho que contarán con la plena cooperación del departamento de Policía. ¿Qué podía hacer por ellos? Examinaron el expediente policial del señor Big, que más o menos era una repetición de los informes aportados por Dexter, y les mostraron los expedientes y fotografías de la mayoría de sus ayudantes conocidos.

Repasaron los informes de la guardia costera de Estados Unidos acerca de las idas y venidas del yate *Secatur*, así como los del servicio de aduanas estadounidense, que había mantenido a la embarcación estrechamente vigilada cada vez que atracaba en la cala de St. Petersburg.

Éstos confirmaban que el yate había atracado a intervalos regulares en dicho puerto, amarrando en todas las ocasiones en el muelle de la compañía Ourobouros Worm and Bait Shippers Inc., una empresa de apariencia inocente cuyo principal negocio consistía en vender cebo vivo a los clubes de pesca de Florida, el golfo de México y más allá. La empresa también contaba con una productiva actividad complementaria de venta de conchas marinas y corales para decoración de interiores, y con otra rama de comercio en peces tropicales de acuario, en particular especies venenosas poco frecuentes destinadas a los departamentos de investigación de fundaciones médicas y químicas.

Según el propietario, un pescador de esponjas griego que vivía en la cercana ciudad de Tarpon Springs, el *Secatur* hacía buenos negocios con su empresa

llevándole cargamentos de conchas de *Strombus gigas* y de otros moluscos de Jamaica, además de variedades muy apreciadas de peces tropicales. La compañía Oubouros compraba todo eso, lo guardaba en sus almacenes y lo vendía a granel a comerciantes mayoristas y minoristas de toda la costa. El griego se llamaba Papagos. No tenía antecedentes penales.

El FBI, con la ayuda de Inteligencia Naval, había intentado escuchar la radio del *Secatur*, pero la embarcación se mantenía en silencio excepto para enviar mensajes cortos antes de salir de Cuba o de Jamaica, y en esos casos transmitía sin codificador, pero en un lenguaje desconocido que resultaba por completo incomprensible. Las últimas anotaciones del expediente decían que el operador de radio hablaba en *lengua*, el lenguaje secreto vudú que sólo usaban los iniciados. Le dijeron que harían todo lo posible para contratar a un experto de Haití antes del siguiente viaje de la embarcación.

—Últimamente ha estado apareciendo más oro —comentó el teniente Binswanger cuando regresaron a su despacho, tras abandonar el departamento de identificación, que se encontraba al otro lado de la calle—. Han lanzado cien monedas en una semana sólo en Harlem y Nueva York. ¿Quieren que hagamos algo al respecto? Si se encuentran en lo cierto, y se trata de fondos comunistas, deben de estar entrándolos en el país con bastante rapidez mientras nosotros nos quedamos con el culo pegado a la silla sin hacer nada.

—El jefe dice que de momento tenemos que dejar que sigan con ello —respondió Dexter—. Espero que entremos en acción dentro de poco.

—Bueno, el caso está por completo en sus manos —reconoció Binswanger, de mala gana—. Pero les aseguro que al comisario no le gusta en absoluto tener a ese bastardo cagándole en el escalón de la puerta mientras el señor Hoover se queda sentado en Washington, a sotavento del olor. ¿Por qué no lo acusamos de evasión de impuestos, violación de los servicios de correos, o aparcamiento indebido delante de una boca de incendios o de una alcantarilla? Lo metemos en el calabozo y le damos una buena. Si los federales no quieren ensuciarse las manos, a nosotros nos encantará hacerles ese favor.

—¿Acaso desea crear un alboroto racial? —objetó Dexter con amargura—. No tenemos nada contra él, y usted lo sabe igual que nosotros. Si ese picapleitos negro que tiene no ha conseguido que lo pongan en libertad al cabo de media hora, esos tambores vudú comenzarán a sonar desde aquí hasta la frontera sur. Cuando las cosas llegan a ese punto, todos sabemos lo que ocurre. ¿Recuerda los años treinta y cinco y cuarenta y tres? Ustedes tuvieron que pedir la ayuda de la milicia. Nosotros no solicitamos este caso. El presidente nos lo ha dado y tenemos que continuar con él.

Ya de regreso en el deslucido despacho de Binswanger, recogieron los abrigos y los sombreros.

—De todas formas, gracias por su ayuda, teniente —se despidió Dexter con una cordialidad forzada, cuando se marchaban—; ha sido muy valiosa.

—No hay de qué —respondió Binswanger con tono glacial—. El ascensor está a la derecha. —Cerró con un portazo detrás de ellos.

A espaldas de Dexter, Leiter hizo un guiño a Bond. En silencio, bajaron y se dirigieron hacia la puerta principal, que daba a Center Street.

Ya en la acera, Dexter se volvió a mirarlos.

—Esta mañana he recibido instrucciones de Washington —comentó sin evidenciar emoción alguna—. Parece que debo hacerme cargo de lo que concierne a Harlem, y que ustedes dos tienen que ir mañana a St. Petersburg. Leiter ha de averiguar lo que pueda allí y luego marcharse de inmediato a Jamaica con usted, señor Bond. Es decir —añadió—, si no le importa que lo acompañe. Es su territorio.

—Por supuesto —respondió Bond—. De todas formas iba a preguntarle si vendría conmigo.

—Bien —concluyó Dexter—. En ese caso diré a los de Washington que todo está arreglado. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted? Cualquier comunicación con el FBI deberá establecerse con Washington, por supuesto. Leiter tiene los nombres de todos los hombres de Florida, conoce los códigos y demás.

—Si a Leiter le interesa, y a usted no le importa —comentó Bond—, me gustaría mucho ir hasta Harlem esta noche y echar un vistazo por allí. Quizá resultara de utilidad hacerse una idea de qué aspecto tiene el «patio» de Big.

Dexter se quedó pensativo.

—De acuerdo —respondió al fin—. Probablemente eso no hará ningún daño. Pero no se dejen ver demasiado. Y procuren no exponerse a ningún peligro, porque no habrá nadie que pueda ayudarlos. Y no vayan por ahí alborotándonos las cosas. Este caso no está maduro todavía. Y mientras siga así, nuestra política con el señor Big es la de «vive y deja vivir».

Bond miró a Dexter con aire burlón.

—En mi profesión —dijo—, cuando me tropiezo con un hombre como ése, tengo otra divisa: «vive y deja morir».

Dexter se encogió de hombros.

—Tal vez —respondió—, pero ahora está bajo mis órdenes, señor Bond, y me sentiré complacido si las acata.

—Por supuesto —le aseguró Bond—, y gracias por toda la ayuda que me ha prestado. Espero que tenga suerte con su parte del caso.

Dexter alzó un brazo para detener un taxi. Se estrecharon la mano.

—Hasta pronto, muchachos —fue la breve despedida de Dexter—. Conserve la vida.

El taxi se incorporó al tráfico que ascendía hacia la parte alta de la ciudad. Bond y

Leiter se sonrieron el uno al otro.

—Un tipo capaz, diría yo —comentó Bond.

—En su profesión todos lo son —admitió Leiter—. Con tendencia a mostrarse algo pomposos y estirados. Un poco quisquillosos cuando se trata de sus derechos. Siempre están riñendo con nosotros o con la policía. Pero supongo que en Inglaterra tenéis más o menos el mismo problema.

—Desde luego —asintió Bond—. Siempre vamos a contrapelo del MI5, y ellos siempre le pisan los callos a la brigada especial. La de Scotland Yard —aclaró—. Bueno, ¿qué me dices acerca de darnos una vuelta por Harlem esta noche?

—Me parece bien —respondió Leiter—. Te dejaré en el St. Regis y pasaré a recogerte a eso de las seis y media. Te esperaré en el bar King Colé de la planta baja. Supongo que quieres echar un vistazo a ese señor Big —dijo con una sonrisa—. La verdad es que yo también, pero no habría sido conveniente decírselo a Dexter.

Hizo señas para detener un taxi.

—Al St. Regis —ordenó al taxista—. En la esquina de la Quinta Avenida y la Cincuenta y cinco.

Entraron en el automóvil, una caja de hojalata recalentada que olía a humo de cigarro de la semana anterior.

Leiter bajó la ventanilla.

—Pero ¿qué quiere hacer? —preguntó el taxista por encima del hombro—. ¿Matarme de una neumonía?

—Exacto —respondió Leiter—, si con eso evitamos morir en esta cámara de gas.

—Es un tío listo, ¿eh? —dijo el taxista, haciendo chirriar el cambio de marcha. Se quitó una colilla de cigarro masticada de detrás de la oreja—. Tres por veinticinco centavos —declaró con tono ofendido.

—Ha pagado veinticuatro de más —le aseguró Leiter.

El resto del trayecto transcurrió en silencio.

Se separaron al llegar al hotel y Bond subió a su habitación. Eran las cuatro de la tarde. Pidió a la telefonista que lo llamara a las seis. Pasó un rato mirando por la ventana del dormitorio. A su izquierda, el sol se ponía en medio de un incendio de color. En los rascacielos se encendían las luces, convirtiendo la ciudad en un dorado panal de abejas. Abajo, las calles eran ríos de luces de neón carmesí, azul, verde... El viento suspiraba tristemente en el aterciopelado ocaso, confiriendo a la habitación una atmósfera aún más cálida, segura y lujosa. Echó las cortinas y encendió las luces suaves que había encima de la cama. Luego se quitó la ropa y se metió entre las finas sábanas de percal. Pensó en el cortante frío de las calles londinenses, en el calor insuficiente que despedía la estufa de gas de su despacho del cuartel general del Servicio Secreto, en el menú escrito con tiza en la pizarra del *pub* donde había estado el último día que pasó en Londres: *Salchicha gigante al horno con mantequilla y*

*verduras.*

Se desperezó con una profunda sensación de placer. Casi de inmediato se quedó dormido.

En Harlem, ante la voluminosa centralita de teléfonos, el *Susurro* entrecerraba los ojos soñolientos mientras leía el boletín de apuestas. Todas las líneas estaban en silencio. De pronto, una luz brilló a la derecha del panel, una luz importante.

—Sí, jefe —respondió en voz baja a través del auricular.

No habría podido hablar más alto aunque hubiese querido. Había nacido en lo que se dio en llamar la «Manzana del Pulmón», situada entre la Séptima Avenida y la calle Ciento cuarenta y dos, donde las muertes por tuberculosis son dos veces más numerosas que en cualquier otra zona de Nueva York. Ahora sólo le quedaba una parte del pulmón izquierdo.

—Avisa a todos los «Ojos» —respondió una voz lenta, profunda—, que estén alerta a partir de ahora. Tres hombres. —Siguió una breve descripción de Leiter, Bond y Dexter.— Es posible que aparezcan por aquí esta noche o mañana. Diles que vigilen sobre todo desde la Primera a la Octava y las otras avenidas. También los locales nocturnos, por si acaso no los ven cuando lleguen. No deben molestarlos. Que me llamen cuando los tengan localizados. ¿Entendido?

—Sí, señor, jefe —respondió el *Susurro*, con la respiración acelerada.

La otra voz calló. El telefonista cogió un manojito de clavijas y, al cabo de unos segundos, la centralita despertó a la vida con parpadeantes luces. En voz baja, apremiante, comenzó a susurrar en el anochecer.

A las seis en punto, el ronroneo del teléfono despertó a Bond. Tomó una ducha fría y se vistió con sumo cuidado. Se puso una llamativa corbata a rayas, y en el bolsillo pectoral de la americana metió un pañuelo de hierbas, dejando un buen trozo a la vista. Se ajustó la sobaquera de ante sobre la camisa de modo que pendiera a unos siete centímetros por debajo de la axila. Accionó varias veces el cerrojo de la Beretta hasta que las ocho balas quedaron sobre la cama. Luego las metió de nuevo en el cargador, introdujo éste en el arma, le puso el seguro y la enfundó en la sobaquera.

Cogió los mocasines, les palpó la punta y los sopesó. A continuación metió una mano debajo de la cama y sacó un par de sus propios zapatos que había tenido la precaución de dejar fuera de la maleta que, llena con sus pertenencias, el FBI se había llevado aquella mañana.

Se los puso y se sintió mejor equipado para enfrentarse con la velada.

Por debajo del cuero, las punteras eran de acero.

A las seis y veinticinco bajó al bar King Colé y se sentó a una mesa cerca de la entrada y contra la pared. Pocos minutos más tarde entró Félix Leiter. Bond apenas lo reconoció. Su mata de cabello pajizo era negra como el azabache. Llevaba un



deslumbrante traje azul con camisa blanca y corbata de lunares blanca y negra.

Leiter se sentó al tiempo que le dedicaba una ancha sonrisa.

—De repente he decidido tomarme a esa gente en serio —explicó—. Esto es sólo un baño de color. Se me quitará por la mañana. Al menos eso espero —añadió.

Leiter pidió dos martinis secos poco cargados y con sendas rodajas de limón. Especificó que los quería con ginebra House of Lords y Martini Rossi. El sabor de la ginebra estadounidense, de graduación mucho más alta que la inglesa, era demasiado áspero para Bond. Pensó que debería ser cuidadoso con lo que bebiera aquella noche.

—En la zona adonde vamos, tendremos que mantenernos alerta —comentó Félix Leiter, haciéndose eco de los pensamientos de Bond—. Últimamente, Harlem se parece mucho a una selva. La gente ya no va tanto por allí como solía hacer. Antes de la guerra, al final de la velada, uno iba a Harlem igual que va a Montmatre cuando está en París. A los habitantes de la zona les encantaba aceptar el dinero de los visitantes. Era habitual entrar en la sala Savoy a mirar cómo bailaba la gente. Tal vez te ligabas a una negra clara, aunque te arriesgaras a pagar luego las facturas del médico. Todo eso ha cambiado. Al barrio de Harlem ya no le gusta ser observado. Muchos de los locales han cerrado, y te dejan entrar en los otros por pura tolerancia. A veces te sacan fuera de una oreja por el mero hecho de ser blanco. Y tampoco la policía te demuestra mucha simpatía.

Leiter cogió la rodaja de limón que había dentro de su martini y la masticó con aire reflexivo. El bar empezaba a llenarse de gente. Era un local cálido y amistoso, pensó Leiter, muy diferente del ambiente hostil y cargado de tensión de los locales de ocio para negros en los cuales estarían bebiendo más tarde.

—Por suerte —continuó el agente de la CIA—, a mí los negros me caen bien y ellos, de alguna manera, se dan cuenta. Yo era bastante aficionado a Harlem. Escribí algunos artículos sobre el jazz Dixiland<sup>[15]</sup> para el *Amsterdam News*, uno de los periódicos locales.

También una serie para la North American Newspaper Alliance sobre el teatro negro en torno a la época en que Orson Welles estrenó su versión de *Macbeth* en el Lafayette, con el reparto compuesto sólo por negros. Así que sé cómo moverme por ese barrio.

Admiro la manera en que están abriéndose camino en el mundo, aunque sólo Dios sabe cuándo van a acabar de conseguirlo.

Acabaron las bebidas y Leiter pidió la cuenta.

—Por supuesto que hay malos bichos entre ellos —dijo—. Algunos de los peores que existen. Harlem es la capital del mundo negro. En cualquier grupo de medio millón de personas encontrarás un montón de sinvergüenzas. El problema que tenemos con nuestro señor Big reside en que es un técnico infernalmente bueno, gracias a su formación en la oficina del Servicio Estratégico y al entrenamiento que

recibió en Moscú. Y debe de estar muy bien organizado.

Leiter pagó la cuenta y se encogió de hombros.

—Vamos allá —dijo—. Nos divertiremos un poco e intentaremos volver de una pieza. A fin de cuentas, para eso nos pagan. Cogemos un autobús en la Quinta Avenida. No encontraremos muchos taxis que quieran acercarse por allí después del anochecer.

Salieron del cálido hotel y recorrieron los pocos pasos que los separaban de la parada del autobús.

Estaba lloviendo. Bond se subió el cuello del abrigo y dirigió la mirada a la derecha, hacia Central Park, en dirección a la oscura ciudadela que albergaba la casa del *Big Man*.

Las fosas nasales de Bond se dilataron levemente. Anhelaba entrar en busca de aquel hombre. Se sentía fuerte, entero y seguro de sí mismo. La velada, como un libro, aguardaba a que él la abriera y leyera, página a página, palabra a palabra.

Ante sus ojos, la lluvia caía en ráfagas rápidas e inclinadas, como letra cursiva sobre la negra cubierta de una obra aún sin abrir que ocultaba el secreto de las horas que se avecinaban.

## Capítulo 5

### *Paraíso negro*

En la parada de la esquina de la Quinta Avenida con Cathedral Parkway, había tres negros silenciosos bajo una farola. Estaban mojados y parecían aburridos. Y así era. Se habían dedicado a observar el tráfico de la Quinta Avenida desde que les llegó el aviso, a las cuatro y media de la tarde.

—Te toca a ti, Fatso —dijo uno de ellos cuando apareció el autobús bajo la lluvia y se detuvo con un suspiro de sus frenos de vacío.

—Estoy cansado —protestó el hombre corpulento que llevaba gabardina, pero se encasquetó el sombrero hasta los ojos y subió al autobús. Echó unas monedas en la ranura de pago y se dirigió hacia el fondo del vehículo, al tiempo que observaba a los ocupantes. Parpadeó al ver dos hombres blancos, continuó su avance y se sentó justo detrás de ellos.

Observó con atención la parte posterior de ambas cabezas, los abrigos, los sombreros y los perfiles. Bond se encontraba junto a la ventanilla. El negro vio la cicatriz reflejada en la oscuridad del cristal.

Se levantó y avanzó hacia la parte delantera del autobús sin mirar atrás. En la parada siguiente se apeó y se encaminó hacia el *drugstore* más cercano y se metió en la cabina telefónica.

*Susurro* lo interrogó de manera apremiante y luego cortó la comunicación.

Insertó una clavija en la derecha del panel.

—¿Sí? —respondió la voz profunda.

—Jefe, uno de ellos acaba de entrar por la Quinta Avenida. El inglés de la cicatriz. Va acompañado de un amigo, pero no encaja con la pinta de los otros dos. —*Susurro* transmitió una descripción detallada de Leiter.— Los dos van hacia el norte —concluyó, y dijo el número y horario probable del autobús.

Se produjo una pausa.

—Bien —dijo la voz queda—. Llama a todos los Ojos de las otras avenidas. Avisa a los locales nocturnos de que uno de ellos ha entrado, y diles lo siguiente a Tee-Hee Johnson, McThing, Blabbermouth Foley, Sam Miami y el Flannel...

La voz continuó hablando durante cinco minutos.

—¿Entendido? Repítelo.

—Sí, señor, jefe —respondió el *Susurro*. Miró su libreta de taquigrafía y susurró con fluidez y sin pausa por el micrófono.

—Correcto. —La comunicación se cortó.

Con los ojos brillantes, el *Susurro* cogió un puñado de clavijas y comenzó a hablar con la ciudad.

Desde el momento en que Bond y Leiter avanzaron bajo el toldo de la entrada del

Sugar Ray's, situado en la esquina de la Séptima Avenida y la calle Ciento veintitrés, hubo un grupo de hombres y mujeres observándolos o esperando para observarlos, hablando en voz baja con el *Susurro* que, ante la gran centralita de Riverside, hacía que avanzaran hacia el punto de encuentro. En un mundo donde ser el centro de atención era algo natural, ni Bond ni Leiter percibieron la maquinaria oculta ni la tensión que los rodeaba.

En el famoso local nocturno, los asientos de la barra estaban todos ocupados; pero uno de los pequeños cubículos que se alineaban contra la pared estaba libre, y los dos hombres blancos se deslizaron en los asientos separados por una estrecha mesa.

Pidieron whisky con soda: una botella de Haig and Haig. Bond paseó los ojos por la multitud que llenaba el local. Casi todos eran hombres. Había dos o tres blancos, aficionados al boxeo o reporteros de las columnas de deportes de los periódicos de Nueva York, pensó Bond. El ambiente era más caluroso y ruidoso que en el centro de la ciudad. Las paredes estaban cubiertas con fotografías de boxeo, sobre todo de Ray Sugar Robinson, y de escenas de sus grandes combates. Se trataba de un local alegre que ganaba mucho dinero.

—Fue un tipo inteligente, Ray Sugar —comentó Leiter—. Esperemos que, llegado el momento, nosotros dos sepamos cuándo retirarnos. Él ahorró mucho, y ahora está ganando todavía más con sus salas de música en vivo. El porcentaje que saca de este local debe de ser un buen bocado, y tiene muchas propiedades inmobiliarias por esta zona. Todavía trabaja duro, pero no es la clase de trabajo que puede dejarte ciego o provocarte una hemorragia cerebral. Se retiró mientras aún estaba vivo.

—Probablemente financiará un espectáculo de Broadway y lo perderá todo —comentó Bond—, Si yo me retirase ahora y me dedicase al cultivo de frutales en Kent, lo más probable es que me cayeran encima las peores condiciones climatológicas desde que el Támesis se congeló, y me quedara en la ruina. Es imposible preverlo todo.

—Pero sí intentarlo —respondió Leiter—. Ya sé a qué te refieres: es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer. No llevamos una mala vida cuando se trata de sentarse en un bar cómodo a beber whisky. ¿Qué te parece este rincón de la selva? —Se inclinó hacia delante.— Escucha a la pareja que tienes detrás. Por lo que he oído, son un perfecto producto del «paraíso negro».

Bond miró discretamente por encima del hombro.

El cubículo que había detrás estaba ocupado por un apuesto negro joven ataviado con un costoso traje marrón claro de exageradas hombreras. Se reclinaba contra la pared y tenía un pie sobre el otro asiento. Con un cuchillito de plata se cortaba las uñas de la mano izquierda, y de vez en cuando lanzaba miradas de aburrimiento a la animación que reinaba en el bar. Su cabeza descansaba contra el respaldo del asiento,

justo detrás de Bond, y de ella se desprendía el aroma de una gomina costosa. Bond se fijó en la raya artificial afeitada a navaja en el lado izquierdo; el cabello casi lacio era un homenaje a la constante aplicación de la madre con el peine caliente desde la más tierna infancia del muchacho. La corbata de seda negra y la camisa blanca eran de buen gusto.

Enfrente de él, inclinada sobre la mesa con aire de preocupación en su bonito rostro, había una negra menuda y atractiva que evidenciaba tener un toque de sangre blanca en las venas. Su cabello negro como el azabache, tan brillante y pulcro como la mejor de las permanentes, enmarcaba un dulce rostro ovalado con ojos algo oblicuos bajo cejas finamente perfiladas. El púrpura profundo de los sensuales labios separados resultaba cautivador sobre el bronce de la piel. Lo único que Bond veía de su ropa era el corpiño de un vestido de satén negro, ajustado y revelador, sobre los pequeños y firmes senos. Llevaba una sencilla cadena de oro al cuello, y sendas esclavas de oro lisas en torno a sus finas muñecas.

Estaba suplicando con ansiedad y no prestó la más mínima atención a la rápida mirada envolvente de Bond.

—Escúchalos, a ver si puedes entender lo que dicen —propuso Leiter—. Es puro lenguaje de Harlem; dialecto del extremo sur con mucha jerga de Nueva York añadida.

Bond cogió la carta del local y se reclinó contra el respaldo, estudiando la cena de pollo especial frito a tres dólares con setenta y cinco centavos.

—Va, cariño —dijo la muchacha con tono zalamero—. ¿Cómo es posible que parezcas tan cansado hoy?<sup>[16]</sup>

—Supongo que porque uno se cansa de escucharte —respondió el muchacho con tono lánguido—. ¿Por qué no cierras el pico y me dejas disfrutar de la paz y el silencio?

—¿Es que deseas que me marche, cariño?

—Puedes hacer lo que tu dulce cabecita quiera.

—Va, cariño —imploró la joven—. No te enfades conmigo, cariño. Esta noche pensaba hacer que te lo pasaras bien. Llevarte al Small Paradise, tal vez. A ver cómo se menean y bailan esas negras claras. Ese Birdie Johnson, el *máitre*, me da una mesa al lado de la pista siempre que voy.

La voz del muchacho se endureció de pronto.

—Qué significa ese Birdie para ti, ¿eh? —preguntó con suspicacia—. ¿Exactamente...? —hizo una pausa—. ¿Exactamente qué hay entre tú y ese negro tirado, calentorro y baboso? ¿Acaso te acuestas con él? Creo que tendré que estudiar un poco ese pequeño arreglito entre tú y Birdie Johnson. A lo mejor me busco una tía mejor que tú. No me gustan las tías que se largan a cualquier parte cada vez que me enchironan por una temporada. Sí, señor. Tengo que estudiar ese pequeño arreglito.

—Hizo una pausa amenazadora.— Ya lo creo que sí —añadió.

—Ay, cariño... —La muchacha estaba ansiosa.— No tiene sentido que te enfades conmigo. No he hecho nada que te dé motivos para actuar de ese modo. Sólo pensaba que te gustaría tener una mesa al lado de la pista en el Paradise en lugar de quedarte aquí sentado, dándole vueltas a tus problemas. Vamos, cariño, pero si todos sabéis que yo no me enamoraría de ese quiero y no puedo de Birdie Johnson. No, señor. No significa nada para mí. Es el peor tipo de Harlem, que me muerda un perro si no es verdad. A pesar de eso, me da los mejores asientos del local y yo digo que nos aprovechemos de ello, nos tomemos una cerveza y nos lo pasemos bien. Vamos, cariño. Salgamos de aquí. Estás muy guapo y quiero que mis amigos nos vean juntos.

—Tú también estás guapa, niña bonita —respondió el muchacho, halagado por el homenaje rendido a su elegancia—, y es la verdad. Pero debo especificar que quiero que te quedes cerca de mí y mantengas los ojos apartados de ese basura tirado y sus pantalones calentorros. Y quiero decirte —añadió con tono amenazador— que si te pillas coqueteando con ese desgraciado, te daré tal paliza que te arrancaré la piel de ese dulce culito.

—Claro que sí, cariño —susurró la muchacha, emocionada.

Bond oyó que el pie del hombre raspaba el asiento al bajarlo al suelo.

—Vamos, muñeca, larguémonos. ¡Camarero!

Bond dejó la carta sobre la mesa.

—He pillado el meollo del asunto —dijo—. Al parecer les interesan las mismísimas cosas que al resto de la humanidad: el sexo, la diversión y mantenerse a la misma altura social que la gente de su clase. Gracias a Dios, no son unos cursis.

—Algunos sí —le advirtió Leiter—. Juegos de porcelana, aspidistras y chasquiditos de lengua por todas partes. Los metodistas son casi la secta más fuerte entre ellos. Harlem está plagado de distinciones sociales, igual que cualquier otra ciudad, pero con el añadido de todas las variaciones de color. Venga —sugirió—, marchémonos a buscar algo de comer.

Acabaron las bebidas y Bond pidió la nota.

—Todos los gastos de la noche corren de mi cuenta. Tengo que deshacerme de un montón de dinero, y me he traído trescientos dólares encima.

—Me parece bien —respondió Leiter, que estaba al tanto de los mil dólares que le habían entregado.

De pronto, mientras el camarero escogía las monedas del cambio, Leiter dijo:

—¿Sabes dónde está el *Big Man* esta noche?

El camarero abrió los ojos de par en par. Luego se inclinó para limpiar la mesa con la servilleta que llevaba al brazo.

—Tengo esposa e hijos, jefe —masculló por un lado de la boca. Colocó los vasos en la bandeja y regresó a la barra.

—Big cuenta con la mejor protección del mundo —comentó Leiter—. El miedo.

Salieron a la Séptima Avenida. La lluvia había cesado, pero Hawkins, el helado viento del norte que los negros reciben con un reverente «Hawkins está aquí», había llegado para sustituirla y mantener las calles libres de la multitud habitual. Leiter y Bond echaron a andar entre las escasas parejas que caminaban por la acera. Las miradas que les lanzaban eran casi todas despectivas o abiertamente hostiles. Dos o tres hombres escupieron hacia la alcantarilla después de que pasaran por su lado.

De pronto, Bond sintió la fuerza de lo que Leiter le había contado. Eran intrusos. Sencillamente no los querían allí. Entonces experimentó la incomodidad que tan a menudo lo había asaltado durante la guerra cuando, por un tiempo, estuvo trabajando detrás de las líneas enemigas. Se sacudió de encima esa sensación.

—Iremos al Ma Frezier's, que está un poco más arriba —anunció Leiter—. Sirven la mejor comida de Harlem, o al menos solían servirla.

Mientras caminaban, Bond miraba los escaparates de las tiendas.

Le asombró la cantidad de barberías y salones de belleza que había. Anunciaban varios tipos de alisadores de cabello —«Apex Glossatina, para usar con el peine caliente», «Silk Strate. No irrita la piel, no quema»— o fórmulas secretas para aclarar la piel. Los siguientes establecimientos más numerosos eran las mercerías, camiserías y tiendas de ropa, que mostraban fantásticos zapatos de piel de serpiente para caballeros, camisas con estampados de pequeños aviones, pantalones con pinzas en la cintura que se estrechaban hacia los tobillos con rayas de dos centímetros y medio de ancho, trajes de pantalones anchos por arriba y americanas enormes. Todas las librerías estaban llenas de libros educativos —cómo aprender esto, cómo hacer lo otro— y de tebeos. Había varias tiendas dedicadas a amuletos de la suerte y a diversos temas de ocultismo: *Las siete llaves del poder*, «el libro más extraño jamás escrito». Leyó subtítulos como: «Si le han echo un *trabajo*, le enseña cómo librarse de él y devolverlo»; «Salmodie sus deseos en el Idioma del Silencio»; «Haga un hechizo a cualquiera, no importa dónde esté»; «Consiga el amor de quien usted quiera». Entre los amuletos había la «Raíz del conquistador, del supremo John», el «Aceite Brand que atrae dinero» y la «Mano Whamie de la suerte, que protege contra el mal. Confunde y desconcierta a los enemigos».

Bond pensó que no era de extrañar que el vudú resultara un arma tan poderosa para Big, con mentes que aún se asustaban ante una pluma blanca de pollo o unos palitos cruzados en la calle..., justo en el centro de la ciudad capital de Occidente.

—Me alegro de que hayamos venido —comentó Bond—. Comienzo a tomarle las medidas a Big. En un país como Inglaterra es imposible captar la esencia de todo esto. Los de allí somos muy supersticiosos, por supuesto, en especial los celtas, pero aquí uno casi puede oír los tambores.

Leiter profirió un gruñido.

—Preferiría volver a mi cama —dijo—, pero necesitamos tomar bien las medidas a ese tipo antes de decidir cómo vamos a atacarlo.

Ma Frazier's constituía un alegre contraste comparado con las calles desoladas. Tomaron una cena excelente de chirlas de Little Bay y pollo frito al estilo de Maryland, con tocino y maíz fresco.

—Tenemos que pedirlo —había dicho Leiter—. Es el plato nacional.

El ambiente era muy civilizado en el cálido restaurante. El camarero se alegró de verlos y les señaló a varias celebridades, pero cuando Leiter deslizó una pregunta acerca del señor Big, el camarero pareció no haberlo oído. Se mantuvo alejado de la mesa hasta que le pidieron la cuenta.

Leiter repitió la pregunta.

—Lo siento, señor —fue la breve respuesta del camarero—. No recuerdo a ningún caballero que se llame así.

Cuando salieron del restaurante ya eran las diez y media, y la avenida estaba casi desierta. Cogieron un taxi hasta la sala de baile Savoy, donde pidieron whisky con soda y se dedicaron a mirar a los que bailaban.

—Los bailes más modernos fueron inventados aquí —explicó Leiter—. Así de bueno es el local. El Lindy Hop, el Truckin', el Susie Q, el Shag..., todos comenzaron en esa pista. Cualquiera gran banda estadounidense de la que hayas oído hablar, se enorgullece de haber tocado aquí en una u otra época: Duke Ellington, Louis Armstrong, Cab Calloway, Noble Sissie, Fletcher Henderson... Es la Meca del jazz y todos sus estilos de baile.

Ocupaban una mesa situada cerca de la barandilla que rodeaba la enorme pista. Bond estaba embelesado. Muchas de las jóvenes le parecían hermosísimas. La música fue metiéndosele en las venas hasta tal punto que casi olvidó qué hacía allí.

—Se apodera de uno, ¿verdad? —comentó Leiter al fin—. No me importaría quedarme aquí toda la noche, pero será mejor que continuemos, o no llegaremos a tiempo al Small Paradise. Se parece mucho a esto, pero no tiene la misma clase. Creo que te llevaré al Yeah Man, que también está en la Séptima Avenida. Después tendremos que ir a uno de los locales que son propiedad del señor Big. El problema es que no abren hasta medianoche. Voy al lavabo mientras pides la cuenta. Veré si consigo alguna pista de dónde podríamos encontrarlo esta noche. No me apetece tener que recorrer todos sus garitos.

Bond pagó la cuenta y bajó por la escalera para reunirse con Leiter en el estrecho vestíbulo de entrada.

Leiter lo condujo al exterior, y anduvieron calle arriba en busca de un taxi.

—Me ha costado veinte pavos —anunció Leiter—, pero corre la voz de que estará en el The Boneyard. Es un local pequeño de la avenida Lenox, bastante cerca de su cuartel general. Tienen el *strip-tease* más caliente de la ciudad. Una muchacha



llamada Gi-Gi Sumatra. Iremos a tomar otra copa en el Yeah Man y a escuchar al pianista. Estaremos allí unos veinte minutos y luego continuaremos.

La voluminosa centralita telefónica, que ahora estaba a pocas manzanas de distancia de ellos, guardaba un silencio casi total. Habían visto a los dos hombres entrar y salir del Sugar Ray's, del Ma Frazier's y de la sala de baile Savoy. A medianoche habían entrado en el Yeah Man. A las doce y media llegó la última llamada, y las líneas quedaron en silencio.

Big habló a través del teléfono interno. Primero con el jefe de camarero—Dentro de cinco minutos llegarán dos hombres blancos. Llévalos a la mesa Z.

—Sí, señor, jefe —respondió el jefe de camareros. Cruzó la pista a toda prisa hasta una mesa que había al fondo, a la derecha, oculta a la sala casi del todo por una gruesa columna. Se encontraba situada junto a la entrada de servicio, pero tenía una buena visión de la pista de baile y la banda quedaba justo delante.

Estaba ocupada por un grupo de cuatro personas, dos hombres y dos muchachas.

—Lo siento, hermanos —se disculpó el jefe de camareros—. Ha sido un error. Esta mesa está reservada. Unos periodistas del centro de la ciudad.

Uno de los hombres comenzó a discutir.

—Muévete, amigo —lo interrumpió el jefe de camareros, tenso—. Lofty, lleva a estos hermanos a la mesa F. Invita la casa. Sam —llamó, dirigiéndose a otro camarero—, limpia la mesa. Es para dos.

El grupo de cuatro se alejó con docilidad, apaciguado por la perspectiva de la bebida gratis. El jefe de camareros colocó el letrero «Reservado» sobre la mesa Z, la inspeccionó y regresó a su puesto, ante el tablero con la lista de mesas que descansaba sobre el elevado escritorio situado junto a la entrada cubierta por cortinas.

Entre tanto, Big había realizado dos llamadas más a través del teléfono interno. Una al maestro de ceremonias.

—Que apaguen las luces al final de la actuación de Gi-Gi.

—Sí, señor, jefe —respondió el interpelado con prontitud.

La otra llamada fue para hablar con cuatro hombres que jugaban a los dados en el sótano. Fue una llamada larga y muy detallada.

## Capítulo 6

### La mesa Z

A la una menos cuarto, Bond y Leiter pagaron al taxista la carrera y entraron pasando por debajo del letrero que anunciaba «The Boneyard» en tubos de neón violeta y verde.

El golpeteo del ritmo y el olor amarguidulce los asaltaron al apartar las pesadas cortinas que colgaban más allá de las puertas batientes. Los ojos de las muchachas del guardarropa brillaban y atraían.

—¿Ha reservado mesa, señor? —quiso saber el jefe de camareros.

—No —respondió Leiter—. No nos importa sentarnos en la barra.

El jefe de camareros consultó su lista de mesas y pareció tomar una decisión. Tachó con firmeza un espacio que había al final de la misma.

—Hay un grupo que no se ha presentado. Supongo que no puedo guardarles la reserva durante toda la noche. Por aquí, si tienen la bondad.

Alzó el tablero por encima de la cabeza y los condujo en torno a la pequeña pista abarrotada de gente. Retiró una de las dos sillas y recogió el letrero de «Reservado».

—Sam —llamó, dirigiéndose a un camarero—. Hazte cargo del pedido de los caballeros. —Luego se marchó.

Pidieron whisky con soda y bocadillos de pollo con pan inglés.

Bond olió el aire.

—Marihuana —comentó.

—Casi toda la gente del ambiente del jazz fuma canutos —explicó Leiter—. En la mayoría de los locales no lo permiten.

Bond recorrió el local con la mirada. La música había cesado. Los cuatro integrantes de la pequeña banda —clarinete, contrabajo, guitarra eléctrica y batería— se retiraban en ese momento por el extremo opuesto. La docena de parejas, más o menos, regresaba a sus mesas caminando o a paso de baile, y la luz carmesí situada debajo de la pista de cristal se apagó. En su lugar se encendieron focos colocados en el techo que proyectaron finos haces de luz que se reflejaron en bolas de espejitos coloreados, más grandes que balones de fútbol, colgadas a intervalos cerca de las paredes. Eran de diferentes tonalidades: doradas, azules, verdes, violetas y rojas. Al reflejarse en ellas los haces de luz, brillaban como soles de colores. Las paredes, pintadas de esmalte negro, actuaban como espejos del reflejo de las mismas, al igual que lo hacía el sudor en el rostro de ébano de los asistentes. A veces, un hombre sentado entre dos luces presentaba una mejilla de cada color, una verde, por ejemplo, y la otra roja.

La iluminación hacía que resultara imposible distinguir los rasgos de los rostros a menos que estuvieran a un metro de distancia. Algunas de las luces tornaban negro el

carmín de las muchachas, otras encendían sus rostros con un cálido resplandor por un lado y le conferían al otro perfil la luminosidad del cadáver de un ahogado.

La totalidad de la escena era macabra y amaratada, como si El Greco hubiese realizado un cuadro a la luz de la luna de un cementerio exhumado en un pueblo en llamas.

No era una sala muy grande, tal vez tenía dieciocho por dieciocho metros. Había unas cincuenta mesas en ella, y los clientes estaban apiñados como olivas negras dentro de un frasco. Hacía mucho calor, y el aire estaba cargado de humo y del olor dulzón y salvaje de doscientos cuerpos negros. El ruido era tremendo: un fondo de parloteo de negros que se divertían sin freno, puntuado por repentinos estallidos de ruido, carcajadas y agudas risillas, al llamarse los unos a los otros a todo pulmón desde un extremo a otro de la sala.

—Dulce Jesús, pero si estás aquí...

—Por el amor de Dios, si es Pinkus... Hola, Pinkus...

—Ven aquí...

—¡Déjame en paz! Déjame en paz, te estoy diciendo... (El ruido de una bofetada.)

—¿Dónde está Gi-Gi? Vamos, Gi-Gi, menea todo lo que tienes...

De vez en cuando, un hombre o una muchacha irrumpía en la pista y se entregaba a un delirante solo de baile de jazz. Los amigos marcaban el ritmo con las palmas. Se producía un estallido de silbidos y abucheos. Si se trataba de una chica, se oían gritos de «desnúdate, desnúdate, desnúdate». «¡Caldea las cosas, muñeca!» «Menéate, menéate», y entonces aparecía el maestro de ceremonias y despejaba la pista entre gemidos y gritos de mofa.

La frente de Bond comenzó a perlarse con gotas de sudor. Leiter se inclinó hacia delante e hizo bocina con las manos.

—Tres salidas: la de delante, la de servicio (a nuestra espalda) y otra detrás de la banda.

Bond asintió con la cabeza. De momento tenía la sensación de que aquel detalle carecía de importancia. Eso no era nada nuevo para Leiter, pero para él era un primer plano de la materia prima con que trabajaba Big, la arcilla que modelaba. A medida que el tiempo transcurría, los expedientes que había leído en Londres y Nueva York iban adquiriendo cueipo. Aunque la velada acabara en ese preciso momento sin que hubiera echado un vistazo más directo al señor Big, su educación estaría casi completa. Bebió un largo sorbo de whisky. Se oyó un estallido de aplausos. El maestro de ceremonias había salido a la pista de baile. Era un negro alto, ataviado con un frac immaculado en cuyo ojal lucía un clavel rojo. Se detuvo y alzó las manos. El haz de luz blanca de un proyector cayó sobre él. El resto de la sala quedó a oscuras.

Se hizo un silencio total.

—Hermanos —anunció el maestro de ceremonias con una ancha sonrisa de oro y marfil—. Ha llegado el momento.

Hubo aplausos emocionados.

Se volvió a mirar hacia la izquierda de la pista, el lado opuesto a donde se encontraban Leiter y Bond.

Tendió la mano derecha con gesto espectacular. Se encendió otro proyector.

—El señor Jungles Japhen y sus tambores.

Un estallido de aplausos, gritos y silbidos.

La brillante luz enfocó a cuatro negros sonrientes, vestidos con camisas de un amarillo intenso y pantalones blancos abolsados que se estrechaban hacia los tobillos, acuclillados a horcajadas sobre cuatro toneles en forma de huso cubiertos con parches de piel sin curtir. El que estaba sentado sobre el tambor bajo se incorporó un instante y agitó las manos unidas hacia los espectadores.

—Tamborileros vudú de Haití —susurró Leiter.

Se hizo otro silencio. Con las puntas de los dedos, los tamborileros comenzaron a tocar con un ritmo lento, quebrado, un suave paso de rumba.

—Y ahora, amigos —anunció el maestro de ceremonias, aún vuelto hacia los tambores—, Gi-Gi... —hizo una estudiada pausa— *Sumatra*.

La última palabra fue un alarido. Comenzó a dar palmas. Un pandemónium se apoderó de la sala, un frenesí de aplausos. La puerta que había detrás de los tamborileros se abrió de golpe y dos negros enormes, con sendos taparrabos dorados por toda ropa, salieron corriendo a la pista; entre ambos transportaban una figura diminuta que rodeaba el cuello de cada uno con un brazo, envuelta por completo en plumas de avestruz negras y con un antifaz también negro cubriéndole el rostro. La dejaron en el centro de la pista y luego se inclinaron a ambos lados de ella hasta que tocaron el suelo con la frente. Ella avanzó dos pasos. Al apartarse de los negros la luz del foco, éstos se fundieron en la oscuridad y desaparecieron por la puerta.

El maestro de ceremonias también se había marchado. Reinaba un silencio absoluto, roto sólo por el suave toque de los tambores.

La muchacha se llevó una mano al cuello y la capa de plumas negras, descubriendo la parte delantera de su cuerpo, se extendió formando como un abanico negro de un metro y medio. La joven comenzó a agitarlo detrás de sí hasta que se alzó como una cola de pavo real. Su cuerpo estaba desnudo, a excepción de una breve braga de encaje negro en forma de V, sendas estrellas de lentejuelas negras en el centro de los senos y el fino antifaz negro sobre los ojos. Su cuerpo menudo, firme, bronceado y hermoso estaba cubierto por una fina capa de aceite y brillaba en la luz blanca.

El público guardaba silencio. Los tambores comenzaron a acelerar el *tempo*. El tambor bajo mantenía sus golpes al ritmo exacto del pulso humano.

El vientre desnudo de la muchacha comenzó a moverse al compás del ritmo. Agitó de nuevo las plumas negras por delante de sí y a su espalda, y sus caderas empezaron a temblar al compás del tambor bajo, mientras la parte superior de su cuerpo permanecía inmóvil. Las plumas negras se arremolinaron, al tiempo que los pies y los hombros de la joven se movían. El sonido de los tambores aumentó. Cada parte de su cuerpo parecía llevar un compás diferente. Los labios estaban apenas retirados de los dientes. Las fosas nasales comenzaban a dilatarse. Los ojos brillaban ardientes a través de las aberturas del antifaz. Tenía un atractivo rostro parecido a un zorro..., *chienne*<sup>[17]</sup> fue la única palabra que acudió a la mente de Bond para definir aquella belleza.

El batir de los tambores se aceleró en una complejidad de ritmos entrelazados. La joven agitó el gran abanico de plumas que se alzó del suelo, al elevar ella los brazos por encima de la cabeza. Todo su cuerpo comenzó a estremecerse y su vientre se agitó con mayor rapidez. Giraba, se sumía y sobresalía. Sus piernas se separaron y quedó esparrancada. Las caderas comenzaron a girar en círculos amplios. De pronto se arrancó la estrella de lentejuelas del pezón derecho y se la arrojó al público. Se oyó el primer sonido procedente de las mesas: un gruñido quedo. Volvió a reinar el silencio. Se arrancó la segunda estrella. Otro gruñido y un nuevo silencio. Los tambores comenzaron a atronar y retumbar. Los tamborileros sudaban en abundancia. Sus manos se agitaban como franelas grises contra los pálidos parches. Tenían los ojos desorbitados, ausentes. Sus cabezas se inclinaban ligeramente a un lado como si escucharan algo. Apenas miraban a la muchacha. El público emitía un suave jadeo, mientras los ojos húmedos se salían de las órbitas y se ponían en blanco.

El cuerpo de la joven brillaba de sudor. Sus senos y vientre destellaban a la luz. Comenzó a estremecerse con sacudidas muy fuertes. Su boca se abrió y por ella escapó un suave alarido. Sus manos descendieron serpenteando por los costados del cuerpo y, de pronto, se arrancó la braga de encaje, que arrojó hacia el público. Sólo le quedaba puesto un sencillo tanga negro. Los tambores se entregaron a un huracán de ritmo sexual. Ella volvió a gritar suavemente y luego, con los brazos tendidos ante sí para equilibrarse, comenzó a inclinar el cuerpo hacia atrás hasta el suelo y a enderezarlo, cada vez con mayor rapidez. Bond oía al público jadeando y gruñendo como cerdos ante la artesa de la comida. Sentía que sus propias manos aferraban con fuerza el mantel. Tenía la boca seca.

El público comenzó a gritar a la muchacha.

—Vamos, Gi-Gi. Quítatelo, muñeca. Vamos. Menéate, muñeca, menéate.

La muchacha cayó de rodillas y, mientras el ritmo moría poco a poco, también fue presa de una última serie de estremecedores espasmos acompañados de suaves gemidos de gata.

Los tambores enlentecieron su batir hasta un tam-tam lento y perezoso. El público

comenzó a aullar pidiendo el cuerpo de la joven. En diferentes puntos de la sala se oyeron groseras obscenidades.

El maestro de ceremonias apareció en la pista, y un foco lo iluminó directamente.

—De acuerdo, hermanos, de acuerdo.

Le goteaba sudor del mentón. Extendió los brazos en gesto de rendición.

—¡Gi-Gi consiente!

El público estalló en un aullido de deleite: la muchacha se desnudaría del todo.

—Quítatelo, Gi-Gi. Muéstrate toda, muñeca. Vamos, vamos.

Los tambores gruñían y tartamudeaban suavemente.

—Pero, amigos míos —chilló el maestro de ceremonias—, se desnudará del todo... ¡con las luces *apagadas*!

El público lanzó un gemido de frustración. La totalidad de la sala se sumió en las tinieblas.

Debía de tratarse de una vieja broma, pensó Bond.

De pronto, todos sus sentidos se pusieron alerta.

Mientras el aullido de la multitud desaparecía con rapidez, sintió aire frío en el rostro y la sensación de que se hundía.

—¡Eh! —gritó Leiter.

Aunque su voz sonó cerca, parecía hueca.

«¡Cristo!», se dijo Bond.

Algo se cerró de golpe por encima de su cabeza. Tendió una mano hacia atrás. Tocó una pared que se movía a unos treinta centímetros a su espalda.

—Luces —dijo una voz queda.

Al mismo tiempo lo cogieron por ambos brazos y tiraron de él hacia abajo para que no se levantara de la silla.

Frente a él, aún sentado ante la mesa, se encontraba Leiter, cuyos codos aferraba un enorme negro. Se encontraban dentro de una diminuta celda cuadrada. A ambos lados de la misma, dos negros vestidos de paisano los apuntaban con sus armas.

Se oyó el brusco siseo del gato hidráulico para coches de un garaje y la mesa se posó con suavidad en el suelo. Bond alzó la mirada. A un par de metros por encima de sus cabezas se veía la fina juntura de una trampilla de madera. Por ella no se filtraba sonido alguno.

Uno de los negros sonrió.

—Tómenselo con calma, amigos. ¿Han disfrutado del viaje?

Leiter profirió una única, enorme obscenidad. Bond relajó los músculos y esperó.

—¿Cuál de los dos es el inglés? —preguntó el mismo negro que había hablado.

Parecía estar al mando. La pistola que tenía ociosamente apuntada al corazón de Bond era muy extravagante. Entre los dedos negros que rodeaban la culata se veía un destello de madreperla, y el largo cañón octogonal estaba finamente grabado.

—Es éste de aquí, creo —respondió el negro que aferraba los brazos de Bond—. Tiene la cicatriz.

La presa del negro que lo sujetaba era tremenda. Sentía como si tuviese sendos torniquetes aplicados por encima de los codos. Las manos comenzaban a hormiguearle.

El hombre de la pistola extravagante rodeó la mesa para acercársele. Le clavó el cañón del arma en el estómago. El percutor estaba echado atrás.

—A esa distancia no debería fallar —comentó Bond.

—Cállate —ordenó el negro.

Lo registró como un experto con la mano izquierda: piernas, muslos, espalda y costados. Le quitó la pistola y se la entregó al otro hombre armado.

—Da esto al jefe, Tee-Hee —dijo—. Llévate al inglés arriba. Tú acompáñalos. Este otro se queda aquí, conmigo.

—Sí, señor —respondió el hombre llamado Tee-Hee, un negro barrigón vestido con una camisa marrón oscuro y pantalones azules con pinzas que se estrechaban hacia los tobillos.

Levantaron a Bond con brusquedad. El, que había trabado un pie en una pata de la mesa, tiró con fuerza. Se produjo un estrépito de cristales y cubertería. En el último instante, Leiter lanzó una patada hacia atrás por un lado de su silla. Se oyó un satisfactorio chasquido cuando el tacón del zapato impactó contra la espinilla de su guardián. Bond hizo lo mismo, pero erró el golpe. Hubo un momento de caos, aunque ninguno de los guardias aflojó su presa. El de Leiter lo levantó de la silla como si fuera un niño, lo volvió hacia la pared y le estrelló el rostro contra la misma. Le partió la nariz. Luego lo puso de cara a la mesa. La sangre le caía por encima de la boca.

Las dos armas de fuego continuaban apuntándolos, inmóviles. Había sido un intento fútil, pero durante una fracción de segundo habían recuperado la iniciativa y vencido la repentina conmoción de la captura.

—No malgastéis aliento —les aconsejó el negro que daba las órdenes. Luego se dirigió al guardián de Bond—. Llévate al inglés. El señor Big está esperando. —Se volvió a mirar a Leiter.— Despidete de tu amigo —le dijo—. Es improbable que volváis a veros.

Bond sonrió a Leiter.

—Qué suerte que acordáramos con la policía que se encontrara con nosotros aquí a las dos —comentó—. Nos veremos en la rueda de identificación.

Leiter le devolvió la sonrisa. Mostraba los dientes rojos de sangre.

—El comisario Monahan va a ponerse contento con este grupito. Hasta luego.

—¡Y una mierda! —exclamó el negro con convicción—. Marchaos.

El guardián de Bond hizo que se volviera y lo lanzó contra una sección de la

pared. Esta se abrió girando sobre unas bisagras para dar entrada a un largo pasillo desnudo. El hombre llamado Tee-Hee pasó delante de ellos y encabezó la marcha.

La puerta volvió a cerrarse.



## Capítulo 7

### *El señor Big*

Los pasos resonaban por el corredor de piedra. Al fondo había otra puerta. La atravesaron hasta otro largo pasillo iluminado por algunas bombillas desnudas que pendían del techo. Traspusieron una tercera puerta y se encontraron en unos almacenes. Cajas y fardos se apilaban en montones ordenados. Había pasarelas elevadas que conducían a las grúas que se alzaban por encima de sus cabezas. Por las palabras impresas en las cajas, se trataba de un almacén de licores. Recorrieron un pasillo entre pilas de cajas y balas, hasta una puerta de hierro que había en el otro extremo. El hombre llamado Tee-Hee pulsó el botón de un timbre. Reinaba un silencio absoluto. Bond calculó que se habrían alejado al menos una manzana del club nocturno.

Se oyó un sonido de cerrojos metálicos y la puerta se abrió. Un negro vestido de etiqueta y con un arma en la mano se apartó para darles acceso a un corredor alfombrado.

—Puedes pasar, Tee-Hee —dijo el hombre vestido de etiqueta.

Tee-Hee llamó con unos golpes a la puerta que tenían en frente, la abrió y entró encabezando la comitiva.

Desde una silla de respaldo alto, detrás de un costoso escritorio, el señor Big los miró en silencio.

—Buenas días, señor James Bond. ¿O debería decir buena madrugada? —La voz era profunda y suave.— Siéntese.

El guardián de Bond obligó a éste a avanzar por la gruesa alfombra hasta una silla de cuero y tubos de acero. Le soltó los brazos en cuanto Bond se hubo sentado de cara a *Big Man*, al otro lado del escritorio.

Fue un bendito alivio hallarse libre de aquellas dos prensas, que le habían dejado los antebrazos insensibles por completo. Bajó los brazos a los lados de la silla y acogió con placer el dolor que experimentó cuando la sangre comenzó a circular otra vez por ellos.

Big permanecía sentado, mirándolo, con la cabeza apoyada contra el alto respaldo de la silla. No decía nada.

De inmediato, Bond se dio cuenta de que las fotografías no transmitían ni una pizca de la personalidad de aquel hombre, nada del poder ni del intelecto que parecían emanar de él; tampoco delataban los rasgos demasiado grandes de su rostro.

Tenía una cabeza como un balón de fútbol del doble del tamaño normal y perfectamente redonda. Su piel era de un negro grisáceo, tan tirante y lustrosa como la del rostro de un cadáver que ha permanecido una semana dentro del río. Carecía por completo de pelo y de vello, excepto por unos mechones canosos que le crecían

por encima de las orejas. Carecía de cejas y pestañas. Tenía los ojos tan separados que resultaba imposible vérselos al mismo tiempo, sólo uno u otro cada vez. Su mirada era muy firme y penetrante. Cuando se posaba sobre algo, parecía devorarlo, abarcar su totalidad. Eran unos ojos un poco saltones, con el iris de un color dorado en torno a las negras pupilas que en ese momento estaban dilatadas. Parecían de algún animal salvaje, no humanos, y daban la sensación de arder.

La nariz, ancha sin ser particularmente negroide, no tenía las características fosas nasales bostezantes. Los labios se volvían apenas hacia afuera, pero eran gruesos y oscuros. Sólo se abrían cuando el hombre hablaba, y entonces lo hacían de par en par y dejaban desnudos los dientes y las rosadas encías.

En su rostro se veían pocas arrugas, pero sobre la nariz tenía dos profundos surcos, las marcas de la concentración. Por encima de las mismas, la frente se abombaba ligeramente antes de fundirse con la calva cabeza.

Lo curioso era que no había nada desproporcionado en la monstruosa cabeza. Estaba sobre un cuello corto y ancho al que daban apoyo los hombros de un gigante. Bond sabía, por los expedientes, que aquel hombre medía un metro noventa y ocho y pesaba ciento veintisiete kilos, y que muy poco de ese peso era grasa. Pero la impresión general resultaba imponente, incluso aterradora, y Bond imaginó la espantosa rebeldía que habría desarrollado desde la infancia, como venganza contra un mundo que lo odiaba por el hecho de temerle.

*Big Man* estaba vestido de etiqueta. Había un toque de vanidad en los diamantes que rutilaban en la pechera y los puños de la camisa. Sus enormes manos descansaban planas sobre el escritorio que tenía delante. No se veían rastros de cigarrillos ni de cenicero, y el olor de la habitación era neutro. En el escritorio no había nada más que un voluminoso intercomunicador con unos veinte interruptores y, detalle incongruente, una fusta de jinete muy pequeña, de marfil, con un largo y fino látigo blanco.

Big contemplaba a Bond con una silenciosa y profunda concentración desde el otro lado de la mesa.

Tras observarlo atentamente a modo de respuesta, la mirada de Bond se paseó por la estancia.

Era espaciosa, tranquilizadora y muy silenciosa, como la biblioteca de un millonario, y estaba llena de libros.

Por encima de la cabeza de Big había una ventana alta, pero las estanterías cubrían el resto de las paredes. Bond se volvió. Más estanterías atestadas de libros. No vio ni rastro de puertas, pero podría haber cualquier número de ellas disimuladas tras volúmenes falsos. Los dos negros que lo habían conducido hasta allí permanecían de pie, bastante inquietos, apoyados contra la pared que había detrás de Bond. Tenían los ojos muy abiertos, aunque no miraban a Big, sino a una curiosa efigie que

descansaba sobre una mesa situada en un espacio de suelo libre, a la derecha y algo más atrás respecto a su jefe.

A pesar de sus superficiales conocimientos del vudú, Bond la reconoció de inmediato por la descripción de Leigh Fermor.

Sobre un pedestal blanco se alzaba una cruz de madera blanca de un metro y medio de alto. Los brazos de la misma estaban enfundados en las mangas de una polvorienta levita negra, cuyas colas colgaban por detrás de la mesa hacia el suelo. Sobre el cuello descansaba un viejo sombrero hongo cuya copa atravesaba el palo vertical de la cruz. A unos centímetros por debajo del ala, en torno al «cuello» de la cruz, sobre la madera corta, había un alzacuellos muy almidonado.

Al pie del blanco pedestal, sobre la mesa, Bond vio un par de guantes viejos amarillo limón. Un corto bastón de junquillo con empuñadura de oro, cuya contera descansaba junto a los guantes en la superficie de la mesa, se alzaba apoyándose en el hombro izquierdo de la efigie. Sobre la mesa había también un deslucido sombrero de copa.

Aquel siniestro espantapájaros «miraba» hacia la habitación: el dios de los cementerios, jefe de la legión de los muertos: el barón Samedi. Incluso para Bond parecía contener un espantoso mensaje de ultratumba.

Apartó la vista de aquello y la volvió de nuevo hacia al enorme rostro negro grisáceo que estaba al otro lado del escritorio.

—Te necesito aquí, Tee-Hee —dijo Big. Sus ojos se desplazaron—. Puedes marcharte, Miami.

—Sí, señor, jefe —respondieron ambos a un tiempo.

Bond oyó que una puerta se abría y se cerraba.

Volvió a reinar el silencio. Al principio, la mirada de Big había estado muy fija en el agente británico, estudiándolo con detenimiento. Bond advirtió que, aunque dirigidos hacia él, los ojos de Big habían adquirido una expresión algo remota. Lo miraban sin percibir su presencia. Tuvo la impresión de que el cerebro que había detrás de aquellos ojos se encontraba ocupado en alguna otra cosa.

Bond estaba decidido a no dejarse desconcertar. Como sus manos habían recobrado la sensibilidad, las desplazó hacia el cuerpo para sacar los cigarrillos y el encendedor.

—Fume si lo desea, señor Bond —habló Big de nuevo—. Caso de que tenga alguna otra intención, inclínese y examine la cerradura del cajón de este escritorio que se halla frente a su silla. Esperaré un momento.

Bond se inclinó. Se trataba de una cerradura con agujero grande. Calculó que de hecho tendría unos cuatro centímetros y medio de diámetro. Se disparaba a través de él, supuso Bond, mediante un pedal situado debajo del escritorio. ¡Vaya una caja de sorpresas que era aquel hombre! Pueril. ¿Pueril? Tal vez no debería juzgarle con tanta

ligereza; al fin y al cabo, los trucos —la bomba, la mesa que desaparecía— habían funcionado a la perfección, con eficacia. No eran simples artificios vacuos destinados a impresionar. Y tampoco había nada absurdo en aquella arma de fuego. Algo muy rebuscado, tenía que admitirlo, pero técnicamente ortodoxo.

Encendió un cigarrillo y aspiró agradecido el humo hasta el fondo de los pulmones. La posición en que se encontraba no le preocupaba demasiado. Se negaba a creer que recibiría algún daño. Constituiría una torpeza hacerlo desaparecer apenas dos días después de su llegada, a menos que fueran capaces de urdir un accidente muy verosímil. Y tendrían que deshacerse de Leiter al mismo tiempo. En conjunto, eso sería excesivo para los servicios secretos británico y estadounidense, y Big tenía que saberlo. Pero le preocupaba el hecho de que Leiter estuviera en manos de aquellos chapuceros monos negros.

Los labios de Big se retiraron con lentitud dejando los dientes al descubierto.

—Hace muchos años que no veía a un miembro del Servicio Secreto británico, señor Bond. Desde la época de la guerra. Su departamento hizo un buen trabajo durante la contienda. Disponen de algunos hombres muy capaces. Por mis amigos me he enterado de que usted ocupa un alto puesto dentro del servicio. Creo que tiene un doble cero, el 007, si no recuerdo mal. El significado de ese doble cero, según me han dicho, es que usted ha tenido que matar a un hombre en el curso de alguna misión. No puede haber muchos agentes doble cero en un servicio secreto que no usa el asesinato como arma corriente. ¿A quién lo han enviado a matar aquí, señor Bond?... ¿No será a mí, por casualidad?

La voz era suave y serena, carente de expresión. Tenía una ligera mezcla de acentos, estadounidense y francés, pero el inglés era casi pedantemente correcto, sin el más leve rastro jergal.

Bond permaneció en silencio. Suponía que Moscú había transmitido su descripción.

—Es necesario que responda, señor Bond. El destino de ustedes dos depende de que lo haga. Tengo plena confianza en mis fuentes de información. Sé mucho más de lo que he dicho. Detectaré con facilidad cualquier mentira.

Bond le creía. Escogió una historia que podría corroborar y que explicara los hechos concretos.

—En Estados Unidos —respondió— han aparecido monedas de oro en el mercado. *Rose Nobles* de Eduardo IV. Algunas han sido vendidas en Harlem. El Departamento del Tesoro<sup>[18]</sup> estadounidense nos pidió ayuda para seguirles la pista, puesto que tienen que proceder de un punto de origen británico. Vine a Harlem para ver la zona con mis propios ojos, con un representante del Tesoro estadounidense, el cual espero que en este momento se halle sano y salvo camino de su hotel.

—El señor Leiter es un representante de la Agencia Central de Inteligencia, no

del Tesoro —lo corrigió Big, sin evidenciar emoción alguna—. La posición en que se encuentra en este momento es de lo más precaria.

Hizo una pausa momentánea y pareció reflexionar. Luego miró más allá de Bond.  
—Tee-Hee.

—Sí, señor, jefe.

—Ata al señor Bond al sillón.

Bond se levantó a medias del asiento.

—No se mueva —dijo la voz con tono quedo—. Su única posibilidad de sobrevivir radica en que se quede donde está.

Bond miró a *Big Man*, a sus dorados ojos impasibles.

Se sentó de nuevo. De inmediato, una ancha correa le rodeó el pecho sujetándole con firmeza. Otras dos correas más cortas le ciñeron las muñecas a los reposabrazos de cuero y metal. Dos más le ataron los tobillos. Podía arrojarse al suelo con silla y todo, pero por lo demás estaba indefenso.

Big bajó un interruptor de su centralita.

—Envíen a la señorita Solitaire —dijo, y devolvió el interruptor a la posición central.

Se produjo un momento de espera, y a continuación se abrió una sección de librería a la derecha del escritorio.

Una de las mujeres más hermosas que Bond había visto en su vida la traspuso y cerró a sus espaldas. Se detuvo junto a la entrada secreta y se quedó mirando a Bond, estudiándolo con lentitud centímetro a centímetro, de la cabeza a los pies. Cuando acabó la detallada inspección, se volvió hacia Big.

—¿Sí? —preguntó, sin más.

Big, que no había movido la cabeza, habló al agente británico.

—Esta mujer es extraordinaria, señor Bond —declaró con la misma voz queda y suave—, y voy a casarme con ella porque es única. La encontré en un cabaret de Haití, país donde nació. Se dedicaba a realizar un número de telepatía cuyo truco no logré descubrir. Lo examiné de cerca y continué sin descubrirlo. No había nada que descubrir. Era telepatía de verdad.

Big hizo una pausa.

—Le explico esto para que esté advertido. Es mi interrogadora. La tortura resulta poco limpia y no es concluyente. Todos le dicen a uno lo que pueda librarlos del dolor. Con esta muchacha no es necesario emplear métodos primitivos. Adivina la verdad en las personas. Por eso voy a casarme con ella. Es demasiado valiosa para que permanezca en libertad. Y —continuó con una voz más dulce— resultará interesante ver qué hijos tenemos.

Big se volvió hacia ella y la miró con aire impasible.

—Por el momento me pone las cosas difíciles. No quiere nada con los hombres.

Por eso en Haití la llamaban *Solitaire*. —Se volvió hacia ella.— Acerca una silla. Dime si este hombre miente. Manténte fuera de la trayectoria de las balas —añadió.

La joven no respondió, pero cogió una silla que había junto a la pared, similar a la que ocupaba Bond, y la acercó a éste. Se sentó casi tocándole la rodilla derecha y fijó sus ojos en los de él.

Su semblante era pálido, con esa palidez de los blancos que han vivido en los trópicos durante mucho tiempo. Pero no presentaba ni el más mínimo rastro de la debilidad que los trópicos infligen a la piel y el cabello. Los ojos eran azules, ardientes y desdeñosos, pero mientras observaban los suyos con un toque de humor, Bond advirtió que contenían algún mensaje personal para él. Se desvaneció con rapidez cuando la mirada de él acusó recibo. El cabello, negro azulado, le caía pesadamente hasta los hombros. De pómulos altos, en su ancha boca sensual se percibía una pizca de crueldad. La línea de su mandíbula era delicada y finamente cincelada. Denotaba determinación y una voluntad de hierro que se repetía en la nariz recta y puntiaguda. Una parte de la belleza de su rostro residía en su falta de transigencia. Se trataba del semblante de alguien nacido para mandar. El rostro de la hija de un colono esclavista francés.

Llevaba un largo vestido de noche de pesada seda blanca mate, cuya clásica línea alteraban enormes pliegues que caían desde los hombros y dejaban a la vista la mitad superior de los senos. Se adornaba con pendientes de diamante de talla cuadrada engastados en aros abiertos y un fino brazalete de diamantes en la muñeca izquierda. No llevaba ningún anillo. Tenía las uñas cortas y sin pintar.

Observó los ojos de Bond posados sobre ella, y con gesto descuidado unió los antebrazos sobre el regazo de modo que el valle que se abría entre sus senos se hizo más profundo.

El mensaje fue inconfundible, y una cálida expresión de respuesta debió aflorar al rostro frío y ojeroso de Bond porque, de repente, el gigantesco hombre cogió la pequeña fusta de marfil blanca que tenía al lado sobre el escritorio y la agitó hacia la muchacha; el látigo silbó por el aire y cayó con un golpe cruel sobre los hombros de *Solitaire*.

Bond dio un respingo aún más fuerte que ella. Los ojos de la joven se encendieron por un instante y luego se volvieron inexpresivos.

—Siéntate correctamente —dijo Big con voz suave—. Te estás propasando.

Ella se irguió con lentitud. Tenía una baraja en las manos y comenzó a mezclar las cartas. Luego, tal vez por chulería, le transmitió otro mensaje de complicidad, y de algo más que complicidad.

Enseñó la sota de corazones. Luego la reina de picas. Dejó las dos mitades del mazo sobre su regazo, de modo que ambas figuras quedaron encaradas la una con la otra. Acercó cada mitad del mazo a la otra hasta que las cartas se unieron en un beso.

Luego dejó caer las cartas de ambas mitades, una por una, alternándolas, y las mezcló de nuevo.

Durante este juego pueril no miró a Bond en ningún momento, y en cuestión de un instante había concluido. Pero él experimentó un destello de emoción y se le aceleró el pulso. Tenía una amiga en el campo enemigo.

—¿Estás preparada, Solitaire? —preguntó Big.

—Sí, las cartas están preparadas —respondió la muchacha con frialdad.

—Señor Bond, mire a los ojos de esta joven y repita los motivos que acaba de darme a mí para explicar su presencia en este lugar.

Bond la miró a los ojos. No contenían mensaje alguno. No enfocaban los suyos. Miraban a través de él.

Repitió lo que había dicho antes.

Por un instante sintió un misterioso estremecimiento. ¿Sabría aquella muchacha si decía la verdad o no? Y si era así, ¿hablaría a su favor o en contra de él?

En la habitación reinó un silencio mortal. Bond intentó asumir un aire de indiferencia. Alzó la mirada al techo y luego volvió a posarla sobre ella.

Los ojos de la joven perdieron la expresión ausente. Se apartaron de él y se volvieron hacia Big.

—Dice la verdad —declaró con tono frío.

## Capítulo 8

### Sin sentido del humor

Big reflexionó durante un instante. Luego pareció tomar una decisión. Pulsó un botón del intercomunicador.

—¿Blabbermouth?

—Sí, señor, jefe.

—¿Tienes a ese estadounidense, Leiter?

—Sí, señor.

—Dale una paliza considerable. Llévalo hasta el hospital Bellevue y déjalo tirado por los alrededores. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—No te dejes ver.

—No, señor.

Big devolvió el interruptor a la posición central.

—¡Maldita sea su alma! —exclamó Bond con virulencia—. ¡La CIA no le permitirá irse de rositas esta ocasión!

—Olvida usted, señor Bond, que no tienen jurisdicción en Estados Unidos. El servicio secreto norteamericano carece por completo de poder dentro del territorio estadounidense, sólo le está permitido operar en el exterior. Y los del FBI no son amigos de la CIA precisamente. Tee-Hee, ven aquí.

—Sí, señor, jefe.

Tee-Hee se acercó y se detuvo junto al escritorio. Big miró a Bond.

—¿Qué dedo usa menos, señor Bond? A Bond le sorprendió aquella pregunta. Su mente comenzó a trabajar a toda velocidad.

—Aunque, pensándolo bien, supongo que me responderá que el meñique de la mano izquierda —continuó diciendo la voz suave—. Tee-Hee, parte al señor Bond el dedo meñique de la mano izquierda.

—Jee-jee —rió el negro con voz de falsete, parecida al sonido de su nombre—. Jee-jee.

Avanzó con paso airoso hacia Bond. Éste se aferró con desesperación a los reposabrazos de la silla. El sudor comenzó a empaparle la frente mientras intentaba imaginarse el dolor que iba a experimentar, para así controlarlo.

El negro soltó con lentitud el meñique de la mano izquierda de Bond, inmovilizada por completo.

Lo cogió por la punta entre sus dedos índice y pulgar y, con mucha lentitud, comenzó a doblarlo hacia atrás, al tiempo que profería necias risillas para sí.

Bond se sacudía tratando de levantarse para derribar la silla, pero Tee-Hee posó la otra mano sobre el respaldo y la sujetó en su sitio. El sudor corría por el rostro de



Bond. Sus dientes quedaron al descubierto en un rictus involuntario. A través del dolor que iba en aumento, veía los ojos muy abiertos de la joven fijos en él, los rojos labios ligeramente separados.

El dedo, que estaba vertical, en ángulo recto con la mano, comenzó a inclinarse hacia atrás, en dirección a la muñeca. De repente cedió. Se oyó un chasquido seco.

—Con eso será suficiente —dijo Big.

Tee-Hee soltó de mala gana el dedo fracturado.

Bond profirió un suave gemido animal y se desmayó.

—Este tipo no tiene ningún sentido del humor —comentó Tee-Hee.

Solitaire se desplomó contra el respaldo de la silla y cerró los ojos.

—¿Llevaba alguna arma? —preguntó Big.

—Sí, señor.

Tee-Hee se sacó del bolsillo la Beretta de Bond y la hizo resbalar por la superficie del escritorio. Big la recogió y la observó como un experto. La sopesó con una mano y palpó el tacto de la culata de hueso. Luego accionó el cerrojo para que todas las balas cayeran sobre el escritorio, verificó que también había vaciado la recámara, y la empujó por el escritorio hacia Bond.

—Despiértalo —dijo al tiempo que miraba su reloj. Señalaba las tres en punto.

Tee-Hee se situó a espaldas de Bond y le clavó las uñas en los lóbulos de las orejas.

El agente británico gimió y levantó la cabeza.

Su mirada se posó sobre Big y profirió una sarta de obscenidades.

—Dé gracias por no estar muerto —respondió el otro, sin evidenciar emoción alguna—. Cualquier dolor es preferible a la muerte. Ahí tiene su pistola. Me quedo con las balas. Tee-Hee, devuélvesela.

Tee-Hee la cogió del escritorio y volvió a colocarla en la funda sobaquera de Bond.

—Le explicaré brevemente por qué no está muerto —continuó Big—; por qué se le ha permitido gozar de la sensación del dolor en lugar de aumentar la contaminación del río Harlem desde el interior de lo que jocosamente se ha dado en llamar el abrigo de cemento.

Hizo una pausa momentánea, para luego proseguir.

—Señor Bond, yo sufro de aburrimiento. Soy víctima de eso que los primeros cristianos denominaban «abulia», la mortal letargía que se apodera de aquellos que están saciados, de los que ya no tienen ningún deseo. Soy absolutamente preeminente en la profesión que he escogido, gozo de la confianza de quienes, en ocasiones, recurren a mis talentos, y del temor y la obediencia instantánea de aquellos a los que contrato yo. No me quedan, en su sentido literal, más mundos por conquistar dentro de la órbita que he escogido. Y como es demasiado tarde para que cambie esa órbita

por otra, y puesto que el poder es la meta de todas las ambiciones, resulta bastante difícil que pueda adquirir más poder en otra esfera del que ya poseo en ésta.

Bond lo escuchaba sólo con una mitad de su atención. Con la otra ya estaba trazando planes. Percibía la presencia de Solitaire, pero mantenía los ojos apartados de ella. Miraba fijamente el enorme rostro grisáceo y los ojos dorados que no parpadeaban.

La voz suave continuó.

—Señor Bond, ahora sólo me proporciona placer la calidad artística, el acabado y la fineza que me es dado conferir a mis operaciones. En mi caso se ha convertido en casi una manía dotar a la ejecución de mis asuntos de una corrección absoluta y de un elevado grado de elegancia. Todos los días, señor Bond, intento fijarme metas aún más elevadas de sutilidad y perfección técnica, de modo que cada uno de mis procedimientos sea una obra de arte que lleve mi firma, como las creaciones de, digamos, Benvenuto Cellini<sup>[19]</sup>. De momento me conformo con ser mi único juez, pero creo con toda sinceridad, señor Bond, que la aproximación a la perfección que alcanzo continuamente con cada una de mis operaciones, acabará obteniendo un lugar de privilegio en la historia de nuestros tiempos.

Big hizo una pausa. Bond observó que sus grandes ojos amarillos estaban abiertos de par en par, como si tuviera visiones. «Es un megalómano delirante», pensó el agente británico. Y tanto más peligroso debido a eso. El fallo de la mayoría de las mentes criminales radicaba en que la codicia era su único impulso. Una mente aplicada era algo por completo distinto. Aquel hombre no era ningún gángster. Era una amenaza. Bond experimentaba fascinación y sentía un ligero temor.

—Acepto el anonimato por dos razones —prosiguió la voz suave—. Porque lo exige la naturaleza de mis operaciones y porque admiro la negación de la propia personalidad del artista anónimo. Si me permite la presunción, yo me veo como uno de esos pintores de frescos egipcios que dedicaron su vida a crear obras maestras en las tumbas de los reyes, a sabiendas de que ningún ser vivo las contemplaría jamás.

Los enormes párpados se cerraron durante un momento.

—En cualquier caso, volvamos al tema que nos ocupa. Señor Bond, la razón de que no lo haya matado esta madrugada se debe a que no me proporcionaría placer estético alguno abrirle un agujero en el estómago. Con este ingenio —añadió, al tiempo que señalaba con un gesto el arma de fuego que apuntaba al agente británico desde el cajón del escritorio— ya he abierto muchos agujeros en muchos estómagos, así que estoy satisfecho sabiendo que mi pequeño juguete mecánico es un logro técnico perfecto. Más aún, como usted sin duda ha conjeturado, sería para mí una molestia tener por aquí un montón de entrometidos haciendo preguntas acerca de su desaparición y la de su amigo, el señor Leiter. No sería más que una molestia, pero, por varias razones, en el momento presente prefiero concentrarme en otros asuntos.

Big miró su reloj.

—Así pues, he decidido dejar mi tarjeta de visita marcada en cada uno de ustedes y hacerles una única advertencia solemne: usted debe abandonar el país hoy mismo y el señor Leiter solicitar otra misión. Ya tengo bastantes molestias sin necesidad de que un montón de agentes de Europa se añadan a las considerables fuerzas de los entrometidos nacionales con quienes he de habérmelas.

»Eso es todo —concluyó—. Si vuelvo a verlo, morirá de la manera más ingeniosa y adecuada que yo sea capaz de inventar ese día. Tee-Hee, acompaña al señor Bond al garaje. Di a dos de los hombres que lo lleven a Central Park y lo arrojen al estanque. Si se resiste, pueden hacerle daño, pero no matarlo. ¿Entendido?

—Sí, señor, jefe —respondió Tee-Hee, profiriendo risillas tontas con su aguda voz de falsete.

Desató los tobillos a Bond y luego las muñecas. Cogió la mano lastimada del agente británico y se la torció por detrás de la espalda. A continuación, con la mano libre, soltó la correa que le rodeaba el cuerpo. De un tirón, lo puso de pie.

—Levántate —ordenó Tee-Hee.

Bond miró una vez más el enorme rostro grisáceo.

—Aquellos que merecen morir reciben la muerte que merecen. —Hizo una pausa y luego añadió—: Escríbalo. Es un pensamiento original.

Luego miró a Solitaire. Tenía la vista clavada en las manos que descansaba sobre el regazo. No alzó los ojos.

—En marcha —dijo Tee-Hee. Hizo girar a Bond de cara a la pared y lo empujó hacia delante mientras le levantaba la muñeca hacia los omóplatos hasta casi dislocarle el hombro. Bond profirió un gemido que sonaba muy auténtico y sus pasos vacilaron. Esperaba que Tee-Hee creyera que estaba acobardado y se había vuelto dócil. Quería que la torturante presa sobre su brazo izquierdo se aflojara sólo un poco. Según lo llevaba, cualquier movimiento repentino tendría como resultado la fractura del mismo.

Tee-Hee pasó una mano por encima de un hombro de Bond y empujó uno de los libros de los abarrotados estantes. Una sección grande se abrió girando sobre un pivote central. Empujó a Bond para que la traspusiera y la golpeó con un pie para que volviera a su sitio. Se cerró con un doble chasquido metálico. Por el grueso de la puerta, Bond supuso que estaría insonorizada. Se encontraban encarados con un corto pasillo enmoquetado que acababa en unas escaleras que descendían.

—Me estás partiendo el brazo —dijo Bond con un gemido—. Ten cuidado. Voy a desmayarme.

Dio otro traspié mientras intentaba medir la posición del negro a su espalda. Recordó el precepto de Leiter: «Espinillas, entrepierna, estómago y garganta. Si los golpeas en cualquier otra parte, no conseguirás otra cosa que romperte la mano».

—Cierra la boca —ordenó el negro, pero Bond logró bajar la mano unos pocos centímetros.

Era todo lo que necesitaba.

Estaban en mitad del pasillo y sólo quedaban unos pocos pasos hasta el comienzo de la escalera. Bond dio otro traspié, de modo que el cuerpo del negro chocara contra el suyo. Eso le proporcionó la distancia y la dirección que necesitaba.

Se inclinó un poco y su mano derecha, tiesa y plana como una tabla, salió disparada por un lado y hacia atrás. Sintió que impactaba con fuerza en su objetivo. El negro profirió un penetrante grito, como un conejo herido, y el brazo izquierdo de Bond quedó libre. Giró sobre sus talones al tiempo que desenfundaba la descargada pistola con la mano derecha. El negro, doblado por la cintura, tenía las manos entre las piernas y profería grititos jadeantes. Bond descargó un fuerte golpe con el arma en la parte trasera de la lanosa cabeza. Se oyó un golpe sordo, como si hubiese llamado a una puerta, el negro gimió y cayó hacia delante con las manos tendidas para amortiguar el impacto contra el suelo. Bond se situó detrás de él y, con toda la fuerza que fue capaz de imprimir al zapato reforzado con la puntera de acero, asestó una tremenda patada por debajo de los fondillos del pantalón color espliego del negro.

Un último grito breve salió de la garganta del hombre mientras volaba cubriendo los pocos pasos que lo separaban de la escalera. Su cabeza golpeó contra la barandilla de hierro y luego, como una rueda de batientes brazos y piernas, desapareció escalones abajo. Se oyó un pequeño estrépito cuando rebotó en algún obstáculo, luego una pausa, y a continuación una mezcla de ruidos sordos y chasquidos al caer al suelo de golpe. Después reinó el silencio.

Bond se enjugó el sudor que le caía en los ojos y se detuvo a escuchar. Se metió la mano izquierda herida dentro del bolsillo de la americana. Le latía de dolor y la tenía hinchada hasta casi el doble de su tamaño normal. Con la pistola en la mano derecha, avanzó hasta el inicio de la escalera y comenzó a bajar por ella con lentitud, caminando en silencio sobre las puntas de los pies.

Sólo una planta lo separaba del cuerpo que yacía abajo con los miembros extendidos. Al llegar al descansillo, se detuvo de nuevo para escuchar. Muy cerca, oyó el gemido agudo de algún tipo de radiotransmisor rápido. Verificó que procedía de detrás de una de las dos puertas que había en el descansillo. Debía de ser el centro de comunicaciones del señor Big. Habría querido hacer un registro rápido, pero su pistola estaba descargada y no tenía ni idea de cuántos hombres encontraría en la habitación. Sólo los auriculares que les cubrían los oídos podían ser la única razón que había impedido que los operadores oyeran el ruido provocado por la caída de Tee-Hee. Continuó bajando con cautela.

Tee-Hee estaba muerto o agonizando. Yacía de espaldas, con los miembros extendidos. La corbata a rayas le cruzaba el rostro como una serpiente aplastada.

Bond no sintió remordimiento alguno. Registró el cuerpo en busca de un arma y la halló metida en la cintura de los pantalones manchados de sangre. Era un Colt del treinta y ocho, modelo Detective Special, con el cañón recortado. El tambor contenía todas las balas. Bond se guardó la inútil Beretta en la pistolera. Agarró con fuerza el voluminoso revólver con la mano derecha y sonrió, ceñudo.

Delante había una puerta pequeña, y vio que estaba cerrada con cerrojo. Pegó el oído a la misma. Percibió el amortiguado sonido de un motor. Debía tratarse del garaje. Pero ¿y ese motor en marcha? ¿A esas horas de la madrugada? Apretó los dientes. Por supuesto. Big habría llamado por el intercomunicador para avisarles que Tee-Hee bajaba con él y estarían preguntándose por el motivo de la tardanza. Era probable que en ese momento miraran hacia la puerta, en espera de que el negro apareciera por ella.

Bond se detuvo a pensar. Contaba con la ventaja de la sorpresa. Si al menos los cerrojos estuvieran bien engrasados...

Tenía la mano izquierda casi inutilizada. Con el Colt en la derecha, empujó el primer cerrojo con el filo de la mano herida. Se deslizó con facilidad. Lo mismo sucedió con el segundo. Sólo quedaba un picaporte por bajar. Lo hizo y tiró de la puerta con suavidad hacia sí.

Era una puerta gruesa, y el ruido del motor fue haciéndose más audible a medida que la rendija se agrandaba. El coche debía estar justo al otro lado. Cualquier movimiento de la puerta lo delataría. La abrió de golpe y se apostó en ella de lado, para ofrecer el menor blanco posible. El percutor de su revólver estaba echado atrás.

A pocos pasos de distancia esperaba un sedán negro con el motor en marcha. Se encontraba orientado hacia las dobles puertas abiertas del garaje. Potentes luces de arco iluminaban la carrocería de otros vehículos. Sentado al volante del sedán había un negro corpulento, y un segundo se hallaba de pie cerca de él, reclinado en la portezuela trasera. No se veía a nadie más.

Cuando Bond apareció ante ellos, los negros abrieron la boca con asombro. De entre los labios del que estaba al volante, cayó un cigarrillo. Luego ambos se lanzaron a sacar sus armas.

Instintivamente, Bond disparó primero al hombre que estaba de pie, pues sabía que sería el más rápido en desenfundar.

El disparo del pesado revólver resonó en el garaje.

El negro se aferró el estómago con ambas manos, dio dos pasos tambaleantes hacia Bond y se desplomó de cara al suelo, donde su arma repiqueteó contra el cemento.

El hombre que estaba sentado dentro del coche profirió un alarido cuando el arma de Bond lo apuntó. Debido a que el volante le estorbaba, su mano derecha aún se encontraba dentro de la americana.

Bond disparó directamente a la boca que gritaba, y la cabeza del hombre se estrelló contra la ventanilla lateral. Luego rodeó el vehículo a la carrera y abrió la portezuela. El negro se desplomó al exterior. Bond arrojó el arma al asiento del conductor y arrastró el cuerpo fuera del coche para dejarlo en el suelo. Intentó no ensuciarse de sangre. Se sentó al volante y agradeció que el motor estuviera en marcha y que el coche tuviera los cambios de marcha en el volante. Cerró la portezuela de golpe, posó la mano herida sobre el lado izquierdo del volante y empujó la palanca hacia delante.

El freno de mano estaba puesto. Tuvo que agacharse por debajo del volante para quitarlo.

Fue una pausa peligrosa. Cuando el pesado coche salía lanzado por las amplias puertas, se oyó la detonación de un disparo y una bala golpeó la carrocería. Giró el volante con la mano derecha, y una segunda bala le pasó por encima, sin darle. Al otro lado de la calle, el cristal de una ventana se hizo añicos.

El destello del disparo procedía del nivel del suelo, y Bond supuso que, de alguna manera, el primer negro había logrado llegar hasta su arma.

No se oyeron más disparos, y de las fachadas oscuras de los edificios que dejó atrás no le llegó ni un solo sonido. Mientras pasaba de una velocidad a otra, en el espejo retrovisor no vio nada más que la ancha barra de luz procedente del interior del garaje, que atravesaba la calle desierta.

Bond no tenía ni idea de en qué lugar se encontraba ni hacia dónde se dirigía. Iba por una calle ancha sin rasgos distintivos, y continuó adelante. Se dio cuenta de que circulaba por la izquierda y rápidamente cambió a la derecha. Sentía un terrible dolor en la mano, pero el pulgar y el índice le ayudaban a estabilizar el volante. Intentó acordarse de mantener su lado izquierdo alejado de la sangre que manchaba la portezuela y la ventanilla. La interminable calle estaba poblada sólo por los pequeños fantasmas de vapor que ascendían por las rejillas abiertas en el asfalto y que permitían acceder al sistema de tuberías de calefacción de la ciudad. El feo capó del coche los segaba uno a uno, pero por el espejo retrovisor veía cómo volvían a levantarse tras él en una perspectiva de espectros blancos que gesticulaban ligeramente.

Mantuvo una velocidad de ochenta kilómetros por hora. Encontró algunos semáforos en rojo y se los saltó. Recorrió varias manzanas a oscuras y por fin llegó a una avenida iluminada. En la misma había tráfico, y se detuvo hasta que el semáforo cambió a verde. Giró a la izquierda y fue recompensado por una sucesión de semáforos en verde, cada uno de los cuales lo alejaba del enemigo. Se detuvo en un cruce y leyó el nombre de la avenida. Se encontraba en Park Avenue y la calle Ciento dieciséis. En la siguiente esquina volvió a aminorar. Era la calle Ciento quince. Se dirigía hacia el centro, alejándose de Harlem; regresaba a la ciudad. Continuó avenida

adelante, Luego giró en la calle Sesenta. Estaba desierta. Apagó el motor y dejó el coche estacionado delante de una boca de incendios. Cogió el revólver del asiento, se lo metió en la cintura del pantalón y regresó andando hasta Park Avenue.

Pocos minutos después paró un taxi que pasaba, y al cabo de un rato se encontró subiendo por la escalera de entrada del St. Regis.

—Hay un mensaje para usted, señor Bond —dijo el conserje de noche.

Bond mantuvo el lado izquierdo de su cuerpo apartado de la vista del hombre. Abrió el mensaje con la mano derecha. Era de Félix Leiter y había llamado a las cuatro de la madrugada. *Llámame de inmediato*, decía.

Bond avanzó hasta el ascensor, que lo llevó a la planta donde se alojaba. Abrió la puerta de la habitación 2100 y entró en la sala de estar.

—¡Dios Todopoderoso —exclamó con profunda gratitud—, qué descanso!

## Capítulo 9

### ¿Verdadero o falso?

Bond miró el teléfono, luego se levantó y avanzó hasta el aparador. Puso un puñado de cubitos de hielo medio derretidos en un vaso largo, se sirvió tres dedos de Haig and Haig e hizo girar el whisky dentro del vaso para que se enfriara y diluyera. Luego bebió la mitad del contenido de un solo trago. Dejó el vaso y se quitó la americana. Tenía la mano izquierda tan hinchada que apenas pudo sacársela a través de la manga. El dedo meñique aún estaba doblado hacia atrás, y le provocó un dolor terrible al rozar la tela. Tenía el dedo casi negro. Se aflojó el nudo de la corbata y se desabotonó el cuello de la camisa. Luego cogió de nuevo el vaso, bebió otro largo sorbo y regresó junto al teléfono.

Leiter respondió de inmediato.

—Gracias a Dios —exclamó con total sinceridad—. ¿Qué te han hecho?

—Me han roto un dedo —respondió Bond—. ¿Y a ti?

—Un cachiporrazo. Me dejaron sin sentido. Nada grave. Comenzaron por considerar toda clase de cosas ingeniosas. Querían conectarme al compresor de aire del garaje. Empezando por los oídos y continuando por cualquier otra parte. Cuando no llegaron instrucciones del señor Big, comenzaron a aburrirse y yo me puse a hablar de los temas más interesantes del jazz con Blabbermouth, el tipo del arma extravagante de seis disparos. Llegamos a Duke Ellington y estuvimos de acuerdo en que a ambos nos gustaba que los líderes de banda de jazz fueran hombres de percusión, no de viento. También coincidimos en que el piano o la batería mantiene a la banda más unida que cualquier otro instrumento solista, como Jelly-roll Morton, por ejemplo. A propósito de Duke, le conté el chiste del clarinete... «Un viento de madera malo que nadie sopla bien.» Eso hizo que se partiera de risa. De repente éramos amigos. El otro hombre, que se llamaba Flannel, se puso desagradable y Blabbermouth le dijo que quedaba libre de servicio, que él cuidaría de mí. Luego llamó el señor Big.

—Yo estaba allí —le aseguró Bond—. Y no me pareció muy gracioso lo que ordenó.

—Blabbermouth tenía una preocupación de todos los diablos. Se puso a dar vueltas por la habitación hablando entre dientes. De repente me dio un golpe con la cachiporra y perdí el sentido. Cuando desperté estaba en el exterior del hospital Bellevue. Debían de ser las tres y media. Blabbermouth me pidió mil disculpas, asegurándome que era lo mínimo que podía hacer. Le creí. Me suplicó que no lo delatara. Dijo que iba a informar que me había dejado medio muerto. Por supuesto, le prometí que haría llegar a su jefe algunos detalles muy espeluznantes. Nos separamos en los mejores términos. Recibí algunas atenciones en la sala de urgencias del



hospital y regresé a casa. Estaba muy preocupado por lo que te hubiera sucedido, pero después de un rato empezó a sonar el teléfono. Llamaron la policía y el FBI. Parece que el señor Big se ha quejado de que un estúpido inglés se volvió loco en The Boneyard a primera hora de esta madrugada, disparó contra tres de sus hombres (dos chóferes y un camarero, ¿qué te parece?), robó uno de sus coches y huyó, dejando su abrigo y su sombrero en el guardarropa. *Big Man* clama justicia. Por supuesto, advertí a los detectives y al FBI que no se metieran en el asunto, pero llevan un cabreo de mil demonios y tenemos que salir de inmediato de la ciudad. No se sabrá nada durante la mañana, pero la noticia aparecerá en todos los periódicos de la tarde y será transmitida por radio y televisión. Aparte de todo eso, el señor Big irá tras de ti como un enjambre de avispas. De todas formas, ya he hecho algunos planes. Ahora cuéntame tú y, por Dios, ¡te aseguro que me alegro de oír tu voz!

Bond le hizo un detallado relato de cuanto le había sucedido. No olvidó nada. Cuando acabó, Leiter profirió un silbido grave.

—Chico —dijo con tono de admiración—, sin duda le has hecho una buena mella a la maquinaria del señor Big. Pero tuviste suerte. Ciertamente parece que esa dama Solitaire te ha salvado la piel. ¿Crees que podemos aprovecharla?

—Podríamos, si consiguiéramos acercarnos a ella —respondió Bond—. Supongo que él no permitirá que se aleje mucho.

—Tendremos que dejar eso para otro día —le aseguró Leiter—. Ahora será mejor que nos pongamos en marcha. Colgaré y volveré a llamarte dentro de unos minutos. Primero te enviaré de inmediato al médico de la policía. Llegará dentro de un cuarto de hora, más o menos. Luego yo mismo hablaré con el comisario y le solucionaré algunas de las cuestiones policiales. Pueden darle largas al asunto con el descubrimiento del automóvil. El FBI tendrá que advertir (de manera extraoficial) a los muchachos de la radio y los periódicos para que al menos dejen tu nombre fuera del asunto y se olviden de todos esos rumores del inglés. De lo contrario, podrían sacar al embajador británico a tirones de la cama y organizar manifestaciones de la National Association for the Advancement of Coloured People<sup>[20]</sup> y sabe Dios qué más. —Leiter rió entre dientes.— Será mejor que hables con tu jefe de Londres. Allí deben de ser más o menos las diez y media. Necesitarás un poco de protección. Yo puedo encargarme de la CIA, pero esta mañana el FBI tiene un ataque agudo de «escúcheme-bien-joven». Necesitarás más ropa. Me encargaré de eso. Mantente despierto. Ya dormiremos de sobras en la tumba. Te llamaré más tarde.

Leiter cortó la comunicación. Bond sonrió para sí. El hecho de oír la alegre voz de Leiter, y saber que estaba haciéndose cargo de todo, había borrado todo su agotamiento y los negros recuerdos.

Volvió a coger el auricular y habló con la operadora internacional. «Diez minutos de espera», le informó ella.

Bond entró en el dormitorio y, de alguna manera, se quitó la ropa. Tomó una ducha muy caliente y luego una muy fría. Se afeitó y consiguió ponerse una camisa y unos pantalones limpios. Metió un cargador nuevo en la Beretta, envolvió el Colt en la camisa sucia y lo metió en la maleta. Tenía el equipaje a medio hacer cuando el timbre del teléfono sonó.

Escuchó los animados ruidos y ecos de la línea, la charla de operadores lejanos, los fragmentos en código morse de aviones, y de barcos que se hallaban en alta mar, rápidamente interrumpidos. Podía visualizar el gris edificio grande cercano a Regent's Park e imaginar la actividad de la centralita telefónica, las tazas de té y la muchacha que decía: «Sí, habla con la Universal Export», el número de la cual había pedido Bond, una de las tapaderas usadas por los agentes cuando tenían que ponerse en contacto por líneas internacionales abiertas. Ella avisaría al supervisor, el cual aceptaría la llamada.

—Ya tiene la conexión —anunció la operadora internacional—. Adelante, por favor. Llamada de Nueva York a Londres.

Bond oyó la serena voz inglesa.

—Universal Export. ¿Con quién hablo, por favor?

—¿Puede ponerme con el director general? —preguntó Bond—. Soy su sobrino James y telefono desde Nueva York.

—Un momento, por favor.

Con la imaginación, Bond siguió la llamada transmitida a Moneypenny y la vio pulsando el botón del intercomunicador.

«Es de Nueva York, señor —anunciaría ella—. Creo que se trata de 007.»

«Páseme la llamada», diría M.

—¿Sí? —respondió la voz fría por la cual él sentía tanto afecto y a la cual obedecía.

—Soy James, señor —respondió Bond—. Es posible que necesite un poco de ayuda con una remesa delicada.

—Adelante —invitó la voz.

—Ayer por la noche fui a la ciudad a ver al jefe de aduanas —explicó Bond—. Tres de sus mejores empleados se pusieron enfermos mientras estaba allí.

—¿Cómo de enfermos? —preguntó la voz.

—Tanto como se puede estar, señor —respondió el agente británico—. Hay mucha «gripe por aquí».

—Espero que no la haya pillado usted.

—Yo tengo un ligero enfriamiento, señor —lo tranquilizó Bond—, pero no es nada por lo que debemos preocuparnos. Ya se lo contaré por carta. El problema es que con toda esta «gripe suelta, Federado piensa que estaría mejor fuera de la ciudad». —Bond rió entre dientes para sí al imaginar la sonrisa de M.— Así que me

marcho de inmediato con Felicia.

—¿Con quién? —preguntó M.

—Con Felicia. —Bond deletreó el nombre.— Mi nueva secretaria de Washington.

—Ah, sí.

—He pensado en probar con aquella fábrica de St. Petersburg que me recomendó usted.

—Buena idea.

—Pero es posible que Federado tenga otras ideas, y esperaba que usted me apoyara.

—Ya entiendo —respondió M—. ¿Qué tal va el negocio?

—Las cosas parecen bastante prometedoras, señor. Pero de momento se presentan un poco duras. Felicia pasará hoy a máquina mi informe completo.

—Muy bien —aprobó M—. ¿Algo más?

—No, eso es todo, señor. Gracias por su apoyo.

—No tiene importancia. Manténgase en forma. Adiós.

—Adiós, señor.

Bond colgó el receptor y sonrió. Imaginó a M llamando al jefe de Estado Mayor. «007 ya ha tenido una enganchada con el FBI. El condenado estúpido fue a Harlem anoche y se cargó a tres de los hombres del señor Big. Al parecer, también 007 salió herido, pero no mucho. Tiene que marcharse de la ciudad con Leiter, el agente de la CIA. Se trasladarán a St. Petersburg. Será mejor advertir a los puestos A y C. Supongo que tendremos a Washington encima antes de que acabe el día. Diga a los del puesto A que respondan que me solidarizo plenamente con Estados Unidos, pero que 007 cuenta con mi absoluta confianza y que estoy seguro de que actuó en defensa propia. Que no volverá a suceder y todo eso. ¿Entendido?» Bond sonrió otra vez al pensar en la exasperación de Damon por verse obligado a endulzar abundantemente a Washington cuando era probable que tuviera marañas angloamericanas más que de sobras por desenredar.

El teléfono sonó otra vez. Era Leiter.

—Escúchame —dijo—. Todo el mundo está calmándose un poco. Parece que los tipos que te cargaste formaban un trío bastante peligroso: Tee-Hee Johnson, Sam Miami y un hombre llamado McThing. Todos buscados por la policía por varios delitos. El FBI está cubriendo tu rastro. De mala gana, por supuesto, y los de la policía dando largas como locos. El alto mando del FBI ha pedido a mi jefe que te mande de vuelta a Londres. Lo sacaron de la cama, ¿qué te parece? Supongo que se debe principalmente a los celos..., pero todo eso lo hemos parado. De todas formas, ambos tenemos que salir de inmediato de la ciudad. También eso está arreglado. No podemos viajar juntos, así que tú cogerás el tren y yo iré en avión. Toma nota.

Bond sujetó el teléfono entre la cabeza y el hombro y cogió papel y lápiz.

—Dime.

—Estación de Pennsylvania. Vía 14. Diez y media de esta mañana. El tren se llama *The Silver Phantom*. Es directo a St. Petersburg vía Washington, Jacksonville y Tampa. Te he pedido billete de coche cama. Muy lujoso. Coche 245, compartimiento H. El billete estará en el tren. Lo tendrá el revisor. A nombre de Bryce. Sólo tienes que llegar a la escalera 14 y bajar hasta el tren. Luego métete en el compartimiento y enciértate en él hasta que el tren arranque. Yo saldré dentro de una hora en un avión de la Eastern; a partir de ahora te quedas solo. Si tienes algún problema llama a Dexter, pero no te sorprendas si te arranca la cabeza de un bocado. El tren llegará a su destino en torno al mediodía de mañana. Coge un taxi y vete a las Cabañas Everglades, en el Golf Boulevard West, de Sunset Beach. Se halla en un lugar llamado Treasure Island, donde se encuentran todos los hoteles de playa. Conecta con St. Petersburg a través de un viaducto. El taxista lo sabrá.

»Yo te estaré esperando. ¿Lo has anotado todo? Y, por el amor de Dios, ten cuidado. Y lo digo en serio. Big te matará si tiene la más mínima posibilidad de hacerlo, y una escolta policial que te acompañe al tren no haría más que llamar la atención sobre ti. Coge un taxi y mantente fuera de la vista. Te envío otro sombrero y un impermeable marrón. Ya se ha pagado la cuenta del St. Regis. Eso es todo. ¿Alguna pregunta?

—Me parece bien —respondió Bond—. He hablado con M, y él arreglará las cosas con Washington si surge algún problema. También tú cuídate —añadió—. Estarás justo después de mí en la lista. Hasta mañana. Buen viaje.

—Me andaré con ojo —le aseguró Leiter—. Adiós.

Eran las seis y media, y Bond descorrió las cortinas de la sala de estar y contempló cómo el alba iba iluminando la ciudad. En el fondo de las cavernas que había abajo aún reinaba la oscuridad, pero las puntas de las grandes estalagmitas de cemento estaban teñidas de una tonalidad rosácea, y el sol iba iluminando las ventanas planta a planta, como si un ejército de conserjes fuese encendiéndolas mientras trabajaba en el interior de los edificios.

Llegó el médico de la policía, permaneció en la habitación durante un doloroso cuarto de hora, y se marchó.

—Es una fractura limpia —anunció—. Tardará unos días en soldar. ¿Cómo se la hizo?

—Me lo pillé con una puerta —respondió Bond.

—Hay que mantenerse alejado de las puertas —comentó el médico—. Son peligrosas. Deberían aprobar una ley que las prohibiera. Ha tenido suerte de no pillarse el cuello en lugar del dedo.

Cuando el médico se hubo marchado, Bond acabó de hacer la maleta. Estaba preguntándose a qué hora se pediría el desayuno cuando sonó el teléfono.

Bond esperaba una voz poco amistosa de la policía o el FBI. En cambio, la voz de una muchacha, baja y apremiante, preguntó por él.

—¿Quién lo llama? —inquirió Bond para ganar tiempo. Ya conocía la respuesta.

—Sé que es usted —replicó la voz, y él oyó que estaba pegada al micrófono—. Soy Solitaire. —El nombre fue apenas susurrado a través del teléfono.

Bond aguardó, con todos los sentidos alerta, pensando en cuál sería la escena que había al otro lado de la línea. ¿Se encontraba sola? ¿Estaba hablando como una necia a través de uno de los teléfonos de la casa, que tenían extensiones que quizá otros se dedicaban a escuchar en ese preciso momento con frialdad y atención? ¿O se hallaba en una habitación, con la mirada de Big clavada en ella, con un lápiz y una libreta junto a él para así escribir con más rapidez la pregunta siguiente?

—Escuche —dijo la voz—. No puedo entretenerme. Debe confiar en mí. Estoy en un *drugstore*, pero tengo que regresar de inmediato a mi habitación. Por favor, créame.

Bond había sacado el pañuelo. Lo colocó sobre el micrófono del teléfono y habló a través de él.

—Si puedo ponerme en contacto con el señor Bond, ¿qué debo decirle?

—¡Oh, maldito sea! —exclamó la muchacha con lo que parecía un toque de histeria auténtica—. Se lo juro por mi madre, por el hijo que no he tenido. Necesito marcharme de aquí. Y usted también. Tiene que llevarme consigo. Yo lo ayudaré. Conozco muchísimos de los secretos de él. Pero dése prisa. En este momento estoy jugándome la vida por hablar con usted. —Profirió un sollozo de exasperación y pánico.— ¡Por el amor de Dios, confíe en mí! Tiene que hacerlo. ¡Tiene que hacerlo!

Bond continuó callado, mientras su mente trabajaba a un ritmo frenético.

—Escuche —volvió a decir ella, pero esa vez su tono fue inexpresivo, casi desesperanzado—. Si no me lleva con usted, me suicidaré. ¿Lo hará ahora? ¿Quiere cargar con la responsabilidad de mi muerte?

Si era una actuación, era una actriz demasiado buena. Continuaba siendo un riesgo imperdonable, pero Bond tomó una decisión. Habló directamente por el micrófono, sin el pañuelo, y en voz baja.

—Si esto es una mala faena, Solitaire, le aseguro que lo descubriré y la mataré aunque sea lo último que haga. ¿Tiene lápiz y papel?

—Espere —pidió la muchacha, emocionada—. En seguida.

Si hubiese sido una estrategia, reflexionó Bond, habría tenido todo eso preparado.

—Quiero que esté en la estación de Pennsylvania a las diez y veinte en punto. En *The Silver Phantom* a... —titubeó—, a Washington. Coche 245, compartimiento H. Diga que es la señora Bryce. Por si yo no he llegado aún, el revisor tiene el billete. Vaya directamente al compartimiento y espéreme. ¿Lo tiene todo?

—Sí —respondió ella—, y gracias, gracias.

—No deje que le vean el rostro —le aconsejó Bond—, Póngase un velo o algo por el estilo.

—Por supuesto —respondió ella—. Se lo prometo. Se lo prometo de verdad. Tengo que marcharme. —Cortó la comunicación.

Bond contempló el silencioso receptor y luego lo dejó en su sitio.

—Bueno —comentó en voz alta—. Ya la hemos liado.

Se levantó y se desperezó. Fue hasta la ventana y miró al exterior, sin ver nada. Sus pensamientos corrían a toda velocidad. A continuación se encogió de hombros y regresó junto al teléfono. Miró su reloj. Las siete y media.

—Servicio de habitaciones, buenos días —lo saludó la enérgica voz.

—Envíenme el desayuno, por favor —dijo Bond—. Un zumo de piña doble, Cornflakes con nata líquida, huevos escalfados en crema de leche y tocino, dos cafés, y tostadas con mermelada.

—Sí, señor —respondió la muchacha, y luego repitió la lista—. En seguida se lo suben.

—Gracias.

—A su servicio.

Bond sonrió para sí.

«El condenado a muerte tomó un abundante desayuno», pensó. Se sentó junto a la ventana y alzó la mirada al cielo, hacia su futuro.

En Harlem, ante la voluminosa centralita, *Susurro* volvía a hablar con la ciudad para transmitir nuevamente la descripción de Bond a todos los Ojos. «Todas las estaciones de ferrocarril, todos los aeropuertos. Las puertas del St. Regis que dan a la esquina de la Quinta Avenida con la calle Cincuenta y cinco. El señor Big dice que tendremos que correr el riesgo de que escape por una autopista. Pasa el mensaje. Todas las estaciones de ferrocarril, todos los aeropuertos...»

## Capítulo 10

### The Silver Phantom

Bond se les escapó cuando, con el cuello del nuevo abrigo subido hasta las orejas, salió por la puerta del *drugstore* del St. Regis, conectado con el vestíbulo del hotel.

Esperó en la puerta y saltó para detener a un taxi que pasaba, cuya portezuela mantuvo abierta con el pulgar de la mano herida mientras arrojaba la maleta dentro antes de subir. El taxi apenas se detuvo. El negro que tenía en la mano la hucha para la colecta de los veteranos de color de la guerra de Corea y su colega, que trasteaba bajo el capó de su coche atascado, continuaron con su trabajo hasta que, mucho más tarde, un hombre que pasó en automóvil les indicó que se retiraran mediante dos toques de claxon cortos y uno largo.

Pero Bond fue identificado de inmediato cuando bajó del taxi en el apeadero de la estación de Pennsylvania. Un negro que haraganeaba por allí con una cesta de mimbre entró rápidamente en una cabina telefónica. Eran las diez y cuarto.

Aunque sólo disponían de quince minutos, justo antes de que el tren saliera, uno de los camareros del coche restaurante se puso enfermo y fue reemplazado a toda prisa por un hombre que había sido plena y cuidadosamente informado por teléfono. El *chef* insistió en que había gato encerrado en todo aquello, pero cuando el recién llegado le dijo un par de palabras, el *chef* abrió mucho los ojos y guardó silencio, mientras tocaba con disimulo el frijol de la suerte que llevaba colgado al cuello con un cordón.

Bond había cruzado con rapidez el enorme vestíbulo cubierto de cristales y la puerta 14, para bajar hasta el tren.

Este aguardaba, con sus cuatrocientos metros de coches plateados, inmóvil en la penumbra de la estación subterránea. En la parte delantera, los generadores auxiliares de las unidades eléctricas gemelas diesel, de 4.000 caballos de fuerza, latían con diligencia. Bajo las bombillas eléctricas desnudas, las bandas horizontales dorado y púrpura —los colores de la Seaboard Railroad— brillaban regiamente en las locomotoras aerodinámicas. El maquinista y el fogonero que conducirían el tren a lo largo de su primera etapa de trescientos veinte kilómetros hacia el sur estaban recostados dentro de la inmaculada cabina de aluminio, situada a tres metros y medio por encima de las vías, observando el amperímetro y el indicador de la presión de aire, listos para la partida.

La quietud reinaba en la gran caverna de cemento abierta en las entrañas de la ciudad, y cualquier sonido provocaba un eco.

No había muchos pasajeros. Subirían más en Newark, Filadelfia, Baltimore y Washington. Bond recorrió cien metros, sus pasos resonando en el andén vacío, antes de encontrar el coche 245, situado hacia la parte trasera del tren. Un revisor de los

coches cama se hallaba de pie ante la puerta. Llevaba gafas. Su negro rostro tenía una expresión aburrida, pero cordial. Debajo de las ventanillas del coche, escrito en anchas letras marrones y doradas, podía leerse: «Richmond, Fredericksburg y Potomac», y debajo: *Bellesylvania*, el nombre del coche cama. Un fino jirón de vapor manaba de la conexión de la calefacción central, cerca de la puerta.

—Compartimiento H —dijo Bond.

—¿El señor Bryce, señor? Sí, señor. La señora Bryce acaba de subir a bordo. Vaya hacia el fondo del coche.

Bond subió al tren y avanzó hacia el fondo del corredor verde amarillento. La moqueta era gruesa. Se percibía el habitual olor a tren estadounidense, de humo de cigarro viejo. Un cartel decía: «¿Necesita otra almohada? Si desea cualquier objeto adicional, llame al camarero de su coche cama. Su nombre es:» Y luego había una tarjeta impresa metida en la ranura: «Samuel D. Baldwin».

El compartimiento H se encontraba pasada la mitad del coche. En el E había una pareja estadounidense de aspecto respetable, pero los demás estaban desocupados. La puerta del H estaba cerrada. Probó el pomo, pero habían echado el cerrojo.

—¿Quién es? —preguntó una voz de muchacha con tono ansioso.

—Soy yo —respondió él.

La puerta se abrió. Bond entró, dejó la maleta en el suelo y echó el cerrojo.

Ella iba vestida con un traje sastre negro hecho a medida. Un velo de rejilla de trama abierta bajaba desde el ala de un pequeño sombrero de paja negro. Se había llevado una mano enguantada a la garganta, y Bond pudo ver a través del velo que su semblante estaba pálido y sus ojos desencajados de miedo. Tenía un aspecto muy francés y hermoso.

—¡Gracias a Dios! —exclamó ella.

Bond dio un rápido vistazo por el compartimiento. Abrió la puerta del lavabo y miró dentro. No había nadie.

Una voz, desde el andén, anunció:

—¡Viajeros al tren!

Se oyó un entrecocar metálico cuando el revisor subió los escalones plegables de hierro y cerró la puerta. A continuación el tren comenzó a rodar silencioso por la vía. La campanilla sonaba monótona al pasar por las señales automáticas. Se oyó algún ruido mecánico cuando pasaron algunas agujas, y luego el tren comenzó a acelerar. Para bien o para mal, estaban en camino.

—¿Qué asiento prefiere? —preguntó Bond.

—Me da lo mismo —respondió ella con ansiedad—. Elija usted.

Bond se encogió de hombros y se sentó de espaldas a la locomotora. Prefería no mirar en el sentido de la marcha.

Ella, muy nerviosa, ocupó el asiento opuesto. Aún se encontraban dentro del largo



túnel que conduce las líneas de Filadelfia al exterior de la ciudad.

La joven se quitó el sombrero y las horquillas que sujetaban el velo de malla ancha, y lo dejó todo sobre el asiento, a su lado.

Luego hizo lo mismo con algunas horquillas más de la parte de atrás y sacudió la cabeza de modo que el espeso cabello negro cayó hacia delante. Debajo de los ojos tenía sombras azuladas, y Bond pensó que tampoco ella había dormido aquella noche.

Entre ambos había una mesa. De pronto, ella tendió una mano, cogió la derecha de él y la atrajo hacia sí sobre la mesa. La sujetó con sus dos manos, se inclinó y la besó. Bond frunció el entrecejo e intentó retirarla, pero durante un momento la muchacha la retuvo con fuerza.

Alzó la cabeza y sus abiertos ojos azules miraron con expresión franca a los de él.

—Gracias —dijo—. Gracias por confiar en mí. Sé que le ha resultado difícil.

Le soltó la mano y se recostó en el asiento.

—Me alegro de haberlo hecho —fue la inadecuada respuesta de Bond, mientras su mente se esforzaba por resolver el misterio de aquella mujer.

Se metió la mano en el bolsillo para sacar los cigarrillos y el encendedor. Era un paquete de Chesterfield sin abrir, e intentó romper el precinto con la mano derecha.

Ella se inclinó y se lo cogió. Lo abrió ayudándose con la uña del dedo pulgar, sacó un cigarrillo, lo encendió y se lo entregó a él. Bond lo aceptó y le sonrió mirándola a los ojos, mientras saboreaba el rastro de lápiz de labios que había quedado en la boquilla.

—Fumo unos tres paquetes al día —comentó él—. Va a estar muy ocupada.

—Sólo le ayudaré a abrir los paquetes nuevos —respondió ella—. No tema, que no estaré mareándolo con mis atenciones durante todo el viaje hasta St. Petersburg.

Los ojos de Bond se entrecerraron y la expresión risueña desapareció de ellos.

—No habrá pensado que yo me había creído que sólo íbamos hasta Washington —dijo la joven—. Cuando hablamos por teléfono esta mañana, usted vaciló antes de decirme el destino del viaje. Y, en cualquier caso, el señor Big estaba seguro de que intentaría llegar hasta Florida. Oí cómo ponía a su gente sobre aviso en Harlem. Habló con un hombre al que llaman *Robber*, una llamada de larga distancia. Le dijo que vigilara el aeropuerto de Tampa y los trenes. Tal vez deberíamos bajar antes, en Tarpon Springs o en una de las estaciones pequeñas que hay a lo largo de la costa. ¿No lo vieron subir al tren?

—Que yo sepa, no —le aseguró Bond, cuya expresión se relajó de nuevo—. ¿Y a usted?... ¿Tuvo algún problema para marcharse?

—Es el día en que tomo clases de canto. Él intenta convertirme en cantante melódica. Quiere que continúe en The Boneyard. Como siempre, uno de sus hombres me llevó a casa de mi profesora, y tiene que recogerme a mediodía. No le sorprendió que fuera a dar una clase tan temprano. A menudo desayuno con mi profesora para

alejarme del señor Big. Él espera que tome con él todas las comidas.

Solitaire miró su reloj. Cínicamente, él reparó en que se trataba de un reloj costoso, de diamantes y platino, conjeturó.

—Me echarán de menos dentro de una hora, más o menos. Esperé hasta que el coche se hubo marchado y luego volví a salir y lo llamé a usted por teléfono. Después cogí un taxi hasta el centro de la ciudad. Compré un cepillo de dientes y algunas cosas más en un *drugstore*. Por lo demás, no tengo nada, excepto mis joyas y el dinero para emergencias que he guardado en secreto. Alrededor de cinco mil dólares. Así que no seré una carga económica para usted. —Le sonrió.— Pensaba que un día u otro tendría mi oportunidad. —Hizo un gesto hacia la ventanilla.— Usted me ha regalado una vida nueva. Hace casi un año que vivo encerrada con él y sus gánsters negros. Esto es el paraíso.

El tren pasaba en ese momento por los terrenos áridos abandonados y los pantanos que median entre Nueva York y Trenton. No resultaban una vista agradable. A Bond le recordaban algunos trechos del recorrido del Transiberiano de antes de la guerra, si se exceptuaban las enormes vallas solitarias que anunciaban los espectáculos que podían verse en Broadway, los ocasionales vertederos de chatarra y los cementerios de coches.

—Espero encontrar algo mejor que eso para usted —respondió él con una sonrisa—. Pero no me dé las gracias. Ahora estamos en paz. Usted me salvó la vida anoche. Es decir —añadió mientras la observaba con curiosidad—, si es verdad que tiene un sexto sentido.

—Sí —respondió ella—. Lo tengo. O algo muy parecido. A menudo veo algo que va a suceder, en particular lo que les pasará a otras personas. Por supuesto, yo lo adorno, y cuando trabajaba para ganarme la vida en Haití, me resultó fácil convertirlo en un buen número de cabaret. Aquello se encuentra plagado de vudú y supersticiones, y todos estaban completamente seguros de que yo era una bruja. Pero le aseguro que cuando lo vi por primera vez en esa habitación, supe que lo habían enviado para salvarme. —Se ruborizó.— Vi... toda clase de cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Ay, no lo sé —respondió ella mirando de un lado a otro—. Sólo cosas. De todos modos, ya veremos. Pero va a ser difícil —añadió con seriedad— y peligroso, para los dos. —Hizo una pausa.— Así pues, ¿querrá, por favor, cuidar bien de ambos?

—Haré todo lo posible —aseguró Bond—. Y empezaremos por dormir un poco los dos. Tomaremos algo de beber y unos emparedados de pollo, y luego pediremos al revisor que baje las camas. No debe sentirse azorada —añadió al ver la expresión de los ojos de ella—. Estamos juntos en esto. Tendremos que pasar veinticuatro horas juntos en un dormitorio de matrimonio, y no tiene sentido que nos pongamos

escrupulosos. En cualquier caso, usted es la señora Bryce —le recordó con una sonrisa— y debe actuar como tal. Hasta un cierto punto, al menos —agregó.

Ella se echó a reír. Sus ojos adoptaron una expresión especulativa. No dijo nada, pero pulsó el botón del timbre que había debajo de la ventanilla.

El revisor llegó al mismo tiempo que el camarero del coche cama. Bond pidió dos cócteles Old Fashioned<sup>[21]</sup> y especificó que los quería con bourbon Old Granddaddy; también pidió emparedados de pollo y café Sanka, descafeinado para que no los desvelara.

—Tengo que cobrarle otro billete, señor Bryce —explicó el revisor.

—Por supuesto —respondió Bond. Solitaire hizo un movimiento para coger su bolso—. No te molestes, amor —dijo él sacando su billetera—. ¿Has olvidado que cuando salíamos de casa me diste tu dinero para que te lo guardara?

—Supongo que la señora necesitará mucho para comprar vestidos de verano —comentó el revisor—. Las tiendas de St. Petersburg son muy caras. Y también hace mucho calor, ahí abajo. ¿Han estado antes en Florida?

—Siempre vamos en esta época del año —respondió Bond.

—Espero que tengan un viaje agradable —les deseó el revisor.

Cuando la puerta se cerró tras él, Solitaire se echó a reír con deleite.

—Usted no logrará azorarme —le aseguró—. Si no se anda con cuidado, pensaré en algo salvaje. Para empezar, entraré ahí —declaró haciendo un gesto hacia la puerta que había detrás de la cabeza de Bond—. Debo de tener un aspecto terrible.

—Adelante, amor —respondió él entre risas, mientras la joven desaparecía.

Bond se volvió hacia la ventanilla y observó las bonitas casas de madera ante las que pasaban a medida que se aproximaban a Trenton. Le encantaban los trenes, y pensaba con emoción en el resto del trayecto.

El tren estaba aminorando la velocidad. Pasaron ante apartaderos llenos de vagones de carga que llevaban nombres de todas las localidades —«Lackawanna», «Chesapeake y Ohio», «Lehigh Valley», «Seaboard Fruit Express» y el melodioso de «Acheson, Topeka y Santa Fe»—, nombres que contenían todo el romance de los ferrocarriles estadounidenses.

«¿Ferrocarriles británicos?», pensó Bond. Suspiró y devolvió sus pensamientos a la presente aventura.

Para bien o para mal, había decidido aceptar a Solitaire o, mejor dicho, dentro de su fría naturaleza, sacar de ella el mejor partido posible. Había muchas preguntas que necesitaban respuesta, pero aquél no era el momento adecuado para formularlas. Lo único que le importaba de forma inmediata era que se le había asestado otro golpe a Big, y donde más le dolía: en su vanidad.

En cuanto a la muchacha, como muchacha, pensó, iba a ser divertido provocarla con sus bromas y ser objeto de las bromas de ella. Se alegraba de que ya hubieran

atravesado las fronteras de la camaradería, incluso de la intimidad.

¿Sería verdad lo que había dicho Big de que ella no quería nada con los hombres? Bond lo dudaba. Parecía abierta al amor y al deseo. En cualquier caso, sabía que no estaba cerrada a él. Tenía ganas de que se sentara en el asiento del otro lado de la mesa, para mirarla bien, jugar con ella y descubrirla poco a poco. Solitaire. Era un nombre atractivo. No resultaba extraño que la hubiesen apodado así en los insignificantes clubes nocturnos de Puerto Príncipe. Incluso con su actitud presente de cálida promesa dirigida a él, en aquella muchacha había mucho que permanecía oculto y misterioso. Bond percibía una infancia solitaria en alguna gran plantación en decadencia, una «Casa Grande» llena de ecos, que se derrumbaba poco a poco por la falta de reparaciones y siendo recuperada lentamente por la exuberante vegetación de los trópicos. La muerte de los progenitores, la venta de la propiedad. El compañerismo de un sirviente o dos y una vida equívoca en una casa de huéspedes de la capital. La belleza que constituía su única posesión, y la lucha contra las proposiciones veladas para que trabajara como «institutriz», «acompañante» o «secretaria», cuando todas ellas significaban lo mismo: prostitución respetable. Luego los dudosos y desconocidos pasos que la llevaron al mundo del espectáculo. El trabajo por las noches en un club nocturno con su número misterioso que, entre personas dominadas por la magia, había mantenido a muchos apartados de ella, convirtiéndola en una persona a quien se tenía miedo. Y luego, una noche, el hombre enorme con el rostro grisáceo que estaba sentado a solas en una mesa. La promesa de que la haría actuar en Broadway. La oportunidad de una vida nueva, de huir del calor, el polvo y la soledad.

Bond apartó bruscamente los ojos de la ventanilla. Tal vez era un cuadro romántico, pero tenía que haber sido algo bastante parecido a eso.

Oyó que la joven descorría el cerrojo de la puerta. Regresó y se deslizó en el asiento de en frente. Tenía un aspecto fresco y alegre. Observó a Bond con atención.

—Ha estado haciéndose preguntas acerca de mí —dijo—. Lo he sentido. No se preocupe. No hay nada muy malo que contar. Algún día le hablaré de todo eso. Cuando tengamos tiempo. Ahora quiero olvidarme del pasado. Sólo le diré que mi verdadero nombre es Simone Latrelle, aunque puede llamarme como quiera. Tengo veinticinco años. Y ahora soy feliz. Me gusta esta habitación pequeña. Pero tengo hambre y sueño. ¿Con qué cama se quedará usted?

Bond sonrió ante la pregunta y pensó durante un momento.

—No es muy galante por mi parte —dijo al fin—, pero creo que me quedaré con la de abajo. Prefiero estar cerca del suelo..., por si acaso. No es que haya nada de qué preocuparse —añadió al ver que ella fruncía el entrecejo—, pero el señor Big parece tener el brazo muy largo, sobre todo dentro del mundo negro. Y eso incluye a los ferrocarriles. ¿Le importa?

—Claro que no —respondió ella—. Yo iba a sugerir lo mismo. Y usted no podría subir a la de arriba con esa pobre mano.

Llegó el almuerzo, que les sirvió un camarero negro con aire preocupado. Parecía ansioso por cobrar y volver a su trabajo.

Cuando acabaron y Bond pulsó el timbre para llamar al camarero del coche cama, también él pareció distraído y evitó mirar al británico. Se tomó su tiempo para arreglar las camas. Hizo muchos aspavientos para demostrar que no tenía espacio suficiente para moverse por el compartimiento.

Por último pareció hacer acopio de valor.

—Tal vez a la señora le apetezca sentarse en el compartimiento de al lado mientras arreglo las camas —comentó mirando por encima de la cabeza de Bond—. El de al lado estará desocupado durante todo el trayecto hasta St. Petersburg.

Sacó una llave y abrió la puerta de comunicación sin aguardar la respuesta de Bond.

Al ver un gesto de éste, Solitaire comprendió la indirecta y se trasladó al compartimiento contiguo. Bond oyó que echaba el cerrojo a la puerta que daba al pasillo. El negro cerró de un golpe la puerta de comunicación.

Bond aguardó durante un momento. Entonces recordó el nombre del negro.

—¿Le preocupa alguna cosa, Baldwin? —preguntó.

Aliviado, el camarero se volvió y lo miró directamente.

—Ya lo creo que sí, señor Bryce. Sí, señor. —Una vez hubo comenzado, las palabras salieron como un torrente.— No debería decirle esto, señor Bryce, pero hay muchos problemas en el tren en este viaje. Tiene un enemigo en este tren, señor Bryce. Sí, señor. Oigo cosas que no me gustan nada de nada. No puedo decirle mucho. Me metería en serios problemas. Pero le interesa mucho vigilar sus pasos. Sí, señor. Cierta elemento le ha puesto el dedo encima, señor Bryce, y ese hombre es como las malas noticias. Será mejor que coja esto —se metió la mano en el bolsillo y sacó dos cuñas de madera para sujetar las ventanas—. Métalas debajo de la puerta —dijo—. No puedo hacer nada más. Me cortarían el pescuezo. Pero no me gusta que nadie la líe con los clientes de mi coche. No, señor.

Bond aceptó las cuñas que le ofrecía.

—Pero...

—Me es imposible ayudarlo más, señor —lo interrumpió el negro, decidido, con una mano ya en la manija de la puerta—. Si me llama esta noche, les traeré la cena. No dejen entrar a ninguna otra persona en el compartimiento.

Su mano se tendió para coger el billete de veinte dólares que Bond le ofrecía. Lo arrugó y se lo metió en el bolsillo.

—Haré todo lo que pueda, señor —le aseguró—. Pero se me cargarán a mí si no me ando con ojo. Seguro que lo harán.

Salió y cerró con rapidez la puerta a su espalda.

Bond se quedó un momento pensativo y luego abrió la puerta de comunicación. Solitaire estaba leyendo.

—Ya ha terminado —anunció—. Ha tardado mucho. También quería explicarme la historia de su vida. Me quedaré aquí hasta que usted haya subido a su nido. Llámeme cuando esté lista.

Ocupó el asiento que ella había dejado libre en el compartimiento contiguo y observó los verdes suburbios de Filadelfia que presentaban sus llagas, como si fueran mendigos, ante el costoso tren.

No tenía sentido alguno asustar a la muchacha antes de lo necesario. Pero la nueva amenaza había llegado antes de lo que esperaba, y ella correría tanto peligro como él si el vigilante de Big que se encontraba en el tren descubría su identidad.

Cuando Solitaire lo llamó, volvió al compartimiento.

La habitación estaba a oscuras, salvo por la luz de la cama de Bond, que la joven había encendido.

—Que duerma bien —dijo ella.

Bond se quitó la americana. En silencio deslizó las cuñas debajo de las puertas. Luego se tendió con cuidado sobre el lado derecho en el cómodo lecho y, sin dedicar un solo pensamiento al futuro, cayó en un profundo sueño, acunado por el golpeteante galope del tren.

A algunos coches de distancia, en el desierto coche restaurante, un camarero negro releyó lo que había escrito en un formulario de telégrafos y esperó hasta la parada de diez minutos que harían en Filadelfia.

## Capítulo 11

### *Allumeuse*

El excelente tren continuó su carrera adentrándose en la brillante tarde hacia el sur. Dejaron atrás Pennsylvania y Maryland. Se produjo una larga parada en Washington, donde Bond oyó, entre sueños, los mesurados campanilleos de las locomotoras de maniobras y el suave discurso reflexivo del sistema de megafonía de la estación. Luego entraron en Virginia. Allí el aire ya era más tibio y el atardecer, a sólo cinco horas de distancia del brillante aliento glacial de Nueva York, tenía un perfume casi primaveral.

De vez en cuando, un grupo de negros que regresaba de trabajar en los campos oía el lejano retumbar sobre los suspirantes railes plateados silenciosos; alguno sacaba su reloj y lo consultaba para luego anunciar: «Eh, ya viene el *Phantom*. Las seis en punto. Creo que mi reloj está justo a la hora.» «Ya lo creo», asentía otro al aproximarse más el gran latido de la locomotora diesel y pasar a toda velocidad los coches iluminados camino del norte de California.

Despertaron en torno a las siete de la tarde con el tintineo del apremiante timbre de alarma de un paso a nivel, cuando el tren abandonaba los campos para entrar en los suburbios de Raleigh. Bond retiró las cuñas de debajo de las puertas antes de encender las luces y llamar al camarero.

Pidió dos martini secos, y cuando llegaron las dos botellitas «individuales» con los vasos y el hielo, le parecieron tan insuficientes que de inmediato pidió cuatro más.

Discutieron a causa de la cena. Describían el pescado como «hecho de tiernísimos filetes sin espinas», y el pollo como «frito a la francesa, dorado y crujiente, deshuesado».

—Pamplinas —declaró Bond, y acabaron pidiendo huevos revueltos con tocino y salchichas, una ensalada y un poco de queso Camembert nacional, que constituye la mejor de las sorpresas de las cartas de comida estadounidenses.

Eran las nueve de la noche cuando Baldwin apareció para retirar los platos. Preguntó si deseaban alguna otra cosa.

—¿A qué hora llegaremos a Jacksonville? —preguntó Bond, que había estado pensando en sus problemas.

—A eso de las cinco de la mañana, señor.

—¿Hay paso subterráneo en el andén?

—Sí, señor. Este coche para justo al lado.

—¿Le sería posible abrir la puerta y bajar los escalones con mucha rapidez?

El negro le sonrió.

—Sí, señor. Puedo encargarme de eso.

Bond deslizó un billete de diez dólares en la mano del hombre.

—Por si no nos vemos cuando lleguemos a St. Petersburg —dijo.

El negro le dedicó una ancha sonrisa.

—Agradezco mucho su amabilidad, señor. Buenas noches, señor. Buenas noches, señora.

Salió y cerró la puerta.

Bond se levantó y encajó las cuñas con firmeza debajo de las puertas.

—Ya veo —comentó Solitaire—. Así están las cosas.

—Sí —respondió él—. Me temo que así están.

Le habló de la advertencia que Baldwin le había hecho.

—No me sorprende —aseguró la joven después que Bond hubo acabado—. Tienen que haberlo visto a usted al entrar en la estación. Big cuenta con todo un ejército de espías llamados «los Ojos», y cuando los pone a trabajar resulta casi imposible que a uno no lo vean. Me pregunto a quién habrá enviado al tren. Puede estar seguro de que será un negro. O bien un camarero de los coches cama, o bien alguien del coche restaurante. Él consigue que esa gente haga cualquier cosa que les pida.

—Así parece —asintió Bond—. Pero ¿cómo lo consigue? ¿Qué control tiene sobre ellos?

La joven miró por la ventanilla hacia el túnel de oscuridad en el cual el tren iluminado señalaba con luces su paso atronador. Luego volvió la cabeza para fijar la vista en los fríos ojos azul grisáceos muy abiertos de Bond. Se preguntó: «¿Cómo explicarle algo así a alguien que tiene esa seguridad de espíritu, ese historial cultural de sentido común, criado con ropas y zapatos en casas cálidas y calles iluminadas? ¿Cómo explicárselo a alguien que no ha vivido cerca del corazón secreto de los trópicos, que no ha estado a merced de su cólera, su sigilo y su veneno; a alguien que no ha experimentado el misterio de los tambores, ni visto los efectos rápidos de la magia ni el pavor mortal que ésta inspira? ¿Qué puede saber él de la catalepsia, de la transmisión de pensamientos, del sexto sentido de los peces, los pájaros, los negros; del significado mortal de una pluma blanca de pollo, de unos palitos cruzados en la carretera, de un saquito de cuero lleno de huesos y hierbas? ¿Y del mialismo, de las sombras que hablan, de la muerte por hinchazón y de la muerte por consunción?»

Se estremeció y la totalidad de la hueste de oscuros recuerdos se apiñó en torno a ella. Por encima de todo recordaba aquella primera visita al Houmfor, adonde la había llevado en una ocasión su niñera negra cuando era pequeña. «No le hará ningún daño, señorita. Este poderoso talismán es bueno. Cuidará de usted durante el resto de su vida.» Y al repugnante hombre viejo y la asquerosa bebida que le dio. Recordaba como la niñera le mantuvo la boca abierta hasta que se tragó todo el líquido, y como permaneció despierta y gritando todas las noches de la semana que siguió. Y la preocupación que su niñera demostró hasta que, de repente, volvió a dormir bien.



Pero, semanas más tarde, al desplazar la cabeza sobre la almohada sintió algo duro y lo sacó de dentro de la funda: era un sucio paquetito de estiércol. En un arrebato, lo arrojó por la ventana, pero a la mañana siguiente no pudo encontrarlo. Continuó durmiendo bien, y sabía que la niñera debía haber encontrado el amuleto, escondiéndolo luego en algún lugar secreto del dormitorio, debajo de las tablas del suelo.

Años después había averiguado de qué estaba hecha aquella bebida vudú: una mezcla de ron, pólvora, tierra de tumba y sangre humana. Estuvo a punto de vomitar cuando el recuerdo del sabor le volvió a la boca.

¿Qué podía saber ese hombre de todas esas cosas ni del hecho de que ella las creyera a medias?

Alzó la mirada y se encontró con los ojos de Bond, que la miraban fijamente, con expresión de divertida perplejidad.

—Usted cree que yo no lo entendería —dijo—, y tiene razón hasta un cierto punto. Pero sé lo que el miedo puede hacer con la gente, y sé que es posible provocar el miedo por muchos medios. He leído la mayor parte de los libros que se han publicado sobre vudú, y creo que funciona, aunque no que funcione conmigo porque dejé de tener miedo a la oscuridad cuando era niño, y no soy muy sensible a la sugestión ni a la hipnosis. Pero conozco la jerga del vudú y no debe pensar que voy a reírme del asunto. Los científicos y médicos que escribieron los libros no se reían.

Solitaire le sonrió.

—De acuerdo —asintió—. En ese caso, lo único que hace falta decirle es que ellos creen que el señor Big es el zombi del barón Samedi. Los zombis ya son algo bastante malo por sí mismos. Se trata de cadáveres animados que han sido obligados a levantarse de entre los muertos y a obedecer las órdenes de la persona que los controla. El barón Samedi es el espíritu más aterrador de todo el vudú. Es el espíritu de las tinieblas y la muerte. Así pues, la idea de que el barón Samedi tenga el control de su propio cuerpo de zombi resulta por completo pavorosa. Ya sabe el aspecto físico del señor Big. Es enorme, grisáceo y tiene grandes poderes psíquicos. Y no le resulta difícil conseguir que un negro crea que es un zombi, y uno muy malo. Hacer que vean en él al barón Samedi le ha resultado sencillo. El señor Big fomenta esa idea teniendo el fetiche del barón junto a sí. Usted ya lo vio en la habitación.

La joven hizo una pausa. Pero continuó con mucha rapidez, casi sin respirar.

—Puedo asegurarle que da buen resultado y que apenas hay un negro que, habiéndole visto a él y oyendo la historia, no la crea y no lo contemple con un terror total y absoluto. Y tienen razón al hacerlo —añadió—. Usted también pensaría así si supiera lo que hace con aquellos que no lo han obedecido al pie de la letra, cómo son torturados y asesinados.

—¿Dónde entra Moscú en todo esto? —preguntó Bond—. ¿Es verdad que es

agente de SMERSH?

—Ignoro qué es SMERSH —respondió la muchacha—, pero sé que trabaja para Rusia. De hecho, lo he oído hablar en ruso con algunas personas que van a verlo de vez en cuando. En ocasiones me ha pedido que entrara en esa habitación y luego me ha preguntado qué pensaba de sus visitantes. En general, me daba la impresión de que decían la verdad, aunque yo no entendía sus palabras. Pero no olvide que hace sólo un año que lo conozco, y que es de lo más reservado. Si Moscú lo utiliza, tienen en sus manos a uno de los hombres más poderosos de Estados Unidos. Puede averiguar casi cualquier cosa que desee, y si no consigue lo que quiere, alguien acaba muerto.

—¿Y no hay quien lo mate? —quiso saber Bond.

—No se lo puede matar —explicó ella—. Ya está muerto. Es un zombi.

—Sí, ya entiendo —asintió Bond con lentitud—. Es un montaje bastante impresionante. ¿Usted lo intentaría?

La joven desvió los ojos hacia la ventana y luego los volvió hacia él.

—Como último recurso —admitió de mala gana—. Pero no olvide que procedo de Haití. Mi cerebro dice que podría matarlo, pero... —titubeó, haciendo un gesto de impotencia con las manos— mi instinto afirma que no.

Le sonrió con docilidad.

—Debe de pensar que soy una estúpida sin remedio —concluyó.

Bond estaba pensativo.

—Después de haber leído esos libros, no —admitió él. Tendió un brazo por encima de la mesa y cubrió una mano de la muchacha con la suya—. Cuando llegue el momento —le aseguró con una sonrisa—, tallaré una cruz en la bala que le esté destinada. En la antigüedad solía funcionar.

Ella asumió un aire pensativo.

—Creo que si alguien lo consigue, ése es usted —le aseguró—. Anoche le asesté un duro golpe a cambio de cuanto él le hizo. —Rodeó la mano de él con la suya y la apretó con fuerza.— Ahora dígame qué he de hacer yo.

—Irse a la cama —respondió Bond. Miró su reloj. Eran las diez de la noche—. Será mejor que durmamos todo lo posible. Abandonaremos el tren en Jacksonville y nos arriesgaremos a que nos vean. Buscaremos una ruta alternativa para descender por la costa.

Se levantaron y se quedaron el uno frente al otro en el tren que se balanceaba.

De pronto, él tendió su brazo derecho y rodeó el cuerpo de la joven. Los brazos de ella ciñeron el cuello de Bond y se besaron con pasión. El la hizo retroceder contra la pared que se mecía y la retuvo allí. Ella le tomó el rostro con ambas manos y lo apartó de sí, jadeando. En sus ojos brillantes había una mirada ardorosa. Luego acercó los labios de él a los suyos y se entregó a un beso largo y lascivo, como si ella fuese el hombre y él la mujer.

Bond maldijo a su mano herida que le impedía explorar el cuerpo de la joven, cogerla en sus brazos. Liberó la mano derecha y la introdujo entre los cuerpos, sintiendo los duros senos de ella, cada uno con su estigma agudizado de deseo. La deslizó hacia abajo, por la espalda de Solitaire, hasta llegar a la hendidura que comenzaba en la base de la columna, y la dejó descansar allí, presionando el centro del cuerpo de ella con fuerza contra el suyo hasta que el beso tocó a su fin.

La joven retiró los brazos del cuello de Bond y lo empujó con suavidad.

—Tenía la esperanza de besar algún día así a un hombre —dijo—. Y cuando te vi por primera vez, supe que serías tú.

Los brazos pendían a los lados y el cuerpo estaba allí, abierto a él, preparado para él.

—Eres muy hermosa —aseguró Bond—. De todas las muchachas que he conocido, eres la que besa más maravillosamente. —Bajó los ojos hacia las vendas que le envolvían la mano izquierda.— Maldito sea este brazo —imprecó—. No puedo abrazarte bien ni hacerte el amor. Me duele demasiado. Ésa es otra cosa por la que Big tiene que pagar.

La muchacha se echó a reír.

Sacó un pañuelo de su bolso y limpió el carmín de los labios de Bond. Luego le retiró el cabello de la frente y volvió a besarlo, con un beso leve y tierno.

—Es mejor así —aseguró ella—. Tenemos demasiadas cosas en la cabeza.

Un balanceo del tren volvió a acercarlo a su cuerpo.

Bond posó la mano derecha sobre el seno izquierdo de la muchacha y le dio un beso en el blanco cuello. Luego la besó en la boca.

Sintió que el fuerte palpar de su propia sangre iba disminuyendo. La cogió de la mano y la llevó hasta el centro de la pequeña habitación que se mecía.

Sonrió.

—Tal vez tengas razón —dijo—. Cuando llegue el momento, quiero estar a solas contigo y disponer de todo el tiempo del mundo. Aquí hay al menos un hombre que con toda probabilidad nos estropearía la noche. Y de todas formas tendremos que estar en pie a las cuatro de la madrugada. Así pues, ahora no hay tiempo para comenzar siquiera a hacerte el amor. Prepárate para meterte en la cama; luego subiré a darte un beso de buenas noches.

Se besaron una vez más, con lentitud, y se separaron.

—Veamos si tenemos compañía en el compartimiento de al lado —comentó él.

Retiró con sigilo la cuña de debajo de la puerta de comunicación y giró el pomo con suavidad. Sacó la Beretta de la pistolera, le quitó el seguro e indicó con gestos a la joven que tirase de la puerta hacia sí de modo que quedara resguardada detrás de la misma. Le hizo la señal convenida y ella tiró con rapidez. El compartimiento vacío pareció dedicarles un bostezo sarcástico.

Bond sonrió a Solitaire y se encogió de hombros.

—Lámame cuando hayas acabado —dijo, tras lo cual traspuso la puerta y la cerró tras de sí.

La puerta que daba al corredor tenía echado el cerrojo. El compartimiento era idéntico al que ellos ocupaban. Bond lo registró con mucho cuidado en busca de puntos vulnerables. Sólo encontró el conducto de aire acondicionado en el techo y, aunque estaba dispuesto a considerar cualquier posibilidad, descartó el uso de gas a través del sistema. Eso mataría a todos los demás ocupantes del coche cama. Sólo quedaban las tuberías de desagüe del lavabo, y si bien éstas podían ser usadas sin duda para inyectar algún agente químico mortal desde la parte inferior del tren, quien lo hiciese tendría que ser un acróbata osado y muy hábil. No había ninguna rejilla de ventilación que diera al pasillo.

Se encogió de hombros. Si entraba alguien, lo haría a través de las puertas. Tendría que permanecer despierto.

Solitaire lo llamó. La habitación olía a «Vent Vert» de Balmani. La joven estaba apoyada sobre un codo y lo miraba desde la litera superior.

Tenía la ropa de cama subida hasta los hombros. Bond supuso que estaba desnuda. El cabello le caía como una cascada negra. Al estar encendida sólo la lámpara de lectura situada detrás de ella, su rostro quedaba en sombras. Tendió un brazo hacia él y de pronto la ropa de cama se deslizó de sus hombros.

—Maldita seas —murmuró Bond—. Eres una...

Ella le tapó la boca con la mano.

—*Allumeuse*<sup>[22]</sup> es una palabra delicada para decirlo —precisó la joven—. Me resulta divertido tener la facultad de provocar a un hombre tan silencioso y fuerte como tú. Ardes con una llama tan tremenda... Es el único juego que ahora me es posible practicar contigo, y no podré hacerlo durante mucho tiempo. ¿Cuántos días tardará en curar esa mano?

Bond mordió con fuerza la suave mano que le cubría la boca. Ella profirió un gritito.

—No muchos —respondió él—. Y un día, cuando estés jugando a este jueguito, de repente te encontrarás clavada como una mariposa.

Ella lo rodeó con los brazos y le dio un largo y apasionado beso. Luego se dejó caer sobre la almohada.

—Date prisa en ponerte bien —dijo—. Ya estoy cansada de mi propio juego.

Bond bajó al suelo y echó las cortinas que cubrían la litera superior.

—Ahora intenta dormir un poco —aconsejó él—. Mañana será un día muy largo.

Solitaire murmuró algo y él oyó como se volvía de espaldas y apagaba la luz.

Entonces verificó que las cuñas estuvieran bien encajadas debajo de las puertas, se quitó la americana y la corbata y se echó en la litera de abajo. Apagó su luz de

lectura y se quedó tendido pensando en la muchacha y escuchando el galope regular debajo de su cabeza, y los tranquilizadores sonidos diminutos de la habitación: esos suaves traqueteos y crujidos de la estructura de un coche cama que por las noches provocan sueño con tanta rapidez dentro de los trenes.

Eran las once y el tren recorría el largo trecho que iba de Columbia a Savannah, en Georgia. Quedaban unas seis horas hasta Jacksonville, seis horas durante las cuales, con casi total seguridad, Big había ordenado a su agente que hiciera algún movimiento, mientras todo el tren dormía y un hombre podía deambular por los pasillos sin interferencias.

El enorme tren serpenteaba en la noche, devorando kilómetros a través de las llanuras desiertas y los míseros poblados de Georgia, el «estado del melocotón», sobre cuya extensa sabana hacía resonar el colérico gemido de su silbato neumático de cuatro tonos, mientras el largo haz de su potente foco solitario hendía el negro velo de la noche.

Bond encendió la luz de su cama y leyó durante un rato, pero sus pensamientos resultaban demasiado insistentes y al cabo de poco renunció al libro y apagó la luz. Entonces se puso a pensar en Solitaire y en el futuro, en la perspectiva más inmediata de la llegada a Jacksonville y St. Petersburg, y en el reencuentro con Leiter.

Mucho más tarde, a eso de la una de la madrugada, cuando medio dormitaba y se aproximaba a la frontera del sueño, un sonido metálico bastante cerca de su cabeza hizo que se despertara de golpe y por completo, con la mano en la pistola.

Alguien, en la puerta del pasillo, urgaba sigilosamente en la cerradura.

Al instante estuvo de pie y avanzó hacia ella con los pies descalzos. Quitó con suma cautela la cuña de debajo de la puerta que comunicaba con el compartimiento de al lado y, con la misma suavidad, descorrió el cerrojo y abrió. Cruzó el otro compartimiento y comenzó a abrir silenciosamente la puerta que daba al pasillo.

Se oyó un chasquido ensordecedor cuando el pestillo retrocedió. Abrió la puerta de un tirón y se lanzó al pasillo, donde sólo alcanzó a ver una figura que se escabullía hacia el extremo delantero del coche.

Si hubiese tenido las dos manos en condiciones, habría disparado un tiro certero al hombre que huía, pero había tenido que meterse la pistola en la cintura del pantalón para abrir la puerta. Bond sabía que la persecución resultaría inútil: demasiados compartimientos desocupados en que el intruso podía esconderse y cerrar la puerta sin hacer ruido. Bond ya había calculado todo eso por anticipado. Sabía que su única posibilidad residía en la sorpresa y, o bien en un disparo rápido, o en la rendición del hombre.

Avanzó los pocos pasos que lo separaban de la puerta del compartimiento H. Una diminuta punta de papel sobresalía por debajo.

Regresó al interior del compartimiento que ocupaba junto con la muchacha,

cerrando las puertas con pestillo tras de sí. En silencio encendió su luz de lectura. Solitaire continuaba durmiendo. El resto del papel, una sola hoja, yacía en el suelo bajo la puerta que daba al pasillo. La recogió y se sentó en la cama.

Era una hoja arrancada de un cuaderno pautado barato. Estaba cubierta por irregulares líneas de toscas letras mayúsculas, trazadas con tinta roja. Bond la sujetó con delicadeza, aunque no abrigaba la esperanza de que hubiera huellas dactilares. Aquella gente no era tan descuidada.

*Oh, Bruja —leyó—, no me mates perdóname la vida. Suyo es el cuerpo.  
El tamborilero divino declara que  
Cuando él se levante con el alba  
Tocará sus tambores para TI por la mañana.  
Muy temprano, muy temprano, muy temprano, muy temprano.  
Oh, Bruja que asesinas a los hijos de los hombres antes  
De que hayan madurado del todo.  
Oh, Bruja que asesinas a los hijos de los hombres antes  
De que hayan madurado del todo.  
El tamborilero divino declara que  
Cuando él se levante con el alba  
Tocará sus tambores para TI por la mañana.  
Muy temprano, muy temprano, muy temprano, muy temprano.  
Estamos hablándote a TI Y TU comprenderás.*

Bond se tendió en la cama y se puso a pensar. Luego dobló la hoja de papel y la guardó en su billetera. Permaneció tumbado sin mirar nada en particular, aguardando a que amaneciera.

## Capítulo 12

### Las Cabañas Everglades

Eran alrededor de las cinco de la madrugada cuando se escabulleron del tren en Jacksonville.

Aún estaba oscuro y los desiertos andenes de la gran estación de enlace de Florida tenían una iluminación escasa. La entrada del paso subterráneo se encontraba a unos pocos metros del coche 245, y en el tren dormido no se apreciaba el más mínimo rastro de vida cuando se precipitaron por los escalones. Bond había pedido al camarero que mantuviera la puerta de su compartimiento cerrada con llave y las cortinillas corridas cuando ellos bajaran, pensando que así tenían una buena posibilidad de que no los echaran en falta hasta que el tren llegara a St. Petersburg.

Salieron del paso subterráneo al vestíbulo donde estaban las taquillas. Cuando Bond verificó que el siguiente tren hacia St. Petersburg sería el *Silver Meteor*, hermano del *Phantom*, y que pasaría a eso de las nueve de la mañana, reservó dos billetes en primera clase para el mismo. A continuación cogió a Solitaire por un brazo y salieron juntos a la tibia calle oscura.

Tenían para escoger entre dos o tres restaurantes que permanecían abiertos toda la noche, y traspusieron la puerta del que anunciaba «Buena comida» con los tubos de neón más brillantes. Era la habitual fábrica de comida de baja calidad: dos camareras cansadas detrás de un mostrador de zinc cargado de paquetes de cigarrillos, dulces, libros en rústica y tebeos. Había una gran cafetera de filtro y una hilera de bombonas de gas butano. Una puerta con el letrero de «Servicios» ocultaba sus horrorosos secretos junto a otra donde se leía «Privado», y que probablemente daba a la puerta trasera. Un grupo de hombres con monos de trabajo, que ocupaban una de la docena de mesas manchadas sobre las que descansaban angarillas, alzaron un instante la mirada cuando entró la pareja y luego reanudaron su conversación en voz baja. Operarios de reemplazo para las locomotoras, supuso Bond.

A la derecha de la entrada había cuatro cubículos estrechos; Solitaire y él se deslizaron en uno de ellos. Miraron la carta manchada con ojos desganados.

Al cabo de un rato, una de las camareras se acercó con paso lento y se recostó contra el tabique, recorriendo con la mirada la ropa de Solitaire.

—Zumo de naranja, café y huevos revueltos para dos —pidió Bond.

—Vale —respondió la chica.

Sus zapatos se arrastraron con paso letárgico por el suelo mientras se alejaba con la misma lentitud.

—Los huevos revueltos estarán cocidos con leche —explicó Bond—, pero no se pueden pedir huevos pasados por agua en Estados Unidos. Tienen un aspecto demasiado asqueroso sin la cáscara, revueltos dentro de una taza como los ponen

aquí. Sabe Dios de dónde han sacado ese método. De Alemania, supongo. Y el café malo estadounidense es el peor del mundo, peor que el de Inglaterra. Calculo que es posible hacer muchas animaladas con el zumo de naranja. Al fin y al cabo, ya estamos en Florida.

De pronto se sintió deprimido ante la idea de esperar durante cuatro horas en aquel ambiente sucio y deslucido.

—En la actualidad, todo el mundo está ganando dinero fácil en Estados Unidos —comentó Solitaire—. Eso siempre es malo para el cliente. Lo único que quieren es sacarte un dólar con rapidez y echarte fuera. Y espera a que llegemos a la costa. En esta época del año, Florida es el cazabobos más grande de la tierra. En la Costa Este despluman a los millonarios. En el lugar al que vamos se limitan a pelar a las personas corrientes. Les está bien empleado, por supuesto. Van allí a morir, y no pueden llevarse el dinero encima.

—Por el amor de Dios —dijo Bond—. ¿A qué clase de lugar vamos?

—Todo el mundo está casi muerto en St. Petersburg —explicó Solitaire—. Es el Gran Cementerio de Estados Unidos. Cuando un empleado de banco, un trabajador de correos o un revisor de tren llega a los sesenta años, recoge su pensión mensual o anual y se marcha a St. Petersburg para tomar el sol durante los pocos años que le quedan de vida. La llaman «la ciudad del sol». El clima es tan bueno que te regalan el periódico vespertino, *The Independent*, los días en que no ha brillado el sol en ningún momento hasta la hora de la edición. Eso sucede sólo tres o cuatro veces al año y resulta ser una buena publicidad. Todo el mundo se va a la cama a eso de las nueve de la noche, y durante el día muchos de los viejos juegan al tejo o al bridge. Hay un par de equipos de béisbol, los «Kids» y los «Kubs», ¡y todos los jugadores tienen más de setenta y cinco años! También juegan a bochas, pero pasan la mayor parte del tiempo sentados todos juntos en unas cosas llamadas «Sidewalk Devenports», unas hileras de bancos que flanquean por ambos lados las calles principales. Simplemente se sientan al sol a chismorrear y a echar alguna cabezada. Resulta un espectáculo aterrador ver a todos esos viejos con sus gafas, audífonos y chasqueantes dentaduras postizas.

—Parece bastante desagradable —asintió Bond—. ¿Por qué demonios escogió Big aquel sitio como base de operaciones?

—Es perfecto para él —respondió Solitaire con total seriedad—. Casi no se cometen delitos, como no sean las trampas que se hacen en el bridge y la canasta. Así que hay un cuerpo policial muy reducido. Tienen un cuartel de guardia costera muy grande, pero se ocupa sobre todo del contrabando entre Tampa y Cuba, y de la pesca de esponjas fuera de temporada de la zona de Tarpon Springs. En realidad ignoro qué hace allí, excepto que tiene un agente llamado *Robber*. Está relacionado de algún modo con Cuba, supongo —añadió, pensativa—. Probablemente ande mezclado con los comunistas. Creo que Cuba está dentro de la jurisdicción de Harlem, y que tiene



agentes rojos en todo el Caribe. En cualquier caso —prosiguió—, probablemente St. Petersburg es la población más inocente de Estados Unidos. Allí todo resulta muy «familiar» y «afable». Es cierto que hay un lugar llamado «The Restorium», un hospital para alcohólicos, pero supongo que los pacientes son muy viejos —explicó con una risa— y calculo que ya no están en edad de hacer daño a nadie. Te encantará —añadió mientras sonreía a Bond con aire malicioso—. Es probable que quieras establecerte en aquel lugar para siempre y ser también tú un «vejete». Es la palabra de moda allí... «vejete».

—¡Dios no lo quiera! —exclamó Bond con fervor—. Se parece mucho a Bournemouth o Torquay, sólo que un millón de veces peor. Espero que no nos liemos en una competición de tiro con ese *Robber* y sus amigos. Probablemente aceleraríamos el viaje hacia la tumba de unos centenares de vejetes, provocándoles un infarto. Pero ¿no hay nadie joven en aquel lugar?

Solitaire se echó a reír.

—Por supuesto que sí. Un montón. Todos los habitantes del lugar que les sacan el dinero a los vejetes, por ejemplo. Los propietarios de los moteles y los aparcamientos para caravanas. Podrías ganar muchísimo dinero con los torneos de bingo. Yo sería tu «reclamo», la muchacha que está en la puerta para hacer entrar a los mamones. Querido señor Bond —tendió el brazo y le cogió una mano—, ¿se establecería conmigo y envejecería decorosamente en St. Petersburg?

Bond se recostó en el asiento y la observó con mirada crítica.

—Primero quiero pasar un largo tiempo de vida indecorosa contigo —respondió con una sonrisa—. Seguramente soy mejor para eso. Pero me parece bien que en aquel sitio se acuesten a las nueve de la noche.

Los ojos de ella le devolvieron la sonrisa. Soltó la mano de Bond cuando les llegó el desayuno.

—Sí —dijo la joven—. Tú métete en la cama a las nueve. Entonces yo me escabulliré por la puerta trasera y me iré de juerga con los Kids y los Kubs.

El desayuno era tan malo como Bond había augurado.

Después de pagar, salieron y fueron paseando hasta la sala de espera de la estación.

El sol había salido y su luz entraba a raudales en polvorientos haces al interior del desierto vestíbulo abovedado. Se sentaron juntos en un rincón, y hasta que llegó el *Silver Meteor*, Bond acribilló a la muchacha con preguntas acerca de Big y de todo cuanto recordara acerca de las operaciones del mismo.

De vez en cuando tomaba nota de una fecha o un nombre, pero había pocas cosas que ella pudiera añadir a lo que Bond ya sabía. Solitaire disponía de un apartamento para ella sola en el mismo bloque donde vivía el señor Big, y allí la habían mantenido virtualmente prisionera durante el último año. Tenía dos rudas mujeres negras como

«acompañantes» y jamás se le permitía salir sin un guardián.

De vez en cuando, el señor Big hacía que fuese a la habitación donde había estado Bond. Allí se le ordenaba que adivinara si un hombre o mujer, casi siempre atados a la silla, mentía o decía la verdad. Ella variaba las respuestas según percibiera que se trataba de personas buenas o malas. Sabía que, con frecuencia, su veredicto era una sentencia de muerte, pero sentía indiferencia respecto a la suerte que corrieran aquellos a quienes juzgaba como malvados. Muy pocas de aquellas personas eran blancas.

Bond anotó las fechas y los datos de todas esas ocasiones.

Lo que contaba la joven se sumaba al cuadro de un hombre muy poderoso y activo, implacable y cruel, que dirigía una enorme red de operaciones.

Lo único que Solitaire sabía acerca de las monedas de oro era que en varias ocasiones había tenido que interrogar a diversos hombres acerca de cuántas habían vendido y qué precio habían cobrado. Con mucha frecuencia, dijo, mentían con respecto a ambas cosas.

Bond se guardó bien de contarle lo que él sabía o suponía al respecto. Su creciente afecto por Solitaire y el deseo que sentía por su cuerpo se encontraban encerrados en un compartimiento de su mente que no tenía puerta de comunicación con su vida profesional.

El *Silver Meteor* llegó sin retraso, y fue un alivio para ambos ponerse de nuevo en marcha y dejar atrás el triste mundo de la enorme estación de enlace.

El tren continuó a toda velocidad hacia el sur de Florida, a través de bosques y pantanos desolados y hechizados por el musgo negro, y a través de kilómetros y más kilómetros de plantaciones de cítricos.

A todo lo largo del centro del estado, el musgo negro confería al paisaje un toque muerto, espectral. Incluso los pequeños pueblos por donde pasaban tenían un aspecto gris de esqueleto, con sus casas de madera reseca bajo el sol. Sólo las plantaciones de cítricos cargadas de fruta parecían frescas y vivas. Todo lo demás daba la impresión de haberse desecado y quemado a causa del calor.

Mientras miraba por la ventanilla los sombríos bosques silenciosos y marchitos, Bond pensó que allí no podía vivir otra cosa que no fueran murciélagos, escorpiones, sapos cornudos y arañas viuda negra.

Almorzaron, y al cabo de poco el tren se encontró corriendo a lo largo del golfo de México, a través de manglares y bosquecillos de palmeras, e interminables moteles y aparcamientos de caravanas. Bond percibió el ambiente de la otra Florida, la Florida de los anuncios publicitarios, la tierra de «Miss Flor de Azahar 1954».

Bajaron del tren en Clearwater, la última estación antes de St. Petersburg. Bond decidió tomar un taxi y le dio la dirección de Treasure Island, de la cual los separaba un recorrido de media hora. Eran las dos de la tarde y el sol caía a plomo desde un

cielo por completo despejado. Solitaire insistió en quitarse el sombrero y el velo.

—Se me pega al rostro —protestó—. Apenas un alma me ha visto jamás por aquí.

Un negro corpulento picado de viruelas se encontraba detenido con su taxi en el mismo momento en que ellos tuvieron que parar en el cruce de Park Street y Central Avenue, donde la avenida atraviesa el largo viaducto de Treasure Island por encima de las aguas poco profundas hasta la bahía de Boca Ciega<sup>[23]</sup>.

Cuando el negro vio el perfil de Solitaire se quedó boquiabierto. Aparcó el taxi junto al bordillo y se lanzó al interior de un *drugstore*. Marcó un número de St. Petersburg.

—Habla Poxy —dijo con tono apremiante cuando le contestaron—. Pásame con el *Robber*-, y date prisa. ¿Eres tú, *Robber*? Escucha, el señor Big tiene que estar en la ciudad... ¿Qué quieres decir con que acabas de hablar con él en Nueva York? Yo acabo de ver a su chica en un taxi de Clearwater, uno de la Stassen Company, en dirección al viaducto... Claro que estoy seguro. Te lo juro. No podría equivocarme con esa preciosidad. Iba con un hombre de traje azul y sombrero gris. Me ha parecido verle una cicatriz en la cara... ¿Qué quieres decir que si los seguí? No podía creer que me hubieras asegurado que el señor Big no estaba en la ciudad cuando sí estaba. Pensé que era mejor comprobarlo y asegurarme. Vale... Vale... Pillaré a ese taxi cuando regrese por el viaducto, o en Clearwater. Vale... Muy bien. Tú tranquilo. No he hecho nada malo.

El hombre al que llamaban el *Robber* hablaba con Nueva York al cabo de cinco minutos. Aunque le había llegado la advertencia respecto a Bond, no entendía dónde encajaba Solitaire en aquel asunto. Cuando acabó de hablar con el señor Big, continuaba sin saberlo, pero las instrucciones que había recibido eran muy precisas.

Colgó el auricular y permaneció sentado durante un rato, tamborileando con los dedos sobre el escritorio. Diez de los grandes por el trabajo. Necesitaba dos hombres. Eso significaba que se quedaría con ocho de los grandes. Se lamió los labios y llamó a la sala de billar que había en un bar del centro de Tampa.

Bond pagó y despidió al taxista cuando llegaron a las Cabañas Everglades, un grupo de primorosos chalés de madera blancos y amarillos situados en tres de los flancos de un cuadrado cubierto de grama que bajaba por una extensión de cincuenta metros hasta una playa blanca, más allá de la cual se encontraba el mar. Desde allí se extendía todo el golfo de México, liso como un espejo, hasta que la calina del horizonte se unía con un cielo sin nubes.

Después de Londres, después de Nueva York, después de Jacksonville, la transición resultaba brillante.

Bond, con Solitaire recatadamente tras él, atravesó la puerta que tenía un letrero donde se leía «Oficina». Cuando hizo sonar el timbre de «Directora: señora Stuyvesant», apareció una mujer diminuta y marchita, con el cabello ligeramente

teñido de azul, que le sonrió con sus labios estrechos. -¿Sí?

—¿El señor Leiter?

—Ah, sí, señor Bryce. Cabaña número uno, justo en la píaaya. El señor Leiter ha estado esperándolo desde la hora del almuerzo. ¿Y...? —Volvió sus quevedos hacia Solitaire.

—La señora Bryce —respondió Bond.

—Ah, sí —dijo la señora Stuyvesant, deseosa de no creerle—. Bueno, si tiene la amabilidad de firmar el registro, estoy segura de que usted y la señora Bryce desearán refrescarse después del viaje. La dirección completa, por favor. Gracias.

Los condujo al exterior y abrió la marcha por un sendero de cemento hasta el último chalé de la izquierda. Llamó a la puerta con unos golpes y Leiter les abrió. Bond había estado deseando una calurosa bienvenida, pero Leiter pareció asombrado al verlo. Se quedó boquiabierto. Su cabello color paja, todavía ligeramente negro en las raíces, parecía un almiar.

—Aún no conoces a mi esposa, según creo —comentó Bond.

—No, no, quiero decir, sí. ¿Cómo está?

La totalidad de la situación lo desbordaba. Olvidándose de Solitaire, casi arrastró a Bond al interior del chalé. En el último momento se acordó de la joven, la cogió con la otra mano y también la hizo entrar al tiempo que cerraba la puerta con el talón.

—Espero que tengan una feliz... —dijo la señora Stuyvesant, cuya frase quedó guillotizada por el portazo.

Una vez dentro, Leiter continuaba sin asumir la presencia de su amigo. Permanecía de pie, mirando de uno a otro con la boca abierta.

Bond dejó su maleta en el suelo del pequeño recibidor. Había dos puertas. Empujó la que tenía a la derecha y la mantuvo abierta para que entrara Solitaire. Se trataba de un salón pequeño que abarcaba todo el ancho del chalé y cuya pared opuesta daba a la playa. Estaba agradablemente amueblado con sillas playeras de bambú forradas de espuma de goma cubierta por una trama de hibisco de Cuba roja y verde. El suelo estaba cubierto por esteras de hojas de palma. Las paredes tenían la tonalidad azul de los huevos de pato, y en el centro de cada una colgaba una lámina de flores tropicales en color con marco de bambú. Había una mesa grande en forma de tambor hecha de bambú con la superficie de cristal. Sobre ella descansaban un cuenco con flores y un teléfono blanco. Las grandes ventanas de la estancia miraban al mar, y a la derecha de ellas se abría una puerta que conducía a la playa. Unas persianas de plástico estaban bajadas hasta la mitad para amortiguar el feroz resplandor del sol sobre la arena.

Bond y Solitaire se sentaron. El primero encendió un cigarrillo y arrojó el paquete y el encendedor sobre la mesa.

De pronto, el teléfono sonó. Leiter salió de su trance, avanzó desde la puerta y

cogió el auricular.

—Al habla —dijo—. Que se ponga el teniente. ¿Es usted, teniente? Está aquí. Acaba de entrar. No, de una sola pieza. —Escuchó durante un momento y se volvió a mirar a Bond.— ¿Dónde os bajasteis del *Phantom* —preguntó. Bond se lo dijo—. En Jacksonville —informó Leiter por teléfono—. Sí, diría que sí... Claro. Ya le pediré más detalles y volveré a llamarlo. ¿Informará a los de Homicidios para que dejen de buscar? Se lo agradecería mucho. Y a Nueva York. Se lo agradezco, teniente... Orlando 9000. Vale. Y gracias otra vez. Adiós.

Colgó el auricular, se enjugó el sudor de la frente y se sentó delante de su amigo.

De pronto miró a Solitaire y le dedicó una sonrisa de disculpas.

—Supongo que usted es Solitaire —dijo—. Perdóneme por la brusca recepción. Ha sido un día bastante duro. Por segunda vez en veinticuatro horas había perdido la esperanza de ver vivo a este tipo. —Se volvió a mirar a Bond.— ¿Puedo continuar hablando?

—Sí —respondió Bond—. Solitaire está de nuestro lado.

—Eso es un alivio —declaró Leiter—. Seguro que no habéis leído los periódicos ni oído la radio, así que primero os contaré la historia a grandes rasgos. El *Phantom* fue detenido poco después de Jacksonville, entre Waldo y Ocala. Vuestro compartimiento fue ametrallado y volado con una bomba. Saltó en pedacitos. La explosión mató al camarero del coche cama, que en ese momento se encontraba en el corredor. No hubo ninguna otra baja. Se ha liado un escándalo de mil demonios. ¿Quién lo hizo? ¿Quiénes son el señor y la señora Bryce? ¿Dónde se encuentran? Por supuesto, estábamos seguros de que os habían secuestrado. La investigación la lleva la policía de Orlando. Siguieron la pista de las reservas hasta Nueva York. Descubrieron que las había hecho el FBI. Todos se me han echado encima como una pila de ladrillos. Y luego entras tú con una bonita muchacha del brazo, feliz como unas pascuas.

Leiter estalló en carcajadas.

—¡Chico! Deberías haber oído a los de Washington hace un rato. Cualquiera habría pensado que era yo quien había puesto la bomba en el maldito tren.

Cogió uno de los cigarrillos de Bond y lo encendió.

—Bueno —resumió—, ésa es la sinopsis. Te pasaré el guión de rodaje cuando haya oído tu historia. Escupe.

Bond describió con todo detalle lo sucedido desde que había hablado con Leiter desde el St. Regis. Cuando llegó a la noche pasada en el tren, sacó la hoja de papel de la billetera y la empujó al otro lado de la mesa.

Leiter silbó.

—Vudú —dijo—. Supongo que esto estaba destinado a que lo encontraran sobre tu cadáver. Un asesinato ritual cometido por los amigos de los hombres que te

cargaste en Harlem. Era lo que debía parecer. Apartaría de inmediato las pesquisas policiales del señor Big. Desde luego, hay que reconocer que tienen en cuenta todos los detalles. Iremos tras la pista de ese asesino que metieron en el tren. Es probable que fuera uno de los ayudantes del coche restaurante. Ese debe de ser el hombre que les indicó cuál era vuestro compartimiento. Pero acaba. Luego te contaré cómo lo hizo.

—Déjeme ver eso —dijo Solitaire, al tiempo que tendía una mano para coger la hoja de papel—. Sí —comentó en voz baja—. Es un *ouanga*, un fetiche vudú. Se trata de la invocación de la bruja del tambor. La tribu de los ashanti, de África, lo usa cuando quiere matar a alguien. En Haití emplean algo parecido. —Se la devolvió a Bond.— Fue una suerte que no me hablaras de esto —declaró con toda seriedad—. Aún estaría con un ataque de histeria.

—A mí tampoco me gustó nada —le aseguró Bond—. Tuve la sensación de que era una mala noticia. Fue una suerte que nos bajáramos en Jacksonville. Pobre Baldwin. Le debemos muchísimo.

Acabó de narrar el resto del viaje.

—¿Alguien os vio cuando bajasteis del tren? —quiso saber Leiter.

—Yo diría que no —respondió Bond—. Pero será mejor que mantengamos a Solitaire fuera de circulación hasta que podamos sacarla de aquí. Pienso que deberíamos enviarla por avión a Jamaica, mañana mismo. Haremos que cuiden allí de ella hasta que lleguemos nosotros.

—Claro —asintió Leiter—. La embarcaremos en un vuelo chárter en el aeropuerto de Tampa. Llegará a Miami mañana a la hora del almuerzo, y allí podrá coger uno de los vuelos de la tarde, de la KLM o la Panam. Estará en Jamaica mañana a la hora de cenar. Es demasiado tarde para hacer algo hoy.

—¿Te parece bien, Solitaire? —preguntó Bond.

La joven estaba mirando fijamente por la ventana. Sus ojos tenían una expresión remota que Bond ya había visto antes.

De pronto, ella se estremeció.

Sus ojos se volvieron hacia el británico. Tendió una mano y le tocó la manga de la americana.

—Sí —respondió. Luego vaciló—. Sí, supongo que sí.

## Capítulo 13

### *Muerte de un pelícano*

Solitaire se puso de pie.

—Tengo que ir a arreglarme —anunció—. Supongo que vosotros dos tendréis muchísimas cosas que hablar.

—Por supuesto —respondió Leiter, que se levantó de un salto—. ¡Qué desastre soy! Tiene que estar muerta de cansancio. Creo que será mejor que ocupe la habitación de James, y que él duerma conmigo.

Solitaire lo siguió al pequeño recibidor y Bond oyó que Leiter le explicaba la disposición de las habitaciones.

Al cabo de un momento, el agente de la CIA regresó con una botella de Haig and Haig y cubitos de hielo.

—Estoy perdiendo los buenos modales —dijo—. A los dos nos vendrá bien una copa. ¡Junto al cuarto de baño hay una pequeña despensa y la he aprovisionado de todo lo que es probable que necesitemos!

Fue a buscar soda y ambos se sirvieron bebida abundante.

—Oigamos los detalles —pidió Bond al tiempo que se recostaba en el sillón—. Tiene que haber sido un trabajo condenadamente bien hecho.

—Ya lo creo que sí —asintió Leiter—, si se exceptúa que se quedaron cortos de cadáveres.

Puso los pies sobre la mesa y encendió un cigarrillo.

—El *Phantom* salió de Jacksonville a eso de las cinco —comenzó—. Llegó a Waldo en torno a las seis. Justo después de que saliera de Waldo, y aquí estoy haciendo conjeturas, el hombre de Big fue hasta vuestro coche, entró en el compartimiento contiguo al que vosotros ocupabais y colgó una toalla entre las cortinillas echadas y el cristal de la ventanilla, que significaba..., y tiene que haber hecho un montón de llamadas telefónicas en las estaciones por las que pasasteis..., que significaba «es la ventanilla que está a la derecha de esta toalla».

»Entre Waldo y Ocala hay un largo tramo de vía recta —continuó Leiter— que atraviesa tierras boscosas y pantanosas. La carretera nacional corre a lo largo de la vía, por la derecha. A unos veinte minutos de Waldo, ¡bum!, estalla una de las señales explosivas de emergencia que hay debajo de la locomotora diesel que va en cabeza. El maquinista reduce a sesenta. ¡Bum! Y otro ¡bum! ¡Tres, uno detrás de otro! ¡Emergencia! ¡Detenerse de inmediato! Detiene el tren preguntándose qué diablos pasa. Vía recta. La última señal está verde. No hay nada a la vista. Hay un sedán, "afanado", supongo. —Bond alzó una ceja.— Robado —explicó Leiter—, de color gris, creen que era un Buick, sin luces, con el motor en marcha, detenido en la carretera frente a la parte central del tren. Salen tres hombres. De color.

Probablemente negros. Avanzan lentamente en hilera, uno al lado del otro, por la franja de hierba que separa la carretera de las vías. Los dos de fuera llevan "tartamudas"... , ametralladoras ligeras. El hombre del centro tiene algo en la mano. Recorren veinte metros y se paran junto al coche 245. Los hombres de las tartamudas disparan dos ráfagas contra vuestra ventanilla. Rompen el cristal para que entre la bomba. El hombre del centro arroja la bomba y los tres regresan corriendo al coche. Una mecha de dos minutos. Cuando llegan al coche, estalla. Picadillo de compartimiento H. Picadillo, se supone, del señor y la señora Bryce. De hecho, picadillo de tu señor Baldwin, que sale corriendo y se agacha en el pasillo en cuanto ve que los hombres se acercan a su coche. No se produjeron otras bajas excepto las conmociones y ataques de histeria que se apoderaron de todo el tren. El automóvil sale disparado y desaparece en el limbo, donde sin duda aún está y donde con toda probabilidad va a permanecer. Se hace el silencio, mezclado con gritos. La gente corre de un lado a otro. El maltrecho tren avanza delicadamente hasta llegar a Ocala. Deja allí el coche 245. Le permiten proseguir tres horas más tarde. Escena II: Leiter sentado a solas en el chalé, deseando no haber dicho jamás una palabra desatenta a su amigo James, mientras se pregunta cómo se hará servir el señor Hoover a Leiter para la cena de esta noche. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Bond se echó a reír.

—¡Qué organización! —exclamó—. Estoy seguro de que han cubierto todas las pistas y de que todos tienen coartadas. ¡Qué hombre! Desde luego, parece tener el gobierno de este país. Eso te demuestra cómo es posible dar la vuelta a una democracia, entre el *habeas corpus*, los derechos humanos y todo lo demás. Me alegro de que no lo tengamos en nuestras manos en Inglaterra. Las cachiporras de madera no le harían ni cosquillas. Bueno —concluyó—, ya son tres las ocasiones en que he conseguido salir con vida. La cosa empieza a calentarse.

—Sí —asintió Leiter, pensativo—. Antes de que tú llegaras aquí, los errores que había cometido el señor Big se contaban con un solo dedo. Ahora ha cometido tres seguidos. Eso no va a gustarle. Tenemos que atizarle el siguiente golpe mientras aún está atontado y luego largarnos, y rápido. Te diré lo que he pensado. No hay duda alguna de que el oro entra en el país a través de este puerto. Hemos seguido la pista del *Secatur* una y otra vez, y siempre navega directamente de Jamaica a St. Petersburg y atraca en los muelles de la factoría de gusanos y cebos... Rubberus o comoquiera que se llame.

—Ourobouros —lo corrigió Bond—. El gran gusano de la mitología. Buen nombre para una factoría de gusanos y cebos. —De repente lo asaltó un pensamiento. Dio un golpe en el cristal de la mesa con la mano plana.— ¡Félix! Por supuesto. Ourobouros, el *Robber*...<sup>[24]</sup>, ¿no lo ves? El hombre de Big en este lugar. Tiene que ser el mismo.



El rostro de Leiter se iluminó.

—¡Cristo todopoderoso! —exclamó—. Por supuesto que sí. Ese griego que se supone que es el dueño, el hombre de Tarpon Springs que figura en los informes que nos enseñó Binswanger, aquel zoquete de Nueva York. Tal vez no sea más que un testaferro. Probablemente ni siquiera sabe que hay algo sospechoso en todo esto. Su agente aquí, y tenemos que ir tras él. El *Robber*. Por supuesto que es ése.

Leiter se levantó de un salto.

—Venga. Pongámonos en marcha. Nos acercaremos a echar un vistazo por el lugar. De todas formas, iba a sugerírtelo, en vista de que el *Secatur* atraca siempre en sus muelles. Por cierto, ahora la embarcación está en Cuba —añadió—. En La Habana. Zarpó de aquí hace una semana. La registraron de punta a punta cuando llegó y cuando se marchó. No encontraron nada de nada, por supuesto. Pensaron que quizá tuviera una quilla falsa. Casi se la arrancaron. Necesitaron meterla en dique seco antes de zarpar otra vez. Nada. Ni rastro de que hubiese algo raro. Y mucho menos un montón de monedas de oro. De todas formas iremos hasta allí y husmearémos por los alrededores. A ver si podemos echar una mirada a nuestro amigo el *Robber*. Sólo déjame hablar con Orlando y Washington. Debo contarles cuanto sabemos. Tienen que dar alcance pronto a los tipos de Big que atacaron el tren. Probablemente ya sea demasiado tarde. Tú ve a ver cómo se las arregla Solitaire. Dile que no debe moverse de aquí hasta que regresemos. La encerraremos con llave. Más tarde la llevaremos a Tampa a cenar. Tienen el mejor restaurante de toda la costa, uno cubano, «Las Novedades». De camino pasaremos por el aeropuerto y reservaremos plaza para ella en el vuelo de mañana para Miami.

Leiter cogió el teléfono y pidió que le pusieran con conferencias interurbanas. Bond lo dejó solo.

Diez minutos más tarde iban hacia los muelles.

Solitaire, que no quería que la dejaran sola en el motel, se había aferrado a Bond.

—Necesito largarme de aquí —dijo, con una expresión de miedo en los ojos—. Tengo un presentimiento...

No acabó la frase. Bond le dio un beso.

—Estarás bien —le aseguró—. Regresaremos dentro de una hora, más o menos. Aquí no puede sucederte nada. Después no te dejaré sola hasta que subas al avión. Incluso nos quedaremos a dormir en Tampa para que salgas a primera hora.

—Sí, por favor —respondió Solitaire, ansiosa—. Prefiero hacer eso. Aquí tengo miedo. Me siento en peligro. —Le rodeó el cuello con los brazos.— No creas que soy una histérica. —Lo besó.— Ya puedes irte. Sólo quería verte. Vuelve pronto.

Leiter lo había llamado y él había cerrado la puerta, echando luego la llave.

Con una leve sensación de inquietud, siguió al agente de la CIA hasta el coche que tenía en el aparcamiento. Era inimaginable que a la muchacha le sobreviniera

algún mal en aquel plácido lugar respetuoso de la ley, ni que Big le hubiera seguido la pista hasta las Cabañas Everglades, que era sólo uno entre el centenar de establecimientos de playa similares de Treasure Island. No obstante, respetaba el extraordinario poder de la intuición de la joven, y el ataque de nervios que tenía provocaba una sensación de intranquilidad en él.

La vista del coche de Leiter apartó esos pensamientos de su mente. Le gustaban los coches veloces y le encantaba conducirlos. Casi todos los coches estadounidenses le parecían aburridos. Carecían de personalidad y del toque de artesanía individual que caracteriza a los automóviles europeos. Eran sólo «vehículos», similares en forma y color, e incluso en el tono de sus cláxones. Estaban diseñados para ser usados durante un año y convertirlos luego en parte del pago del modelo del año siguiente. Les habían despojado de toda la diversión que tiene la conducción al quitarles el cambio de marchas y dotarlos de dirección hidráulica asistida y suspensión esponjosa. Todo esfuerzo había quedado suavizado, al igual que ese contacto directo con el coche y la carretera que hace aflorar la destreza y el nervio en el conductor europeo. Para Bond, los automóviles estadounidenses eran sólo coches de choque en forma de escarabajo que uno conducía con una mano en el volante, la radio a todo volumen y las ventanillas con elevalunas eléctrico cerradas para evitar las corrientes de aire.

Pero Leiter se había hecho con un viejo Cod, uno de los pocos coches estadounidenses que tenían personalidad, y a Bond le levantó el ánimo sentarse en el sedán bajo y oír el sólido engranar de las velocidades y el tono masculino del ancho tubo de escape. Aunque tenía quince años de antigüedad, reflexionó, continuaba siendo uno de los automóviles de aspecto más moderno del mundo.

Giraron hacia el viaducto y cruzaron la ancha extensión de aguas calmas que separan la estrecha isla de treinta y dos kilómetros de la ancha península sobre la que se extienden St. Petersburg y sus suburbios.

Ya en el momento de subir lentamente por la avenida, atravesando la ciudad camino de la dársena para embarcaciones deportivas, el puerto principal y los grandes hoteles, Bond captó la atmósfera que hace de esa población el «Hogar de ancianos» de Estados Unidos. Todas las personas que había en las aceras tenían el cabello blanco o blanco azulado, y los famosos Sidewalk Devenports de que Solitaire le había hablado estaban atestados de «vejetes» sentados en hilera como los estorninos pintos en la plaza de Trafalgar de Londres.

Bond reparó en las pequeñas bocas resentidas de las mujeres, con la luz del sol reflejada en sus quevedos; en los fibrosos pechos hundidos y los brazos de los hombres que tomaban el sol, ataviados con camisas Traman<sup>[25]</sup>. Las ralas bolas de cabello ahuecado de las mujeres que dejaban ver el cráneo rosa. Las huesudas cabezas calvas de los hombres. Y por todas partes, la parloteante camaradería, el

intercambio de noticias y chismorreos, las citas amistosas ante las mesas de tejo y de bridge, las cartas de hijos y nietos que se mostraban unos a otros, los chasquidos de lengua al hablar de los precios de tiendas y moteles.

No hacía falta encontrarse entre ellos para enterarse de lo que hablaban. Lo expresaban todo con los asentimientos de cabeza y la agitación de los mechones de cabello azulado ahuecado, las palmadas en la espalda y los carraspeos y escupitajos de las pequeñas cabezas calvas.

—Hace que uno sienta ganas de meterse en la tumba sin más y poner la losa sobre ella —comentó Leiter al oír la exclamación de horror de Bond—. Espera a que salgamos a caminar. Si ven que tu sombra avanza por la acera detrás de ellos, saltan a un lado como si fueses el cajero jefe que se acerca para mirar por encima de su hombro en el banco. Es horrible. Me hace pensar en el empleado de banco que regresó inesperadamente a casa a mediodía y se encontró al presidente del banco en la cama con su mujer. Volvió al banco, se lo contó a sus colegas del departamento de contabilidad y dijo: «¡Dios, compañeros, ha estado a punto de pillarme!»

Bond se echó a reír.

—Puedes oír todos los relojes de oro que les regalaron al retirarse, haciendo tictac en sus bolsillos —continuó Leiter—. Este lugar está lleno de empresas de pompas fúnebres y de casas de empeño repletas de relojes de oro, anillos de la masonería, piedras de azabache y camafeos conteniendo cabellos. Resulta estremecedor pensar en todo eso. Espera hasta que vayas a «Aunt Milly's Place» y los veas a todos reunidos en grupos mascullando sobre la carne picada enlatada y las hamburguesas con queso, intentando mantenerse vivos hasta los noventa años.

Te quitará las ganas de vivir. Pero no todos son viejos por aquí. Échale una mirada a ese anuncio de allí.

Señaló una valla publicitaria situada en un terreno baldío. Era un anuncio de ropa maternal: «stutzheimer & block. ¡nuevo! ¡nuestro departamento maternal y para después! ropa para pequeñines (1-4 años) y para grandecitos (4-8 años).»

Bond lanzó un gemido.

—Larguémonos de aquí —pidió—. Realmente esto supera las exigencias del deber.

Cuando llegaron al mar, giraron a la derecha y continuaron hasta encontrarse en una base de hidroaviones y un puesto de la guardia costera. Las calles estaban libres de «vejetes», y en la zona se desarrollaba la vida normal de un puerto: muelles, almacenes, un abastecedor de barcos, algunas barcas vueltas del revés, redes puestas a secar, el grito de las gaviotas, el olor más bien pútrido que llegaba de la bahía... Después del concurrido camposanto que era la ciudad, el cartel que había sobre un garaje —«Conduzcamos nosotros mismos. Pat Grady. El risueño irlandés. Coches usados»— constituía un recordatorio de la existencia de un mundo más vital y

bullicioso.

—Será mejor que bajemos y continuemos a pie —dijo Leiter—. El local del *Robber* está en la manzana siguiente.

Dejaron el coche junto al puerto y pasaron caminando sin prisas por delante del almacén de madera y algunos tanques de combustible. Luego giraron otra vez a la derecha, en dirección al mar.

La calle lateral acababa en un pequeño embarcadero de madera, maltratado por la intemperie, que se adentraba unos seis metros en las aguas de la bahía, sustentado por pilares cubiertos de percebes. Contra su verja abierta había un almacén largo y bajo de chapa de hierro acanalada. Sobre sus anchas puertas dobles, en negro sobre blanco, se leía: «Compañía Oubouros. Comerciantes de gusanos y cebo vivo. Coral, conchas, peces tropicales. Sólo venta al por mayor». En una de las puertas dobles había otra más pequeña con una reluciente cerradura Yale. Sobre ella había otro letrero: «Privado. Prohibida la entrada».

Un hombre, sentado en una silla de cocina, tenía el respaldo inclinado hacia atrás de modo que la puerta soportaba su peso. Estaba limpiando un rifle, un Remington 30, le pareció a Bond. Tenía un palillo de dientes en la boca y una deslucida gorra de béisbol echada hacia la nuca. Llevaba una manchada camiseta blanca sin mangas que dejaba ver matas de vello bajo sus axilas, unos pantalones de lona arrugados y zapatillas de deporte con suela de goma. Representaba unos cuarenta años y su rostro tenía tantos bultos y marcas como los postes de amarre del muelle. Era delgado, de facciones enjutas, y con los labios finos y descoloridos. Su complexión era del color del polvo de tabaco, una especie de marrón amarillento. Parecía cruel y frío, como el malo de una película de jugadores de poker y buscadores de oro.

Bond y Leiter pasaron caminando ante él y continuaron hasta el muelle. No alzó la cabeza para mirarlos, pero Bond sintió que sus ojos los seguían.

—Si ése no es el *Robber* —comentó Bond a Leiter—, se trata de un pariente de sangre.

Un pelícano, gris con la cabeza amarillo claro, estaba posado sobre uno de los amarres del muelle. Los dejó acercarse mucho y luego, de mala gana, batió las alas unas cuantas veces con fuerza y descendió planeando hacia el mar. Los dos hombres se detuvieron y lo observaron como volaba con lentitud justo por encima de la superficie del agua. De pronto se precipitó desmañadamente, con el largo pico serpenteando ante él. Salió a la superficie con un pequeño pez que se tragó con aire malhumorado. Luego el pesado pájaro se elevó de nuevo y continuó con su pesca, volando sobre todo hacia el sol de modo que su gran sombra no alertara a los peces. Cuando Bond y Leiter dieron media vuelta para desandar sus pasos por el muelle, el pájaro abandonó la pesca y volvió planeando al sitio donde estaba antes. Se posó con un batir de alas y reanudó su meditabunda consideración del atardecer.

El hombre continuaba inclinado sobre el arma, limpiando el mecanismo con un trapo aceitado.

—Buenas tardes —lo saludó Leiter—. ¿Es usted el responsable de este embarcadero?

—Sí —respondió el otro sin mirarlo.

—Me preguntaba si había alguna posibilidad de atracar aquí mi barca. La dársena está abarrotada.

—No.

Leiter sacó su billetera.

—¿Veinte le harían cambiar de idea?

—No.

El hombre carraspeó de modo estertóreo y escupió justo entre Bond y Leiter.

—Eh —exclamó Leiter—. ¿Quiere hacer el favor de ser más educado?

El hombre se detuvo a considerarlo. Alzó la mirada hacia Leiter. Tenía unos ojos pequeños y bastante juntos, crueles como los de un dentista que está convencido de no causar dolor.

—¿Cómo se llama su barca?

—*Sybil* —respondió Leiter.

—En la dársena no hay ninguna barca con ese nombre —respondió el hombre.

Deslizó el cierre del rifle con un chasquido. Lo tenía colocado sobre el regazo, apuntando al sendero del almacén, en sentido contrario al mar.

—Usted está ciego —declaró Leiter—. Hace una semana que se encuentra allí. Dieciocho metros, motor diesel, doble hélice. Blanca con una toldilla verde. Con aparejos de pesca.

El rifle comenzó a desplazarse perezosamente en un arco bajo. La mano izquierda del hombre sobre el gatillo, y la derecha justo delante de la guarda del mismo, haciendo girar el arma.

Ambos agentes permanecieron inmóviles.

El hombre estaba sentado perezosamente, con los ojos bajos sobre la culata del arma y la silla aún reclinada contra la puerta pequeña que tenía la cerradura Yale dorada.

El rifle pasó con lentitud por la línea del estómago de Leiter y Bond. Los dos amigos permanecieron tiesos como estatuas, sin arriesgarse a mover un sólo dedo. El arma dejó de girar. Apuntaba hacia el muelle. El *Robber* alzó la mirada por un instante, entrecerró los ojos y apretó del gatillo. El pelícano profirió un débil graznido y oyeron que su pesado cuerpo se estrellaba contra el agua. El eco del disparo resonó por todo el puerto.

—¿Por qué diablos ha hecho eso? —preguntó Bond, furioso.

—Para practicar —respondió el hombre al tiempo que hacía entrar otra bala en la

recámara.

—Supongo que en esta ciudad habrá una oficina de la ASPCA<sup>[26]</sup> —dijo Leiter—. Vayamos a denunciar a este tipo.

—¿Quieren que los procesen por intrusión? —preguntó el *Robber* mientras se levantaba con lentitud y se metía el arma debajo del brazo—. Esto es una propiedad privada. Y ahora —añadió, escupiendo las palabras— lárguense de aquí, y de prisita. —Dio media vuelta, de un tirón apartó la silla de la puerta que luego abrió con una llave y se volvió a mirarlos con un pie en el umbral.— Los dos llevan armas. Puedo olerías. Si entran aquí otra vez, los mando al otro barrio y alego defensa propia. Últimamente me he hartado de tener montones de polizontes piojosos como vosotros pegados a la espalda. ¡Una mierda, el *Sybil*!

Se volvió despreciativamente, traspuso la puerta y la cerró con tal portazo que el marco se estremeció.

Los agentes se miraron el uno al otro. En los labios de Leiter apareció una sonrisa de pesar, y se encogió de hombros.

—El primer asalto a favor del *Robber* —sentenció.

Se marcharon por la polvorienta calle lateral. El sol estaba poniéndose y el mar, detrás de ellos, era un charco de sangre. Cuando llegaron a la calle principal, Bond volvió la cabeza. Sobre la puerta se había encendido una gran luz de arco, y en el sendero de acceso al almacén no había la más leve sombra.

—No servirá de nada intentarlo por la parte delantera —comentó Bond—. Pero jamás ha existido un almacén que tenga una sola puerta.

—Lo mismo estaba pensando yo —asintió Leiter—. Dejaremos eso para la próxima visita.

Subieron al coche y se dirigieron sin prisas hacia las cabañas, cruzando Central Avenue.

Durante el recorrido, Leiter le formuló un montón de preguntas acerca de Solitaire.

—Por cierto —dijo al fin con tono despreocupado—, espero haber distribuido las habitaciones como tú querías.

—No podrías haberlo hecho mejor —respondió Bond, alegremente.

—Mejor así —aprobó Leiter—. Es que acaba de ocurrírseme que vosotros dos podríais estar liados.

—Has leído demasiado a Winchell<sup>[27]</sup> —le aseguró Bond.

—Era sólo una manera delicada de expresarlo —dijo Leiter—. No olvides que las paredes de esos chalés son muy finas. Yo uso las orejas para oír... no para recoger carmín.

Bond buscó precipitadamente el pañuelo.

—Eres un piojoso, condenado figón —exclamó con fingida furia.

Por el rabillo del ojo, Leiter observó cómo se frotaba la oreja.

—¿Qué haces? —preguntó con tono inocente—. En ningún momento he sugerido que el color de tus orejas tuviera algo diferente del suyo natural. No obstante...

Cargó esas últimas dos palabras con toneladas de significado. Bond se echó a reír.

—Si esta noche te encuentras muerto en la cama —dijo—, sabrás quién lo ha hecho.

Aún estaban bromeando el uno con el otro cuando llegaron a las cabañas, y todavía reían cuando la ceñuda señora Stuyvesant los recibió en el césped.

—Discúlpeme, señor Leiter —dijo—, pero la música está prohibida en este establecimiento. No puedo permitir que se moleste a los demás huéspedes a todas horas.

La miraron, atónitos.

—Lo lamento, señora Stuyvesant —respondió Leiter—, pero no acabo de entenderle.

—Me refiero a esa enorme radio con gramófono que han hecho traer —respondió ella—. Los hombres apenas pudieron pasar el cajón de embalaje por la puerta.

## Capítulo 14

### «Tuvo un desacuerdo con algo que lo reconcomió»

La muchacha no había opuesto mucha resistencia.

Leiter y Bond dejaron a la directora boquiabierta en el césped y echaron a correr hacia el último chalé. La cama de Solitaire estaba casi intacta y la ropa de cama sólo un poco arrugada.

La cerradura del dormitorio había sido forzada con un solo golpe seco de palanqueta, y luego los dos hombres se limitarían a aparecer en la puerta con armas en la mano.

«Póngase en marcha, señora. Vístase. Si intenta algún truco, le abrimos un agujero.»

Luego debieron de amordazarla o dejarla inconsciente de un golpe, para meterla doblada por la cintura dentro del cajón y clavar la tapa. En la parte trasera del chalé había marcas de neumáticos donde había aparcado el camión. Casi bloqueando la entrada del vestíbulo, encontraron una anticuada radio con gramófono. Era usada y debía haberles costado menos de cincuenta dólares.

Bond vio la expresión de terror ciego en el rostro de Solitaire, como si la tuviese delante. Se maldijo con amargura por dejarla sola. No imaginaba cómo los habían encontrado con tanta rapidez. Era un ejemplo más de qué manera funcionaba la maquinaria de Big.

Leiter estaba hablando con la central del FBI en Tampa.

—Aeropuertos, terminales de ferrocarril y carreteras —estaba diciendo—. Recibiréis carta blanca de Washington en cuanto pueda hablar con ellos. Te garantizo que le darán a esto la máxima prioridad. Muchas gracias. Te lo agradezco. Estaré por aquí. Vale.

Colgó el auricular.

—Gracias a Dios, están dispuestos a cooperar —dijo a Bond, que se encontraba de pie mirando al mar con duros ojos remotos—. Van a enviar de inmediato a dos de sus hombres y pondrán en funcionamiento una red tan amplia como puedan. Mientras acabo de ligar las cosas con Washington y Nueva York, saca todo lo que puedas a esa vieja bruja. Hora exacta, descripciones y demás. Será mejor hacerle creer que se trata de un allanamiento de morada y que Solitaire se ha largado con los ladrones. Eso lo entenderá sin problemas. Hará que el asunto quede dentro de lo que son delitos habituales de hotel. Comunícale que la policía está de camino y que nosotros no hacemos responsable al establecimiento. Querrá evitar el escándalo. Dile que nosotros también deseamos evitarlo.

Bond asintió.

«¿Que se ha largado con los hombres?» También era una posibilidad, pero, de



alguna manera, Bond no lo creía. Regresó a la habitación de Solitaire y la registró con minuciosidad. Aún olía a ella, al perfume «Vent Vert» que le recordaba el viaje que habían hecho juntos. El sombrero y el velo de la joven estaban dentro del armario, y sus pocos artículos de aseo descansaban en el estante del cuarto de baño. Cuando encontró su bolso supo que tenía razón al confiar en ella. Estaba debajo de la cama, y el agente británico se la figuró enviándolo con el pie allí debajo al levantarse con las armas encañonándola. Lo vació sobre la cama y palpó el forro. A continuación cogió un cuchillo pequeño y cortó con cuidado algunos hilos de la trama. Sacó los cinco mil dólares y se los guardó en la billetera. Con él estarían seguros. Si Big la había matado, los gastaría en vengarla. Disimuló el forro rasgado lo mejor que pudo, metió de nuevo el contenido del bolso y lo empujó con el pie debajo de la cama.

Luego se encaminó a la oficina de recepción.

Eran ya las ocho de la noche cuando concluyeron el trabajo de rutina. Bebieron un whisky juntos y luego se encaminaron al comedor del establecimiento donde un puñado de huéspedes estaba acabando de cenar. Todos los miraron con curiosidad y cierto temor. ¿Qué hacían aquellos dos hombres jóvenes de aspecto más bien peligroso en aquel sitio? ¿Dónde estaba la mujer que había llegado con ellos? ¿La esposa de cuál de los dos era? ¿Qué habían significado todas aquellas idas y venidas de la tarde? La pobre señora Stuyvesant corría de un lado a otro con aire bastante distraído. ¿Acaso no sabían que la cena era a las siete? El personal de la cocina estaría a punto de marcharse a casa. Lo tendrían bien merecido si les servían la comida fría. La gente debe ser considerada con los demás. La señora Stuyvesant había dicho que creía que eran hombres del gobierno, de Washington. Bueno, ¿y eso qué quería decir?

La opinión de consenso decía que la presencia de aquella gente era un mal asunto y que no favorecía en absoluto la buena reputación de la clientela de las Cabañas Everglades, cuidadosamente restringida.

A Bond y Leiter los condujeron a una mesa mal situada, junto a la puerta de servicio. El menú —una sarta de palabras pomposas inglesas y francesas en versión estadounidense— se reducía a zumo de tomate, pescado hervido con salsa bechamel, un filete de pavo congelado apenas pintado con salsa de arándanos, y una porción de cuajada de limón con un espiral de sucedáneo de nata montada, encima. Lo masticaron todo con aire taciturno mientras el comedor se iba vaciando de las parejas de «vejetes», y las luces de las mesas se apagaban una a una. Dos cuencos lavamanos, en los que flotaban pétalos de hibisco, constituyeron el elegante final de la cena.

Bond comió en silencio y, cuando acabaron, Leiter hizo un decidido esfuerzo por mostrarse alegre.

—Ven a emborracharte conmigo —dijo—. Éste es el mal final de un día todavía

peor. ¿O prefieres jugar al bingo con los «vejetes»? Se anuncia un torneo de bingo en la «sala de juego» para esta noche.

Bond se encogió de hombros y regresaron a la sala de estar de su chalé, donde permanecieron sentados con aire taciturno durante un rato, bebiendo y mirando más allá de la arena, blanca como el marfil a la luz de la luna, hacia el interminable mar lóbrego.

Cuando Bond hubo bebido lo bastante para ahogar sus pensamientos, dio las buenas noches a Leiter y se marchó al dormitorio de Solitaire, que ahora ocupaba él. Se metió entre las sábanas donde el cálido cuerpo de ella había reposado y, antes de dormirse, tomó una decisión: iría tras el *Robber* en cuanto despuntara el día y le arrancaría la verdad. Su preocupación había sido demasiado grande para discutir el tema con Leiter, pero estaba seguro de que el *Robber* tenía una gran responsabilidad en el secuestro de Solitaire. Vio de nuevo los ojillos crueles y los pálidos labios finos del hombre. Luego pensó en el cuello flaco que salía de la camiseta sucia. Debajo de las sábanas, los músculos de sus brazos se tensaron. Ya tomada la decisión, relajó el cuerpo y se durmió.

Despertó a las ocho. Cuando vio la hora en su reloj, profirió una imprecación. Se dio una ducha rápida, manteniendo abiertos los ojos debajo de las agujas de agua hasta que se despejaron. Luego se rodeó la cintura con una toalla y fue a la habitación de Leiter, que estaba vacía. Las persianas aún se encontraban bajas, pero entraba la luz suficiente para ver que nadie había dormido en ninguna de las dos camas.

Sonrió, pensando que tal vez Leiter hubiese acabado con la botella de whisky, quedándose dormido luego en el sofá de la salita. Fue hasta allí. Tampoco estaba. La botella, llena hasta la mitad, descansaba sobre la mesa, y una pila de colillas de cigarrillo desbordaba el cenicero.

Bond se acercó a la ventana, levantó la persiana y abrió. Contempló la hermosa mañana diáfana antes de volver al dormitorio.

Vio un sobre. Se encontraba sobre una silla delante de la puerta por la que había entrado. Lo cogió. Contenía una nota escrita con lápiz.

*Tengo que pensar y no me apetece dormir. Son las cinco de la mañana. Voy a visitar el almacén de gusanos y cebos. Al que madruga Dios le ayuda. Es extraño que ese artista del tiro al blanco estuviera allí sentado mientras secuestraban a S. Como si supiese que estábamos en la ciudad y se preparara por si surgían problemas en caso de que el secuestro saliera mal. Si no he vuelto a las diez de la mañana, llama a la milicia. Tampa 88.*

*Félix*

Bond no esperó. Mientras se vestía y afeitaba, pidió café, bollos y un taxi. En

poco más de diez minutos había llegado todo, y se escaldó la boca con el café. Salía por la puerta cuando oyó sonar el teléfono del salón. Regresó corriendo.

—¿Señor Bryce? Le hablo desde el hospital Mound Park —dijo una voz—. Sala de urgencias. Soy el doctor Roberts. Tenemos aquí a un tal señor Leiter que pregunta por usted. ¿Puede venir de inmediato?

—¡Dios todopoderoso! —exclamó Bond, presa del miedo—. ¿Qué le sucede? ¿Está muy mal?

—Nada por lo que haya que preocuparse —respondió la voz—. Un accidente de coche. Al parecer, lo atrepellaron y huyeron. Una conmoción leve. ¿Puede venir? Quiere verlo.

—Por supuesto —respondió Bond, aliviado—. Salgo de inmediato.

«Y ahora, ¿qué demonios es esto?», se preguntó mientras cruzaba el césped a la carrera. Debían de haberle dado una paliza para luego tirarlo en la calle. En conjunto, se alegraba de que no hubiese sido peor.

Cuando el taxi en el que iba giraba para entrar en el viaducto de Treasure Island, una ambulancia pasó a toda velocidad en el sentido contrario con la sirena encendida.

«Más problemas —pensó Bond—. Parece que no puedo moverme sin encontrarme con uno.»

Atravesaron St. Petersburg por Central Avenue y giraron por la misma calle por la que él y Leiter habían entrado el día anterior. Las sospechas de Bond parecieron confirmarse cuando se encontró con que el hospital estaba situado a sólo dos manzanas de distancia de la Compañía Ourobouros.

Pagó al taxista y subió corriendo por las escaleras del impresionante edificio. En el espacioso vestíbulo de entrada había un mostrador de recepción. Una bonita enfermera se hallaba sentada tras él, leyendo los anuncios del *St. Petersburg Times*.

—¿El doctor Roberts? —preguntó Bond.

—¿El doctor qué? —inquirió la joven mientras lo observaba con aprobación.

—El doctor Roberts, de la sala de urgencias —respondió Bond con impaciencia—. Es por un paciente llamado Leiter, Félix Leiter, que ingresó esta mañana.

—Aquí no hay ningún doctor Roberts —le aseguró ella. Pasó un dedo por la lista que tenía sobre el mostrador—. Ni tampoco un paciente que se llame Leiter. Espere un momento que preguntaré en urgencias. ¿Cómo se llama usted?

—Bryce —respondió Bond—. John Bryce.

Comenzó a sudar en abundancia, aunque hacía bastante fresco en el vestíbulo. Se secó las manos en los pantalones mientras luchaba para no dejarse ganar por el pánico. Aquella condenada muchacha no sabía hacer su trabajo. Demasiado bonita para ser enfermera. Deberían tener a alguien competente en recepción. Apretó los dientes mientras ella hablaba alegremente por teléfono.

Colgó el auricular.

—Lo lamento, señor Bryce. Debe tratarse de un error. Durante la noche no ha ingresado nadie, y jamás han oído hablar del doctor Roberts ni del señor Leiter. ¿Está seguro de que era en este hospital?

Bond dio media vuelta sin responderle. Mientras se enjugaba el sudor de la frente, se encaminó a la salida.

La joven hizo una mueca a su espalda y cogió el periódico.

Por fortuna un taxi acababa de llegar con otros visitantes. Bond indicó al conductor que lo llevara lo más rápido posible de vuelta a las Cabañas Everglades. Lo único que sabía era que tenían a Leiter y que habían querido alejarlo a él del chalé. No lograba entenderlo, pero estaba seguro de que, de repente, las cosas se habían puesto mal para ellos y que la iniciativa volvía a hallarse en las manos de Big y de su maquinaria.

La señora Stuyvesant salió con prisas cuando lo vio apearse del taxi.

—Su pobre amigo —comentó sin que se apreciara compasión en su voz—. La verdad es que debería tener más cuidado.

—Sí, señora Stuyvesant. ¿Qué sucede? —preguntó con impaciencia.

—La ambulancia llegó justo después de que usted se marchara. —Los ojos de la mujer brillaban al darle la mala noticia.— Al parecer, el señor Leiter sufrió un accidente con su coche. Tuvieron que entrarlo en el chalé con una camilla. El jefe de la ambulancia era un hombre de color muy agradable. Dijo que el señor Leiter estaría bien, pero que no había que molestarlo bajo ningún concepto. Pobre muchacho. Tiene toda la cabeza cubierta de vendas. Dijeron que iban a ponerle cómodo y que un médico vendría a verlo más tarde. Si hay algo que yo pueda...

Bond no esperó más. Cruzó el césped a la carrera hacia el chalé y entró como un rayo en la habitación de Leiter.

Sobre la cama del estadounidense reposaba la forma de un cuerpo. Estaba cubierto por una sábana. Sobre el rostro, la sábana parecía inmóvil.

Apretó los dientes mientras se inclinaba hacia la cama. ¿Había un ligerísimo movimiento?

Apartó bruscamente la sábana de encima del rostro. No lo había. Sólo un gran envoltorio de vendas sucias que cubrían algo como un nido de avispas.

Con lentitud, retiró la sábana hacia abajo. Más vendas, envueltas de una manera más tosca aún, cubrían la mitad inferior del cuerpo. Todo estaba empapado de sangre.

De la abertura donde debería haber estado la boca sobresalía un trozo de papel.

Lo retiró y se inclinó. Percibió un ligerísimo aleteo de respiración contra la mejilla. Cogió el teléfono que había junto a la cama. Necesitó varios minutos para lograr que Tampa entendiera lo que decía. Al fin, el tono apremiante de su voz logró transmitirles lo que sucedía. Llegarían en veinte minutos.

Colgó el auricular y dirigió una mirada vaga al papel. Se trataba de un trozo de

áspero papel de embalaje. En toscas letras mayúsculas, habían garrapateado las siguientes palabras:

«tuvo desacuerdo con algo que lo reconcomió.»

Y debajo, entre paréntesis:

(«p.d. tenemos un montón más de chistes tan buenos como éste.»)

Con los movimientos de un sonámbulo, Bond dejó el papel en la mesita de noche. Luego se volvió hacia el cuerpo que yacía en la cama. Apenas se atrevía a tocarlo por temor a que la diminuta palpitación de aliento cesara de repente. Pero necesitaba averiguar algo. Separó con suavidad las vendas de la parte superior de la cabeza. Al cabo de poco descubrió algunos mechones de cabello. Estaba mojado y Bond se llevó los dedos a la boca. Tenían gusto a sal. Sacó algunos mechones fuera de las vendas y los examinó de cerca. Ya no le cupo duda.

Volvió a ver el mechón de cabello color paja claro que solía colgar en desorden sobre el ojo derecho, gris y humorístico, y debajo de éste el rostro de halcón que hacía muecas, del tejano con quien tantas aventuras había compartido. Durante un momento pensó en él, en cómo había sido. Luego volvió a meter los mechones de cabello dentro de las vendas, se sentó en el borde de la otra cama y veló en silencio el cuerpo de su amigo mientras se preguntaba cuánto podrían salvar de él.

Cuando llegaron los dos detectives y el cirujano de la policía, les contó lo que sabía con voz inexpresiva por completo. Actuando de acuerdo con la información que Bond les había dado por teléfono, habían enviado una brigada al almacén del *Robber* y aguardaban el informe mientras el médico trabajaba en la habitación contigua.

Fue el primero en acabar. Entró en el salón con expresión de ansiedad. Bond se levantó de un salto. El cirujano de la policía se desplomó en una silla y alzó los ojos hacia él.

—Creo que sobrevivirá —anunció—, pero sólo tiene un cincuenta por ciento de probabilidades. Desde luego, al pobre muchacho le hicieron una faena. Le falta un brazo. Media pierna izquierda. Tiene el rostro machacado, pero sólo superficialmente. Que me parta un rayo si sé qué le ha hecho eso. Lo único que se me ocurre es que fuera un animal o un pez grande. Algo lo ha desgarrado con los dientes. Sabré un poco más cuando pueda llevármelo al hospital. Revisaré las huellas dejadas por los dientes de lo que sea que lo mordió. La ambulancia llegará en cualquier momento.

Permanecieron sentados en taciturno silencio. El teléfono no cesaba de sonar: Nueva York, Washington y el departamento de policía de St. Petersburg preguntaban qué demonios estaba sucediendo en el muelle; se les respondió que se mantuvieran fuera del caso. Era asunto de los federales. Finalmente, desde una cabina telefónica, el teniente de la brigada les transmitió su informe.

Habían peinado el almacén del *Robber* palmo a palmo. No encontraron nada más que acuarios con peces, cebo, y cajones de coral y conchas. El *Robber* y otros dos

hombres, que se encontraban allí a cargo de las bombas de aire y de los calentadores de agua, habían sido detenidos e interrogados durante una hora, comprobándose después que sus coartadas eran tan sólidas como el Empire State. El *Robber* exigió, colérico, que llamaran a su abogado, y cuando a éste por fin se le permitió hablar con ellos, quedaron automáticamente en libertad, como era natural. Sin cargos porque no tenían prueba alguna en qué basarlos. Todo conducía a callejones sin salida, excepto el hecho de que habían encontrado el coche de Leiter en el otro extremo de la dársena para embarcaciones deportivas, a un kilómetro y medio del muelle. Muchas huellas dactilares, pero ninguna que coincidiera con las pertenecientes a los tres hombres. ¿Alguna sugerencia?

—Continúe con la investigación —respondió el oficial superior que se encontraba en el chalé y que se había presentado como capitán Franks—. Ahora iré hacia allí. Washington dice que tenemos que coger a esos hombres aunque sea lo último que hagamos. Esta noche llegarán en avión dos de los mejores agentes. Ha llegado el momento de pedir la cooperación de la policía. Les diré que pongan a trabajar a sus confidentes de Tampa. No es sólo un asunto de St. Petersburg. Hasta luego.

Eran las tres de la tarde. La ambulancia policial llegó y volvió a marcharse con el médico y el cuerpo que tan cerca estaba de la muerte. Los dos hombres se marcharon. Prometieron mantenerse en contacto. Estaban ansiosos por conocer los planes de Bond. Este se mostró evasivo. Dijo que tendría que hablar con Washington. Entretanto, ¿podían dejarle el coche de Leiter? Sí, se lo traerían en cuanto los del laboratorio acabaran con él.

Cuando se hubieron marchado, Bond se sentó, absorto en sus pensamientos. Habían preparado bocadillos con lo que encontraron en la bien provista despensa, y ahora Bond acabó con ellos y bebió un whisky solo.

Sonó el teléfono. Conferencia interurbana. Bond se encontró hablando con la sección de Leiter de la Agencia Central de Inteligencia. La esencia del mensaje era que se alegrarían muchísimo de que Bond se trasladara de inmediato a Jamaica. Todo ello dicho con la mayor de las amabilidades. Habían hablado con Londres, donde se habían mostrado de acuerdo con ellos. ¿Cuándo debían comunicar a Londres que llegaría él a Jamaica?

Bond sabía que había un vuelo de la Transcarib. vía Nassau, al día siguiente. Les dijo que lo cogería. ¿Alguna otra noticia? Ah, sí, respondió la CIA: el caballero de Harlem y su novia se habían marchado en avión a La Habana durante la noche, volando en un avión privado desde una pequeña población de la Costa Este llamada Vero Beach. Los documentos estaban en regla, y como la compañía era tan pequeña, el FBI no se había molestado en incluirla en la lista de vigilancia de aeropuertos. El agente de la CIA en Cuba había informado de la llegada. Sí, una pena. Sí, el *Secatur* continuaba allí. No tenía fecha de salida. Desde luego, era una verdadera lástima lo

de Leiter. Buen hombre. Esperaban que saliera de aquélla. ¿Así pues, Bond volaría a Jamaica al día siguiente? Bien. Lamentaban que las cosas hubieran estado tan agitadas. Adiós.

Bond pensó durante un rato y luego cogió el teléfono y se puso en comunicación con un hombre del acuario Eastern Garden de Miami. Deseaba hacerle una consulta acerca de la compra de un tiburón vivo para tenerlo en una laguna salada ornamental.

—El único lugar donde yo sepa que hay algo así se encuentra cerca de donde usted está ahora, señor Bryce —respondió la voz servicial—. En la *Ourobouros Worm and Bait*. Ellos tienen tiburones, y de los grandes. Se los venden a zoológicos extranjeros y lugares así. Disponen de tiburones de tres clases: blanco, tigre y martillo. Estarán encantados de ayudarlo. Cuesta mucho dinero alimentarlos. A su servicio. Venga a verme si pasa por aquí. Adiós.

Bond sacó su pistola y se puso a limpiarla, mientras esperaba que cayera la noche.

## Capítulo 15

### Medianoche entre los gusanos

A las seis de la tarde, Bond hizo la maleta y pagó en recepción. La señora Stuyvesant se alegró de verlo partir. Las Cabañas Everglades no habían vivido una alarma semejante desde el último huracán.

El coche de Leiter volvía a encontrarse en el paseo, y Bond lo condujo hasta la ciudad. Entró en una ferretería y realizó varias compras. Luego cenó el filete más grande y crudo, con patatas fritas, que había visto en su vida. Era un asador pequeño llamado Pete's, oscuro y acogedor. Con el filete bebió un vaso de Oíd Grandad, y acabó la cena con dos tazas de café muy cargado. Con todo eso en el estómago, comenzó a sentirse más optimista.

Se entretuvo con la comida y la bebida hasta las nueve. A continuación estudió un mapa de la ciudad, subió al coche y dio un largo rodeo que lo llevó a una manzana de distancia del muelle del *Robber*, desde el sur. Condujo el automóvil hasta el mar y allí se apeó.

Era una noche de brillante claro de luna; los edificios y el almacén proyectaban grandes parches de sombra color añil. Toda el área parecía desierta, y no se oía más sonido que el quedo chapoteo de las olas contra el malecón y el gorgoteo del agua debajo de los muelles desiertos.

La parte superior del malecón bajo tenía algo menos de un metro de ancho. Estaba en sombras a lo largo de los cien metros o más que separaban a Bond de la silueta del almacén de la Oubouros.

Subió a él y avanzó con silenciosa cautela entre los edificios y el mar. A medida que se acercaba, un constante zumbido agudo se hacía más audible, y para cuando saltó sobre el amplio aparcamiento de cemento que se extendía detrás del almacén, se había transformado en un alarido amortiguado. Bond suponía algo por el estilo. El sonido procedía de las bombas de aire y del sistema de calefacción que eran necesarios para mantener sanos a los peces durante las frías horas de la noche. También había confiado en que la mayor parte del tejado sería sin duda transparente para que la luz del sol entrara durante el día. Además, habría buena ventilación.

No se vio defraudado. La totalidad de la pared sur, desde una altura situada justo por encima de su cabeza, era una lámina de cristal; y a través de la misma vio la luz de la luna que entraba a través de dos mil metros cuadrados de techo de cristal. Muy arriba, por completo fuera de su alcance, había unas ventanas anchas abiertas al aire de la noche. Tal y como él y Leiter supusieron, había una puerta pequeña en la parte inferior, pero estaba cerrada con llave y cerrojo, y unos cables revestidos de plomo que había cerca de los goznes sugerían la existencia de algún tipo de alarma antirrobo.



Bond no estaba interesado en la puerta. Siguiendo una corazonada, iba equipado para entrar a través de cristales. Buscó por alrededor algo para subirse y que le permitiera situarse un medio metro más arriba. En un lugar donde la basura y la chatarra constituyen una parte tan habitual del paisaje, pronto encontró lo que necesitaba: un neumático para camión de gran tonelaje. Lo hizo rodar hasta la pared del almacén, lejos de la puerta, y se quitó los zapatos.

Colocó ladrillos contra el borde inferior del neumático para mantenerlo quieto y se subió encima. El regular sonido de las bombas de aire le proporcionaba protección contra cualquier ruido que hiciera. De inmediato se puso a trabajar con un pequeño diamante para cortar cristales que había comprado, junto con un buen trozo de masilla, cuando se encaminaba a cenar. En cuanto hubo cortado los dos lados verticales de uno de los cristales de un metro cuadrado, pegó la masilla en el centro del mismo, le dio forma de pomo prominente y, a continuación, se dispuso a cortar los lados horizontales.

Mientras trabajaba, de vez en cuando observaba el espectáculo que ofrecía el almacén bañado por el claro de luna. Los interminables acuarios descansaban sobre caballetes de madera alineados, con estrechos pasillos entre ellos. En el centro del edificio había un corredor amplio. Debajo de los caballetes podía ver largos estanques y bandejas encajados en el suelo. Justo debajo de él, anchos estantes cubiertos por montones de conchas marinas sobresalían de la pared. Casi todos los acuarios estaban a oscuras, pero en algunos se veía una fina línea de luz eléctrica que relumbraba de manera espectral y centelleaba sobre pequeños surtidores de burbujas que se elevaban entre algas y arena. Encima de cada acuario, suspendida del techo, había una pasarela de metal ligero, y Bond supuso que cualquier acuario en concreto podía ser alzado y llevado hasta la salida para embarcarlo, o para retirar un pez enfermo con el fin de ponerlo en cuarentena. Aquélla era una ventana abierta a un mundo misterioso, tan misterioso como su comercio. Resultaba extraño pensar en todos los gusanos, anguilas y peces que se movían silenciosos en la noche, en los millares de agallas que palpitaban y en la multitud de antenas que se agitaban, señalaban y transmitían sus diminutas señales de radar a los soñolientos centros nerviosos.

Tras un cuarto de hora de trabajo meticuloso, se oyó un ligero chasquido y el cristal se desprendió, pegado al pomo de masilla que sujetaba con una mano.

Bajó y colocó con cuidado el cristal en el suelo, lejos del neumático. A continuación se metió los zapatos dentro de la camisa. Con sólo una mano en condiciones, constituían un arma de vital importancia. Se detuvo a escuchar. Sólo oyó el constante sonido de las bombas. Alzó los ojos para ver si por casualidad alguna nube estaba a punto de ocultar la luna, pero sólo vio un cielo limpio y el dosel de ardientes estrellas. Subió otra vez al neumático, y sólo con el impulso, la mitad de su cuerpo pasó al otro lado de la amplia abertura que había hecho.

Giró sobre sí y se aferró al marco metálico que tenía por encima de la cabeza tras lo cual, aguantando todo su peso con los brazos, plegó las piernas y las introdujo por la ventana, dejándolas colgar de modo que quedaron a pocos centímetros del estante cargado de conchas. Bajó el cuerpo hasta que rozó las conchas con los pies enfundados en los calcetines; entonces las apartó con suavidad hasta dejar una parte de la madera al descubierto. Luego hizo que todo su peso se apoyara con suavidad sobre el estante. Este resistió, y al cabo de un momento Bond se encontraba de pie en el suelo, con todos los sentidos alerta para detectar cualquier sonido que ahogara el ruido de la maquinaria.

Pero no oyó nada. Se sacó los zapatos de puntera de acero de dentro de la camisa y los dejó sobre el estante; luego avanzó por el suelo de cemento con una linterna bolígrafo encendida en una mano.

Se encontraba en la zona de peces de acuario y, mientras leía las etiquetas, captaba destellos de luz coloreada dentro de los profundos tanques, y, de vez en cuando, una joya viviente se materializaba durante un breve instante y lo contemplaba con ojos saltones antes de que él continuara su camino.

Los había de todas las especies: xifos, gupis, platijas, tetras, neones, cíclidos, peces laberinto y peces paraíso, además de todas las variedades de peces de colores de agua fría. Debajo, hundidas en el suelo y casi todas cubiertas con tela metálica, había bandejas y más bandejas pululantes y palpitantes de gusanos y cebo vivo: gusanos blancos, gusanos diminutos, dafnias, gambas muy pequeñas y gruesos gusanos viscosos. Desde aquellos tanques del suelo, bosques de ojos minúsculos se alzaban hacia su linterna.

En el aire flotaba un fétido olor a manglar, y la temperatura rondaba los veintiséis grados centígrados. Al cabo de poco rato, Bond comenzó a sudar, anhelando el aire limpio de la noche.

Había llegado al pasillo central antes de encontrar los peces venenosos que constituían uno de sus objetivos. Cuando había leído acerca de ellos en los expedientes de la central de Policía de Nueva York, tomó nota mental de que le gustaría averiguar más cosas acerca de esa peculiar vertiente del negocio de la Compañía Ourobouros.

En aquel lugar, los acuarios eran más pequeños y por lo general había un solo espécimen en cada uno. Los perezosos ojos que miraban a Bond desde dentro de los mismos eran fríos y hundidos, y al brillar el haz de su linterna, algunos le enseñaban afilados dientes y otros alzaban una aleta dorsal provista de púas.

Cada acuario lucía una ominosa calavera con dos tibias cruzadas dibujada con tiza, y había grandes etiquetas en que se leía: MUY PELIGROSO y NO ACERCARSE.

Debía de haber al menos un centenar de acuarios de diversos tamaños, desde los

más grandes, que albergaban torpedos y el siniestro pez guitarra, hasta los más pequeños para el *Amia calva* del Pacífico, y el monstruoso pez escorpión de las Antillas, cuyas púas estaban provistas de sacos de un veneno tan poderoso como el de las serpientes de cascabel.

Los ojos de Bond se entrecerraron cuando advirtió que, en todos los acuarios peligrosos, el fango o la arena del fondo ocupaba casi la mitad del espacio.

Escogió un acuario donde había un pez escorpión de quince centímetros de largo. Tenía algunos conocimientos sobre los hábitos de esa especie mortal, y en particular sabía que no envenenan cuando atacan, sino sólo por contacto.

El borde del acuario le llegaba a la cintura. Sacó una resistente navaja que había comprado y abrió la hoja más larga. Luego se inclinó sobre el acuario y, una vez se hubo arremangado, apuntó la navaja hacia el centro de la cabeza llena de bultos, entre las hundidas fosas de los ojos. Cuando su mano rompió la superficie del agua, las púas del blanco pez antediluviano se irguieron amenazadoras y sus manchadas listas se tornaron de un color marrón fangoso uniforme. Sus aletas pectorales, anchas como alas, se alzaron ligeramente, preparadas para la lucha.

Bond le asestó un navajazo rápido, corrigiendo la trayectoria para compensar la refracción de la luz desde la superficie. Clavó la abultada cabeza contra el fondo mientras la cola se agitaba enloquecida, y con lentitud arrastró el pez hacia sí y lo deslizó al exterior por el cristal lateral del acuario. Se apartó a un lado y lo arrojó al suelo, donde continuó dando coletazos y saltando a pesar de tener el cráneo destrozado.

Luego se inclinó de nuevo sobre el acuario y hundió la mano en el centro de fango y arena, hasta el fondo.

Sí, allí estaban. La corazonada que había tenido con respecto a los peces venenosos era correcta. Sus dedos rozaron las apretadas hileras de monedas debajo de la capa de fango, como fichas de juego en el interior de una caja. Estaban colocadas dentro de una bandeja plana. Podía palpar las divisiones de madera. Sacó una moneda y la enjuagó, al igual que su mano, en el agua más limpia de la superficie. La alumbró con la linterna. Era tan grande como una moneda de cinco chelines y casi igual de gruesa, pero estaba hecha de oro. Lucía el escudo de armas de España y la cabeza de Felipe II.

Miró el acuario, calculando sus medidas. Debía de haber unas mil monedas en aquel acuario, que ningún oficial de aduanas pensaría siquiera en tocar. Un tesoro por valor de entre diez y veinte mil dólares guardado por un Cancerbero<sup>[28]</sup> de colmillos envenenados. Debía de pertenecer al cargamento que el *Secatur* había llevado allí en su último viaje, una semana antes. Cien acuarios. Unos ciento cincuenta mil dólares en oro por viaje. Dentro de poco, los camiones pasarían a recoger los acuarios y, en alguna parte, unos hombres con tenazas revestidas de goma extraerían los mortales

peces para arrojarlos de vuelta al mar o quemarlos. Sacarían el agua y el fango, lavarían las monedas y las meterían en bolsitas, las cuales irían a parar a manos de los agentes. Estos introducirían las monedas poco a poco en el mercado y rendirían cuenta estricta ante la maquinaria de Big de cada una de ellas.

Era una trama ideada de acuerdo con la filosofía del señor Big: efectiva, técnicamente brillante y a prueba de casi todo.

Bond sentía una profunda admiración mientras se inclinaba hasta el suelo y ensartaba al pez escorpión en un flanco. Lo metió otra vez en el acuario. No tenía ningún sentido que notificara sus conocimientos al enemigo.

En el momento en que se apartaba del acuario, todas las luces del almacén se encendieron.

—No te muevas ni un milímetro. Arriba las manos —le ordenó una voz con cortante tono autoritario.

Mientras se lanzaba al suelo y rodaba por debajo de los acuarios, vislumbró la alta y flaca silueta del *Robber*, que se encontraba contra la entrada principal, con un ojo guiñado y el otro fijo en la mira de su rifle. Al lanzarse, Bond rezó para que el *Robber* errase el tiro, pero también para que el tanque del suelo que iba a recibirlo sobre sí fuese uno de los que estaban tapados. Lo era. Una tela metálica lo cubría. Algo chasqueó los dientes hacia él cuando cayó sobre la tela y rodó hasta el siguiente pasillo. En cuanto hubo desaparecido, el rifle restalló, el acuario del pez escorpión que tenía encima se hizo añicos y el agua se derramó al exterior.

Bond retrocedió a toda velocidad entre los tanques hacia su única vía de retirada. Justo cuando giraba en un recodo, oyó un disparo y un acuario de peje ángel estalló como una bomba junto a su oído.

Ahora se encontraba en el extremo trasero del almacén, con el *Robber* al otro, separado de él por cincuenta metros. No tenía posibilidad alguna de saltar hacia la ventana, situada al otro lado del pasillo central. Se detuvo un momento para recobrar el aliento y pensar. Sabía que las hileras de acuarios sólo lo protegerían hasta las rodillas, y que entre dichas hileras quedaría a plena vista a través de los estrechos corredores. En cualquier caso, no podía quedarse quieto. Este hecho se lo recordó una bala que le pasó silbando entre las piernas para estrellarse en una pila de conchas, haciendo volar las duras astillas de las mismas, que zumbaron en torno a su cabeza como avispas. Giró a la derecha, y otra bala salió disparada hacia sus piernas, rebotó en el suelo y acabó en un gran depósito de almejas, que se partió por la mitad y desparramó un centenar de ellas por el suelo. Bond retrocedió corriendo a grandes zancadas rápidas. Había desenfundado la Beretta y efectuó dos disparos mientras cruzaba el pasillo central. Vio al *Robber* saltar para ponerse a cubierto, al tiempo que estallaba el acuario que tenía por encima de la cabeza.

Bond sonrió cuando oyó el grito, ahogado por el estrépito de cristales rotos y

agua.

De inmediato echó una rodilla en tierra y efectuó dos disparos apuntando a las piernas del *Robber*, pero una distancia de cincuenta metros era excesiva para su pistola de pequeño calibre. Se oyó el estrépito de otro acuario al romperse, pero la segunda bala repiqueteó contra las puertas de hierro de la entrada.

El *Robber* siguió disparando y Bond pudo esquivarlo moviéndose de un lado a otro entre los cajones, mientras esperaba que una bala le acertara en una rótula. De vez en cuando efectuaba un disparo para obligar al *Robber* a mantenerse a distancia, pero sabía que tenía perdida la batalla. El otro hombre parecía contar con un número interminable de municiones. A Bond sólo le quedaban dos balas dentro del arma y un cargador nuevo en el bolsillo.

Mientras iba de un lado a otro, resbalando con aquellos peces raros que daban coletazos contra el cemento, incluso se detenía para coger pesadas conchas de estrombos gigantes<sup>[29]</sup> y se las arrojaba a su enemigo. A menudo rebotaban contra la parte superior de algún acuario del extremo del almacén donde se encontraba el *Robber*, sumándose al espantoso estrépito reinante entre las paredes de hierro, y resultaban bastante ineficaces. Pensó en disparar contra las luces para apagarlas, pero había al menos veinte, repartidas en dos hileras.

Por último, Bond decidió renunciar. Le quedaba una artimaña a la que recurrir, y cualquier cambio en la batalla sería mejor que agotarse corriendo por el extremo peligroso de aquella galería de tiro.

Al pasar ante una hilera de acuarios de los cuales el que tenía más cerca se había roto, lo empujó para derribarlo. Aún estaba lleno hasta la mitad de raros peces luchadores de Siam, y se sintió complacido por el estrepitoso ruido que hicieron los restos del mismo al estallar en pedazos contra el suelo. Sobre la mesa de caballetes quedó libre un amplio espacio y, tras realizar dos carreras cortas para recoger sus zapatos, Bond regresó a toda velocidad y saltó encima de ella.

Al quedarse el *Robber* sin un blanco contra el cual disparar, se produjo un momento de silencio que sólo rompía el sonido de las bombas, el del agua que caía de los acuarios rotos y los coletazos de los peces agonizantes. Bond se puso los zapatos y se ató los cordones muy fuerte.

—Oye, inglés —gritó el *Robber* con tono de paciencia—. Sal adonde te vea o empezaré a lanzar granadas. Estaba esperándote y tengo munición más que de sobras.

—Creo que tendré que rendirme —respondió Bond haciendo bocina con las manos—. Pero sólo porque me has destrozado uno de los tobillos.

—No te dispararé —le gritó el *Robber*—. Tira el arma al suelo y baja por el pasillo central con las manos en alto. Mantendremos una tranquila charla.

—Supongo que no me queda otra opción —respondió Bond, dándole a su voz un tono de desesperanza.

Dejó caer la Beretta al suelo, donde repiqueteó sonoramente. Sacó la moneda de oro del bolsillo y la agarró con la mano izquierda vendada.

Gimió al posar los pies en el suelo. Caminó arrastrando la pierna izquierda, mientras cojeaba pesadamente por el pasillo central, con las manos alzadas a la altura de los hombros. Se detuvo a la mitad.

El *Robber* avanzó hacia Bond con las piernas semiflexionadas y el rifle apuntándole al estómago. Bond se alegró al ver que tenía la camisa empapada de sudor y un corte encima del ojo izquierdo.

El *Robber* caminaba muy arrimado al lado izquierdo del pasillo. Cuando se encontraba a unos diez metros de Bond, se detuvo con un pie posado como por casualidad sobre una pequeña protuberancia que sobresalía del suelo de cemento.

Hizo un gesto con el rifle.

—Levanta más las manos —ordenó.

Bond gimió y las alzó algunos centímetros más, casi cruzándolas ante el rostro, como en un gesto defensivo.

Por entre los dedos vio que el pie del *Robber* daba un golpe seco lateral a algo, y oyó un suave sonido metálico como si se hubiera descorrido un cerrojo. Los ojos de Bond destellaron detrás de las manos y apretó las mandíbulas. En ese momento supo qué le había sucedido a Leiter.

El *Robber* avanzó, interponiendo su cuerpo duro y delgado entre Bond y el punto donde se había detenido.

—Cristo —se quejó Bond—. Tengo que sentarme. Las piernas no me aguantan.

El *Robber* se detuvo a pocos pasos de distancia.

—Continúa de pie mientras te hago algunas preguntas, inglés. —Le enseñó los dientes manchados de tabaco en un amago de sonrisa.— Pronto estarás tumbado, y para siempre.

El *Robber* se detuvo y lo miró de arriba abajo. Bond dejó caer los hombros. Detrás de la expresión de derrota de su rostro, su cerebro iba midiendo cada centímetro.

—Hijo de puta entrometido... —dijo el *Robber*.

En ese momento, Bond dejó caer la moneda de oro que tenía en la mano izquierda. Esta repiqueteó contra el cemento y comenzó a rodar.

Los ojos del *Robber* bajaron hacia el suelo durante una fracción de segundo, y en ese instante el pie derecho de Bond, con su zapato de puntera de acero, salió disparado con la pierna estirada al máximo. La patada casi arrancó el rifle de la mano al *Robber*. En el mismísimo instante en que éste apretaba el gatillo y la bala atravesaba, inofensiva, el techo de cristal, Bond se lanzó contra el estómago del hombre, golpeando con ambos puños.

Sus manos hicieron impacto en algo blando y provocaron un gruñido de agonía.

Un fuerte dolor hizo presa en la mano izquierda de Bond, y éste dio un respingo cuando el rifle cayó con fuerza sobre su espalda. Pero, ciego al dolor, continuó golpeando al hombre con ambas manos, la cabeza agachada entre los hombros encogidos, obligándole a retroceder y haciéndole perder el equilibrio. Al sentir que el otro cedía, se enderezó ligeramente y lanzó una segunda patada con el zapato de puntera de acero, que hizo impacto en la rótula del *Robber*. Se oyó un alarido agónico y el rifle se estrelló contra el suelo mientras el *Robber* intentaba protegerse. Estaba a medio camino del suelo cuando Bond le asestó un directo en la mandíbula que lo hizo volar unos cuantos pasos más por el aire.

El *Robber* cayó en el centro del pasillo, justo frente a lo que Bond vio que era un cerrojo descorrido en el suelo.

Cuando el cuerpo impactó contra el suelo, un cuadrado del cemento giró con gran rapidez sobre un pivote central, y el cuerpo casi desapareció a través de la negra abertura de una ancha trampilla.

Al sentir que aquello cedía bajo su peso, el *Robber* profirió un penetrante alarido de terror al tiempo que manoteaba en busca de un asidero. Se cogió al borde de la abertura y se aferró a él mientras su cuerpo pendía en el vacío y el panel de cemento armado, de un metro ochenta, giraba con lentitud hasta quedar vertical sobre el pivote, con un rectángulo negro que bostezaba a cada lado de él.

Bond estaba jadeando. Se llevó las manos a las caderas y recobró un poco el aliento. A continuación avanzó hasta el agujero que quedaba a su derecha y miró hacia abajo.

El atezado rostro del *Robber*, con los labios estirados hasta dejar desnudos los dientes y con las pupilas dilatadas de pánico, se alzaba hacia él, farfullando palabras ininteligibles.

Cuando miró con más detenimiento el fondo, Bond no vio nada en concreto, pero oyó el chapoteo del agua contra los cimientos del edificio y percibió una débil luminiscencia que procedía del lado del mar. Dedujo que en esa dirección se encontraba el acceso al océano a través de una alambrada o de estrechos barrotes.

A medida que la voz del *Robber* mermaba hasta transformarse en un gimoteo, oyó algo que se movía abajo, alertado por la luz que penetraba desde lo alto. «Un pez martillo —pensó—, o un tiburón tigre, que son los que reaccionan con mayor celeridad.»

—Sáqueme de aquí, amigo. Sáqueme. No podré resistir mucho más. Haré lo que usted quiera. Le diré lo que sea.

La voz del *Robber* era un áspero susurro de súplica.

—¿Que le ha sucedido a Solitaire? —inquirió Bond, mirando fijamente a los frenéticos ojos.

—Fue idea del señor Big. Me ordenó que dispusiera el secuestro con dos hombres

de Tampa. Pidió a Butch y al Lifer, de la sala de billar que está detrás del Oasis. La chica no ha sufrido ningún daño. Déjeme salir, amigo.

—¿Y al estadounidense, a Leiter?

El rostro de agónica expresión adoptó un aire suplicante.

—Eso fue culpa de él. Me hizo salir a primera hora de esta mañana. Dijo que se había declarado un incendio. Que lo había visto al pasar con su coche. Me atrapó y me trajo aquí. Quería registrar esto. Se cayó por la trampilla. Fue un accidente. Juro que él tuvo la culpa. Lo sacamos antes de que muriera. Sobrevivirá.

Bond clavó una mirada fría en los blancos dedos que se aferraban con desesperación al borde de cemento. Sabía que el *Robber* tenía que haber descorrido el cerrojo y logrado, de alguna forma, que Leiter pasara por encima de la trampilla. Casi podía oír la risa de triunfo del hombre cuando el suelo se abrió y ver la sonrisa cruel mientras escribía la nota y la metía entre las vendas después de pescar el cuerpo medio devorado de su amigo.

Por un momento una ira ciega se apoderó de él.

Pateó con fuerza, dos veces.

El breve alarido ascendió desde las profundidades. Se oyó algo que chocaba contra el agua, y luego se produjo una tremenda conmoción de chapoteos.

Se desplazó a un lado de la trampilla y empujó la losa de cemento vertical. Esta giró suavemente sobre su pivote central.

Justo antes de que cubriera del todo las tinieblas del hueco, oyó un terrible gorgoteo gruñente, como si un cerdo gigantesco se llenara la boca de comida. Lo reconoció como el gruñido que hace un tiburón cuando su monstruoso morro aplanado sale fuera del agua y su boca en forma de hoz se cierra sobre una carcasa que flota en la superficie. Se estremeció y dio una patada al cerrojo para que regresara a su sitio.

Recogió la moneda de oro del suelo y recuperó la Beretta. Avanzó hasta la salida principal y volvió la cabeza durante un momento para contemplar los destrozos causados por la batalla.

Se le ocurrió que no se veía nada que denunciara la presencia del tesoro que había descubierto. La parte superior del acuario del pez escorpión había sido volada de un disparo, y cuando los hombres llegaran por la mañana no se sorprenderían de encontrar al bicho muerto dentro. Sacarían los restos del *Robber* del estanque de los tiburones e informarían a Big que el hombre había resultado muerto en un tiroteo y que se habían producido daños por valor de x millares de dólares que tendrían que ser reparados antes de que el *Secatur* pudiera llevar allí el siguiente cargamento. Encontrarían algunas de las balas de Bond y no tardarían en deducir que había sido obra suya.

Bond apartó de su mente el horror que habitaba bajo el suelo del almacén. Apagó



las luces y salió por la puerta principal.

Ya se había cobrado un pequeño adelanto a cuenta de la deuda por Solitaire y Leiter.

## Capítulo 16

### La versión jamaicana

Eran las dos de la madrugada. Bond apartó el coche del malecón y se alejó cruzando la ciudad por la calle Catorce, hacia la autovía de Tampa.

Avanzó con lentitud por la autovía de cuatro carriles a través de las interminables hileras dobles de moteles, aparcamientos para caravanas y centros comerciales que vendían muebles de playa, conchas marinas y duendes de cemento.

Se detuvo en el Gulf Winds Bar and Snacks y pidió un Oíd Grandad doble con hielo. Mientras el camarero de la barra lo preparaba, Bond entró en el lavabo y se aseó. Tenía las vendas de la mano izquierda cubiertas de suciedad y la mano le latía de dolor. El entablillado se había partido al estrellarse contra el estómago del *Robber*. Nada podía hacer para remediarlo. Tenía los ojos enrojecidos por la tensión y la falta de sueño. Regresó al bar, bebió el bourbon y pidió otro. El camarero de la barra parecía un universitario que pasaba las vacaciones trabajando. Tenía ganas de conversación, pero a Bond no le quedaban ánimos para ello. Se sentó, clavó la mirada en el interior del vaso y se puso a pensar en Leiter y el *Robber*, y volvió a oír el repulsivo gruñido del tiburón al comer.

Pagó, salió a la autovía y prosiguió su camino por el Puente Candy, sintiendo el fresco aire de la bahía en el rostro. Al final del puente giró a la izquierda en dirección al aeropuerto, para detenerse ante el primer motel donde parecía haber alguien despierto.

Los propietarios, una pareja de mediana edad, estaban escuchando un tardío programa de rumba emitido desde Cuba, acompañados por una botella de whisky de centeno colocada entre ambos. Bond les contó una historia de pinchazo en la carretera que va de Sarasota a Silver Springs. No demostraron interés, pero estaban contentos de aceptar los diez dólares que les pagó. Condujo el coche hasta la puerta de la habitación número cinco. El hombre le abrió y encendió la luz. Había una cama de matrimonio, una ducha, una cómoda y dos sillas. La decoración era blanca y azul. Parecía limpia. Con alivio, Bond dejó la maleta en el suelo y dio las buenas noches al propietario. Se desnudó y arrojó las ropas sobre una silla. Luego se dio una ducha rápida, se cepilló los dientes e hizo gárgaras con un colutorio fuerte, y a continuación se metió en la cama.

De inmediato se sumió en un sueño sereno y relajado. Era la primera noche, desde que había llegado a Estados Unidos, en que no amenazaba una nueva batalla con su suerte al día siguiente.

Despertó a mediodía y cruzó la carretera hasta una cafetería, donde el cocinero de comida rápida le preparó un delicioso emparedado de tres pisos con tortilla de pimiento, cebolla y jamón; luego se tomó un café. Cuando hubo acabado regresó a su

habitación y escribió un informe detallado para el FBI de Tampa. Omitió toda referencia al oro que había en los acuarios de los peces venenosos, por temor a que el *Big Man* interrumpiera sus operaciones en Jamaica. Aún quedaba por descubrir la naturaleza de las mismas. Sabía que el daño que había causado a la maquinaria que aquel hombre tenía en Estados Unidos carecía de toda importancia para la esencia de su misión: descubrir la fuente del oro, confiscarlo y, a ser posible, destruir al propio Big.

Condujo hasta el aeropuerto y llegó unos minutos antes de la salida del cuatrimotor plateado. Dejó el coche de Leiter en el aparcamiento, según había especificado en el informe al FBI. Cuando vio a un hombre con un innecesario impermeable que daba vueltas por la tienda de venta de recuerdos sin comprar nada, supuso que no era necesaria dicha mención en el informe. Estaba seguro de que deseaban comprobar que cogía aquel avión. Se alegrarían de verlo partir. Adondequiera que hubiese ido dentro de Estados Unidos, había dejado cadáveres. Antes de abordar el aparato llamó al hospital de St. Petersburg. Al oír la respuesta, deseó no haberlo hecho: Leiter continuaba inconsciente y no había noticias. Sí, le enviarían un cable cuando supieran algo definitivo.

Eran las cinco de la tarde cuando describieron un círculo sobre la bahía de Tampa y se dirigieron hacia el este. El sol estaba bajo en el horizonte. Un gran avión a reacción procedente de Pensacola pasó de largo, a buena distancia a babor, dejando cuatro estelas de vapor que permanecieron flotando, casi inmóviles, en el aire quieto. Dentro de poco completaría el recorrido y se adentraría en tierra, de regreso a la costa del golfo con su cargamento de «vejetes» ataviados con camisas Traman. Bond se alegraba de ir camino de las verdes laderas de Jamaica y dejar atrás el enorme continente duro de Eldorado.

El avión atravesó la parte más estrecha de Florida, las hectáreas de bosques y pantanos donde no se veía ni rastro de población humana, con las luces de sus alas, verdes y rojas, parpadeando en la creciente oscuridad. Al cabo de poco sobrevolaban Miami y el monstruo de cazabobos de la Costa Este, con sus arterias encendidas de neón. Allá lejos, a babor, la carretera nacional número 1 desaparecía por la costa en una dorada cinta de moteles, gasolineras y puestos de zumo de frutas, pasando por Palm Beach y Daytona hasta Jacksonville, que quedaba a cuatrocientos ochenta kilómetros de distancia. Bond pensó en el desayuno que había tomado en Jacksonville hacía menos de tres días y en todo lo ocurrido desde entonces. Dentro de poco, tras una breve escala en Nassau, estaría sobrevolando Cuba, tal vez justo por encima del escondite donde Big había encerrado a la joven. Ella oiría el ruido del avión y tal vez su instinto le hiciera mirar a lo alto, hacia el cielo, y por un momento sintiera que él se encontraba cerca.

Bond se preguntó si volverían a encontrarse algún día y acabarían lo que habían

comenzado. Pero eso tendría que dejarse para después; cuando él hubiera concluido la misión..., sería el premio que hallaría al final de la peligrosa carretera que había comenzado a recorrer tres semanas antes, en la niebla de Londres.

Tras un cóctel y una cena temprana, aterrizaron en Nassau y pasaron media hora en la isla más rica del mundo, la pequeña extensión arenosa donde miles de libras esterlinas atemorizadas yacen enterradas debajo de las mesas de canasta, y donde los chalés rodeados por ralas hileras de pandanáceos y casuarinas cambian de manos por cincuenta mil libras cada uno.

Despegaron de la diminuta población de platino y al cabo de poco sobrevolaban las parpadeantes luces de madreperla de La Habana, tan diferentes, en su modestia de tonos pastel, de los duros colores primarios de las ciudades estadounidenses por la noche.

Volaban a cuatro mil quinientos setenta metros de altura cuando, justo después de dejar atrás la isla de Cuba, se metieron de lleno en una de esas violentas tormentas tropicales que hacen que los aviones dejen de ser cómodos salones para transformarse en turbulentas trampas mortales. El enorme cuatrimotor era zarandeado mientras sus propulsores de hélice rugían, ora girando en el vacío, ora chocando bruscamente contra las paredes de aire sólido. El fino cilindro metálico se estremecía y giraba. La porcelana se hacía pedazos en la pequeña cocina y enormes gotas de lluvia golpeteaban contra las ventanillas de perspex<sup>[30]</sup>.

Bond se aferró a los brazos de su asiento con tanta fuerza que le causó dolor en la mano izquierda, e imprecó en voz baja.

Contempló los estantes de revistas y pensó: «No servirán de mucho cuando el acero se rompa por fatiga metálica a cuatro mil quinientos setenta metros de altura, ni tampoco servirán el agua de colonia de los lavabos, ni las comidas personalizadas, ni las maquinillas de afeitar gratuitas, ni la "orquídea para su dama" que ahora tiembla en la cubitera. Y menos útiles aún resultarán los cinturones de seguridad y los chalecos salvavidas que, según la demostración de la azafata, se inflarían mediante una boquilla, ni la mona lucecita roja de salvamento.

»No; cuando las tensiones son demasiado poderosas para el metal fatigado, cuando el mecánico de tierra que revisa el sistema anticongelante del avión vive un amor contrariado y descuida su trabajo, da lo mismo que sea en Londres, Idlewild, Gander o Montreal; cuando esas cosas, o muchas otras, suceden, el pequeño habitáculo cálido con propulsores en la parte delantera cae del cielo al mar o a la tierra, más pesado que el aire, falible, vano. Y las cuarenta personas diminutas más pesadas que el aire, falibles dentro de la falibilidad del avión, vanas dentro de la más grande vanidad del aparato, caen junto con él, produciendo pequeños hoyos en la tierra o pequeños chapuzones en el mar. Lo que, de cualquier manera, es su propio destino; así pues, ¿por qué preocuparse? Te hallas ligado a los descuidados dedos del

mecánico de tierra de Nassau, como lo estás a la debilidad mental del hombrecillo que va en el coche familiar y confunde la luz roja con la verde, topando contigo de frente, por primera y última vez, cuando regresabas tan tranquilo a casa tras cometer un peccadillo privado. Es imposible hacer nada para impedirlo. Comienzas a morir en el momento en que naces. La totalidad de tu vida es una partida de cartas con la muerte.

»O sea que... tómatelo con calma. Enciende un cigarrillo y agradece que todavía estás vivo mientras inhalas el humo hasta el fondo de los pulmones. Tu estrella te ha permitido llegar bastante lejos desde que abandonaste el seno materno y lloraste cuando saliste al frío aire del mundo. Tal vez esta noche te permita incluso aterrizar en Jamaica. ¿No oyes esas alegres voces de la torre de control que durante todo el día han estado diciendo en voz baja: "Adelante, BOAC. Adelante, Panam. Adelante, KLM"? ¿No oyes cómo te llaman también a ti para que aterrices: "Adelante, Transcarib. Adelante, Transcarib"? No pierdas la fe en tu estrella. Recuerda los momentos terribles por los que pasaste anoche, enfrentándote con la muerte contenida en el rifle del *Robber*. Todavía estás vivo, ¿no? Mira, ya hemos salido de la tormenta. Sólo ha sido algo destinado a recordarte que el mero hecho de ser rápido con un arma de fuego no significa que seas duro de verdad. Simplemente, no lo olvides. Este feliz aterrizaje en el aeropuerto de Palisadoes se te ofrece como cortesía de tu estrella. Será mejor que le des las gracias.»

Bond se desabrochó el cinturón de seguridad y se enjugó el sudor del rostro.

«Al diablo con todo esto», pensó mientras descendía del enorme y fuerte avión.

Strangways, el agente jefe del Servicio Secreto en el Caribe, se encontraba en el aeropuerto para recibirlo, y lo hizo pasar con rapidez por la aduana, el control de inmigración y el económico.

Eran casi las once de una noche serena y calurosa. Se oía el agudo canto de los grillos entre los cactus que flanqueaban la carretera del aeropuerto por ambos lados. Bond, agradecido, absorbió los sonidos y aromas de los trópicos mientras el vehículo militar abierto cruzaba el extremo de Kingston y ascendía hacia el pie de las Blue Mountains que relumbraban a la luz de la luna.

Hablaron con monosílabos hasta que se encontraron instalados en la cómoda barandilla de la pulcra casa blanca de Strangways, situada en Junction Road, al pie de Stony Hill.

Strangways sirvió sendos vasos de whisky con soda para ambos y a continuación hizo un conciso relato de todo lo concerniente al caso dentro del territorio jamaicano.

Era un hombre delgado y chistoso, de unos treinta y cinco años de edad, ex capitán de corbeta de la RNVR<sup>[31]</sup>. Llevaba un parche negro sobre un ojo y poseía el tipo de atractivo aquilino que se asocia con el puente de mando de los destructores. Pero su rostro presentaba muchas arrugas bajo el bronceado, y por sus gestos rápidos

y frases bruscas, Bond dedujo que se trataba de un hombre nervioso y muy tenso. Sin duda era eficiente y tenía sentido del humor, y no evidenciaba el más mínimo signo de celos por el hecho de que alguien del cuartel general irrumpiera en su territorio. Bond tuvo la sensación de que iban a llevarse bien, y deseaba establecer una relación de compañerismo.

La historia que Strangways tenía que contarle era la siguiente:

Siempre se había rumoreado que existía un tesoro en el islote llamado Isle of Surprise, y lo que se sabía sobre Morgan *el Sanguinario* sustentaba dicho rumor.

El diminuto islote se encontraba en el centro justo de Shark Bay, un puerto pequeño situado al final de Junction Road, que atraviesa la estrecha franja de tierra que une Kingston con la costa norte.

El gran bucanero había hecho de Shark Bay su base de operaciones. Le gustaba tener todo el ancho de la isla entre su residencia y la del gobernador, establecida en Port Royal, de modo que pudiera escabullirse fuera de las aguas de Jamaica en absoluto secreto. Al gobernador también le agradaba esa disposición. La Corona deseaba que se hiciera la vista gorda con respecto a la piratería de Morgan mientras los españoles no hubiesen sido expulsados del Caribe. Cuando eso se logró, recompensaron a Morgan con los títulos de caballero y de gobernador de Jamaica. Hasta entonces, las acciones del pirata tuvieron que ser repudiadas de manera oficial para evitar una guerra europea con España.

Así pues, durante el largo período de tiempo que transcurrió antes de que el cazador furtivo se convirtiera en guardabosques, Morgan usó Shark Bay como base de operaciones. Construyó tres casas en la hacienda vecina a la que bautizó Llanrummey por su pueblo natal de Gales. Dichas casas se llamaban «Morgan's», «The Doctor's» y «The Lady's». De las ruinas de las mismas aún se desentierran hebillas y monedas.

Sus barcos siempre anclaban en Shark Bay, y los carenaba a sotavento del Isle of Surprise, un escarpado islote de coral y piedra caliza que se alza vertical en el centro de la bahía, coronado por una media hectárea de meseta selvática.

En 1683, cuando se marchó de Jamaica por última vez, lo hizo bajo arresto para que sus pares del reino lo juzgaran por burlarse de la Corona. Su tesoro quedó atrás, en alguna parte de Jamaica, y murió en la pobreza sin revelar jamás el escondite del mismo. Tenía que ser un tesoro incalculable, fruto de incontables incursiones en la Española<sup>[32]</sup>, de la captura de innumerables barcos cargados de monedas de oro que navegaban hacia el Río de la Plata, de los saqueos de Panamá y de los pillajes de Maracaibo. Pero ese tesoro se desvaneció sin dejar rastro.

Siempre se creyó que el secreto se encontraba en algún punto del islote Isle of Surprise; pero, durante doscientos años, los buceos y las excavaciones de los cazadores de tesoros no dieron ningún resultado.

—Pues bien —prosiguió Strangways—, apenas seis meses antes habían sucedido dos cosas en el plazo de pocas semanas. Primera: un joven pescador desapareció del poblado de Shark Bay y no se había vuelto a tener noticias de él desde entonces; y segunda: un sindicato anónimo de Nueva York había comprado el islote por mil libras al actual propietario de la hacienda Llanrumney, que ahora era una rica propiedad dedicada al cultivo de plátanos y a la cría de ganado.

Pocas semanas después de la venta, el yate *Secatur* arribó a Shark Bay y echó el ancla en el antiguo fondeadero de Morgan, a sotavento del islote. Iba tripulado enteramente por negros. Se pusieron a trabajar tallando una escalera en la cara rocosa del islote y construyeron en la cima un grupo de barracas bajas al estilo de lo que en Jamaica se conoce como «zarzo y barro».

Al parecer, estaban bien pertrechados de provisiones, y lo único que al principio compraron a los pescadores de la bahía fue frutas fresca y agua dulce.

Era un grupo de hombres taciturnos y tranquilos que no causó ningún problema. A los funcionarios de la aduana en Port María, por la que habían pasado, les explicaron que habían ido allí a pescar peces tropicales, variedades venenosas en especial, y a recoger conchas exóticas para la Compañía Ourobouros de St. Petersburg. Una vez establecidos, compraron grandes cantidades de estas cosas a los pescadores de Shark Bay, Port Maria y Oracabessa.

Durante una semana realizaron voladuras en la isla, y se hizo correr la voz de que era para excavar un gran estanque donde mantener los peces.

El *Secatur* comenzó a hacer viajes regulares entre el islote y el golfo de México, y los guardias que observaban con binoculares confirmaron que, antes de cada partida, llevaban a bordo acuarios portátiles. Siempre quedaban en tierra una media docena de hombres. Las canoas que se acercaban eran despedidas por un guardián situado en la base de la escalera tallada en el acantilado; el hombre pasaba todo el día pescando desde un embarcadero junto al cual amarraba y echaba dos anclas el *Secatur*, bien protegido de los predominantes vientos del noreste.

Nadie logró entrar en el islote durante el día y, después de dos trágicos intentos, nadie lo intentó de nuevo durante la noche.

La primera vez fue un pescador, atraído por los rumores de que había un tesoro enterrado, rumores que no podían suprimir todas aquellas explicaciones referentes a peces tropicales. Había partido a nado en una noche oscura, y su cadáver fue devuelto por el mar y apareció en el arrecife al día siguiente. Los tiburones y las barracudas no habían dejado de él más que el tronco y los restos de un muslo.

En torno a la hora en que debería haber llegado al islote, la totalidad de la aldea de Shark Bay despertó a causa del más horrible ruido de tambores. Parecía proceder del interior del islote. Lo reconocieron como el toque de los tambores vudú. Comenzó con un tamborileo suave y aumentó hasta resultar atronador. Luego fue disminuyendo

hasta cesar. Duró alrededor de cinco minutos.

A partir de ese momento, la isla fue *ju-ju* u *obeah*, como es llamado en Jamaica, e incluso las canoas que navegaban durante el día por aquella zona mantenían una distancia prudencial.

A esas alturas, Strangways se interesó por todo el asunto y envió un informe completo a Londres. Desde 1950, Jamaica se había convertido en un importante objetivo estratégico gracias a la explotación, por parte de la Reynolds Metals y la Kaiser Corporation, de enormes yacimientos de bauxita<sup>[33]</sup> encontrados en la isla. Por lo que Strangways sabía, las actividades desarrolladas en el islote Isle of Surprise podían muy bien ser la construcción de una base para submarinos de un solo tripulante para caso de guerra, en particular dado que Shark Bay se encontraba cerca de la ruta que seguían los barcos de la Reynolds hasta el nuevo puerto de embarque de bauxita en Ocho Ríos, a pocos kilómetros costa abajo.

Londres investigó más a fondo aquel informe con la colaboración de Washington, y se descubrió que el sindicato que había comprado el islote era propiedad del señor Big.

Eso había sucedido tres meses antes. Entonces ordenaron a Strangways que penetrara en el islote a toda costa y descubriera qué sucedía allí. Montó toda una operación. Alquiló una propiedad, llamada Beau Desert, situada en el brazo occidental de Shark Bay. Sobre la misma se alzaban las ruinas de uno de los famosos caserones jamaicanos de principios del siglo xix, además de una moderna casa de playa que quedaba justo enfrente del fondeadero del *Secatur*, situado en la costa del islote.

Llevó a la isla dos excelentes buceadores de la base naval de las Bermudas y estableció una vigilancia permanente del islote con prismáticos de visión diurna y nocturna. Como no observaron nada de naturaleza sospechosa durante varios días, en una oscura noche de calma envió a los dos buceadores con la orden de realizar una inspección submarina de la parte sumergida de la isla.

Strangways describió su horror cuando, una hora después de que sus dos hombres hubiesen partido para recorrer los trescientos metros de agua que los separaban de su objetivo, los terribles tambores comenzaron a sonar en algún punto del interior de los acantilados del islote.

Aquella noche, ninguno de los dos submarinistas regresó.

Al día siguiente, el mar los devolvió en puntos diferentes de la bahía. O, mejor dicho, lo único que apareció fueron los restos dejados por los tiburones y las barracudas.

En este punto de la narración, Bond lo interrumpió.

—Espere un momento —dijo—. ¿Qué es todo eso de tiburones y barracudas? En general, no son tan salvajes en estas aguas. Hay pocos por los alrededores de Jamaica



y no suelen alimentarse por la noche. En todo caso, no creo que ninguno de ellos ataque a los seres humanos a menos que haya sangre en el agua. Sólo en muy contadas ocasiones lanzan una dentellada a un pie blanco, llevados por la curiosidad. ¿Se habían comportado así antes de ahora, en los alrededores de Jamaica?

—Desde que uno arrancó un pie a una chica en el puerto de Kingston, en 1942, no se había producido ningún caso —respondió Strangways—. La remolcaba una lancha rápida, y ella agitaba los pies arriba y abajo. Los pies blancos debieron de parecerle especialmente apetitosos. Y también tenía que moverse a la velocidad adecuada. Todo el mundo concuerda con la teoría de usted. Y mis hombres llevaban arpones y cuchillos. Yo creía que había hecho todo lo posible para que estuvieran protegidos. Fue un asunto terrible. Puede imaginarse cómo me sentí con lo sucedido. Desde entonces no hemos hecho más que tratar de conseguir un acceso legítimo a través de la Oficina Colonial y de Washington. Verá, el islote pertenece ahora a un estadounidense. Es un asunto muy lento, sobre todo porque nada tenemos contra esa gente. Parece que cuentan con una protección muy buena en Washington y con algunos buenos abogados internacionales. Estamos completamente atascados. Londres me dijo que esperara hasta que usted llegara.

Strangways bebió un trago de whisky y dirigió a Bond una mirada expectante.

—¿Cuáles son los movimientos del *Secatur*? —preguntó este último.

—Aún se encuentra en Cuba. Zarpará dentro de una semana, más o menos, según la CIA.

—¿Cuántos viajes ha hecho?

—Unos veinte.

Bond multiplicó ciento cincuenta mil dólares por veinte. Si su cálculo era correcto, Big había sacado ya un millón de libras esterlinas del islote, unos tres millones de dólares.

—He tomado algunas disposiciones provisionales para usted —comentó Strangways—. Tiene la casa de Beau Desert. Le he conseguido un coche, un Talbot Sunbeam coupé. Neumáticos nuevos. Rápido. El automóvil adecuado para estas carreteras. Tengo un hombre muy bueno que le servirá de factótum. Es un isleño de las Caimán llamado Quarrel. Es el mejor buceador y pescador del Caribe. Terriblemente astuto. Y un buen tipo. Además he conseguido prestada la casa de fin de semana que la West Indian Citrus Company posee en Manatee Bay. Se encuentra al otro lado de la isla. Puede descansar allí durante una semana y entrenarse hasta la llegada del *Secatur*. Necesitará estar en forma si quiere ir al islote Isle of Surprise, y creo honradamente que es la única solución. ¿Puedo hacer algo más por usted? Yo andaré por aquí, claro está, pero tendré que quedarme por los alrededores de Kingston para mantener las comunicaciones con Londres y Washington. Querrán estar al corriente de todo lo que hagamos. ¿Hay alguna otra cosa que desee encargarme?

—Sí —respondió Bond, que había estado pensando en ello—. Podría pedir a Londres que indique al Almirantazgo que nos envíe uno de sus trajes de hombre rana completo, con botellas de aire comprimido. Necesitaremos varias de ellas. Y un par de buenos fusiles submarinos. Los franceses de la marca Champion son los mejores. Una buena linterna submarina. Un cuchillo de campaña. Toda la información que puedan conseguir del Museo de Historia Natural sobre la barracuda y el tiburón. Y ese repelente para tiburones que los estadounidenses utilizan en el Pacífico. Que pidan a la BOAC que lo envíe todo en uno de sus servicios directos.

Bond hizo una pausa.

—Ah, sí —añadió—. Y una de esas cosas que nuestros saboteadores usaban contra los barcos durante la guerra. Una mina ventosa, con diferentes detonadores.

## Capítulo 17

### El viento del enterrador

Papaya con una raja de lima verde; un plato cargado con plátanos de piel rojiza y mandarinas; huevos revueltos con tocino; café de las Blue Mountains, el más delicioso del mundo; mermelada de naranjas jamaicanas, casi negra, y jalea de guayabas.

Mientras tomaba el desayuno en el mirador, ataviado con pantalón corto y sandalias, y contemplaba el soleado panorama de Kingston y Port Royal a sus pies, Bond pensó en lo afortunado que era y en los momentos de maravillosa consolación que había, a cambio de lo lóbrega y peligrosa que era su vida profesional.

Conocía bien Jamaica. Había estado allí en una larga misión justo después de finalizada la guerra, cuando la base de operaciones comunista en Cuba intentaba infiltrarse en los sindicatos obreros de Jamaica. Aquél resultó ser un trabajo desordenado y poco concluyente, pero él había llegado a tomar afecto a la enorme isla verde y a su gente leal y bromista. Se alegraba de estar de vuelta y disponer de toda una semana de respiro antes de recomenzar la formidable tarea que lo aguardaba.

Después del desayuno, Strangways apareció en la galería con un hombre de piel morena que llevaba una camisa azul desteñida y un pantalón de cruzadillo marrón.

Era Quarrel, el nadador de las islas Caimán. A Bond le cayó bien de inmediato. En él había sangre de los soldados y bucaneros de Cromwell, tenía un rostro fuerte y anguloso y una boca casi severa. Sus ojos eran grises. Sólo la nariz achatada y las pálidas palmas de las manos eran negroides.

Se estrecharon las manos.

—Buenos días, capitán —lo saludó Quarrel.

Era el título más notable que podía concederle un hombre que descendía de la raza de navegantes más famosa del mundo. Pero en su voz no se percibía el deseo de complacer, ni rastro alguno de humildad. Le hablaba como a un compañero de tripulación, y sus modales eran francos y sencillos.

Ese instante definió la relación entre ambos. Se fijó como la de un señor escocés con su jefe de ojeadores; la autoridad era tácita y no había lugar para servilismos.

Tras discutir sus planes, Bond se sentó al volante del pequeño automóvil que Quarrel le había llevado desde Kingston, y comenzaron a ascender Junction Road, dejando a Strangways ocupado con las necesidades de Bond.

Habían salido antes de las nueve, y el aire aún era fresco cuando cruzaron las montañas que corren a lo largo del lomo de Jamaica como las dentadas prominencias de la armadura de un cocodrilo. La carretera descendía serpenteando hacia las llanuras del norte a través de algunos de los paisajes más hermosos del mundo, cuya

vegetación tropical cambiaba según la altitud. Las verdes laderas de las tierras altas, cubiertas con un plumaje de bambú salpicado por el verde oscuro destellante del árbol del pan, con la repentina luz de Bengala de la *Delonix regia*, cedió paso a los bosques inferiores de ébanos, caobos y palos de Campeche. Y cuando llegaron a las llanuras de Aguaita Vale, el mar verde de cañas de azúcar y bananos se extendió hasta donde los brillantes penachos, como explosiones de granadas, marcaban el comienzo de los palmerales que bordeaban la costa norte.

Quarrel era un buen compañero de conducción y un guía magnífico. Le habló de las arañas de trampa mientras atravesaban los famosos jardines de palmeras de Castleton; de la lucha que había presenciado entre un ciempiés gigante y un escorpión, y le explicó la diferencia entre un árbol de papaya macho y uno hembra. Describió los venenos presentes en el bosque y las propiedades curativas de las diferentes hierbas tropicales, la presión que genera un cocotero para hacer que los cocos se abran, el largo de la lengua de un colibrí y la forma en que los cocodrilos transportan a sus pequeños atravesados en la boca como sardinas en lata.

Hablaba con exactitud, pero sin emplear palabras especializadas, usando el lenguaje propio de Jamaica según el cual las plantas «luchan» o se «acobardan», las mariposas nocturnas son «murciélagos» y la palabra «amar» se emplea en lugar de «gustar». Mientras hablaba, alzaba una mano para saludar a las personas con quienes se cruzaban por la carretera, y ellos respondían al saludo del mismo modo y gritando su nombre.

—Parece conocer a mucha gente —comentó Bond cuando el conductor de un voluminoso autobús que tenía la palabra *romance* escrita en grandes letras en lo alto del parabrisas, lo saludó con un par de bocinazos.

—He estado vigilando el islote Surprise durante tres meses, capitán —respondió Quarrel—, y he recorrido esta carretera dos veces por semana. Todo el mundo lo conoce pronto a uno en Jamaica. Tienen buena vista.

A las diez y media habían atravesado Port María y se habían desviado por la pequeña carretera local que desciende hasta Shark Bay. Después de una curva se la encontraron de pronto debajo de ellos; Bond detuvo el vehículo y ambos bajaron.

La bahía tenía forma de luna creciente, y medía alrededor de mil doscientos metros entre uno y otro brazo. Una suave brisa del noreste rizaba su superficie, el frente de uno de los vientos alisios que nacen a ochocientos kilómetros de distancia, en el golfo de México, y emprenden su largo viaje alrededor del mundo.

A un kilómetro y medio del lugar en que se hallaban, una larga línea de rompiente mostraba el borde del arrecife que comenzaba justo fuera de la bahía, y el estrecho de aguas en calma del canal que constituía la única entrada al fondeadero. En el centro de la media luna, el islote Surprise se alzaba hasta una altura de treinta metros por encima del mar, con pequeñas olas que hacían espuma en la base por el este, y aguas

calmas que la bañaban por sotavento.

Era casi redondo y parecía una alta tarta gris coronada por azúcar verde sobre un plato de porcelana azul.

Se habían detenido a unos treinta metros por encima del pequeño grupo de chozas de pescadores que se alzaban detrás de la playa rodeada de palmeras, y se encontraban a la misma altura que la plana cumbre del islote situado a unos ochocientos metros de distancia. Quarrel señaló los tejados de paja de las chozas de zarzo revestidas de barro que había entre los árboles del centro de la diminuta isla. Bond las examinó a través de los prismáticos de su acompañante. No se apreciaba señal de vida alguna, excepto por un jirón de humo que se desvanecía en la brisa.

Por debajo de ellos, el agua de la bahía era de un color verde pálido sobre la arena blanca. Luego se iba oscureciendo hasta un azul profundo justo antes de las diferentes tonalidades marrones de un borde sumergido del arrecife interior que trazaba un amplio semicírculo a unos cien metros del islote. Luego volvía a tornarse azul oscuro con manchas de un azul más claro y de aguamarina. Quarrel dijo que la profundidad del fondeadero del *Secatur* era de unos nueve metros.

A la izquierda de ellos, en medio del brazo occidental de la bahía, bien oculta entre los árboles, detrás de una diminuta playa de arena blanca, se encontraba la base de operaciones, Beau Desert. Quarrel describió la disposición de la misma, y Bond continuó estudiando, durante diez minutos, los trescientos metros de mar que se extendían entre aquella y el fondeadero del *Secatur*, junto al islote.

En total, Bond dedicó una hora al reconocimiento de la zona y luego, sin acercarse ni a la casa ni al poblado, dieron la vuelta al coche y regresaron a la carretera principal de la costa.

Cruzaron el pequeño y hermoso puerto bananero de Oracabessa y Ocho Ríos con su enorme planta nueva de bauxita, en la costa norte de Montego Bay, a dos horas de distancia. Corría el mes de febrero, y la temporada turística se encontraba en plena actividad. La pequeña aldea y la profusión de grandes hoteles estaban bañados por el torrente de oro de cuatro meses que les proporcionaba lo suficiente para vivir durante todo el año. Se detuvieron en una posada situada al otro lado de la ancha bahía, donde almorzaron para luego continuar, en el calor de la tarde, hasta el extremo occidental de la isla, a dos horas de viaje.

Allí, a causa de las enormes marismas, no había sucedido nada desde que Colón utilizó Manatee Bay como fondeadero casual. Los pescadores jamaicanos han reemplazado a los indios araucanos, pero por lo demás da la impresión de que el tiempo se ha detenido.

Bond pensó que era la playa más hermosa que había visto en su vida, ocho kilómetros de arenas blancas que descendían con suavidad hasta la rompiente y, detrás, las palmeras marchando en grácil desorden hasta el horizonte. Bajo ellas, las

canoas grises se encontraban sobre la arena junto a pequeñas montañas de conchas vacías color rosa, y entre ellas se elevaba el humo de las cabañas con tejado de palmas de los pescadores, en la zona sombreada que mediaba entre las marismas y el mar.

En un claro abierto entre las cabañas, construida sobre un tosco césped de grama, se alzaba una casa sobre postes destinada a vivienda de fin de semana para los empleados de la West Indian Citrus Company. La habían edificado sobre postes para mantener alejadas a las termitas, y las ventanas estaban cubiertas por mosquiteras para protegerla de mosquitos y jejenes. Bond giró en la pista sin asfaltar y aparcó debajo de la casa. Mientras Quarrel escogía dos habitaciones y las acondicionaba para que resultaran cómodas, Bond se rodeó la cintura con una toalla y recorrió a pie los veinte metros que lo separaban del mar, entre palmeras.

Durante una hora nadó y holgazaneó en las aguas que lo mantenían a flote, mientras pensaba en Isle of Surprise y en su secreto, memorizando los detalles de aquellos trescientos metros, formulándose preguntas acerca de los tiburones, las barracudas y los otros peligros del mar, esa gran biblioteca de libros que no se pueden leer.

Cuando regresaba a la pequeña casa de madera, sufrió sus primeras picaduras de jején. Quarrel rió entre dientes al ver las hinchazones planas que Bond tenía en la espalda y que pronto comenzarían a causarle una comezón enloquecedora.

—Nada puedo hacer para mantener alejados a esos bichos, capitán —dijo—, pero sí que puedo conseguir que deje de sentir picor. Será mejor que primero tome una ducha para quitarse la sal. Sólo pican durante una hora al anochecer, y la cena les gusta tomarla con sal.

Cuando Bond salió de la ducha, el isleño sacó un viejo frasco de medicina y untó las picaduras con un líquido marrón que olía a creosota.

—En las Caimán tenemos más mosquitos y jejenes que en ninguna otra parte del mundo —dijo—, pero no les prestamos atención, siempre y cuando tengamos esta medicina.

Los diez minutos de crepúsculo tropical trajeron consigo su melancolía, y luego las estrellas y la luna, llena en sus tres cuartas partes, resplandecieron desde el cielo y el mar se aquietó hasta un susurro. Se produjo el corto intervalo de calma entre los dos grandes vientos de Jamaica, y luego las palmeras comenzaron a susurrar una vez más.

Quarrel sacudió la cabeza en dirección a la ventana.

—El «viento del enterrador» —comentó.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Bond, alarmado.

—La brisa intermitente de la costa, la llaman los marineros —explicó Quarrel— El enterrador se lleva los malos aires de la isla durante la noche, nueve veces, de seis

a seis. Luego, cada mañana llega el «viento del médico» y hace entrar el aire dulce del mar. Por lo menos los llamamos así en Jamaica.

Quarrel dirigió una mirada burlona a Bond.

—Supongo que usted y el enterrador tienen más o menos el mismo trabajo, capitán —dijo, medio en serio.

Bond profirió una corta carcajada.

—Me alegro de no tener que hacer el mismo horario —le aseguró.

En el exterior, los grillos y las ranas arborícolas comenzaron a cantar y croar, y la gran mariposa de la esfinge fue a posarse en el mosquitero de la ventana donde se aferró con las patitas, contemplando con tembloroso éxtasis las dos lámparas de aceite que pendían de las vigas cruzadas del interior.

De vez en cuando, un par de pescadores o un grupo de muchachas que proferían risitas, pasaban por la playa camino de la diminuta taberna de ron situada en un extremo de la bahía. Ningún hombre caminaba a solas por miedo a los *duppies*<sup>[34]</sup> que habitaban bajo los árboles, o al ternero rodante, el espantoso animal que llega rodando hacia las personas con las patas encadenadas y lanzando fuego por la nariz.

Mientras Quarrel preparaba una de las succulentas comidas de pescado, huevos y verdura que constituirían la dieta principal, Bond se sentó bajo la luz y se puso a leer los libros que Strangways había obtenido prestados del Instituto de Jamaica, libros que trataban sobre los mares tropicales y sus habitantes, escritos por Beebe, Allyn y otros autores, así como obras que versaban sobre la pesca submarina y cuyos autores eran Cousteau y Hass. Cuando se dispusiera a atravesar aquellos trescientos metros de mar, estaba decidido a hacerlo como un experto y no dejar nada al azar. Había calibrado bien a Big y suponía que las defensas del islote Surprise serían técnicamente brillantes. Pensaba que no implicarían cosas sencillas como armas de fuego y potentes explosivos. Big necesitaba trabajar sin que la policía lo molestara. Debía mantenerse fuera del alcance de la ley. Calculaba que, de alguna forma, se utilizaban las fuerzas naturales del mar para que hicieran el trabajo al señor Big, y debido a esto se concentró en la muerte causada por el tiburón y la barracuda, y tal vez por la manta raya y el pulpo.

Los hechos expuestos por los naturalistas eran escalofriantes y aterradores, pero las experiencias de Cousteau en el Mediterráneo y las de Hass en el mar Rojo y el Caribe resultaban más alentadoras.

Aquella noche, los sueños de Bond estuvieron poblados por pavorosos encuentros con calamares gigantes y rayas de aguijón venenoso, peces martillo e hileras de dientes como sierras de barracudas, así que gemía y sudaba en sueños.

Al día siguiente comenzó su entrenamiento bajo el ojo crítico y experto de Quarrel. Cada mañana nadaba un kilómetro y medio a lo largo de la playa antes del desayuno, y regresaba corriendo por la arena firme de la orilla hasta la casa. A eso de

las nueve salían juntos en una canoa y, con lanzas, mascarillas y un viejo fusil submarino, Quarrel lo conducía a expediciones pasmosas por el tipo de aguas que hallaría en Shark Bay.

Ambos pescaban en silencio, a pocos metros de distancia el uno del otro, Quarrel moviéndose sin esfuerzo por un elemento en el que se encontraba casi como en casa. Muy pronto, también Bond aprendió a no luchar contra el mar, sino a entregarse a un juego de concesiones mutuas con las corrientes y remolinos, y a no batallar contra ellos, a usar las técnicas del judo dentro del agua.

El primer día regresó a la casa lleno de heridas e inflamaciones del coral, y con una docena de púas de erizo en cada costado. Quarrel le sonrió y trató las heridas con thimerosal y meproزامato. Luego, como cada noche, le dio un masaje con aceite de palmera durante media hora, mientras hablaba con voz queda acerca de los peces que habían visto ese día, explicándole los hábitos de los carnívoros y de los que se alimentan en el fondo, cómo funciona el camuflaje de los peces y sus mecanismos para cambiar de color mediante el torrente sanguíneo.

Tampoco él tenía noticia de que un pez hubiese atacado a un ser humano como no fuera por desesperación o porque hubiera sangre en el agua. Explicó que los peces raras veces pasan hambre en los mares tropicales, y que casi todas sus armas son para defenderse y no para atacar. La única excepción, admitió, era la barracuda. «Peces viles», los llamaba, audaces por no conocer otro enemigo que la enfermedad, capaces de nadar a ochenta kilómetros por hora en distancias cortas, y con la peor batería de dientes de todos los peces del mar.

Un día arponearon a uno de cuatro kilos y medio que había estado merodeando en torno a ellos, desapareciendo en la lejanía gris para reaparecer luego, silencioso, inmóvil en las aguas altas, con sus coléricos ojos de tigre relumbrando al mirarlos, tan cerca que podían ver el suave agitar de sus agallas y los dientes, brillantes como los de un lobo, a lo largo de la mandíbula cruel situada en la parte inferior.

Quarrel acabó por quitarle a Bond el fusil submarino y arponarlo, en un punto erróneo, a través del vientre aerodinámico. Se lanzó directamente hacia ellos, las mandíbulas abiertas al máximo de sus enormes articulaciones, como una serpiente de cascabel al atacar. Bond, desesperado, le lanzó una estocada con el fusil submarino justo cuando llegaba hasta Quarrel. Erró, pero la lanza se le metió entre las mandíbulas, que se cerraron de inmediato sobre la vara de acero y, cuando el pez arrancaba el arma de las manos de Bond, Quarrel lo apuñaló con su cuchillo y el animal se volvió loco y comenzó a nadar como un rayo por el agua con las entrañas colgándole, el fusil cogido entre los dientes y el arpón bamboleándose clavado en el cuerpo. Quarrel apenas podía sujetar la línea del arpón mientras el pez intentaba arrancarse la ancha lengüeta que le atravesaba la pared ventral, pero el isleño se desplazó con ella hasta una zona de arrecife sumergido, se subió a él y, lentamente,



atrajo al pez hacia sí.

Cuando Quarrel le cortó la garganta y lograron arrancarle el fusil de entre los dientes, encontraron profundos arañazos brillantes en el acero.

Sacaron el pez a la orilla y Quarrel lo decapitó y le abrió la enorme boca con un palo. La mandíbula superior se alzó formando un ángulo casi recto con la inferior y dejando a la vista una fantástica batería de dientes afilados como navajas, tan apiñados entre sí que se superponían como las tejas de un tejado. Incluso la lengua tenía varias hileras de pequeños dientes recurvados, y en la parte frontal había dos enormes colmillos que se proyectaban hacia delante como los de una serpiente.

A despecho de que apenas pesaba más de cuatro kilos y medio, medía más de un metro veinte, como una bala niquelada de músculos y carne dura.

—No arponearemos más barracudas —declaró Quarrel—. De no ser por usted, yo estaría en el hospital durante un mes y probablemente perdería el rostro. He cometido una estupidez. Si hubiésemos nadado hacia él, se habría marchado. Siempre lo hacen. Son tan cobardes como todos los demás peces. No se preocupe por éstos —comentó al tiempo que señalaba los dientes—. No volverá a verlos.

—Espero que no —respondió Bond—. No me sobran los rostros.

Hacia finales de aquella semana, Bond estaba bronceado y con los músculos endurecidos. Redujo la cantidad de cigarrillos a diez por día y no tomó una sola gota de alcohol. Podía nadar tres kilómetros sin cansarse, tenía la mano completamente curada y había perdido todas las escamas de la vida en las grandes ciudades.

Quarrel se mostró complacido.

—Ya se encuentra preparado para el islote Surprise, capitán —declaró—, y no me gustaría ser el pez que intentara comérselo.

Al caer la noche del octavo día, cuando regresaron a la casa se encontraron con que Strangways los estaba esperando.

—Tengo buenas noticias para usted —anunció—. Su amigo Félix Leiter se recuperará. En todo caso, no morirá. Han tenido que amputarle los restos de un brazo y una pierna. Los cirujanos plásticos ya han comenzado a reconstruirle el rostro. Me llamaron ayer desde St. Petersburg. Al parecer, ha insistido en hacerle llegar un mensaje a usted. Es lo primero en que pensó (cuando fue capaz de pensar en algo). Dice que lamenta no poder estar con usted y quiere que le diga que no se moje los pies... o, en todo caso, que no se los moje tanto como él.

Bond estaba emocionado. Miró por la ventana.

—Dígale de mi parte que se dé prisa en recuperarse —respondió con tono abrupto—. Dígale que lo echo de menos. —Se volvió hacia el interior de la habitación.— ¿Qué hay del equipo? ¿Ha ido bien?

—Ya lo tengo todo —le aseguró Strangways—, y el *Secatur* zarpa mañana hacia Isle of Surprise. Después de pasar por la aduana de Port Maria, deberían de anclar

antes del anochecer. El señor Big se encuentra a bordo..., es sólo la segunda vez que viene por aquí. Ah, y trae una mujer consigo. Una muchacha llamada Solitaire, según la CIA. ¿Sabe algo respecto a ella?

—No mucho —respondió Bond—. Pero me gustaría alejarla de él. No pertenece a su equipo.

—Ya veo que es algo así como una damisela en apuros —dijo el romántico Strangways—. Vaya historia. Según la CIA, esa muchacha es algo extraordinario.

Pero Bond había salido a la galería y contemplaba las estrellas. Nunca antes en su vida había tenido tantas cosas en juego. El secreto del tesoro, la derrota de un gran criminal, el desbaratamiento de una red de espionaje comunista, la destrucción de un tentáculo de SMERSH —la cruel maquinaria que constituía su objetivo personal— y, además, Solitaire, el premio personal definitivo.

Las estrellas parpadeaban transmitiéndole su críptico morse, pero él no disponía de la clave para descifrar dicho mensaje.

## Capítulo 18

### *Beau Desert*

Strangways se marchó, después de la cena, solo, y Bond convino con él que lo seguirían en cuanto despuntara el día. Le dejó una nueva pila de libros y panfletos que versaban sobre tiburones y barracudas, y Bond los leyó con concentrada atención. Añadieron muy poco a la ciencia popular que había aprendido de Quarrel. Todos habían sido escritos por científicos, y los datos referentes a ataques procedían de las playas del Pacífico, donde un cuerpo destellante en la espesa espuma atraería la atención de cualquier pez curioso.

Pero parecía existir un consenso general en que el peligro que corrían los buceadores con tanques de oxígeno era muy inferior al de los nadadores de superficie. Estos últimos podían ser atacados por casi cualquier miembro de la familia de los tiburones, en particular cuando el animal era estimulado y atraído por la presencia de sangre en el agua, por el olor del nadador, o por las vibraciones sensoriales generadas en el agua por una persona herida. Pero a veces era posible obligarlos a huir, leyó, mediante ruidos fuertes dentro del agua, incluso por el sistema de gritar debajo de la superficie, y a menudo escapaban si el nadador los perseguía.

La forma más eficaz de repelente para tiburones, según las pruebas realizadas por el laboratorio de investigación de la Armada de Estados Unidos, era una combinación de acetato de cobre con una tinta de nigrosina oscura, y las pastillas de esa mezcla eran ahora adheridas a los chalecos salvavidas de todos los miembros de la Armada estadounidense.

Llamó a Quarrel. El isleño de las Caimán reaccionó con mofa hasta que Bond le leyó lo que el departamento de la Armada tenía que contar acerca de las investigaciones realizadas al final de la guerra con manadas de tiburones estimulados por lo que se describía como «condiciones de extremado comportamiento de tumulto...» «Con restos de pescado, los tiburones fueron atraídos a la parte trasera de un pesquero de camarones —leyó Bond—. Aparecieron como un banco chapoteante que lanzaba dentelladas. Preparamos un tanque con pescado fresco y otro con pescado mezclado con polvo repelente. Nos situamos encima del banco de tiburones y el cámara comenzó a rodar. Con una pala eché al mar el pescado normal durante treinta segundos, mientras los tiburones, chapoteando como locos, se los comían. Luego comencé con el pescado que tenía el repelente y eché paladas de éste al agua durante treinta segundos, repitiendo la operación tres veces. En la primera prueba, los tiburones se habían mostrado bastante feroces al alimentarse justo al lado de la popa de la barca, pero dejaron de comer apenas cinco segundos después de que les hubiésemos arrojado la mezcla con repelente. Unos pocos de ellos regresaron cuando se echó el pescado normal inmediatamente después del que contenía repelente. En la

segunda prueba, realizada treinta minutos más tarde, un grupo feroz se alimentó durante los treinta segundos en que arrojamos pescado normal al mar, pero se alejaron en cuanto el repelente tocó el agua. No se produjo ningún ataque contra el pescado mientras el repelente permaneció en el área. En la tercera prueba no hubo manera de lograr que los tiburones se acercaran a menos de veinte metros de la popa de la barca.»

—¿Qué puede decirme al respecto? —preguntó Bond.

—Que será mejor que consiga un poco de eso —respondió Quarrel, impresionado a su pesar.

Bond tendía a estar de acuerdo con él. Washington había enviado un cable para decir que las pastillas de repelente se hallaban en camino. Pero todavía no habían llegado, y aún tardarían unas cuarenta y ocho horas. Aunque el repelente no llegara, él no se dejaría desanimar. Era inimaginable que se encontrara con unas condiciones tan peligrosas cuando buceara hasta el islote.

Antes de irse a dormir decidió que nada lo atacaría a menos que hubiese sangre en el agua, o a menos que transmitiese temor al pez que lo amenazara. Por lo que respectaba a pulpos, peces escorpión y morenas, sólo necesitaría vigilar dónde ponía los pies. En su opinión, los pinchos de siete centímetros de los erizos de mar negros eran el mayor peligro para el buceo corriente en aguas tropicales, y el dolor que causaban bastaría para interferir en sus planes.

Salieron antes de las seis de la mañana y llegaron a Beau Desert a las diez y media.

La propiedad era una antigua plantación muy hermosa de alrededor de cuatrocientas hectáreas, con las ruinas de la Casa Grande dominando la bahía. Estaba dedicada a la pimienta y los cítricos dentro de una franja de árboles de madera dura y palmeras, y su historia se remontaba a los tiempos de Cromwell. Su romántico nombre<sup>[35]</sup> era acorde con la moda del siglo XVIII, cuando las propiedades jamaicanas eran bautizadas como Bellair, Bellevue, Boscobel, Harmony, Nymphenburg, o tenían nombres como Prospect, Content o Repose.

Una pista que quedaba fuera de la vista del islote los condujo, bajando entre los árboles, hasta la pequeña casa de la playa.

Tras una semana de semiacampada en Manatee Bay, los cuartos de baño y los cómodos muebles de bambú parecían muy lujosos, y las alfombras de brillantes colores eran como terciopelo bajo los endurecidos pies de Bond.

A través de los listones de las persianas, miró al otro lado del pequeño jardín —encendido por las flores de hibisco, las buganvillas y las rosas— que acababa en la diminuta luna creciente de arena blanca semioculta por los troncos de las palmeras. Se sentó en el brazo del sillón y dejó que sus ojos continuaran adelante, por encima de los diferentes azules y marrones del mar y del arrecife, hasta llegar a la base del

islote. La mitad superior del mismo quedaba oculta por las curvadas hojas de palma que había en primer término, pero el trozo de acantilado vertical que estaba dentro de su campo visual parecía gris y de aspecto formidable en la sombra que proyectaba el ardiente sol.

Quarrel preparó el almuerzo en un hornillo de petróleo para evitar el humo que denunciaría su presencia en la casa, y por la tarde Bond durmió una siesta y luego repasó el equipo procedente de Londres que Strangways había enviado desde Kingston. Se probó el traje de hombre rana hecho en gruesa goma negra que lo cubría desde la cabeza, con la ajustada capucha provista de un visor de perspex, hasta las largas aletas negras que le protegían los pies. Se le ajustaba como un guante, y Bond bendijo la eficiencia de la sección A de M.

Probaron los tanques gemelos, cada uno de los cuales contenía aire comprimido hasta doscientas atmósferas, y le pareció que la manipulación de la válvula de paso y del mecanismo de reserva, era sencilla y a toda prueba. A la profundidad a que bucearía, tendría suministro de aire para casi dos horas bajo el agua.

Había un potente fusil submarino nuevo marca Champion, y un cuchillo de campaña del tipo inventado por Wilkinsons durante la guerra. Por último, en una caja cubierta por pegatinas de peligro, encontró una mina magnética, un cono plano de explosivo sobre una base tachonada por anchas protuberancias de cobre, con una carga magnética tan potente que la mina se adheriría como una lapa a cualquier casco metálico. Había una docena de detonadores de metal y vidrio en forma de lápiz, preparados para hacerla estallar a tiempos que variaban entre los diez minutos y las ocho horas, acompañado todo de un cuidadoso memorando de instrucciones que eran tan sencillas como el resto del equipo. Incluso había una caja de tabletas de bencedrina para proporcionar resistencia y agudizar la percepción sensorial durante la operación, además de un surtido de linternas submarinas entre las que se encontraba una que proyectaba sólo un haz fino como un lápiz.

Bond y Quarrel lo repasaron todo, comprobando las juntas y contactos hasta sentirse satisfechos respecto a que no quedaba nada más por hacer, y a continuación Bond descendió por entre los árboles y contempló durante largo rato las aguas de la bahía, calculando profundidades, trazando rutas a través del quebrado arrecife, y estimando dónde se reflejaría la luna, única marcación de la que dispondría en su tortuoso viaje.

A las cinco de la tarde llegó Strangways con noticias del *Secatur*.

—Ya han pasado por la aduana de Port María —informó—. Estarán aquí dentro de diez minutos a lo sumo. El señor Big presentó un pasaporte a nombre de Gallia, y la muchacha viaja con uno a nombre de Latrelle, Simone Latrelle. Ella se encontraba en su camarote, postrada a causa de lo que el capitán negro del *Secatur* definió como mareo. Es posible. A bordo llevaban varias decenas de acuarios vacíos. Más de un

centenar. Aparte de eso, como no había nada sospechoso, los dejaron pasar. Yo tenía ganas de subir a bordo con el grupo de funcionarios de aduanas, pero pensé que era mejor que todo transcurriera con absoluta normalidad. El señor Big permaneció en su camarote. Estaba leyendo cuando acudieron a pedirle la documentación. ¿Qué tal el equipo?

—Perfecto —respondió Bond—. Calculo que comenzaremos la operación mañana por la noche. Espero que haya un poquitín de viento. Si viesen las burbujas de aire, nos meteríamos en un buen lío.

En ese momento entró Quarrel.

—El barco está atravesando ahora el arrecife, capitán.

Bajaron y se aproximaron a la orilla tanto como les fue posible y observaron el yate con los prismáticos.

Era una embarcación hermosa, negra con superestructura gris, veintiún metros de eslora y construida para desarrollar buena velocidad, al menos veinte nudos, calculó Bond. Conocía la historia del yate, construido para un millonario en 1947, con motores diesel gemelos de la General Motors, casco de acero y los aparatos de radio más modernos, incluida una línea telefónica barco-tierra y sistema de navegación Decca. Lucía la bandera roja de la marina mercante en la cruz y la bandera estadounidense a popa, y navegaba a unos tres nudos por la abertura de unos seis metros que había en el arrecife.

Describió un giro brusco, ya dentro del arrecife, y continuó por el lado de mar del islote. Cuando se encontraba al pie del mismo, con un golpe de timón, lo resiguió con la costa a babor. Al mismo tiempo, tres negros, vestidos con mono de drill blanco, descendieron por los escalones del acantilado hasta el estrecho embarcadero y aguardaron para atrapar los cabos. Se produjeron un mínimo de maniobras antes de que el yate estuviera bien amarrado justo frente a los observadores de la orilla opuesta, y las dos anclas rugieron al caer sobre las rocas y los corales dispersos por el fondo del mar en torno a la base del islote. Quedaron bien agarradas, incluso para hacer frente a un posible viento del norte. Bond estimó que habría alrededor de seis metros de agua debajo de la quilla.

Mientras observaban, la corpulenta figura de Big apareció en cubierta. Bajó al embarcadero y comenzó a subir con lentitud por los escalones de la cara del acantilado. Se detenía con frecuencia, y Bond pensó en el corazón enfermo que bombeaba laboriosamente dentro del enorme cuerpo negro grisáceo.

Lo seguían dos miembros negros de la tripulación que llevaban una camilla sobre la que se encontraba un cuerpo sujeto por correas. A través de los prismáticos, Bond distinguió el negro cabello de Solitaire. Lo preocupó y desconcertó el hecho de sentir que se le encogía el corazón a causa de la proximidad de la joven. Rezó para que la camilla fuera sólo una precaución destinada a impedir que alguien la reconociera

desde la costa de Jamaica.

A continuación se formó una cadena de doce hombres en las escaleras, y los acuarios fueron pasando de mano en mano hacia la parte superior. Quarrel contó ciento veinte.

Luego subieron algunas provisiones valiéndose del mismo método.

—Esta vez no han traído mucho —comentó Strangways cuando la operación hubo concluido—. Sólo han subido media docena de cajones. Por lo general son cincuenta. No se quedarán mucho tiempo.

Apenas había terminado de hablar cuando un acuario, a través de cuyos cristales podía verse que estaba lleno de agua y arena, comenzó a pasar delicadamente hacia la embarcación a través de la cadena humana. Luego fue otro, y otro más, a intervalos de unos cinco minutos.

—¡Dios mío! —exclamó Strangways—. ¡Ya lo están cargando! Eso quiere decir que zarparán por la mañana. Me pregunto si significará que han decidido limpiar el islote y que éste es el último cargamento.

Bond observó con atención durante un rato, y luego volvieron a subir entre los árboles, dejando a Quarrel en la playa para que informara de las novedades.

Se sentaron en la sala de estar. Mientras Strangways preparaba un whisky con soda para sí, Bond miraba por la ventana y ordenaba sus pensamientos.

Eran las seis de la tarde y las luciérnagas comenzaban a brillar en las zonas en sombra. La luna color amarillo verdoso pálido ya estaba alta en el cielo oriental, y el día agonizaba rápidamente a sus espaldas. Una brisa suave rizaba las aguas de la bahía, y la espuma de pequeñas olas se derramaba por la blanca playa, al otro lado del jardín. Unas pocas nubecillas, rosadas y anaranjadas en el ocaso, flotaban en lo alto y las hojas de las palmeras susurraban en el fresco viento del enterrador.

«El viento del enterrador», pensó Bond, y en sus labios apareció una sonrisa torcida. Así que tendría que ser esa misma noche. Constituía su única oportunidad, y las condiciones eran casi perfectas. Excepto por el hecho de que el repelente de tiburones no llegaría a tiempo. Aunque aquello no era más que un refinamiento. No tenía excusa alguna. Para eso había realizado un viaje de tres mil doscientos kilómetros y con cinco muertos a sus espaldas. No obstante, se estremecía ante la perspectiva de su lóbrega aventura bajo el océano, la cual ya había apartado de sus pensamientos hasta el día siguiente. De pronto, aborreció y temió el mar y todo cuanto había dentro de él. Los millones de diminutas antenas que se agitarían y lo señalarían cuando pasara esa noche, los ojos que se abrirían para observarlo, el pulso que se detendría por una centésima de segundo y luego continuaría latiendo quedamente, los gelatinosos tentáculos que se alzarían buscándolo a tientas, tan ciegos en la luz como en la oscuridad,

Se deslizaría entre millares de millones de secretos. A lo largo de trescientos

metros, solo y con frío, avanzaría torpemente por un bosque de misterio hacia una ciudadela mortal cuyos guardianes ya habían dado muerte a tres hombres. Él, Bond, después de pasar una semana chapoteando al sol con la niñera a su lado, iba a partir esa misma noche, dentro de pocas horas, para avanzar a solas por debajo de aquella negra sábana de agua. Era una locura, impensable. A Bond se le erizó la piel y los dedos le clavaron las uñas en la palma de las manos.

Se oyó un golpe de llamada en la puerta y entró Quarrel. Bond se alegró de ello. Se levantó y, apartándose de la ventana, se dirigió hacia donde se encontraba Strangways disfrutando de su bebida, bajo una lámpara de lectura protegida por una pantalla.

—Ahora están trabajando con luces, capitán —anunció Quarrel con una sonrisa—. Continúan bajando un acuario cada cinco minutos. Calculo que trabajarán durante diez horas. Acabarán a eso de las cuatro de la madrugada. No zarparán antes de las seis. Es demasiado peligroso intentar salir por el canal antes de que haya la luz suficiente.

Los cálidos ojos grises de Quarrel, en aquel espléndido rostro color caoba, miraban directamente a los de Bond, a la espera de órdenes.

—Partiré a las diez en punto —se encontró diciendo Bond—. Desde las rocas que hay a la izquierda de la playa. ¿Puede prepararnos algo de cenar y sacar luego el equipo al jardín? Las condiciones son perfectas. Llegaré al islote en media hora. —Contando con los dedos, prosiguió—: Déme detonadores de entre cinco y ocho horas, y uno de un cuarto de hora como reserva por si algo saliera mal. ¿De acuerdo?

—Sí, capitán —respondió Quarrel—. Déjelo todo en mis manos.

El isleño se marchó.

Bond contempló la botella de whisky y luego se decidió y vertió medio vaso sobre cubitos de hielo. Sacó del bolsillo la caja de tabletas de bencedrina y se metió una en la boca.

—Por la suerte —dijo a Strangways, y bebió un trago largo. Se sentó a disfrutar del áspero sabor de la primera copa que tomaba en una semana—. Y ahora —continuó— cuénteme con exactitud qué hacen cuando están listos para zarpar. Cuánto tiempo necesitan para alejarse del islote y atravesar el arrecife. Si se trata del último viaje, no olvide que llevarán cinco hombres más y algunas provisiones adicionales. Intentemos calcularlo con tanta exactitud como nos sea posible.

Al cabo de un momento, Bond se encontraba inmerso en un mar de detalles prácticos, y la sombra del miedo había huido de regreso a las zonas oscuras que proyectaban las palmeras.

A las diez en punto, sin sentir otra cosa que una expectante emoción, la brillante figura de murciélago negra se deslizó de las rocas al interior de tres metros de agua y desapareció bajo el mar.



—Buen viaje —dijo Quarrel, mirando al lugar por donde Bond se había sumergido.

Se santiguó. A continuación, él y Strangways regresaron a la casa entre las sombras, para dormir intranquilos entre turnos de guardia y esperar con temor lo que pudiese suceder.

## Capítulo 19

### El valle de sombras

Bond fue arrastrado directamente al fondo por el peso de la mina magnética, que se había sujetado al pecho con cintas adhesivas, y por el cinturón con pesas que llevaba en torno a la cintura con el fin de compensar la tendencia a flotar de los tanques de aire comprimido.

No se detuvo ni un instante, sino que de inmediato cruzó los primeros cincuenta metros de arenas abiertas con un pataleo veloz, manteniendo el rostro justo por encima de la arena. Las largas aletas habrían casi doblado su velocidad de no haberle estorbado el peso que llevaba y por el fusil submarino ligero que sujetaba en la mano izquierda, pero avanzaba con rapidez y en menos de un minuto llegó hasta una extensa masa de corales.

Se detuvo y estudió sus sensaciones.

Estaba bien abrigado dentro del traje de goma; percibía menos el frío que si estuviese nadando al sol. Descubrió que se movía con facilidad y que respirar le resultaba muy sencillo, siempre y cuando su respiración fuese regular y relajada. Contempló las elocuentes burbujas que ascendían hacia el coral como una fuente de perlas plateadas, y rezó para que las pequeñas olas de la superficie las ocultaran.

En terreno abierto habría visto el entorno a la perfección. La luz era suave y lechosa, pero no lo bastante potente para deshacer las sombras aborregadas de las olas de la superficie que dibujaban recuadros sobre la arena. Ahora, contra el arrecife, no se veía ningún reflejo en el fondo, y las sombras de debajo de las rocas eran negras e impenetrables.

Se arriesgó a echar una rápida mirada con la linterna de haz fino, y de inmediato la parte inferior de la masa de coral marrón despertó a la vida. Anémonas con centros carmesí hacían ondular sus aterciopelados tentáculos hacia él, una colonia de erizos negros movió sus púas de acero toledano con repentina alarma, y los peludos ciempiés marinos detuvieron sus cien pasos y alzaron sus inquisitivas cabezas carentes de ojos. En la arena, bajo el árbol de coral, un rape metió lentamente la monstruosa cabeza berrugosa dentro de su galería, y una serie de gusanos marinos parecidos a flores desaparecieron de la vista dentro de sus gelatinosos conductos. Un grupo de enjoyados peces mariposa y peces ángel pasaron rápidamente por el haz de luz.

Volvió a meterse la linterna dentro del cinturón.

En lo alto, la superficie del mar era un dosel de mercurio. Crepitaba suavemente como la grasa friéndose en una sartén. Por delante, la luz de la luna iluminaba el profundo valle curvo que descendía y se alejaba por la ruta que Bond debía seguir. Abandonó la protección del arrecife de coral y avanzó caminando con suavidad.

Ahora no constituía tarea tan fácil como antes. La luz resultaba engañosa y era insuficiente, y el petrificado bosque del arrecife de coral estaba lleno de caminos sin salida y senderos que lo apartaban de su rumbo.

A veces tenía que trepar casi hasta la superficie para superar un enredo de tupidos corales, y cuando eso sucedía aprovechaba para comprobar su posición guiándose por la luna que brillaba como la enorme estela de un cohete sobre las rizadas aguas. En ocasiones, una roca de coral en forma de reloj de arena lo ocultaba en la zona de su estrechamiento, y lo aprovechaba para descansar durante unos instantes con la seguridad de que la áspera parte superior que sobresalía del agua ocultaría las burbujas de su respiración. Entonces fijaba los ojos en las lucecitas fosforescentes de la vida nocturna submarina en miniatura, y percibía colonias y poblaciones enteras que se dedicaban a sus microscópicos asuntos.

No había muchos peces por las inmediaciones, pero numerosas langostas habían salido de sus agujeros con un aspecto enorme y prehistórico tras la lente de aumento del agua. Sus ojos, como tallos de plantas, le lanzaban miradas rojas, y sus antenas de treinta centímetros le pedían la contraseña. En ocasiones retrocedían corriendo a sus refugios; la poderosa cola las impulsaba removiendo la arena, y luego se agachaban sobre sus ocho patas de apariencia peluda en espera de que pasara el peligro. Una vez, los grandes filamentos de una fragata portuguesa pasaron flotando cerca de él. Casi llegaban hasta su cabeza desde la superficie, que quedaba a unos cuatro metros y medio de distancia, y Bond recordó la picadura de uno de aquellos filamentos que le había dolido durante tres días en Manatee Bay. Si entraban en contacto con la zona del corazón de un ser humano, podían matarlo. Vio varias morenas verdes y moteadas, estas últimas moviéndose como grandes serpientes amarillas y negras por las zonas arenosas, y las verdes enseñando los dientes desde algún agujero de las rocas. También se encontró con varios peces globo de las Antillas, como lechuzas pardas con enormes ojos verdes de mirada bondadosa. Cuando tocó a uno de ellos con el extremo del fusil submarino, el animal se infló hasta adquirir el tamaño de un balón de fútbol, convirtiéndose en una masa de peligrosas espinas blancas. Las grandes gorgonias se mecían y atraían seductoras a los peces dentro de los remolinos, y en los valles grises reflejaban la luz de la luna y se movían como espectros, como fragmentos de las mortajas de los hombres enterrados en el mar. A menudo, entre las sombras se producían grandes movimientos y remolinos misteriosos en el agua, y aparecía la repentina mirada feroz de unos ojos que se extinguía de inmediato. Entonces Bond se volvía a toda velocidad, quitaba con el pulgar el seguro del rifle submarino y clavaba la mirada en la oscuridad. Pero no disparó contra nada ni nada lo atacó mientras caminaba torpemente y se deslizaba a través del arrecife.

Tardó un cuarto de hora en recorrer los cien metros de coral. Cuando los hubo superado y se detuvo a descansar sobre una formación redonda con aspecto de

cerebro, debajo del último refugio de coral suelto en forma de reloj de arena que iba a encontrar, se alegró de no tener ante sí nada más que cien metros de agua grisácea. No experimentaba el más leve signo de cansancio, y la claridad mental y exaltación que producía la bencedrina aún persistían en él, pero la carrera de peligrosos obstáculos a través del arrecife le había provocado una constante inquietud, y durante todo el tiempo había tenido presente el riesgo de rasgarse el traje de goma. El bosque de corales, afilados como navajas, quedó atrás, pero había sido reemplazado por los tiburones y las barracudas, y tal vez por el de una carga de dinamita arrojada en el centro de la pequeña flor que sus burbujas formaban en la superficie.

Y mientras estaba calculando los peligros que tenía ante sí, el pulpo lo apresó. Por ambos tobillos.

Estaba descansando con los pies sobre la arena, y de pronto se los encontró atados a la base del redondo taburete de coral que le servía de asiento. Incluso mientras caía en la cuenta de lo que sucedía, un tentáculo comenzó a serpentear hacia arriba por una de sus piernas y otro, púrpura a la luz mortecina, inició el descenso por el pie izquierdo enfundado en la aleta.

Con un respingo de miedo y asco, se levantó de inmediato, agitando los pies en un esfuerzo por liberarse. Pero el animal no cedió ni un centímetro, y sus movimientos sólo consiguieron dar al pulpo la oportunidad de retraer con fuerza sus tentáculos hacia el interior del saliente de roca redondeada. La fuerza de la bestia era prodigiosa, y Bond sintió que perdía el equilibrio. Al cabo de un momento sería derribado boca abajo y luego, estorbado por la mina que llevaba sobre el pecho y los tanques de aire de la espalda, le resultaría casi imposible atacar al animal.

Desenfundó el cuchillo que llevaba sujeto al cinturón y lanzó cuchilladas al pulpo. Pero el saliente de roca le impedía acertar, y lo aterrorizaba el peligro de cortarse el traje de goma. De pronto fue derribado y quedó tendido boca arriba sobre la arena. De inmediato sus pies comenzaron a ser arrastrados hacia una ancha grieta lateral que había debajo de la roca. Manoteó la arena e intentó doblarse por la cintura para llegar hasta el pulpo con el cuchillo, pero el bulto de la mina que llevaba adherida al pecho se lo impidió. Al borde del pánico, se acordó del fusil submarino. Antes lo había descartado como arma inútil a tan corta distancia, pero ahora constituía su única oportunidad. Yacía sobre la arena, donde lo había dejado. Lo cogió y le quitó el seguro. La mina le impedía apuntar con precisión. Deslizó el cañón a lo largo de las piernas y sondeó la posición de cada pie con el fin de hallar una abertura entre ambos. De inmediato, un tentáculo aferró la punta de acero y comenzó a tirar. Cuando el fusil se deslizó entre sus piernas prisioneras, Bond apretó el gatillo a ciegas.

Al instante, una gran nube de viscosa tinta veteada manó de la grieta hacia su rostro. Pero una de sus piernas quedó libre, y luego la otra; las hizo girar y pasar por

debajo de su cuerpo, tras lo cual aferró la vara del arpón de casi un metro de largo cuando casi desaparecía debajo de la roca. Tiró de ella y luchó hasta que, con un rasgarse de carne, salió de la niebla negra que flotaba delante del agujero. Jadeando, se puso de pie y se alejó de la roca, mientras el sudor le bajaba a chorros por el rostro debajo del visor. Por encima de él, la elocuente columna de burbujas plateadas subía directamente a la superficie, y maldijo al «podrido bicho» de la cueva.

Pero no había tiempo para ocuparse más de él; así pues, cargó de nuevo el fusil submarino y partió con la luna sobre el hombro derecho.

Ahora avanzaba a buena velocidad a través de las grises aguas brumosas, y se concentró sólo en mantener el rostro a pocos centímetros de la arena y la cabeza bien baja para dar una forma más aerodinámica a su cuerpo. En una ocasión, por el rabillo del ojo vio una raya venenosa, grande como una mesa de ping-pong, que se alejaba de su camino, con las puntas de sus moteadas alas moviéndose como las de un pájaro, y la larga cola córnea flotando detrás de ella. Pero no le prestó atención, recordando que Quarrel le había dicho que las rayas no atacan jamás como no sea en defensa propia. Pensó que tal vez había acudido allí desde el arrecife exterior para poner huevos o «bolsos de sirena» —como los llamaban los pescadores por tener la forma de una almohada con un rígido filamento negro en cada punta— sobre el protegido fondo arenoso.

Muchas sombras de peces grandes cruzaban perezosamente por encima de la arena iluminada por la luna, algunas tan largas como él mismo. Uno de ellos continuó nadando a su lado durante al menos un minuto; cuando Bond alzó los ojos, vio la barriga blanca de un tiburón situado a poco menos de un metro por encima de él, como una ahusada nave aérea verde grisácea. Tenía el romo morro inquisitivamente metido en la columna de burbujas de aire. La ancha rendija en forma de hoz de su boca parecía una cicatriz fruncida. Se inclinó de lado y lo miró con un desnudo ojo rosado y duro, y a continuación agitó su cola en forma de guadaña y se alejó con lentitud hasta desaparecer en la muralla de bruma gris.

Bond asustó a una familia de calamares de todos los tamaños, desde los que pesaban unos dos kilos y medio hasta los bebés de doscientos gramos, frágiles y luminosos en las aguas a media luz, flotando casi verticales como la formación de un coro ordenada por tamaños. Se pusieron horizontales y salieron despedidos con aerodinámica propulsión.

Descansó durante un momento cuando se hallaba casi a medio camino y luego prosiguió. Vio grandes barracudas alrededor suyo, de unos nueve kilos de peso. Tenían el mismo aspecto mortífero que guardaba su recuerdo. Se deslizaban por encima de él como submarinos plateados, mirándolo con sus coléricos ojos de tigre. Sentían curiosidad por Bond y por sus burbujas, y lo seguían, rodeándolo y nadando por encima como una manada de lobos silenciosos. Cuando llegó al primer coral, que

significaba que ya tenía cerca el islote, debía de haber unas veinte de ellas moviéndose en silencio, vigilantes, entrando y saliendo por la opaca muralla de agua que lo envolvía.

La piel se le erizaba dentro del traje de goma, pero como no podía hacer nada respecto a los animales, se concentró en su objetivo.

De repente vio una larga forma metálica que flotaba en el agua por encima de él. Detrás había un amontonamiento de rocas partidas que ascendía en empinada pendiente.

Era la quilla del *Secatur*, y el corazón de Bond comenzó a latir con fuerza.

Miró el Rolex que llevaba en torno a la muñeca: las once y tres minutos. Escogió el detonador de siete horas entre el puñado que extrajo del bolsillo lateral con cremallera, lo insertó en la cavidad correspondiente de la mina y lo presionó con fuerza para que encajara bien. Enterró el resto de los detonadores en la arena con el fin de que, si lo atrapaban, no descubrieran la existencia de la mina.

Mientras nadaba hacia la superficie con la mina entre las manos, cuya parte inferior estaba orientada hacia arriba, se dio cuenta de que a su espalda había una conmoción. Una barracuda pasó junto a él a toda velocidad y casi lo golpeó, con las mandíbulas semiabiertas y los ojos fijos en algo que había detrás de él. Pero Bond estaba concentrado sólo en el centro de la quilla y en un punto situado a aproximadamente un metro por encima de la misma.

La mina casi lo arrastró en el último metro, con sus magnetos esforzándose por obtener el beso del casco. Tuvo que tirar con fuerza de ella para evitar el estruendo metálico que el contacto provocaría. Luego quedó silenciosamente fijada en su sitio y Bond, librado de su peso, se vio obligado a nadar con fuerza para contrarrestar la nueva levedad de su cuerpo en el agua, y lograr sumergirse y alejarse de la superficie.

El banco de barracudas parecía haberse vuelto loco. Giraban en el agua y lanzaban dentelladas como perros rabiosos. Tres tiburones que se les habían unido cargaban a través del agua con un frenesí más torpe. El agua era un hervidero de peces terribles, y Bond recibió golpes y bofetadas, una y otra vez, a lo largo de unos pocos metros. Sabía que en cualquier momento le desgarrarían el traje de goma junto con la carne que había debajo, y entonces lo atacarían todos a la vez.

«Extremado comportamiento de tumulto.» La frase del departamento de la Armada pasó velozmente por su cabeza. Ése era el momento preciso en que habría salvado su vida con el repelente de tiburones. Sin él, tal vez sólo viviera unos pocos minutos más.

Desesperado, se lanzó por el agua hasta situarse junto a la quilla del barco, tras quitar el seguro del fusil submarino que ahora no era más que un juguete ante aquella manada de peces carnívoros enloquecidos.

Llegó a las dos hélices de cobre y se aferró a una de ellas, entre jadeos, enseñando

los dientes en una mueca de miedo, con los ojos dilatados al enfrentarse con el frenesí de agitadas aguas que lo rodeaban.

De inmediato vio que las bocas de los peces que pasaban lanzados de un lado a otro estaban entreabiertas y que entraban y salían de una nube oscura que se extendía hacia el fondo desde la superficie. Una barracuda se quedó flotando inmóvil cerca de él durante un instante, con algo marrón entre las mandíbulas. Deglutió aquello y luego giró a toda velocidad para regresar al centro de la agitación.

En ese momento, Bond se dio cuenta de que estaba oscureciendo aún más. Alzó los ojos y vio, con repentina comprensión de lo que sucedía, que la superficie de mercurio se había tornado roja, de un horrible carmesí brillante.

Unos jirones pasaron flotando a su alcance. Con la punta del fusil, atrajo algunos hacia sí y los acercó al visor de su traje.

No le cupo duda alguna.

Arriba, en la superficie, alguien regaba el mar con sangre y despojos.

## Capítulo 20

### La cueva de Morgan «el Sanguinario»

En ese momento, Bond comprendió de inmediato por qué tantos peces barracuda y tiburones acechaban en torno al islote, cómo los mantenían en estado de frenética sed de sangre mediante aquellos banquetes nocturnos; por qué, contrariamente a la razón, los tres hombres devueltos por el mar habían sido devorados por los peces.

Big se había limitado a utilizar las fuerzas del mar para su propia protección. Era una artimaña típica de él: imaginativa, tecnológicamente perfecta y muy fácil de poner en marcha.

En el mismo instante en que Bond se daba cuenta de todo ello, algo le asestó un terrible golpe en un hombro, y una barracuda de nueve kilos retrocedió con goma negra y carne colgándole de las mandíbulas. Bond no experimentó dolor alguno mientras se soltaba de la hélice de cobre y pataleaba con desesperación hacia las rocas; sólo una náusea en el fondo del estómago al pensar en que una parte de sí mismo estaba entre aquellos cien dientes, afilados como navajas. El agua comenzó a filtrarse entre la ajustada goma y su piel. No pasaría mucho tiempo antes de que penetrara por el cuello al interior de la mascarilla.

Estaba a punto de renunciar, y recorrer a toda velocidad los seis metros que lo separaban de la superficie, cuando vio una ancha grieta en las rocas que tenía delante. Junto a la misma yacía, de lado, una gran roca redonda, y de alguna forma logró meterse detrás de ella. Ya a cobijo en la parcial protección que le proporcionaba, se volvió justo a tiempo de ver que la misma barracuda se lanzaba hacia él, con la mandíbula superior abierta en ángulo recto con respecto a la inferior, para asestarle su infame golpe.

Bond disparó casi a ciegas el fusil submarino. Las correas de goma salieron disparadas a lo largo del cañón, y la lengüeta del arpón atravesó al pez por el centro de su mandíbula superior alzada, la atravesó y se detuvo con la mitad del arpón y la línea aún libres.

La barracuda se paró en seco a media carrera, a poco menos de un metro del estómago de Bond. Intentó cerrar las mandíbulas, y a continuación dio una poderosa sacudida con su larga cabeza de reptil. Luego se alejó a toda velocidad, zigzagueando enloquecida, arrebatando el fusil y la línea de las manos de Bond, que sabía que los otros peces estarían sobre la bestia, desgarrándola en pedazos, antes de que hubiese recorrido cien metros.

Dio gracias a Dios por esa distracción. Ahora tenía el hombro rodeado por una nube de sangre. En cuestión de segundos, los demás peces percibirían el olor. Salió del refugio y rodeó la roca con la idea de emerger a cobijo del embarcadero y esconderse, de algún modo, por encima de la superficie del mar hasta que hubiese



trazado un plan nuevo.

Entonces vio la cueva que la roca había ocultado.

En realidad era casi una puerta abierta en la base del islote. Si Bond no hubiese estado nadando a toda velocidad para salvar la vida, podría haber entrado por ella caminando. Según estaban las cosas, se zambulló de cabeza a través de la abertura y sólo se detuvo cuando lo separaban varios metros de la relumbrante entrada.

Entonces se puso de pie sobre la suave arena y encendió la linterna. Resultaba concebible que un tiburón entrase tras él, pero en aquel espacio tan reducido le resultaría casi imposible morderlo, dado que tenía la boca situada en la parte inferior del cuerpo. Y, desde luego, no entraría a toda velocidad porque incluso los tiburones tienen miedo de poner en peligro su gruesa piel entre las rocas. Bond tendría oportunidades más que suficientes para asestarle una puñalada con el cuchillo de campaña.

Con la linterna alumbró el techo y los lados de la cueva. Sin duda había sido hecha, o acabada, por la mano del hombre. Bond supuso que la habían excavado hacia el exterior desde algún punto del centro del islote.

«Quedan al menos veinte metros más, hombres», debió de decir Morgan *el Sanguinario* a los capataces esclavos. Entonces, los picos habrían atravesado de repente la roca, y una confusión de brazos, piernas y bocas aullantes, amordazadas para siempre por la entrada del agua, habría sido despedida hacia atrás para reunirse dentro de la cueva con los cadáveres de otros testigos.

La gran piedra de la entrada habría sido colocada allí para sellar la salida por el lado del mar. Era probable que el pescador de Shark Bay que desapareció de manera repentina seis meses antes, la encontrara por casualidad al ser arrastrado por una tormenta o por una ola después de un huracán. Y al entrar encontró el tesoro y comprendió que necesitaría ayuda para disponer de él. Un hombre blanco lo engañaría. Sería mejor recurrir al gran gángster negro de Harlem y llegar con él a los mejores términos posibles. El oro pertenecía a los hombres negros que habían muerto para ocultarlo. Debía regresar a manos de los hombres negros.

Allí, de pie, meciéndose en la ligera corriente del túnel, Bond supuso que otro bloque de cemento habría caído aquel día al barro del fondo del río Harlem.

Y en ese momento oyó los tambores.

Cuando se encontraba entre los peces, había oído un suave tronar dentro del agua, que aumentó al entrar en la cueva. Pero en un principio pensó que eran las olas que rompían en la base del islote; de todas formas, había tenido otras cosas en qué pensar.

Sin embargo, ahora distinguía un ritmo definido, y el sonido tronaba y aumentaba a su alrededor como un rugido amortiguado, como si se encontrase encerrado dentro de un enorme tambor. El agua parecía temblar con él. Bond adivinó su doble propósito. Era un gran reclamo de peces usado —cuando había intrusos por las

inmediaciones— para atraer y poner más frenéticos a los animales. Quarrel le había contado que los pescadores golpean por la noche los flancos de sus canoas con el canaleta para despertar y atraer a los peces. Aquello debía basarse en la misma idea. Y a la par sería el siniestro vudú que advertiría a la gente de la orilla, advertencia que resultaba doblemente eficaz cuando un cadáver era devuelto por el mar al día siguiente.

Otro de los refinamientos de Big, pensó Bond. Otra brillante muestra de las capacidades de aquella mente extraordinaria.

Bueno, al menos ahora sabía dónde se encontraba. Los tambores significaban que habían detectado su presencia. ¿Qué pensarían Strangways y Quarrel al oírlos? Tendrían que permanecer sentados y sudar. Bond había deducido que los tambores eran alguna especie de truco, y les hizo prometer que no intervendrían, a menos que el *Secatur* zarpara sano y salvo. Eso significaría que todos los planes de Bond habían fracasado. Por ello explicó a Strangways dónde ocultaba el oro, y tendrían que interceptar al barco en alta mar.

Ahora el enemigo estaba alertado, pero ignoraba su identidad y el hecho de que aún estaba vivo. Tendría que continuar adelante, aunque sólo fuese para impedir a toda costa que Solitaire zarpara en la embarcación condenada.

Bond miró su reloj. Eran las doce y media de la noche. Por lo que a él respectaba, podría haber pasado una semana desde que inició su viaje a través de aquel mar de peligros.

Palpó la Beretta que llevaba bajo el traje de goma y se preguntó si la habría inutilizado el agua que había penetrado por el agujero hecho por los dientes de la barracuda.

A continuación, con el rugido de los tambores haciéndose más audible a cada paso, continuó avanzando hacia el interior de la cueva mientras su linterna proyectaba un diminuto punto de luz ante él.

Había recorrido unos diez metros cuando un débil resplandor se hizo visible en el agua, más adelante. Apagó la linterna y se encaminó hacia allí con precaución. El arenoso suelo de la cueva comenzó a ascender, y con cada metro recorrido la luz se hacía más brillante. Vio docenas de peces pequeños que jugaban en torno a él, y por delante el agua parecía llena de ellos, atraídos a la cueva por la luz. Había cangrejos que se asomaban a mirarlo desde las grietas de la roca, y un pulpo bebé se aplanó contra el techo, convirtiéndose en una estrella fosforescente.

Bond distinguió el final de la cueva y, más allá, una amplia laguna brillante, cuyo fondo de arena blanca brillaba como la luz del día. El latir de los tambores era muy sonoro. Se detuvo en la sombra de la entrada y vio que la superficie quedaba a apenas unos centímetros por encima de él, y que la laguna estaba iluminada por focos.

Bond se encontraba en un dilema. Si daba un solo paso más, quedaría a la vista de

cualquiera que estuviese mirando hacia el fondo de la laguna. Mientras permanecía allí, debatiendo consigo mismo, se sintió horrorizado al ver una nube roja de sangre que se propagaba más allá de la entrada y que salía de su hombro. Había olvidado la herida, pero ahora comenzó a latirle, y cuando movió el brazo, una punzada de dolor bajó por él. También estaba la fina columna de burbujas de los tanques de aire, aunque confiaba en que ascendieran y estallaran, inadvertidas, en la boca de la entrada.

Incluso en el momento en que se retiraba unos cuantos centímetros hacia el interior del túnel, su suerte estaba echada.

Oyó el ruido de algo que rompía la superficie, y dos negros, desnudos excepto por las gafas de cristal que les cubrían el rostro, se echaron sobre él con largos cuchillos esgrimidos como lanzas en la mano izquierda.

Antes de que Bond tuviera tiempo de llevarse la mano al arma blanca que tenía sujeta al cinturón, sus dos atacantes lo habían aferrado por ambos brazos y lo subían hacia la superficie.

Desesperanzado, impotente, Bond se dejó sacar de la laguna a una zona de arena plana. Lo pusieron bruscamente de pie y rasgaron las cremalleras de su traje de goma. Le arrancaron la capucha y la pistolera de los hombros, y de pronto se encontró entre los restos de aquella segunda piel negra, como una serpiente desollada, vestido sólo con el breve calzón de baño. La sangre manaba por el agujero dentado de su hombro izquierdo.

Cuando le quitaron la capucha, Bond quedó casi ensordecido por el atronador resonar y repiquetear de los tambores. El sonido reverberaba dentro y alrededor de él. El apresurado ritmo sincopado galopaba y latía en su sangre. Parecía lo bastante poderoso para despertar a toda Jamaica. Bond hizo una mueca y aisló sus sentidos para defenderlos de la tormenta de ruido que lo abofeteaba. Entonces sus guardianes hicieron que se volviera y se halló ante una escena tan extraordinaria que el ruido de los tambores disminuyó y toda su consciencia se concentró en aquello que sus ojos contemplaban.

En primer término, ante una mesa de cartas cubierta por un tapete verde y cargada de papeles en desorden, en una silla plegable, Big, con un bolígrafo en la mano, lo miraba sin curiosidad. Un señor Big que llevaba un bien cortado traje tropical color cervato, con camisa blanca y corbata negra de punto de seda. El ancho mentón descansaba sobre la mano izquierda, y miraba a Bond como si, cuando trabajaba en su oficina, hubiese sido molestado por un miembro del personal para pedir un aumento salarial. Su expresión era cortés y algo aburrida.

A unos pocos pasos de él, siniestra e incongruente, la efigie de cuervo del barón Samedi, erecta sobre la roca, dirigía su bostezante rostro hacia Bond desde debajo del sombrero hongo.

Big se quitó la mano de debajo del mentón, y sus grandes ojos dorados lo miraron de arriba abajo.

—Buenos días, señor Bond —dijo al fin, sobreponiendo su inexpresiva voz al agonizante crescendo de los tambores—. La mosca ha tardado realmente mucho en llegar hasta la araña, o tal vez debería decir «el pececillo hasta la ballena». Dejó usted una bonita senda de burbujas desde que abandonó el arrecife.

Se recostó en la silla y guardó silencio. Los tambores latían y resonaban con lentitud.

Así que había sido la lucha con el pulpo lo que había denunciado su presencia. La mente de Bond registró aquel hecho de forma automática, mientras su mirada se dirigía hasta más allá del hombre sentado ante la mesa.

Se encontraba en una cámara de roca tan grande como una iglesia. La mitad del suelo estaba ocupada por la transparente laguna blanca de la que él había salido, y que iba de un tono aguamarina hasta el azul oscuro cerca del negro agujero de la entrada submarina. Luego estaba la estrecha franja de arena donde él se encontraba, y el resto era suave roca plana salpicada por algunas estalagmitas grises y blancas.

A poca distancia detrás de Big, unos empinados escalones ascendían hacia el abovedado techo del que pendían cortas estalactitas de caliza. De sus blancas puntas, gotas de agua intermitentes caían al interior de la laguna o sobre las puntas de las estalagmitas jóvenes que se elevaban hacia ellas desde el suelo.

Una docena de luces de arco sujetas a lo alto de las paredes arrancaban reflejos dorados del pecho desnudo de unos cuantos negros que se encontraban de pie a su izquierda, y que lo observaban y ponían los ojos en blanco, enseñando los dientes en crueles sonrisas de deleite.

Rodeando los pies negros y rosados de los hombres, en medio de restos de maderas rotas, aros de hierro oxidados, correas de cuero mohosas y lona en proceso de desintegración, había un resplandeciente mar de monedas de oro: metros, pilas, cascadas de redondas monedas de oro de entre las cuales se alzaban las piernas negras como si se hubiesen detenido a medio camino cuando atravesaban una hoguera.

Junto a ellas se apilaban, hilera tras hilera, montones de sencillas bandejas de madera. Había algunas en el suelo que estaban casi llenas de monedas, y al pie de la escalera un negro se había detenido cuando comenzaba a ascender, llevando una de las bandejas en las manos —cubierta de monedas colocadas en cuatro hileras cilíndricas—, que sujetaba separada del cuerpo como si pretendiera venderlas.

Más a la izquierda, en un rincón de la cámara, había dos negros que se encontraban junto a un panzudo calderón suspendido sobre tres siseantes lámparas de soldar, cuyo fondo estaba al rojo vivo. En las manos tenían espumaderas de hierro, y éstas se hallaban recubiertas de oro hasta la mitad de sus largos mangos. A un lado,

Bond vio un enorme montón de objetos de oro, fuentes, retablos, recipientes para beber, cruces y una pila de lingotes de varios tamaños. A lo largo de la pared, cerca de ellos, había ordenadas hileras de bandejas de enfriamiento cuyas superficies segmentadas brillaban con el metal amarillo. Cerca del caldero se veía una bandeja vacía en el suelo y un largo cucharón con el mango envuelto en tela.

Acuclillado, no lejos de Big, un negro manejaba un cuchillo urgando en una copa recamada con piedras preciosas. Junto a él, sobre una fuente de hojalata, había un montón de gemas que titilaban en rojo, azul y verde bajo las potentes luces de arco.

El aire de la gran cámara de roca era cálido y viciado, y sin embargo Bond se estremeció cuando sus ojos abarcaron la espléndida escena: las potentes luces blanco violáceo, el bronceo resplandor de los cuerpos sudorosos, el brillante relumbrar del oro, el irisado montón de gemas y las tonalidades de leche y aguamarina de la laguna. Se estremeció ante la belleza de todo aquello, ante el fabuloso ballet petrificado de la gran casa del tesoro de Morgan *el Sanguinario*.

Su mirada regresó al cuadrado tapete verde y al gran rostro de zombi, y contempló los grandes ojos amarillos con pasmo, casi con reverencia.

—Que paren los tambores —ordenó Big a nadie en particular.

El sonido había disminuido hasta convertirse en casi un susurro, un golpeteo balbuceante cuyo ritmo era exactamente el del pulso de la sangre. Uno de los negros dio dos pasos tintineantes entre las monedas de oro y se inclinó. En el suelo había un fonógrafo portátil y, junto a él, un poderoso amplificador se apoyaba contra la pared de roca. Se oyó un chasquido y los tambores cesaron. El negro cerró la tapa del aparato y regresó a su sitio.

—Continuad con el trabajo —dijo Big.

Al instante todas las figuras comenzaron a moverse como si fuesen autómatas a quienes hubieran metido una moneda en la boca. Se removió el caldero, las monedas fueron recogidas y colocadas dentro de las cajas, el hombre de la copa continuó arrancando las gemas de la misma, y el negro que llevaba la bandeja llena de monedas siguió escaleras arriba.

Bond permaneció donde estaba, goteando agua y sangre.

Big se inclinó sobre la lista que tenía en la mesa y anotó dos o tres cifras con la pluma.

Bond se movió y sintió la punta de una daga a la altura de los riñones.

Big dejó la pluma y se puso de pie con lentitud. Luego se apartó de la mesa.

—Continúa tú —dijo a uno de los guardianes de Bond.

El hombre desnudo rodeó la mesa, ocupó la silla de Big y cogió la pluma.

—Llévalo arriba.

Big avanzó hasta los escalones y comenzó a subir por ellos sin prisa.

Bond sintió un pinchazo en un costado. Salió de entre los restos de su traje negro

y siguió a la lenta figura que subía.

Nadie alzó los ojos del trabajo. Nadie trabajaría menos cuando el señor Big estuviese fuera de la vista. Nadie se metería una gema ni una moneda de oro en la boca.

El barón Samedi se quedaba vigilando en la cámara.

Sólo su zombi había salido de ella.

## Capítulo 21

### Buenas noches a los dos

Ascendieron con lentitud, pasaron ante una puerta abierta situada cerca del techo, continuaron durante unos quince metros, y se detuvieron en un amplio descansillo de roca. Allí, un negro con una lámpara de acetileno junto a sí, soldaba las bandejas de monedas en el centro de los acuarios que se apilaban por decenas contra la pared.

Mientras esperaban, dos negros bajaron por los escalones desde la superficie, cogieron uno de los acuarios ya preparados y volvieron a subir con él.

Bond supuso que llenaban los acuarios con arena, algas y peces en algún lugar situado más arriba, y luego los pasaban a la cadena humana que se extendía por la cara del acantilado.

Cuando advirtió que algunos de los tanques que esperaban tenían lingotes de oro colocados en el centro, y otros un buen montón de gemas, corrigió su estimación del tesoro cuadruplicándolo hasta alrededor de cuatro millones de libras esterlinas.

Big permaneció quieto durante un rato, con los ojos fijos en el suelo de piedra. Su respiración era profunda pero controlada. Luego continuaron subiendo.

Tras ascender veinte escalones llegaron a otro descansillo, más pequeño que el anterior y con una puerta que se abría al mismo. Ésta tenía una cadena y un candado nuevos, y estaba hecha de láminas de hierro, marrones y corroídas por el óxido.

Big se detuvo de nuevo, y permanecieron lado a lado sobre la pequeña plataforma de roca.

Por un momento, Bond pensó en escapar, pero, como si le leyera la mente, el guardián lo empujó contra la pared de piedra, lejos de su amo. Bond sabía que su principal deber era conservar la vida y llegar hasta Solitaire, para mantenerla, de alguna manera, alejada del barco condenado donde el ácido corroía poco a poco el cobre del detonador temporizado.

Desde lo alto llegaba una fuerte corriente de aire frío a través del hueco de la escalera, y Bond sintió que el sudor se le secaba sobre la piel. Se llevó la mano derecha a la herida del hombro, sin dejarse intimidar por el pinchazo del cuchillo de su guardián en el costado. La sangre estaba seca y coagulada, y tenía la mayor parte del brazo dormido. La herida le dolía con virulencia.

—Este viento, señor Bond —dijo Big, señalando hacia lo alto del hueco de la escalera—, es conocido en Jamaica como el viento del enterrador.

Bond encogió el hombro derecho y no malgastó saliva.

Big se volvió hacia la puerta de hierro, sacó una llave del bolsillo y la abrió. La traspuso y Bond lo siguió con su guardián.

Entraron en una habitación, alargada y estrecha como un pasillo, con herrumbrosos grilletes en la parte inferior de las paredes, colocados a intervalos de

menos de un metro.

Al final, donde un farol a prueba de vientos colgaba del techo de piedra, una figura inmóvil yacía en el suelo cubierta con una manta. Un segundo farol colgaba cerca de la puerta, pero por lo demás sólo se percibía el olor de la roca húmeda y el de antiguas torturas y muertes.

—Solitaire —dijo Big con voz suave.

Bond, que sintió como su corazón daba un salto, avanzó un paso. De inmediato, una mano enorme lo aferró por un brazo.

—Quieto, blanco —le espetó el guardián, mientras le retorció la muñeca al tiempo que le llevaba el brazo hacia los omóplatos, subiéndolo cada vez más hasta que Bond le lanzó una patada con el talón izquierdo. El impacto contra la espinilla del hombre le hizo más daño a Bond que a su guardián.

Big se volvió. Tenía una pistola pequeña que quedaba casi cubierta del todo por su enorme mano.

—Suéltalo —dijo con voz queda—. Si quiere tener un segundo ombligo, señor Bond, puedo hacérselo. Tengo seis metidos en esta pistola.

Bond pasó junto al corpulento hombre. Solitaire se encontraba de pie y avanzaba hacia él. Al verle la cara, echó a correr con las manos tendidas ante sí.

—James —sollozó—. James.

Casi cayó a sus pies. Se cogieron de las manos con todas sus fuerzas.

—Todo va bien, Solitaire —dijo Bond, sabiendo que no era así—. Todo va bien. Ya estoy aquí.

La ayudó a levantarse y la mantuvo a la distancia de los brazos extendidos, lo cual le causó dolor en el hombro izquierdo. La joven estaba pálida y desaliñada. Tenía una contusión en la frente y unas enormes ojeras negras. En el sucio rostro, las lágrimas habían trazado surcos sobre su piel pálida. No llevaba maquillaje alguno. Iba vestida con un traje de lino blanco también sucio y un par de sandalias. Parecía más delgada.

—¿Qué te ha hecho ese hijo de puta? —preguntó Bond.

De pronto, la estrechó contra sí con todas sus fuerzas. Solitaire se aferró a él y le hundió el rostro en el cuello.

Luego se apartó y se miró una mano.

—¡Pero si estás sangrando! —exclamó—. ¿Qué te ha sucedido?

Hizo que se volviera a medias y vio la sangre ennegrecida que tenía en el hombro y a lo largo del brazo.

—Oh, cariño, ¿qué te ha ocurrido?

Comenzó a llorar otra vez, desamparada, desesperanzada, al darse cuenta de que ambos estaban perdidos.

—Átalos —ordenó Big desde la puerta—. Aquí, debajo de la luz. Tengo cosas



que decirles.

El negro se encaminó hacia ellos y Bond se volvió. ¿Valía la pena arriesgarse? El negro no tenía más que una cuerda en las manos, pero Big se había desplazado a un lado y lo observaba, con la pistola sujeta con descuido, casi apuntando al suelo.

—No, señor Bond —fue cuanto dijo.

Bond miró al negro y pensó en Solitaire y en su hombro herido.

El negro se le aproximó y él permitió que le atara los brazos a la espalda. Los nudos eran buenos. No había juego en ellos. Y hacían daño.

Bond sonrió a Solitaire y le guiñó un ojo. No era más que una baladronada, pero vio que la esperanza afloraba a través de las lágrimas de la muchacha.

El negro condujo a Bond de regreso a la puerta.

—Allí —ordenó Big, señalando uno de los grilletes.

El guardián, con un repentino golpe asestado con la espinilla, hizo perder pie a Bond, el cual cayó sobre el hombro herido. Estirando de la cuerda, lo arrastró hasta el grillete, tiró de éste para comprobar su solidez y luego pasó la cuerda por dentro del mismo hasta los tobillos de Bond, que ató con fuerza. Había clavado el cuchillo en una grieta de la roca. Lo cogió, cortó la cuerda sobrante y retrocedió hasta donde Solitaire aguardaba de pie.

Bond quedó sentado en el suelo de piedra, con las piernas estiradas ante sí, los brazos atados a la espalda. Le goteaba sangre de la herida del hombro, que había vuelto a abrirse. Sólo los restos de bencedrina que había en su sangre le impedían desmayarse.

Solitaire fue atada y situada casi frente a él. Sus pies quedaron separados por un metro.

Cuando el guardián hubo concluido, Big miró su reloj.

—Vete —le ordenó. Cerró la puerta tras el negro y se reclinó contra ella.

Bond y la muchacha se observaron, y Big paseó los ojos sobre ambos.

Después de uno de sus largos silencios, dirigió la palabra a Bond. Este alzó los ojos hacia él. La cabeza gris, grande como un balón de fútbol, iluminada por el farol, tenía la apariencia de un espectro elemental y maligno que, procedente del centro de la tierra, flotara allí, en el aire, con los ojos dorados resplandeciendo y el enorme cuerpo en sombras. Tuvo que recordarse a sí mismo que había sentido el corazón que latía dentro de aquel pecho, que había oído su respiración y visto sudor sobre su piel grisácea. Era sólo un hombre, de la misma especie que él; un hombre grande con un cerebro brillante, pero un hombre al fin y al cabo, que caminaba y defecaba, un hombre mortal con el corazón enfermo.

La ancha boca como de goma se abrió, y los labios planos y algo vueltos hacia fuera se estiraron, dejando a la vista los grandes dientes blancos.

—Es usted el mejor de cuantos han enviado contra mí —declaró Big. Su queda e

inexpresiva voz era pensativa, mesurada—. Y ha logrado matar a cuatro de mis ayudantes. Es algo que les resulta increíble a mis seguidores. Ya era hora, más que de sobras, de que arregláramos cuentas. Lo que le sucedió al estadounidense no es suficiente. La traición de esta muchacha —continuaba mirando a Bond—, a quien saqué del arroyo y a la cual estaba dispuesto a colocar a mi derecha, también ha puesto en duda mi infalibilidad. He estado preguntándome cómo debería morir ella cuando la providencia, o el barón Samedi según creen mis seguidores, lo trajera también a usted al altar con la cabeza ya inclinada para el hacha.

La boca hizo una pausa, con los labios separados. Bond vio que los dientes se unían antes de formar la palabra siguiente.

—Así que resulta conveniente que mueran los dos juntos. Eso sucederá, de la manera adecuada —dijo Big consultando su reloj—, dentro de dos horas y media. A las seis, minutos más o minutos menos —añadió.

—Que sea unos minutos más —dijo Bond—. Me gusta mi vida.

—En la historia de la emancipación negra —continuó Big con un tono de cómoda conversación—, ya han aparecido negros importantes: atletas, músicos, escritores, médicos y científicos. A su debido tiempo, como sucede con el avance de la historia de otras razas, aparecerán negros grandes y famosos en todas las demás ramas de la vida. —Hizo una pausa.— Ha sido una desgracia para usted, señor Bond, y para esta muchacha, encontrarse con el primero de los grandes criminales negros. Uso una palabra vulgar, señor Bond, porque usted, como la especie de policía que es, la emplearía para definirme. Pero yo prefiero considerarme como alguien que tiene la capacidad y las dotes mentales y psíquicas necesarias para hacer sus propias leyes y actuar de acuerdo con ellas, en lugar de aceptar las leyes que se adaptan al común denominador más bajo de la gente. Usted habrá leído sin duda el libro *Instincts of the Herd in War and Peace*<sup>[36]</sup>, de Trotter, señor Bond. Bueno, podríamos decir que yo soy, por naturaleza y predilección, un lobo, y vivo según las leyes de los lobos. Es natural que las ovejas describan como «criminal» a una persona semejante.

»El hecho, señor Bond —prosiguió el *Big Man* tras una pausa—, de que yo esté vivo y disfrute realmente de un éxito ilimitado, a pesar de enfrentarme en solitario a incontables millones de ovejas, es atribuible a las técnicas modernas que le describí con ocasión de nuestra anterior charla, y a una infinita capacidad para emplear el esmero. No un esmero aplicado y aburrido, sino uno artístico, sutil. Y he descubierto, señor Bond, que no resulta difícil superar en ingenio a las ovejas, por muchas que haya, si uno pone dedicación en la tarea y es un lobo extraordinariamente bien dotado por la naturaleza.

»Permítame ilustrar para usted, mediante un ejemplo, cómo trabaja mi mente. Tomaremos el método por el cual he decidido que morirán ustedes dos. Es una variación moderna del usado en tiempos de mi amable mecenas, sir Henry Morgan.

En aquellos días lo llamaban "pasar por debajo de la quilla".

—Le ruego que continúe —dijo Bond, sin mirar a Solitaire.

—A bordo del yate tenemos un paraván —continuó Big, como si fuese un cirujano que describiera una delicada operación ante un grupo de estudiantes—, el cual usamos para pescar al arrastre tiburones y otros peces grandes. Este paraván, como ya sabe, es un aparato flotante con forma de torpedo que navega sujeto mediante una cuerda a cierta distancia del barco, y que puede usarse para sujetar a él el extremo de una red y arrastrarla por el agua cuando la embarcación está en movimiento y, si se le añade un dispositivo afilado, para cortar los cables de amarre de las minas en tiempos de guerra.

»Tengo la intención —prosiguió Big con un tono de voz de divagación informal— de atarlos juntos a un cabo unido a ese paraván y remolcarlos por el mar hasta que sean devorados por los tiburones.

Hizo una pausa, y su mirada se desplazó de uno a otro. Solitaire contemplaba a Bond con los ojos muy abiertos, y éste dedicaba todos sus esfuerzos a pensar, con la expresión ausente y la mente penetrando en el futuro. Sintió que debía decir algo.

—Es usted un hombre grande —declaró—, y algún día tendrá una muerte grande y horrible. Si nos mata, esa muerte llegará muy pronto. Lo he dispuesto todo para que así sea. Está volviéndose loco con mucha rapidez, y verá lo que nuestro asesinato le echa encima.

Incluso mientras hablaba, la mente de Bond trabajaba a toda velocidad, contando las horas y los minutos, sabiendo que la muerte del propio Big se acercaba, con el ácido del detonador, a caballo del minutero del reloj hacia la hora de su encuentro personal definitivo. Pero ¿estarían él y Solitaire muertos antes de que llegara esa hora? La diferencia no sería mayor de unos pocos minutos, tal vez segundos. El sudor le goteaba desde el rostro sobre el pecho. Dedicó una sonrisa a Solitaire. Ella lo miró con ojos opacos, sin verlo.

De repente profirió un grito agónico que hizo que los nervios de Bond se contrajeran.

—¡No lo sé! —gritó—. No puedo ver. Está tan cerca, tan al lado... Hay mucha muerte, pero...

—¡Solitaire! —gritó Bond, aterrorizado ante la posibilidad de que cualesquiera fuesen las cosas extrañas que ella veía en el futuro, pusieran sobre aviso a Big—. Recobra la serenidad.

En su voz había un duro tono de enfado.

Los ojos de la muchacha se aclararon, y ella miró a Bond con expresión atontada, sin comprender qué sucedía.

—Yo no estoy volviéndome loco, señor Bond —prosiguió el *Big Man* con voz serena—, y nada que usted haya dispuesto me afectará. Morirán ustedes más allá del

arrecife y nadie hallará pruebas. Remolcaré los restos de sus cuerpos hasta que no quede nada. Eso forma parte de la perfección de mis intenciones. Puede que también sepa que los tiburones y las barracudas desempeñan un papel en el vudú. Tendrán su sacrificio y el barón Samedi será apaciguado. Eso satisfará a mis seguidores. También deseo continuar mis experimentos con peces carnívoros. Creo que sólo atacan cuando hay sangre en el agua. Así pues, los cuerpos de ustedes serán remolcados desde el islote mismo. El paraván los arrastrará por encima del arrecife. Creo que en la parte interior del mismo no sufrirán daño alguno. La sangre y los despojos que cada noche son arrojados en estas aguas habrán desaparecido, dispersados o devorados. Pero cuando sus cuerpos hayan sido arrastrados por encima del arrecife, me temo que comenzarán a sangrar, quedarán muy lastimados. Y entonces veremos si mi teoría es correcta.

Big pasó una mano por detrás de su cuerpo y tiró de la puerta para abrirla.

—Ahora los dejaré —concluyó— para que reflexionen sobre las excelencias del método que he inventado para su muerte común. De este modo se logran varias cosas: dos muertes necesarias; no queda prueba alguna de lo sucedido; la superstición es satisfecha; mis seguidores se sienten complacidos, y los cuerpos son utilizados en bien de la investigación científica. A eso me refiero, señor Bond, cuando hablo de una infinita capacidad para emplear el esmero artístico.

Se detuvo en la entrada y los miró a ambos.

—Muy buenas noches a los dos, aunque ésta será corta.

## Capítulo 22

### Terror por mar

Aún no era de día cuando los guardianes llegaron a buscarlos. Cortaron las cuerdas que les ataban los tobillos y, con los brazos aún ligados a la espalda, hicieron que ascendieran por el resto de la escalera hasta la superficie.

Se detuvieron entre los árboles dispersos, y Bond aspiró el fresco aire de la mañana. Miró por entre los árboles hacia el este y vio que allí las estrellas estaban más pálidas y el horizonte luminoso con el romper del alba. El canto nocturno de los grillos había casi cesado, y en alguna parte del islote un sinsonte balbuceó sus primeras notas.

Calculó que eran alrededor de las cinco y media.

Permanecieron allí de pie varios minutos. Algunos negros pasaban junto a ellos con bultos y macutos de jipijapa, charlando entre ellos con alegres susurros. Las puertas del grupo de chozas con techo de palma habían quedado abiertas y oscilaban. Los negros avanzaban hasta el borde del acantilado situado a la derecha de donde se encontraban Bond y Solitaire y desaparecían por él. No regresaban. Se trataba de una evacuación. La totalidad de la guarnición del islote levantaba campamento.

Bond frotó a la muchacha con su hombro sano desnudo y ella se apretó contra él. En comparación con el aire viciado del encierro, allí hacía frío y él se estremeció. Pero era mejor estar en movimiento, en lugar de que se prolongara el suspenso abajo.

Ambos sabían lo que se debía hacer, cuál era la naturaleza de la apuesta.

Cuando Big los dejó a solas, Bond no perdió un instante. Entre susurros, habló a Solitaire de la mina magnética que estaba adherida a un flanco del barco, lista para explotar pocos minutos después de las seis, y le explicó los factores que determinarían quién iba a morir esa mañana.

En primer lugar contaba con la manía de Big por la exactitud y la eficiencia. El *Secatur* debería zarpar a las seis en punto. Además, no debía haber ni una sola nube, o la visibilidad en el alba no sería suficiente para que el barco atravesara el arrecife, y Big pospondría la salida. Si Bond y Solitaire se encontraban en el embarcadero junto al yate, morirían con su enemigo.

Suponiendo que el yate zarpara a la hora en punto, ¿a qué distancia, por detrás y a un lado, serían remolcados los cuerpos de ellos? Tendrían que situarlos a babor<sup>[37]</sup> para que el paraván no topara con el islote. Bond calculaba que el cable que uniría al paraván con el barco tendría unos cincuenta metros de largo, y que a ellos los remolcarían a unos veinte o treinta metros por detrás del paraván.

Si estaba en lo cierto, serían arrastrados por encima del arrecife unos cincuenta metros después de que el *Secatur* hubiese salido del canal. Era probable que se aproximara a la salida a unos tres nudos de velocidad, para luego acelerar hasta diez,

o incluso veinte. Al principio, sus cuerpos serían alejados del islote en un arco lento, describiendo giros y meandros en el extremo de la cuerda. Después el paraván se enderezaría y, cuando el barco hubiese pasado por encima del arrecife, ellos aún estarían acercándose a él. Luego el paraván cruzaría el arrecife cuando el barco se hallara a unos cuarenta metros más alejado, y ellos lo seguirían.

Bond se estremeció al pensar en el destrozo de que serían objeto sus cuerpos si eran arrastrados a cualquier velocidad sobre los diez metros de rocas y árboles de coral, afilados como navajas de afeitar. Les rajarían la espalda y las piernas.

Una vez al otro lado del arrecife, serían un enorme cebo sangrante, y sólo pasarían escasos minutos antes de que el primer tiburón o la primera barracuda los atacara.

Entretanto, Big iría sentado cómodamente en la cámara de popa, contemplando el sangriento espectáculo, tal vez con unos prismáticos, y contaría los minutos y segundos a medida que los cuerpos fueran haciéndose más y más pequeños hasta que, por último, los peces lanzaran dentelladas a la cuerda manchada de sangre.

Hasta que no quedara nada de ellos.

A continuación izarían el paraván a bordo y el yate seguiría navegando con elegancia hacia los cayos de Florida, Cabo Sable y el embarcadero bañado por el sol del puerto de St. Petersburg.

Y si la mina explotaba mientras aún se encontraban en el agua, a tan sólo cincuenta metros del barco, ¿cuál sería el efecto de la onda expansiva sobre sus cuerpos? Tal vez no fuese mortal. El casco del barco absorbería la mayor parte de la misma. Quizá el arrecife los protegiera.

Bond sólo podía hacer conjeturas y abrigar esperanzas.

Por encima de todo, debían permanecer con vida hasta el último segundo posible. Tenían que continuar respirando mientras eran arrastrados, como un paquete vivo, por el mar. Mucho dependía de la forma en que los ataran juntos. Big quería conservarlos con vida. No le interesaría un cebo muerto.

Si aún seguían vivos cuando la primera aleta de tiburón apareciera en la superficie detrás de su estela, Bond decidió fríamente que ahogaría a Solitaire. Lo haría poniendo su cuerpo sobre el de ella para mantenerle la cabeza bajo el agua. Luego intentaría ahogarse él mismo situando el cadáver de la muchacha sobre su cuerpo para quedar bajo la superficie.

Una pesadilla surgía con cada giro de sus pensamientos, un horror nauseabundo ante cada espantoso aspecto de la monstruosa tortura y muerte que aquel hombre había inventado para ellos. Pero Bond sabía que debía mantenerse frío y absolutamente decidido para luchar por la vida de ambos hasta el final. Al menos lo reconfortaba saber que Big y la mayoría de sus hombres morirían también. Y abrigaba una chispa de esperanza de que él y Solitaire pudieran sobrevivir. A menos

que la mina fallara, para el enemigo no existía esperanza semejante.

Todo eso, y un centenar de otros detalles y planes más, pasó por la mente de Bond durante la última hora transcurrida antes de que los hicieran ascender por la escalera hasta la superficie. Compartió con Solitaire todas sus esperanzas, pero ninguno de sus temores.

Solitaire había permanecido tendida frente a Bond, con los cansados ojos azules fijos en él, obediente, confiada, deleitándose, dócil y amorosa, con su rostro, tan masculino, y con sus palabras.

—No te preocupes por mí, cariño —le había dicho cuando los hombres bajaron a buscarlos—. Estoy muy feliz por encontrarme contigo otra vez. Mi corazón se siente colmado. Por algún motivo que ignoro, no tengo miedo, a pesar de que hay mucha muerte muy cerca de nosotros. ¿Me amas un poco?

—Sí—respondió Bond—. Y disfrutaremos de nuestro amor.

—Arriba —les había ordenado uno de los negros.

Y ahora, ya en la superficie, la luz iba en aumento. Procedente del pie del acantilado, Bond oyó el sonido de los motores diesel al arrancar, seguido de su rugido. Por barlovento<sup>[38]</sup> llegaba un suave soplo de brisa, pero a sotavento<sup>[39]</sup>, donde estaba anclado el barco, el mar era un espejo de bronce de cañones.

Big apareció en lo alto de la escalera con un maletín de cuero en una mano. Se detuvo un momento a mirar en torno y recobrar el aliento. No prestó atención a Bond y Solitaire, ni a los dos guardianes que se encontraban junto a ellos, armados con revólveres.

Alzó la vista al cielo y de repente gritó, con voz clara y potente, hacia el borde del sol que asomaba:

—Gracias, sir Henry Morgan. Tu tesoro será bien empleado. Danos un buen viento.

Los guardianes negros abrieron los ojos de par en par.

—Es el viento del enterrador —comentó Bond.

Big lo miró.

—¿Todos están abajo? —les preguntó a los guardianes.

—Sí, señor, jefe —respondió uno de ellos.

—Traedlos —ordenó Big.

Avanzaron hasta el borde del acantilado y descendieron por las empinadas escaleras, con un guardián delante y otro detrás. Big los seguía.

Los motores de la elegante y larga embarcación giraban silenciosos, el tubo de escape emitía un borboteo glutinoso, y un jirón de humo azul se alzaba a popa.

En el embarcadero había dos hombres junto a las amarras. Sobre el puente se veían sólo tres negros, además del capitán y el navegante situados en el aerodinámico puente. No había sitio para más. Todo el espacio disponible en cubierta, dejando a un

lado la silla de pesca sujeta a la derecha de la popa, estaba lleno de acuarios. Habían arriado la bandera de la marina mercante y sólo quedaba la estadounidense, que pendía inmóvil a popa.

A pocos metros del barco, el paraván rojo en forma de torpedo de unos dos metros de largo, flotaba en el agua, color aguamarina a la luz de la aurora. Estaba unido a una alta pila de cable metálico, enrollado sobre el suelo de la cubierta de popa. Bond calculó que tendría unos buenos cincuenta metros de largo. El agua estaba transparente como el cristal y no se veían peces por las inmediaciones.

El viento del enterrador había amainado. Muy pronto, el viento del médico comenzaría a soplar desde el mar. ¿Cuánto tardaría?, se preguntó Bond. ¿Era un buen augurio?

A lo lejos, más allá del barco, Bond distinguió el tejado de Beau Desert entre los árboles, pero el embarcadero, el yate y el sendero del acantilado seguían sumidos en profundas sombras. Bond se preguntó si desde allí los verían a ellos con los prismáticos de visión nocturna. Y de ser así, ¿qué estaría pensando Strangways?

Big se quedó un momento en el embarcadero y supervisó cómo los ataban.

—Desnúdala —ordenó al guardián de Solitaire.

Bond comenzó a sentir miedo. Miró de reojo el reloj de Big. Eran las seis menos diez. Guardó silencio. No tenía que producirse ni un solo minuto de retraso.

—Echa las ropas a bordo —dijo Big—. Átale algunas tiras a él alrededor del hombro. No quiero que haya sangre en el agua... todavía.

Cortaron la ropa de Solitaire con un cuchillo y se la quitaron. Quedó de pie sobre el embarcadero, desnuda y pálida. Dejó caer la cabeza hacia delante y el abundante cabello negro se balanceó colgando sobre su rostro. El hombro de Bond fue envuelto con brusquedad en tiras de la falda de lino de la joven.

—¡Hijo de puta!... —exclamó Bond entre los dientes apretados.

Según las instrucciones de Big, les desataron las manos. Unieron sus cuerpos, cara a cara, con los brazos de uno en torno a la cintura del otro, y luego volvieron a atárselas con fuerza.

Bond sintió la suave respiración de la muchacha, que tenía pegada al cuerpo. Solitaire apoyaba el mentón en el hombro derecho de él.

—Yo no quería que las cosas salieran así —susurró a Bond con voz trémula.

Él no respondió. Apenas percibía el contacto del cuerpo de ella. Estaba contando los segundos.

Sobre el embarcadero había un montón de cuerda que acababa en el paraván. Un extremo de la misma colgaba hacia abajo desde el muelle, y Bond vio que recorría el fondo de arena hasta ascender para unirse al vientre del rojo torpedo.

El extremo libre de la misma fue pasado por debajo de las axilas de ambos y anudado en el espacio que quedaba entre sus cuellos. Todo fue hecho con extremo



cuidado. No había escapatoria posible.

Bond continuaba contando los segundos. Llegó hasta las seis menos cinco.

Big les echó una última mirada.

—Podéis dejarles las piernas libres —dijo—. Resultarán una carnada apetitosa.  
—Pasó del embarcadero a la cubierta del yate.

Los dos guardianes subieron a bordo. Los dos negros del embarcadero soltaron las amarras y los siguieron. Las hélices agitaron las quietas aguas y, con los motores adelante a medio gas, el *Secatur* se alejó velozmente del islote.

Big se encaminó a popa y se sentó en su silla de pesca. La pareja atada veía los ojos del hombre fijos en ellos. No dijo nada. Ni hizo gesto alguno. Se limitó a observar.

El *Secatur* surcaba las aguas en dirección al arrecife. Bond podía ver cómo serpenteaba a un lado el cable del paraván. Este último comenzó a moverse con suavidad tras la embarcación. De pronto hundió el morro en el agua, para luego enderezarse y deslizarse a mayor velocidad, mientras su timón lo alejaba de la estela del barco.

El montón de cuerda enrollada que tenían al lado despertó de repente a la vida.

—¡Cuidado! —advirtió Bond con tono apremiante, mientras aferraba a la muchacha con más fuerza aún.

El tirón que los hizo volar del embarcadero al mar casi les dislocó los brazos.

Durante un segundo quedaron sumergidos, y luego ascendieron a la superficie, donde sus cuerpos unidos comenzaron a romper las aguas.

Bond tragaba bocanadas de aire para respirar entre las olas y el agua pulverizada que pasaban a toda velocidad por su boca torcida. Entonces oyó la trabajosa respiración de Solitaire junto a él.

—¡Respira, respira! —gritó por encima del agua—. Traba tus piernas con las mías.

Solitaire lo oyó, y él sintió la rodilla de ella metiéndose entre sus muslos. La joven sufrió un ataque de tos, pero luego su respiración se hizo más regular contra el oído de él, y su corazón dejó de latir con tanta violencia contra el pecho de Bond. Al mismo tiempo, la velocidad a la que eran arrastrados disminuyó.

—¡Aguanta la respiración! —gritó Bond—. Tengo que echar un vistazo. ¿Lista?

Una presión de sus brazos le dio la respuesta. Sintió que ella hinchaba el pecho para llenarse los pulmones de aire.

Con el peso de su cuerpo, hizo girar a la muchacha de modo que su propia cabeza quedaba ahora bien fuera del agua y la joven debajo de él.

Avanzaban con lentitud a unos tres nudos. Bond giró la cabeza por encima de la pequeña ola frontal que levantaban sus cuerpos.

El *Secatur* estaba penetrando en el canal que atravesaba el arrecife, situado a unos

ochenta metros de distancia, calculó. El paraván se deslizaba con lentitud, casi en ángulo recto con respecto al barco. Otros treinta metros y el torpedo rojo entraría en las aguas que rompían sobre el arrecife. Treinta metros más atrás, ellos avanzaban con lentitud por la superficie de la bahía.

Faltaban sesenta metros para que llegaran al arrecife.

Bond volvió a girar el cuerpo y Solitaire salió a flote, con la boca abierta en busca de aire.

Continuaron avanzando con lentitud por las aguas.

Cinco metros, diez, quince, veinte.

Sólo quedaban cuarenta metros antes de que chocaran contra el coral.

Sin duda, el *Secatur* acababa de superar el arrecife. Bond tomó aire. Tenían que ser ya más de las seis. ¿Qué diablos había ocurrido con la condenada mina? Bond rezó una ferviente oración mental. «Que Dios nos proteja», pensó mirando al agua.

De pronto sintió que la cuerda se tensaba debajo de sus brazos.

—¡Respira, Solitaire, respira! —gritó cuando se ponían en marcha y el agua comenzaba a pasar zumbando junto a ellos.

Ahora volaban por encima del mar hacia el arrecife.

Se produjo un alto breve. Bond conjeturó que el paraván habría chocado contra una roca o un trozo de coral superficial. Luego sus cuerpos fueron arrastrados de nuevo en el mortal abrazo.

Faltaban treinta metros, veinte, diez.

«Jesucristo —pensó Bond—. Va a sucedemos.» Preparó sus músculos para recibir el demoledor dolor lacerante de los cortes e hizo que Solitaire subiera un poco más por encima de él, con el fin de protegerla de la peor parte.

De repente, el aire abandonó silbando sus pulmones y un puño gigante lo lanzó de golpe contra Solitaire con tal fuerza que ella salió del mar por encima de él y volvió a caer. Segundos después, un relámpago iluminó el cielo y sonó el trueno de una explosión.

Se detuvieron en seco dentro del agua y Bond sintió que el peso de la cuerda, ahora floja, los arrastraba hacia las profundidades.

Las piernas se hundieron debajo de su insensibilizado cuerpo y le entró agua en la boca.

Eso hizo que recobrará el conocimiento. Pateó con fuerza y las bocas de ambos se elevaron sobre la superficie. La joven era un peso muerto entre sus brazos. Pataleó en el agua con desesperación y miró alrededor, manteniendo la cabeza de Solitaire a flote, apoyada sobre el hombro.

Lo primero que vio fueron las arremolinadas aguas del arrecife a menos de cinco metros de distancia. Sin la protección de coral, ambos habrían sido aplastados por la onda expansiva de la explosión. Sintió en las piernas el empuje y los remolinos de las

corrientes del arrecife. Retrocedió desesperadamente hacia las rocas, aspirando el aire a grandes bocanadas cuando podía. El pecho le estallaba a causa del esfuerzo, y veía el cielo a través de un velo rojo. La cuerda lo arrastraba hacia abajo y el cabello de la muchacha se le metía en la boca e intentaba ahogarlo.

De pronto sintió el afilado arañazo del coral contra las piernas. Pateó y tanteó con los pies en busca de un punto donde apoyarlos, rajándose los a cada movimiento.

Apenas sentía el dolor.

Ahora le estaba desollando la espalda y los brazos. Forcejeó con torpeza mientras los pulmones amenazaban con estallarle dentro del pecho. Entonces sintió un lecho de agujas debajo de los pies. Apoyó todo su peso sobre él, inclinándose hacia atrás para impedir que los fuertes remolinos los arrastraran fuera de allí. Los pies se mantuvieron, y notó que a sus espaldas tenía una roca. Se apoyó, jadeante, con la sangre manando a su alrededor y dispersándose en el agua, sujetando contra sí el frío cuerpo de la muchacha que apenas respiraba.

Durante un minuto descansó, agradecido, con los ojos cerrados y la sangre latiendo con fuerza por sus extremidades, mientras tosía dolorosamente y esperaba que sus sentidos se centraran de nuevo. Su primer pensamiento fue para la sangre que había en el agua alrededor de sus cuerpos. Pero calculó que los peces grandes no se aventurarían a entrar en el arrecife. De todas formas, nada podía hacer para remediarlo.

Luego miró hacia el mar abierto.

No se veía ni rastro del *Secatur*.

Allá, en el cielo, una nube de humo en forma de seta comenzaba a derivar, con el viento del médico, hacia tierra.

La superficie del agua estaba sembrada de objetos y de unas pocas cabezas que se sacudían aquí y allá, y todo el mar destellaba con los vientres blancos de los peces que habían muerto o resultado aturcidos a causa de la explosión. El aire estaba cargado de un fuerte olor a explosivos. Al borde de los restos, el paraván flotaba en calma, con el casco hacia abajo, anclado por el cable cuyo otro extremo debía yacer en algún punto del fondo. Fuentes de burbujas rompían la espejada superficie del mar.

En la periferia del círculo de cabezas que se mecían y peces muertos, algunas aletas triangulares surcaban veloces las aguas. Mientras Bond observaba, aparecieron más. En una ocasión vio un enorme morro que salía del agua y se cerraba sobre algo. Las aletas levantaban nubes de agua al moverse con rapidez entre los restos del barco. Dos brazos negros se alzaron de repente en el aire y luego desaparecieron. Se oían gritos. Dos o tres pares de brazos comenzaron a azotar el agua en dirección al arrecife. Uno de los hombres dejó de batir con las palmas de las manos el agua que tenía delante. A continuación, las manos desaparecieron bajo la superficie. Entonces, también él comenzó a gritar, y su cuerpo se sacudió de aquí para allá dentro del agua.

«Las barracudas que se lanzan contra él», dijo la aturdida mente de Bond.

Pero una de las cabezas se acercaba cada vez más a la pequeña sección de arrecife donde él se encontraba, con las pequeñas olas rompiendo contra sus axilas y el cabello negro de la muchacha colgándole a la espalda.

Se trataba de una cabeza grande, con el rostro cubierto por un velo de sangre que le bajaba de una herida abierta en el gran cráneo calvo.

Bond la observó acercarse.

Big nadaba con torpes brazadas, agitando el agua lo suficiente para atraer a cualquier pez que no estuviera ya ocupado.

Bond se preguntó si lo conseguiría. Sus ojos se entrecerraron y su respiración se hizo más lenta mientras contemplaba la escena, a la espera de que el cruel mar tomara una decisión.

La cabeza que se agitaba se acercó más. Bond vislumbró los dientes, que se hicieron visibles debido a un rictus de agonía y de esfuerzo frenético. La sangre velaba a medias los ojos que Bond sabía que estarían saliéndose de las órbitas. Casi oía cómo latía con fuerza el enorme corazón enfermo bajo la piel negra grisácea. ¿Acaso fallaría antes de que alguien mordiera el cebo?

Big continuaba nadando. Tenía los hombros desnudos; la explosión le había arrancado la ropa, supuso Bond, pero la corbata de seda negra había permanecido en su sitio y flotaba en torno al grueso cuello detrás de la cabeza como una coleta de chino.

Un salpicón de agua le limpió parte de la sangre que le cubría los ojos. Los tenía abiertos de par en par, mirando fijamente hacia Bond con expresión enloquecida. No contenían ninguna súplica de ayuda, sólo una mirada fija de agotamiento físico.

Mientras Bond los contemplaba, ahora a apenas diez metros de distancia, se cerraron de repente y el enorme rostro se distorsionó en una mueca de dolor.

—¡Aarrg! —exclamó la boca contorsionada.

Ambos brazos dejaron de agitar el agua y la cabeza desapareció bajo la superficie y volvió a emerger. Una nube de sangre oscureció el mar. Dos marrones y esbeltas sombras, de aproximadamente un metro ochenta de largo, retrocedieron desde la nube, para luego lanzarse de nuevo hacia ella. El cuerpo que había en el agua se movió a un lado con brusquedad. La mitad del brazo izquierdo de Big salió del agua. No tenía mano, ni muñeca, ni reloj de pulsera.

Pero la enorme cabeza de nabo, con aquella boca abierta por completo y llena de dientes blancos que casi la partía por la mitad, continuaba viva. Y gritaba, un largo grito gorgoteante que sólo se interrumpía cada vez que una barracuda embestía el cuerpo que se bamboleaba bajo la superficie.

En la bahía que quedaba detrás de Bond se oyó un grito distante, pero él no le prestó la menor atención. Todos sus sentidos estaban concentrados en el horror que se

desarrollaba en las aguas delante de sus ojos.

Una aleta surcó la superficie a unos pocos metros de distancia y se detuvo.

Bond percibió al tiburón tenso como un perro de caza; los rosados ojos de botón, cortos de vista, intentaban penetrar la nube de sangre y sopesar a la presa. Luego salió disparado hacia el pecho del hombre, y la cabeza que gritaba se hundió tan de repente como el corcho de una línea de pesca.

Algunas burbujas ascendieron a la superficie.

Una cola afilada con manchas marrones se agitó cuando el enorme tiburón leopardo retrocedió para tragar el bocado y atacar otra vez.

La cabeza volvió a salir flotando a la superficie. La boca estaba cerrada. Los amarillos ojos parecían mirar aún a Bond.

Entonces el morro del tiburón salió del agua y se lanzó hacia la cabeza con la curva mandíbula inferior tan abierta que los dientes destellaron al sol. Se oyó un gruñido del animal acompañado por otro de masticación y luego se hizo el silencio.

Los ojos de pupilas dilatadas de Bond continuaron mirando fijamente la mancha oscura, que cada vez se agrandaba más sobre el mar.

La muchacha gimió y atrajo su atención.

Detrás de él sonó otro grito, y entonces Bond volvió la cabeza hacia la bahía.

Era Quarrel, cuyo lustroso pecho pardo se encumbraba sobre el esbelto casco de una canoa mientras sus brazos movían el remo de pala; a bastante distancia detrás de él, todas las otras canoas de Shark Bay se deslizaban como chinches de agua sobre las pequeñas ondas que comenzaban a rizar la superficie.

Los frescos vientos alisios del noreste habían empezado a soplar y el sol brillaba sobre las aguas azules y las laderas verde claro de Jamaica.

Las primeras lágrimas desde que era niño asomaron a los ojos gris azulado de James Bond y se deslizaron por sus demacradas mejillas hasta caer al mar tinto en sangre.

## Capítulo 23

### Vacaciones de pasión

Como pendientes de esmeralda que se mecieran en el aire, los dos colibríes estaban realizando su última ronda por los hibiscos, y un sinsonte había comenzado a entonar su canto de atardecer, más dulce que el del ruiseñor, desde lo alto de un arbusto de jazmines cuyo aroma anunciaba la llegada de la noche.

La dentada sombra de una fragata flotó por la grama que cubría el jardín al pasar el ave planeando en las corrientes de aire, a lo largo de la costa, hacia alguna lejana colonia; y el martín pescador color azul pizarra parloteó con enojo al ver al hombre que estaba sentado en una silla, en el jardín. Cambió el rumbo de su vuelo y se desvió hacia el islote que se hallaba al otro lado de las aguas. Una mariposa color azufre revoloteaba entre las sombras purpúreas debajo de las palmeras.

Las aguas de la bahía, con sus varias tonalidades de azul, estaban totalmente quietas. Los acantilados del islote se habían tornado de un rosado vivo a la luz del sol que se ponía detrás de la casa.

Después del caluroso día, en el aire flotaba un aroma de atardecer y frescor, y el olor a humo de turba procedente de la tapioca que estaban tostando en una de las chozas de pescadores del poblado que quedaba a la derecha.

Solitaire salió descalza de la casa y avanzó por el césped.

Llevaba una bandeja con una coctelera y dos copas. La dejó sobre la mesa de bambú que había junto a la silla de Bond.

—Espero haberlo hecho bien —dijo—. Seis por uno parece demasiado fuerte. Nunca antes había tomado martini con vodka.

Bond alzó los ojos hacia la joven. Llevaba puesto uno de sus pijamas de seda. Era demasiado grande para ella y le confería un aspecto absurdamente infantil.

Solitaire se echó a reír.

—¿Qué te parece mi carmín Port María? —preguntó—. ¿Y las cejas maquilladas con un lápiz HB? No he podido hacer nada más con el resto de mi persona, excepto asearla.

—Estás maravillosa —respondió Bond—. Eres con mucho la joven más hermosa de toda Shark Bay. Si tuviese piernas y brazos, me levantaría y te besaría.

Solitaire se inclinó y le dio un largo beso en los labios, rodeándole el cuello con un brazo. Se irguió y le apartó el mechón de cabello negro que le había caído sobre la frente.

Se miraron durante un momento y luego ella se volvió hacia la mesa y le sirvió un cóctel. Llenó media copa para sí, se sentó sobre la cálida hierba y recostó la cabeza contra una rodilla de él. Con la mano derecha, Bond comenzó a jugar con los cabellos de la muchacha, mientras ambos miraban por entre los troncos de las palmeras hacia

el mar y la luz que iba apagándose sobre el islote.

El día había estado dedicado a lamerse las heridas y limpiar los restos de la explosión.

Cuando Quarrel los desembarcó en la pequeña playa de Beau Desert, Bond transportó a la muchacha casi en volandas por el jardín hasta el cuarto de baño y llenó la bañera con agua tibia. Sin que ella supiera qué sucedía, le enjabonó todo el cuerpo y el cabello. Cuando le hubo lavado toda la sal y el limo de los corales, la ayudó a salir del agua, la secó y le puso una pomada en los cortes de coral que tenía por la espalda y los muslos. A continuación le dio un brebaje somnífero y la metió desnuda entre las sábanas de su propia cama. La besó. Antes de que acabara de cerrar las persianas, ella ya estaba dormida.

Luego se metió él en la bañera y Strangways lo enjabonó de arriba abajo y le untó casi todo el cuerpo con la misma pomada. Tenía un centenar de zonas desolladas y sangrantes, y el brazo izquierdo insensibilizado a causa del mordisco de la barracuda.

Le faltaba un bocado de músculo del hombro. El escozor de la pomada le hizo apretar los dientes.

Se puso una bata y Quarrel lo llevó al hospital de Port Maria. Antes de partir tomó un desayuno de lujo y fumó, agradecido, su primer cigarrillo. Se quedó dormido en el coche, y durmió en la mesa de operaciones y también en la cama donde finalmente lo acostaron, hecho una masa de vendas y esparadrapo.

Quarrel lo llevó de vuelta a casa a primeras horas de la tarde. Durante ese tiempo, Strangways había actuado según la información que Bond le había dado. Un destacamento de policía se trasladó al islote Surprise; los restos del *Secatur*, que yacían a veinte brazas de profundidad, habían sido marcados con boyas y la posición era patrullada por la lancha de Aduanas de Port Maria. El remolcador de salvamento y los buzos de Kingston se habían puesto en camino. A los periodistas de la prensa local se les dio un breve comunicado, y en la entrada de Beau Desert había guardia policial preparada para repeler al torrente de periodistas que aparecerían en Jamaica cuando la historia completa llegara a todo el mundo. Entretanto, se envió un informe detallado a la oficina de M y a Washington; así que el equipo de Big en Harlem y St. Petersburg podía ser detenido y encarcelado con una acusación general de contrabando de oro.

No había ningún superviviente del *Secatur*, pero los pescadores locales arribaron a puerto aquella mañana con casi una tonelada de peces muertos.

Jamaica era un hervidero de rumores. Sobre los acantilados de la bahía y en la playa que quedaba abajo, los coches se apretujaban en largas hileras. Había corrido la voz acerca del tesoro de Morgan *el Sanguinario*, y también sobre las manadas de tiburones y barracudas que lo habían defendido, y debido a ello no existía un solo buceador que planeara salir hacia la escena del naufragio a cubierto de la oscuridad.

Un médico acudió a visitar a Solitaire, pero descubrió que la principal preocupación de la joven era encontrar el tono de carmín adecuado. Strangways pidió que le enviaran una selección al día siguiente, desde Kingston. Por el momento, la muchacha estaba experimentando con el contenido de la maleta de Bond y un cuenco de hibiscos.

Strangways volvió de Kingston poco después de que Bond regresara del hospital. Tenía un mensaje de M para él y se lo leyó:

«SUPONGO QUE HABRÁ PRESENTADO RECLAMACIÓN TESORO A SU NOMBRE COMO REPRESENTANTE UNIVERSAL EXPORT -stop- PROCEDA DE INMEDIATO A RESCATE -stop- CONTRATADO ABOGADO PARA HACER VALER NUESTROS DERECHOS ANTE HACIENDA Y DEPARTAMENTO COLONIAL -stop- ENTRE TANTO MUY BIEN HECHO -stop- CONCEDIDAS DOS SEMANAS VACACIONES DE PASIÓN -fin mensaje.»

—Supongo que habrá querido decir «de compasión» —comentó Bond.

Strangways adoptó un aire solemne.

—Supongo que sí —asintió—. Le hice un informe completo de las lesiones sufridas por usted... Y por la señorita —añadió.

—Hum. Los especialistas en comunicaciones de M —reflexionó— no suelen equivocarse con las claves. En fin.

Strangways miró alegremente por la ventana con su único ojo.

—Es tan típico de ese viejo diablo pensar primero en el oro... —comentó Bond—. Supongo que piensa que puede salirse con la suya y de alguna manera evitar una reducción en los fondos para el Servicio Secreto cuando el Parlamento vote los próximos presupuestos. Imagino que dedica la mitad de su vida a discutir con Hacienda. Pero aun así, él siempre se adelanta a los demás; es muy listo.

—Presenté su reclamación ante el gobierno en cuanto recibí el mensaje —informó Strangways—, pero va a ser un asunto espinoso. La Corona querrá hacerse con el tesoro, y Estados Unidos entrará en algún punto debido a que el señor Big era ciudadano estadounidense. Será un proceso largo.

Hablaron durante un rato más. Luego, cuando Strangways se hubo marchado, Bond salió al jardín con pasos dolorosos para sentarse al sol con sus pensamientos.

Repasó mentalmente, una vez más, la carrera de peligrosos obstáculos en el que se había embarcado al iniciar la larga persecución del señor Big y el fabuloso tesoro, y revivió los terribles instantes en que había mirado a varias formas de la muerte a la cara.

Pero todo había concluido y se encontraba sentado al sol entre las flores, con el premio a los pies y la mano en los largos cabellos negros de ella. Apretó contra sí aquel momento y pensó en las catorce mañanas que les pertenecerían a ambos, juntos.

Se oyó un estrépito de vajilla que se rompía procedente de la cocina situada en la parte trasera de la casa, y la voz de Quarrel que tronaba echando la bronca a alguien.



—Pobre Quarrel —comentó Solitaire—. Ha tomado prestado al mejor cocinero de la aldea y saqueado los mercados en busca de sorpresas para nosotros. Incluso ha encontrado algunos cangrejos negros, los primeros de la temporada. Luego se ha puesto a asar un pobre cochinillo lechal y a preparar una ensalada de aguacates y peras, y acabaremos con crema de guayaba y coco. Y el capitán de corbeta Strangways ha dejado una caja del mejor champán de Jamaica. Ya se me hace la boca agua. Pero no olvides que se supone que es un secreto. Entré en la cocina y me encontré con que casi había hecho llorar al cocinero.

—Quarrell nos acompañará en nuestras vacaciones de pasión —respondió Bond, y le habló del mensaje de M—. Iremos a una casa colocada sobre postes, con palmeras y ocho kilómetros de arenas doradas. Y tú tendrás que cuidarme muy bien porque no podría hacer el amor con un solo brazo.

En los ojos de Solitaire había una abierta sensualidad cuando alzó la mirada hacia él, mientras le dedicaba una sonrisa inocente.

—¿Y qué me dices de mi espalda? —preguntó.



IAN FLEMING nació en Londres en 1908. Se educó en Eton y en la academia militar de Sandhurst. Cursó estudios universitarios en Munich y en Ginebra. Trabajó en la agencia de noticias Reuters y, al comenzar la segunda guerra mundial, se alistó en la Inteligencia Naval, donde sirvió con el grado de capitán de fragata. En 1945, al acabar la guerra, se hizo construir una casa, *Goldeneye*, en Jamaica, donde se instalaba todos los inviernos. Fue en ella donde creó a su agente secreto James Bond. *Casino Royale*, la primera novela en que aparece el personaje, fue terminada de escribir la víspera de su boda con Anne Rothermere en 1952 y publicada en 1953. Fleming escribió otras dos novelas, *Chitty Chitty Bang Bang* y *The Diamond Smugglers*, no ambientadas en el mundo de los servicios secretos.

La salud de Fleming comenzó a deteriorarse a finales de los años 50. Murió en 1964, a la edad de 56 años.

# Notas

[1] Departamento de Sanidad de Estados Unidos. (*N. de la t.*) <<

[2] Alfombras hechas en la ciudad francesa de Aubusson, famosa desde el siglo XVII, y especialmente en el XVIII, por la manufactura de tapices y alfombras. (*N. de la t.*)

<<

[3] Se refiere a la acción desarrollada en *Casino Royale*, publicado en esta misma colección. (N. del e.) <<

[4] En 1955 Jamaica todavía era una colonia británica. No dejaría de serlo hasta 1962.  
(*N. del e.*) <<

[5] Director del FBI. (*N. de la t.*) <<



[6] Salsa «mil islas», hecha con mayonesa, tabasco y otros condimentos, como trocitos de pimiento rojo y verde. (*N. de la t.*) <<

[7] Lavrenti Pavlovich Beria, jefe del MVD (policía secreta) y ministro del Interior. Después de la muerte de Stalin, en 1953, se convirtió en víctima de la subsecuente lucha por el poder, que ganaron Malenkov y Kruschov. Fue ejecutado ese mismo año, tras un juicio secreto. *(N. de la t.)* <<

[8] Moneda antigua inglesa acuñada por Eduardo IV —primer rey de la casa de York entre 1461 y 1483— que tenía una rosa en cada una de sus dos caras, símbolo de dicho linaje. (*N. de la t.*) <<

[9] Los españoles dieron en llamarla doblón (valía dos doblas). (*N. de la t.*) <<

[10] Federal Bureau of Investigaron (FBI). (*N. de la t.*) <<

[11] Barrio de Nueva York entre cuyos habitantes predomina la raza negra. (*N. de la t.*)

<<

[12] *Big* en inglés, significa «grande»; *boy*, «muchacho»; *man*, «hombre». (N. de la t.)

<<

[13] Policía secreta de la Unión Soviética que reemplazó (1946), junto con el MGB (Ministerio de Seguridad del Estado) al NKVD. Al morir Stalin (1953) fueron unidas bajo el mando de Lavrenti Beria, pero quedaron a cargo de la seguridad interna y sus responsabilidades fueron disminuyendo en favor de la KGB. *(N. de la t.)* <<



[14] Seguramente, el autor hace aquí una alusión al cíclope Polifemo, que aparece en la Odisea (Canto noveno, 371), personaje gigantesco al que Ulises y sus compañeros, a quienes quería devorar, dejan ciego clavándole una estaca de olivo en su único ojo, y así consiguen escapar. (*N. de la t.*) <<

[15] Estilo de jazz originario de Nueva Orleans. Lo toca una banda pequeña que, por lo general, consiste en una trompeta, un trombón, un clarinete, un piano y la batería, y cuya característica distintiva es un ritmo cuatro por cuatro muy marcado y semi-improvisaciones tanto de solo como de conjunto (*N. de la t.*) <<

[16] El diálogo que sigue se efectúa en un inglés dialectal imposible de reflejar aquí, por lo cual se ha traducido a un castellano normal. (*N. de la t.*) <<

[17] Canina. (*N. de la t.*) <<

[18] Ministerio de Hacienda (*N. de la t.*) <<

[19] Escultor y orfebre italiano (1500-1571), autor, entre otras otras, del *Salero de oro* y la *Ninfa de Fontainebleau*. Trabajó en Roma y Florencia y asimismo en Francia por encargo de Francisco I. (N. de la t.) <<

[20] Asociación nacional para el progreso de la gente de color. (*N. de la t.*) <<

[21] Cóctel que se prepara con whisky, bitter, agua y azúcar, se le añaden rajas de cítricos y una cereza y se sirve en una copa especial. (*N. de la t.*) <<



[22] Que enciende. Mujer con gancho. (*N. de la t.*) <<

[23] En castellano en el original. (*N. de la t.*) <<

[24] Ladrón... (*N. de la t.*) <<

[25] Las puntas del cuello quedaban ajustadas alrededor de la corbata. (*N. de la t.*) <<

[26] *American Association for Prevention of Cruelty to Animals* (Asociación Americana de Prevención de la Crueldad para con los Animales). (N. de la t.) <<

[27] Walter Winchell (1897-1972), columnista y locutor de radio de chismorreos referentes al mundo del espectáculo. Tuvo gran influencia entre las décadas de 1930 a 1950. *(N. de la t.)* <<

[28] Perro mitológico con tres cabezas que guardaba las puertas del infierno. (*N. de la t.*) <<

[29] Una clase de caracol. (*N. de la t.*) <<



[30] Plástico acrílico térmico, transparente. (*N. de la t.*) <<

[31] *Royal Navy Volunteer Research* (Reserva de Voluntarios de la Armada Real) (*N. de la t.*) <<

[32] La mayor isla de las Antillas después de Cuba. (*N. de la t.*) <<

[33] Roca sedimentaria compuesta por óxidos de hierro, hidratos y silicatos, de la que se extrae el aluminio. (*N. de la t.*) <<

[34] *Duppy*: espíritu malévolo. (*N. de la t.*) <<

[35] *Beau Desert*: Bello desierto. (N. de la t.) <<

[36] Literalmente, Instintos del rebaño en la guerra y en la paz. (*N. de la t.*) <<

[37] Mirando hacia proa, el lado izquierdo del barco. (*N de la t.*) <<



[38] Lugar de donde viene el viento. (*N. de la t.*) <<

[39] Costado del barco opuesto al que viene el viento. (*N. de la t.*) <<